UNIV. OF
ORONTO

ECOS NACIONALES

Y

CANTARES.

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

Esta obra es propiedad de su autor, quien se reserva todos los derechos.

A. Wagner Leipzig

Pontiera Ruiz
Aguilera

A2839e

 185-3

ECOS NACIONALES

Y

CANTARES

CON TRADUCCIONES

AL PORTUGUÉS, ALEMAN, INGLÉS, ITALIANO, CATALAN, GALLEGO Y PROVENZAL

48324
1900

Sexta edicion.

MADRID

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

Calle del Rubio, núm. 25.

Muchas de las composiciones que comprende este volúmen, con el cual doy principio á la Coleccion completa de mis obras, se hallan esparcidas en los que he publicado con los títulos de *Veladas poéticas, Inspiraciones, Armonías y Cantares* y *El Libro de la patria*, en union de poesías de índole y géneros distintos. Muchas otras, la mitad próximamente, salen ahora coleccionadas por vez primera; de modo, que en vano se buscarian en los libros arriba mencionados. Agotadas las ediciones de los mismos, y pudiendo realizar hoy mi deseo de agrupar en cada tomo de la Coleccion completa todos aquellos trabajos que, por sus afinidades ó idea generadora, tienen

más puntos de contacto entre sí, dicho se está que los títulos de aquellas obras desaparecen, quedando definitivamente clasificadas las poesías por el órden y bajo las denominaciones con que se han incluido en el presente volúmen.

Madrid, Abril de 1873.

EL AUTOR.

ECOS NACIONALES.

LIBRO PRIMERO.

A Mr. Charles Rogier, uno de los principales fundadores de la independencia de Bélgica.

Su antiguo amigo y admirador,

V. R. AGUILERA.

ECOS NACIONALES.

PRÓLOGO

DE LAS DOS PRIMERAS EDICIONES.

La humanidad se halla en uno de esos interesantes períodos, en que se agitan las más altas cuestiones que pueden presentarse á la consideracion del filósofo.

El cuerpo social antiguo, robusto Sanson que desesperadamente ha combatido contra la idea moderna, despojado ya de su cabellera, está amenazado por las columnas desencajadas y la cúpula ruinosa del viejo templo, que se viene abajo.

Todo vacila; todo tiembla. No hay que dudarlo: el fuego reconcentrado en las entrañas del mundo, ha vencido la fuerza que lo comprimia, y hoy aparecen grandes hogueras en casi todos los pueblos de Europa. En Suiza, en Italia, en

Francia, en Alemania, en Irlanda... en todas partes hay señales de incendio.

Las naciones, como si hubiesen resucitado los tiempos de la caballería, acuden presurosas al palenque á conquistar el premio. Pero no se disputa la mirada de una dama, la posesion de un féudo, la pertenencia de un castillo: se disputan los más altos intereses, el bienestar del hombre, el porvenir de las generaciones presentes y futuras.

Así, toda poesía, toda literatura, debe sufrir una trasformacion en armonía con las trasformaciones que se verifican en los pueblos del antiguo continente, que son los que caminan á la cabeza del progreso humano.

Los versos pastoriles, el idilio y la égloga clásicos, son cantos que van á perderse entre el rumor del movimiento actual, entre el bullicio de las sociedades presentes, cuyo corazon, para conmoverse, necesita impresiones de otra especie.

Cada época tiene sus exigencias; y es absurda la pretension de creer que las necesidades intelectuales de la época actual, han de satisfacerse solamente con romances á las flores, y con madrigales á unos ojos.

La tarea, pues, de los poetas modernos, debe ser estudiar el espíritu del siglo; conocer la so-

ciedad en que viven; investigar qué vicios la corroen y qué virtudes la honran; examinar la justicia ó injusticia de las aspiraciones que se manifiestan ahora más que nunca en ella; para que, de la union de estos y otros elementos esparcidos y diversos, del conjunto de tantos y tan variados objetos y asuntos, resulte un todo claro y preciso, que sea un traslado exacto de la fisonomía del pueblo, del gran carácter social, ó lo que es lo mismo, la copiosa fuente de donde los poetas deben tomar sus inspiraciones.

El autor de esta Coleccion ha tenido, al escribirla, presentes las ideas que anteceden, como se echará de ver en la mayor parte de las composiciones de que consta; pero ha sentido tambien desconfianza en sus propias fuerzas para un trabajo de esta naturaleza.

No sé si servirá de motivo de censura para los que se pagan demasiado de los nombres, el que haya dado yo el título de *Ecos Nacionales* á estas páginas: como quiera que sea, y dejando á cada cual con sus opiniones, he de advertir que, como casi todas las composiciones son, digámoslo así, la voz, el *eco* de necesidades, sentimientos, intereses y recuerdos nacionales, me pareció que ningun título podria convenir mejor que aquel á la expresion de estas necesidades, de

estos sentimientos, de estos intereses, y de estos recuerdos.

He procurado tambien que la locucion sea tan decorosa como debe serlo toda locucion poética, sin buscar en la vulgaridad y falso fuego de ciertas frases y palabras de la nomenclatura política usual, un sentimiento y un entusiasmo prestados y fingidos, un sentimiento y un entusiasmo de declamaciones, más propias de las plazas públicas que de un libro de poesía.

Respecto de la forma de gran parte de los *Ecos Nacionales*, he creido que ninguna habia más adecuada que la dramática. En efecto: la dramática, puede, como ninguna, en mi concepto, comunicar el alma, el movimiento y los contrastes de la vida nacional á los pequeños cuadros en que he pretendido pintar algunas de sus escenas. Ni con la simple narracion, ni con el canto sencillo se hiere tan vivamente como de esta manera el ánimo de los lectores, lo cual se comprenderá desde luego comparando los ECOS *dialogados*. con los restantes. Y hay para que así suceda, una razon muy obvia; y consiste, en que el drama es la verdad, es el reflejo más fiel de las costumbres sociales, políticas y religiosas, con todas sus conveniencias, con todo su colorido, con todo su relieve; por consiguiente, la dramática llena mejor

el fin del poeta que las demás formas conocidas.

La presente Coleccion deja un inmenso vacío, un campo sin término que cultivar, una mina riquísima que explotar, en el género de poesía de los *Ecos*. Desde los rudos cantos y costumbres salvajes de los primeros pobladores conocidos de España, hasta los períodos de las dominaciones cartaginesa y romana; desde la irrupcion de los bárbaros del Norte, hasta la historia oriental de los conquistadores de Iberia, venidos del desierto; desde el definitivo establecimiento de la monarquía gótica, hasta la guerra civil... he aquí los asuntos de nuestros recuerdos y de nuestras glorias nacionales. Nuestras crónicas están carcomidas por el polvo; nuestra historia, arrinconada en las bibliotecas. Poseemos, es cierto, inapreciables tesoros en los *Romanceros* de la Edad Media; pero, sobre ser especiales, en gran parte, como el del *Cid*, el de *Bernardo del Carpio* y otros personajes de los tiempos heróicos y caballerescos, no deben, no pueden considerarse ya mas que como objetos de estudio, como una luz para penetrar en las tinieblas de aquellas épocas de amor y de guerra, de galantería y de barbarie, de religiosidad y de entusiasmo. Los *Romanceros* no se leen; es más, no se comprenden por el pueblo: son monumentos viejos que debieran res-

taurarse, si un respeto sagrado á su belleza y á su antigüedad no contuviese á los poetas. Pero ya que esto no sea factible, ni conveniente, las tradiciones, la leyenda, los anales de aquellos siglos prestan sobrada materia, intacta aún, para popularizar la poesía moderna, para sacarla del gabinete del literato, único altar donde puede decirse que recibe culto, y hacerla penetrar en el círculo de la clase media, en el taller del artesano y en la choza del labriego.

No se crea, por lo que acabo de decir, que sólo la *Historia*, dando á esta palabra la significacion más corriente, es la que ha de servir de base á la poesía moderna. Todos los progresos de la humanidad, todos los adelantos científicos, económicos, mercantiles é industriales; y por último, las reformas que reclama el porvenir de las clases todas, son otros tantos asuntos dignos del poeta, cuya mision será en adelante más útil, más elevada, ejercerá una influencia mayor y más directa que hasta el dia en las sociedades.

1849.

EL AUTOR.

ECOS NACIONALES.

Á DIOS.

Señor del Universo, á cuya voz la nada
Brotó infinitos mundos y piélagos de luz;
Á cuyo enojo tiemblan los mares y los montes
Y se desgarra el velo del firmamento azul;
Cuando la aurora nace, cuando la noche reina
Y cuando enciende el aire del dia el resplandor,
Eternamente España te dice en sus cantares:
—¡ *Apiadate, Dios mio, de esta infeliz nacion*!

Los valles infecundos se vestirán de flores
Como una hermosa niña para festin nupcial,
Y las doradas mieses saludarán al cielo
Doblándose al impulso de céfiro fugaz.
Del rudo campesino dirá la tosca lengua
Tus altas perfecciones y tu bondad, Señor;
Y aprenderán sus hijos esta plegaria humilde:
—¡ *Apiadate, Dios mio, de esta infeliz nacion*!

Tú hiciste en otros tiempos resplandecer triunfante
El pabellon de España del orbe hasta el confin;
La América salvaje lo saludó en sus bosques,
Venció en Lepanto al turco y á Francia en San Quintin.
Hoy, roto, es el escarnio de la insolente Europa;
¿Por qué de nuestras glorias se ha oscurecido el sol?...
¡Oh! ¡tus ojos de fuego lo encenderán mañana!
—¡*Apiadate, Dios mio, de esta infeliz nacion*!

Aún arden las antorchas de la feroz discordia
Y hermanos contra hermanos luchar aquí se ven;
La libertad de España vaga á merced del viento,
Guiada por marinos sin corazon, ni fe.
¡Señor! en tí esperamos; tu santa omnipotencia
Conducirá tus hijos al puerto salvador;
Por eso nuestro llanto baña el altar del templo:
—¡*Apiadate, Dios mio, de esta infeliz nacion*!

Una mirada tuya dé vida á nuestros campos
Y del taller anime la muda soledad;
En armonioso coro las ciencias y las artes
Perpétuamente unidas ensalcen tu bondad.
Aldeas y ciudades, y pájaros y rios,
Naturaleza toda, con himno ú oracion,
Vueltos á tí los ojos te dice en su honda pena:
—¡*Apiadate, Dios mio, de esta infeliz nacion*!

1848.

RONCESVALLES.

BALADA.

—Cuéntame una historia, abuela.
—Siglos há que, con gran saña,
Por esa negra montaña
Asomó un Emperador.
Era francés, su vestido
Formaba un hermoso juego;
Capa de color de fuego
Y plumas de azul color.
—¿Y qué pedia?
—La corona de Leon.
Bernardo, el del Carpio, un dia
Con la gente que traia:
—«¡Ven por ella!»—le gritó...
De entónces suena en los valles
Y dicen los montañeses:
—¡*Mala la hubísteis, franceses,*
En esa de Roncesvalles!

—¿Se acabó la historia, abuela?
—Allí, con fiera arrogancia,
Los *Doce Pares* de Francia
Tambien estaban, tambien.
Eran altos como cedros,
Valientes como leones;
Cabalgaban en bridones
Sin igual en el correr.

—Sigue contando.
—Salió el mozo leonés;
Bernardo salió, y luchando
Uno á uno los fué matando,
Y hubiera matado á cien.
De entónces suena en los valles
Y dicen los montañeses:
—¡*Mala la hubísteis, franceses,*
En esa de Roncesvalles!

—Me place la historia, abuela.
—¡Con qué ejército, Dios mio,
De tan grande poderío
Llegó Cárlo-Magno acá!
¡Qué de soldados! no tiene
Más gotas un arroyuelo,
Ni más estrellas el cielo,
Ni más arenas la mar.
—Y qué ¿triunfaron?
—Dios no los quiso ayudar.
El alma les arrancaron,
Á sus piés los derribaron
Como al roble el huracan.
De entónces suena en los valles
Y dicen los montañeses:
—¡*Mala la hubísteis, franceses,*
En esa de Roncesvalles!

—Prosigue la historia, abuela.
—Diz que dice un viejo archivo
Que no quedó francés vivo
Despues de la horrenda lid.
Y así debió ser, pues vieron,
Al sol de estos horizontes,
Muchos huesos en los montes

Y muchos buitres venir.
—¡Qué gran batalla!
—No fué menor el botin:
Banderas, cotas de malla,
Y riquezas, y vitualla
Se recogieron sin fin.
De entónces suena en los valles
Y dicen los montañeses:
—¡*Mala la hubísteis, franceses,*
En esa de Roncesvalles!

—¿Y el Emperador, abuela?
—Huyó sin un hombre luego,
La capa color de fuego
Rota, y sin plumaje azul.
Bernardo, el del Carpio, torna
Á Castilla, trás la guerra,
Y al poner el pié en su tierra
Lo aclama la multitud.
—¡Qué de alegrías!
—En verlas gozáras tú.
Hubo fiestas muchos dias,
Tamboriles, chirimías
Y canciones á Jesús.
De entónces suena en los valles
Y dicen los montañeses:
—¡*Mala la hubísteis, franceses,*
En esa de Roncesvalles!

1847.

LO PEOR.

—Labrador, suda y trabaja,
Y con ojos asombrados
Verás crecer los sembrados
De tu fértil heredad.
—¡Ay, señor!
—¿Temes algo, labrador?
Tu afan premiarán los cielos,
Si no vienen crudos hielos
En alas del vendaval.
—¡*Ay, señor*!
¡*Si eso fuese lo peor*!

—Verde está el campo y espeso;
De su verdura en las olas
Encendidas amapolas
Placer á la vista dan.
—¡Ay, señor!
—¿Temes algo, labrador?
Larga cosecha habrá un dia,
Si no viene la sequía
Tus sembrados á quemar.
—¡*Ay, señor*!
¡*Si eso fuese lo peor*!

—¡Qué gozo cuando contemples
Tus dichas todas colmadas
En las espigas doradas
Que hizo tu sudor brotar!
—¡Ay, señor!

—¿Temes algo, labrador?
Trigo tendrás á montones,
Si no vienen los gorriones
Ó la langosta voraz.
—¡*Ay*, *señor*!
¡*Si eso fuese lo peor*!

—Dios conjure de estos sitios
La tormenta de verano,
Que barre en su furia el grano,
El grano que en la era está.
—¡Ay, señor!
—¿Temes algo, labrador?
Si soplase la tormenta,
Tu pobre familia hambrienta
No podria comer pan.
—¡*Ay*, *señor*!
¡*Si eso fuese lo peor*!

—¡Qué campos! ¡Dios los bendiga!
No haya esas plagas terribles,
Y verás cuán apacibles
Dulces dias pasarán!
—¡Ay, señor!
—¿Temes algo, labrador?
Si hay motivo que te enoje,
Será el no poder la troje
De rubio trigo llenar.
—¡*Ay*, *señor*!
¡*La guerra es mucho peor*!

1846.

EL CONVENIO DE VERGARA.

¡Soldado de Isabel! cuando á los rudos
Tajos del sable, de matar hambriento,
Rendirse vias á tus piés desnudos
Cien contrarios heridos, sin aliento,
Que vertieron del pecho generoso
La roja sangre que manchó tus manos,
Te decia un acento misterioso:
—¡*Esos que ves morir, son tus hermanos*!

Defensor de Don Cárlos, tu cuchilla
Las mieses arrancó de nuestra tierra;
Tú asolaste los pueblos de Castilla,
Tú atizaste el incendio de la guerra.
Mas ¡ay de ti! cuando tu sable daba
Cebo de carne humana á los gusanos,
Una voz de los cielos te gritaba:
—¡*Esos que ves morir, son tus hermanos*!

El íris brilló un dia en la campaña;
¡Oh memorable dia, sin segundo!
Tú viste á los ejércitos de España
Desde un rincon maravillar al mundo.
Allí, gozoso el corazon valiente,
Dijéronse entre sí los veteranos:
—Aquellos que miramos frente á frente,
¡*Aquellos son tambien nuestros hermanos*!

El sol reverberó en los pabellones
De fusiles y blancas banderolas;

Y aquellos indomables batallones
Como del mar azul las mansas olas
Se mezclan, se confunden, se bendicen
Por la extension de los vecinos llanos,
Y al abrazarse, en su entusiasmo dicen:
—¡*La guerra se acabó, somos hermanos*!

El águila francesa huyó aquel dia
En que soñaba arrebatar un trono;
El leopardo inglés volvió á la fria
Niebla de Lóndres, sin saciar su encono;
Y es fama que dijeron sus dos reyes
Y respondieron ecos sobrehumanos:
—Ese pueblo no sufre extrañas leyes.
—¡*Nuestro pecho leal nos hizo hermanos*!

Otro dia, tornando á sus hogares,
Nuestros soldados, de vencer rendidos,
Sin los toscos arreos militares,
Con los feroces rostros denegridos:
—¿Huís como cobardes?—les dijeron,
Al entrar en sus pueblos, los villanos;
Y con lágrimas ellos respondieron:
—¡*En* VERGARA *la paz nos hizo hermanos*!

1847.

EL PERRO QUE LADRA.* (1)

—El ministro está malito;
¡Pobrecito!
¡Pobrecito!
Y no puede dar audiencia:
¡Dios conserve á su Excelencia
Para bien de la... nacion!
Los ladridos del *Hispano*
(Perro alano)
Le han causado el mal terrible...
¡Ya se ve!... ¡si es tan sensible,
Tan sensible mi señor!
¡Quiera Dios que no haya entierro!
—¡ *Que ladra el perro, muchacho,*
Que ladra el perro!

—¿Cómo quieren que le dome,
Si no come,
Si no come,
Y de enjuto, es un alambre?
Cuando un perro ladra de hambre
Fuerza es darle que engullir.
Querer darle de alimento
Sólo viento,
Y que engorde así hasta el colmo,
Es pedir peras al olmo
Y al ciruelo peregil.

(1) De todas las composiciones que lleven esta señal *, hay referencia en las *Notas* que van al fin del presente volúmen.

¿No mirais que eso es un yerro?
—¡ *Que ladra el perro, muchacho,*
Que ladra el perro!

—Es que el perro, señor mio,
Tiene frio,
Tiene frio;
Porque en vez de haber mandado
Abrigar su cuerpo helado,
Lo mandásteis esquilar.
Si de Enero con la brisa
En camisa
Paseáseis una hora
Vos, que estais en cama ahora,
¿Dejaríais de ladrar?
Dispensadme si os aterro.
—¡ *Que ladra el perro, muchacho,*
Que ladra el perro!

—Me ordenais con gran coraje
Que le saje,
Que le saje
Desde el rabo hasta la oreja:
¡Ay, señor, cuando él se queja
Mucho debe padecer!
Indaguemos, como os dije,
Qué le aflige,
Y un buen medio se le acote,
Que el jarabe de garrote
Ni á los perros sienta bien;
Á mi parecer me aferro.
—¡ *Que ladra el perro, muchacho,*
Que ladra el perro!

—Que el ladrido os haga daño

No lo extraño,
No lo extraño;
¡Pobre can! ¡ladra con pena!
Mas quitadle la cadena
Y que salga á ver la luz;
Que abandone el *cuarto oscuro*, (1)
Y yo os juro,
Señor mio, que en albricias,
Os hará tiernas caricias
Y dormireis en quietud.
¿Lo saco, pues, de su encierro?...
—¡QUE LADRE EL PERRO, MUCHACHO,
QUE LADRE EL PERRO!

Cárcel de Córte.—Mayo de 1848.

EL LAUREL.

Árbol santo y amigo, que exhalas
Delicioso perfume de gloria,
Aquí vengo á estudiar nuestra historia,
Déme sombra tu tronco inmortal.
De tus hojas el manso murmullo
Dulcemente responde á mi acento,
Y ambos dicen en alas del viento:
—¡*Lauro eterno al honor nacional*!

Tú ceñiste las sienes adustas
De Viriato, el pastor lusitano,

(1) Así llaman al calabozo en algunas de nuestras cárceles.

Que fué asombro al imperio romano,
Que á sus huestes fué rayo fatal.
Covadonga te vió en sus entrañas
De Pelayo lucir en la frente;
Que de España repita la gente:
—¡ *Lauro eterno al honor nacional*!

Por tí fué con sus bravos leones
La primera Isabel á Granada,
Y á sus tristes desiertos lanzada
Para siempre la raza oriental.
Por tí Europa saluda otro mundo
Que Colon vió una noche *soñando*;
Por tí Ercilla lo canta, exclamando:
—¡ *Lauro eterno al honor nacional*!

Calderon á tu sombra venía;
Á tu sombra Miguel de Cervantes
Meditaba sus libros gigantes,
De prodigios fecundo raudal.
Tú inspirabas al *Fénix* de Iberia
Y á otros mil, de saber maravilla,
Que así aclama gozosa Castilla:
—¡ *Lauro eterno al honor nacional*!

Por tí al són de sus roncas trompetas
En el llano y riscosa montaña,
El ejército libre de España
Tremoló su bandera triunfal;
Y á la voz de la patria, rodando
Se desploman castillos feudales,
Y repiten cien ecos leales:
—¡ *Lauro eterno al honor nacional*!

Árbol santo, jamás tus coronas

Ciña el crímen de máscara bella;
Tú serás de los buenos la estrella,
Tú del *genio* brillante fanal.
Yo, en mis pobres y humildes cantares,
Flores mustias que nacen sin vida,
Diré siempre á tu sombra querida:
—¡*Lauro eterno al honor nacional*!

1846.

Á PIO IX.*

BARCAROLA.

Salud, apóstol santo,
Que léjos de la orilla
Conduces la barquilla
Del pobre pescador.
España pide al cielo
Al pié de los altares,
Que en los revueltos mares
No te abandone Dios.
El mar es largo desierto...
¡*Dios lleve la barca al puerto*!

Serénense las iras
Del piélago profundo;
La libertad del mundo
Con el apóstol va.

Y en pos, á darla caza,
Los déspotas del Norte
Mandaron de su córte
Cien buques á la mar.
El mar es largo desierto...
¡*Dios lleve la barca al puerto*!

Piratas sanguinarios
Las verdes olas cruzan;
Ya su puñal aguzan
Los bárbaros del Rhin.
Y al fin del horizonte,
Siguiéndote las huellas,
Se ve con las estrellas
Brillar la flor de lis.
El mar es largo desierto...
¡*Dios lleve la barca al puerto*!

En torno de tu barca
Y en dulces vibraciones,
Se escuchan blandos sones
Que espiran al nacer.
Espiran, y otros ecos
Divinos se levantan;
Los ángeles te cantan,
Los ángeles te ven.
El mar es largo desierto...
¡*Dios lleve la barca al puerto*!

Rodéante, escuchando
Las arpas celestiales,
Las sombras inmortales
De la inmortal ciudad.
Y sus viejos tribunos
Que en el polvo se agitan,

Á verte resucitan
Con su severa faz.
El mar es largo desierto...
¡*Dios lleve la barca al puerto*!

Relámpago es tu barca
Que en el abismo vuela,
Sin más, por toda vela,
Que la bendita Cruz.
La Cruz, que en otros siglos,
Y entre diversas gentes,
En ambos continentes
Brotó rios de luz.
El mar es largo desierto...
¡*Dios lleve la barca al puerto*!

Salud ¡oh gran Pontífice!
Tu acento es poderoso;
Tu frente es el hermoso
Lucero de esta edad.
El cielo te acompañe,
Y el vendaval, que espanta,
Se amanse ante la santa
Arca de libertad.
El mar es largo desierto...
¡*Pero Dios te dará puerto*!

Diciembre de 1847.

LAS ARISTOCRACIAS.

Dicen que se ha perdido MADAMA ARISTOCRACIA,
Salgamos á buscarla, tal vez parecerá;
Miremos si reside en el recinto oscuro,
Inhabitado y triste de ese torreon feudal.
El huracan del siglo ha roto sus almenas,
Sus timbres de granito ruedan por tierra ya;
Y sus escudos viejos en la pared pintados
Revelan solamente grandezas de otra edad.
—¿Está aquí, por ventura, MADAMA ARISTOCRACIA?—
Oigamos á las RUINAS:—AQUÍ MADAMA ESTÁ.

Tras un mostrador nuevo, caladas sendas gafas,
De obeso comerciante despunta la nariz;
De azúcar y canela, vainilla y chocolate
Circúndanle cien sacos, si acaso no son mil.
¿Qué diablos á él le importa que el mundo baile ó gima,
Que viva ó que se rompa la nuca Jelachih,
Si á todos causa envidia formando en batallones
Ese metal sonoro que han dado en llamar *vil*?
—¿Está aquí, por ventura, MADAMA ARISTOCRACIA?—
Oigamos al DINERO:—HA TIEMPO QUE ESTÁ AQUÍ.

No hay ley como una bomba, ni paternal gobierno
Como un bien atracado cañon de á treinta y seis;
Ni títulos más bellos que los que el hombre adquiere
Tragándose mujeres y niños á la vez.
Tal es el catecismo político de algunos;
Con él han escalado la cima del poder;
Sus testas se levantan sobre las testas reales;

Con pólvora compraron el puesto en que se ven.
—¿Está aquí, por ventura, MADAMA ARISTOCRACIA?—
Oigamos á la FUERZA:—PARA SERVIR Á USTED.

La frente de ese jóven encaneció el estudio,
Secaron las vigilias su fuerte corazon;
Se hundieron en las órbitas sus ojos apagados;
No es sombra de sí mismo, ni es eco de su voz.
Mas no se abate; él sabe que con su pluma de oro
Subleva el entusiasmo de una generacion;
Él sabe que hay aplausos, guirnaldas y coronas
Para quien lleva en su alma un gérmen creador.
—¿Está aquí, por ventura, MADAMA ARISTOCRACIA?—
Oigamos al TALENTO:—SÍ, PADRE, LO SOY YO.

La sangre y los guarismos, la fuerza y el talento
Son cuatro Aristocracias, ó yo no sé la Q:
Las unas, usurparon sus tronos sin bullicio;
Las otras, con razones de hierro y abedul.
Sin duda es la más digna aquella en cuyas filas
Milita, con mil honras, mi colega Hartzenbusch,
Pero á ninguna de ellas le corresponde el cetro,
Otra hay mejor, y vale más oro que el Perú.
—¿Quién debe ser, entónces, MADAMA ARISTOCRACIA?—
Nuestra razon lo dicta: MADAMA LA VIRTUD.

1847.

LA NOCHE DE TODOS LOS SANTOS.

—¡Doblando está la campana,
La campana del lugar;
Los difuntos son mañana,
Por ellos doblando está!
Poned la rodilla en tierra,
Vamos á rezar por Blas,
Vuestro hermano, que en la guerra
Murió por la libertad.
—¿En la guerra
Murió por la libertad?
—Sí, en la guerra:
¡*Dios le dé su santa paz*!

—Á los rayos de la luna,
De la luna funeral,
Iremos á la laguna
Frescas flores á cortar.
Y en ofrenda mortuoria
Triste olor esparcirán,
Cuando entonen por su gloria
El cántico sepulcral.
—¿Por su gloria
El cántico sepulcral?
—Sí, por su gloria:
¡*Dios le dé su santa paz*!

—Cuando el pobre me escribia,
Me escribia desde allá,
¡Qué de cosas me decia,
Mi dolor para calmar!

Me decia: «Una venera
Hoy en el campo me dan,
Delante de la bandera,
Del pabellon nacional.»
—¿De la bandera?
¿Del pabellon nacional?
—Sí, de la bandera:
¡*Dios le dé su santa paz*!

—Otras veces me contaba,
Me contaba, sin pesar,
Los trabajos que pasaba
En la vida militar.
Cómo, desnudo y hambriento,
Al són de un himno marcial,
Marchaba, el pobre, contento,
Por la patria á pelear.
—¿Fué contento
Por la patria á pelear?
—Sí, fué contento:
¡*Dios le dé su santa paz*!

—Ya no viene ¡y aún le espero,
Le espero en mi soledad!...
El fusil de un granadero
Rompió su pecho leal.
De los mártires la palma
En el cielo llevará...
Roguemos hoy por su alma;
Hijos, vamos á rezar.
—¿Por su alma
Vamos todos á rezar?
—Sí, por su alma:
¡*Dios le dé su santa paz*!

1846.

EL VETERANO.*

BALADA.

—Sigue, padre, ya te escucho.
—Aún entero en la memoria
Vive aquel tiempo de gloria
Para el soldado español.
Paréceme que mis ojos
Aún ven el choque sangriento,
Y el polvo que, por el viento,
Á oscurecer iba el sol.
—¿Y la patria te abandona?
—¡*En el invierno, hijo mio,*
Tiemblo de frio!
¡*Yo, que gané su corona,*
Tiemblo de frio!

—¡Pobre padre! ¡Pobre padre!
—Otra vez, nuestra arrogancia
Arrodillarse hizo á Francia
En los campos de Bailén.
Á la voz de ¡¡*Fuego*!! ronca,
Bramaba la artillería:
¡Oh, cuánto francés caia
Bajo mi sable tambien!
—¡Y la patria á tu querella...
—¡*En el invierno, hijo mio,*
Tiemblo de frio!
Yo, que combatí por ella,
Tiemblo de frio!

—¡Triste vejez te guardaba!
—Mi mano cogió banderas
De legiones extranjeras
Que vinieron á lidiar.
Las que en Italia vencieron,
Las que en el Rhin tremolaron ,
Las que en Oriente espantaron
Las negras tribus de Agar.
—¿Y... ni una sola mirada?
—¡*En el invierno, hijo mio,*
Tiemblo de frio!
¡*En esta cabaña helada*
Tiemblo de frio!

—Aún te sangran las heridas.
—Y aún conservan pecho y brazos
Cicatrices de balazos
Que en campaña recibí.
De horrible dolor entónces
El pecho se desgarraba;
Pero allí nadie lloraba...
Matábase sólo allí.
—¡Mi corazon se destroza!
—¡*Y ahora, pobre hijo mio,*
Tiemblo de frio!
¡*En esta mísera choza*
Tiemblo de frio!

—¡Maldita la patria sea!
—¡Oh! no, es mi amor, mi consuelo;
Primero te mate el cielo
Que escuchar tu maldicion.
La patria es tu dulce madre,
Y si oye nuestros enojos
Ya nos tenderán sus ojos

Miradas de compasion.
—Sí, nuestra madre es España.
—¡*Si ella nos mira, hijo mio,*
No tendré frio!
¡*Huyendo de esta cabaña*
Pasará el frio!

1848.

ETERNIDAD DEL GENIO.

Adios, hermano, pues te vas del suelo,
Campo de sangre y de sañuda guerra;
Aplausos te reciben en el cielo,
Si lloros te despiden en la tierra.
Mas ¿por qué nos aflige estéril duelo
Cuando este pobre valle se te cierra?...
De alegría nos llene tu memoria,
Que el sepulcro es la cuna de la gloria.

Como tú, Garcilaso halló en la muerte
La playa de la mar que atravesamos;
De Lope y Calderon con igual suerte
El paso de este mundo recordamos.
La tierra devoró á la *tierra* inerte,
Mas sus nombres queridos no olvidamos;
Pues dice, y dice bien, alguna historia,
Que el sepulcro es la cuna de la gloria.

Aquí, á los hombres conmovió tu lira

Engalanada con perpetuas flores;
Allá, en sonido celestial suspira
De Dios ante los vivos resplandores.
No tiene el ángel, que tu voz admira,
Más dulzura en sus ecos seductores;
Así, ignora quien gime á tu memoria,
Que el sepulcro es la cuna de la gloria.

Tú serás, mientras haya una garganta
Para cantar tus versos inmortales,
En el templo del Arte imágen santa,
Orgullo de las musas nacionales.
Si España un monumento no levanta
Á sus mejores hijos y leales,
La juventud lo erigirá en tu *historia*, (1)
Que el sepulcro es la cuna de la gloria.

Tú eres grande y no mueres, compañero;
Anda con Dios, por siempre, buen hermano,
Mientras nosotros, entre abrojo fiero,
Vamos del mundo por el triste llano
Como la hormiga va por el sendero
Expuesta á que la pise algun villano;
¿Quién mañana dirá á nuestra memoria;
El sepulcro es la cuna de su gloria?

(1) Alude á la corona fúnebre que en honor de D. Alberto Lista se publicó, en la cual tuvo cabida la presente poesía.

LOS NIÑOS.

Á MI SOBRINA, LA NIÑA ISIDRA SOLÍS DE AGUILERA.

—Anciano amigo, nosotros
Del mundo en breve saldremos;
¡Ay de mí! poco podremos
Ya por nuestra patria hacer.
Mas si los niños nos oyen
Consejos puros y sanos,
Serán buenos ciudadanos
Y buenos hijos tambien.
—En su tierna condicion
¿Tanto nuestro ejemplo alcanza?
—*Los niños son la esperanza*
Más bella de la nacion.

—Demos, pues, desde la cuna,
Como á su cuerpo sustento,
Á su espíritu alimento;
La ignorancia es criminal.
Así, cuando hombres se llamen,
Segun sabios pareceres
Conocerán sus deberes,
Derechos y dignidad.
—¿Con la luz de la instruccion
Se consigue tal mudanza?
—*Los niños son la esperanza*
Más bella de la nacion.

—No hay amor que al ciudadano

Como el de la patria cuadre;
Si no amamos á esta madre
Nos la ultrajarán al fin.
Que sepan, sepan amarla
Nuestros hijos inocentes,
Y serán independientes,
Pese al extranjero ardid.
—¿De toda injusta invasion
Sabrian tomar venganza?
—*Los niños son la esperanza*
Más bella de la nacion.

—Las muertas generaciones
Se hubieron odio profundo;
La fraternidad del mundo
Como un sol ha de nacer.
Unamos á nuestros hijos
Entre sí con firmes lazos,
Y al extranjero sus brazos
Tenderán ellos despues.
—¿No habrá ni un negro pendon,
Ni tinta en sangre una lanza?
—*Los niños son la esperanza*
Más bella de la nacion.

—Inspirémosles sin tregua
Inclinacion al trabajo,
Que él sólo nos da aquí abajo
Órden, alegría y paz.
El ocio es padre del crímen,
Y engendra las ambiciones
Que hacen hoy de las naciones
Campos de guerra tenaz.
—¿Vendrá esa trasformacion,
Si horror juran á la holganza?

—*Los niños son la esperanza*
Más bella de la nacion.

—¡Ay! el sol caerá muy pronto
Sobre nuestra losa fria,
Ese sol que todavía
Alumbra á tiranos mil.
Aprovechemos las horas,
No ya en pueriles cariños,
Sí en enseñar á los niños
Á ser hombres ó morir.
—¿Y á puerto de salvacion
Arribarán con bonanza?
—*Sí, que ellos son la esperanza*
Más bella de la nacion.

1848.

CÓMO ENTRAN Y CÓMO SALEN.

—Levanta los ojos, Curro;
¡Criatura, no estés triste,
Que si á la cárcel viniste
No tardarás en salir!
Hoy cumplo yo la condena,
Aquí se quedan mis vicios
Y á ejercer voy los oficios
Que me han enseñado aquí.
—Pues comienza á relatar.

—Aquí he venido
Por no haber sido
Bastante diestro...
Pero al mes, era maestro
En el arte de ROBAR.

—Sólo hallarás una contra,
Si es que despacio lo miras,
Y es que el aire que respiras
Es aire de corrupcion.
Mi cuerpo, antaño más fuerte
Que el árbol de la montaña,
Débil es hoy como caña
Que vegeta en un rincon.
—Sigue, no dejes de hablar.
—Aquí he venido
Por no haber sido
Bastante diestro...
Pero al mes, era maestro
En el arte de ESCALAR.

—No temas rudas fatigas;
¿Sabes cuál es tu trabajo?
Pasearte de arriba abajo,
Dormir sin tasa y comer.
Así no podrá tu padre
Pedirte pan, con clamores;
Vida es esta de señores
Y no es mejor la del rey.
—Ya no es tanto mi pesar.
—Aquí he venido
Por no haber sido
Bastante diestro...
Pero al mes, era maestro
En el arte de VAGAR.

—Curro mio, eres un niño,
Mas con el tiempo te juro
Que te has de hacer hombre duro,
Y despues de duro, atroz.
Antes yo con la navaja
Me batía frente á frente;
Ahora despacho á la gente,
Sin decir: «aquí estoy yo.»
—Esto me empieza á gustar.
—Aquí he venido
Por no haber sido
Bastante diestro...
Pero al mes, era maestro
En el arte de MATAR.

—Cuando esta casa me dieron,
Despues de pesquisas hartas,
Manejaba yo las cartas
Como las manejas tú.
Hasta el alma ¡ay! me robaron;
Pero como la experiencia
Es la madre de la ciencia,
He salido gran tahur.
—Por rico te puedes dar.
—Aquí he venido
Por no haber sido
Bastante diestro...
Pero al mes, era maestro
En el arte de TRAMPEAR.

—Cuando salgas de la cárcel
Te mirarán de soslayo:
Que te miren ¡voto á un rayo!
Que hablen bien ó mal de tí.
Adios, y deja á los hombres

Que perversos te desdeñen,
Pues con lo que otros te enseñen
Ganarás para vivir.
—¡Ya se acabó mi pesar!
—Aquí he venido
Por no haber sido
Bastante diestro...
¡*Adios, que ya soy maestro*
En el arte de MEDRAR!

1846.

POR LA PATRIA.

—¿Á dónde vas, hijo mio,
Que así dejas la cabaña?
—Á combatir por España,
Como bueno á pelear.
—¿Á mis lágrimas no atiendes?
¿No sientes mis manos yertas?
—Al dintel de nuestras puertas
Ya los franceses están.
—¡Guárdete Dios!
¡Corre á morir por la patria!
—¡Adios!
—¡Adios!

—Esposo, tus hijos lloran.
—Basta de duelos prolijos;
Quiero que aprendan mis hijos

Á morir por la nacion.
—¡No tienen pan!—Con la sangre
De las venas enemigas
Brotarán flores y espigas
Los campos del labrador.
—¡Guárdete Dios!
¡Corre á morir por la patria!
—¡Adios!
—¡Adios!

—¡Huérfanos, padre, quedamos!
—La sangre de Mayo clama,
Y todo el pueblo se inflama
Al grito de libertad.
—¡Te van á quitar la vida!
—Siempre por la patria es tarde,
Y no se sufre á un cobarde
En esta nacion leal.
—¡Guárdete Dios!
¡Corre á morir por la patria!
—¡Adios!
—¡Adios!

—¿Veis allá léjos, muy léjos,
Donde acaba el horizonte,
Entre el ramaje del monte
Cien puntos de fuego arder?
Pues allí nuestros soldados,
Entre lodo, y viento, y nieve,
Mientras llueve, mientras llueve
Pasar la noche se ven.
—¡Guárdete Dios!
¡Corre á morir por la patria!
—¡Adios!
—¡Adios!

—Mañana, por el angosto
Vecino desfiladero,
El ejército extranjero
Pasará para Madrid.
Mañana, sobre su frente
Desplomarán nuestros brazos
De esa montaña pedazos,
Que lo sepulten allí.
—¡Guárdete Dios!
¡Corre á morir por la patria!
—¡Adios!
—¡Adios!

1847.

IRLANDA. *

Irlanda, la más bella paloma de LAS ISLAS,
La de los verdes campos, la encantadora ERIN (1),
Tendida en el romántico sepulcro de sus flores
Aguarda suspirando de su existencia el fin.
ALBION (2), la bandolera de pueblos y de mares,
Robóla sus tesoros, armada de puñal;
Y ERIN, desde su tumba, desfallecida pide
Para sus hijos PAN,
¡*Sólo* PAN!

(1) Irlanda.
(2) Inglaterra.

En su agonía abraza con místico entusiasmo,
Como única esperanza, la cruz del Redentor;
Mas en los nobles hijos que amamantó su pecho
Sin término hinca el hambre su diente destructor.
Como tropel de espectros, la blanca faz difunta,
Y la mejilla cárdena pasando lentos van,
Y lloran cuando clama su moribunda madre:
— *Para mis hijos* PAN,
¡*Sólo* PAN!

Los pobres irlandeses trabajan como el negro
Cuyo semblante quema del trópico la luz;
Y brota de la entraña de su fecunda tierra
De frutos regalados inmensa multitud.
Mas siempre la fortuna fué ingrata para el pueblo,
Que ve entre cien señores partirse la heredad,
Sin que la voz de IRLANDA les mueva cuando pide
Para sus hijos PAN,
¡*Sólo* PAN!

Un dia, congregadas, de Albion las Asambleas
Fingieron condolerse de tanto padecer;
ERIN abrió su pecho, ya frio, á la esperanza,
Y sus hambrientos hijos cantaron de placer.
Mas ¡ay! pronto abatieron sus pálidas cabezas...
ALBION les daba leyes de estéril libertad,
Cuando de ERIN se oia siempre esta voz horrible:
—*Para mis hijos* PAN,
¡*Sólo* PAN!

¡ALBION, maldita seas! ¡ALBION, maldita seas!
Tus labios beben sangre, tu sed no calmará...
La sangre de los pueblos que á tu furor sucumben
Tu cuerpo de gigante robusteciendo va.
Hipócrita, al esclavo le quitas la cadena

Tu yugo insoportable poniéndole á la par;
¡Ay! como á ERIN la hermosa, que eternamente pide
Para sus hijos PAN,
¡*Sólo* PAN!

ERIN repite el himno que entona el Occidente
Sentado en los escombros del templo que cayó;
Y torna al Occidente sus ojos azorados
Cual náufrago que el puerto de su ventura vió.
Los pueblos generosos te dan sus simpatías
Y al bárbaro pirata, maldicen, de la mar...
¡Oh! Europa tendrá rayos para el pirata, y busca
Para tus hijos PAN,
¡*Dicha y* PAN!

1848.

CANTO DE NAPOLEON.

—Marchemos á la guerra, batallones,
Yo os cubro con mi púrpura imperial;
Ante mi sombra inmensa las naciones
Como palomas desbandadas van.
¡Mio es el mundo! hasta invadir el cielo
Tascará duro freno mi corcel;
Yo rasgaré su misterioso velo
Haciendo levantar otra Babel.
Ya no veo frontera ni horizonte
Que no alumbren los rayos de mi sol.
—*Mientes, ó ciego estás; baja del monte;*
Aún te falta vencer al español.

—Lancé un grito de guerra, y á este grito
Postráronse á mis plantas pueblos mil;
Temblaron las montañas de granito;
Paró su curso temeroso el Rhin.
Los jardines de Italia encantadores
Atravesó mi gente en són marcial,
Y verdes lauros y tempranas flores
Nos dieron sus mujeres, al pasar.
Ya no veo frontera ni horizonte
Que no alumbren los rayos de mi sol.
—*Mientes, ó ciego estás; baja del monte;*
Aún te falta vencer al español.

—Yo las Esfinges saludé en Oriente;
Yo en el desierto resistí al *simoun;*
Luz una noche me pidió mi gente...
Y á cañonazos incendié á Moscow.
Yo sentencié al Consejo de Venecia;
Mi planta holló los campos de Wagrám;
Cual roja exhalacion pasé por Grecia
El sueño de los siglos á turbar.
Ya no veo frontera ni horizonte
Que no alumbren los rayos de mi sol.
—*Mientes, ó ciego estás; baja del monte;*
Aún te falta vencer al español.

—Yo hice nacer legiones de soldados
Como yerbas y rosas el Abril;
Á mi voz se miraban espantados
Los clubs en sus cavernas de Paris.
Del viejo mundo las caducas leyes
En un lago de sangre sepulté;
Los carcomidos tronos de los reyes
En astillas rodaron á mis piés.
Ya no veo frontera ni horizonte

Que no alumbren los rayos de mi sol.
—*Mientes, ó ciego estás; baja del monte;*
Aún te falta vencer al español.

—Yo el bélico renglon de *Francia y gloria*
Pinté en el oriflama nacional,
Y eclipsó las grandezas de la historia
De mis triunfos el rápido huracan.
Yo dormí con mis viejos veteranos;
Yo su pan crudo y negro devoré,
Y una turba raquítica de enanos
En raza de gigantes trasformé.
Ya no veo frontera ni horizonte
Que no alumbren los rayos de mi sol.
—*Mientes... que un dia, al descender del monte,*
Sepulcro dió á tu gloria el español.

1847.

EL MAESTRO QUE NO VIENE.*

AL EXCMO. SR. D. MANUEL RUIZ ZORRILLA.

—Abuela, dicen que hoy viene,
Viene un maestro de escuela;
Vamos al camino, abuela,
Conmigo al camino ven.
¡Qué alegría! ¡Cuántas cosas
Nos dirá, que ahora ignoramos!
Á recibirle salgamos

Hasta la alameda, á pié.
—No vendrá; mas si viniere,
Como aseguran, Tomás,
¡ *Ya verás cuánto te quiere,*
Ya verás!

—Abuela ¿cómo es que tarda?
Mucho me temo otro engaño;
Ya se le espera hace un año
Y él no acaba de venir.
Ese sí que será bueno
Y no el que en el pueblo habia:
Aquel triste no sabia
Leer, hablar, ni escribir.
—No vendrá, ó tu abuela sueña;
Pero si viene, Tomás,
¡ *Ya verás cuánto te enseña*,
Ya verás!

—De la ciudad vino un niño,
Y era el oirle una gloria,
Cuál relataba la historia,
La historia de la nacion.
Aquí ¡ay abuela querida!
Al que en saber más avanza
Apénas si se le alcanza
Cómo se labra un terron.
—No vendrá... ¡sueños falaces!
Pero si viene, Tomás,
¡ *Ya verás qué sabio te haces,*
Ya verás!

—Diz, abuela, que los libros
Hacen buenos ciudadanos,
Corteses á los villanos

Y compasivo al cruel.
Y diz tambien que en sus hojas
El gran secreto se encierra,
Para que la dura tierra
Grandes cosechas nos dé.
—No vendrá, ni por asomos;
Pero si viene, Tomás,
¡ *Ya verás qué ricos somos,*
Ya verás!

—Abuela ¿no te da risa
De ver cómo deletrea
El alcalde de la aldea
Cualquier órden superior?
¡Oh! si el maestro llegase,
Te aseguro, abuela mia,
Que en dos lecciones podria
Ser mejor alcalde yo.
—No vendrá, esperas en balde;
Pero si viene, Tomás,
¡ *Ya verás si eres alcalde,*
Ya verás!

—Ya me amenaza la quinta,
Me llevará de contado,
Y siempre seré soldado,
Y siempre al hombro el fusil.
Mas si viniendo el maestro
Por su cuenta me tomára...
¡Quién sabe adónde llegára
Con la ambicion que hay en mí!
—No vendrá, segun se advierte;
Pero si viene, Tomás,
¡ *Ya verás cómo haces suerte,*
Ya verás!

—¡Oh! ¡ya no viene! han pasado
Dias y dias sin cuento,
Siempre yo en igual tormento,
Siempre en igual inquietud.
¡Ay, abuelita del alma!
Mis esperanzas presumo
Que convertidas en humo
Van por la atmósfera azul.
—No vendrá, mas si viniere,
Como aseguran, Tomás,
¡*Ya verás cuánto te quiere,*
Ya verás!

1847.

VEINTE AÑOS DESPUES.

El poeta. —Miradle bien, ya se acerca;
Mordazas su voz ahogaban,
Cadenas le sujetaban,
Por eso en venir tardó.
Tomás, á cumplir yo acudo
La antigua promesa que hice;
Conmigo aplaude, y bendice
Al que sus hierros partió.
Tomás. —Con su retrato, en la escuela
Pondré su nombre además:
Allí los verás, abuela,
Los verás.

1869.

EL PROSCRITO.

—Español, ¿por quién suspiras?
—Por España, buen francés.
—El cielo que en Francia ves
¿No tiene brillante sol?
Nubes de jazmin y rosa
Abren paso á su destello...
—Para mí no lo hay más bello
Que el bello cielo español.

—Tiende la vista á los campos.
—Campos son encantadores.
—Es Francia jardin de flores
Que beben la luz del sol.
Fuentes y limpias cascadas
Refrescan el aura pura...
—¿Qué campo más hermosura
Tendrá que el campo español?

—Nadie compite en el mundo
Con nuestras lindas doncellas.
—Otras hay más lindas que ellas
Bajo la lumbre del sol.
En cuya sangre cristiana
Hierve la sangre de Oriente,
Y en cuya soberbia frente
Arde el orgullo español.

—Da treguas á tus pesares,
Pues te ofrece asilo y mesa

La hospitalidad francesa,
Tan antigua como el sol.
—Buen francés, Dios que te escucha
No olvidará tus acciones,
Si injustas persecuciones
Te echan al suelo español.

—El cántico de las aves
Mi corazon estremece,
La campiña me entristece,
Me abrasa el fuego del sol.
—¿Qué buscas, pues, que así el llanto
Rueda por tu faz ajada?
—¡Ay! ¡mi patria idolatrada!
—*Dátela el cielo, español.*

1847.

LA CARIDAD.

INTRODUCCION.

La caridad es la brisa
De los jardines del cielo;
Es imágen del consuelo
Al dintel de un panteon.
Al desvanecer el cáos,
Dios, en su juicio profundo,
La puso en medio del mundo
Con toda la luz de un sol.

Luz que hasta en el hueco oscuro
De las hondas madrigueras
Donde respiran las fieras,
Derrama su resplandor.
¿No alumbrará las tinieblas
Del pecho humano ese sol?

ECO.

—Triste y lluviosa es la noche:
¡Desgraciado el peregrino
Que haya perdido el camino
Del monte en la oscuridad!
Pero han llamado á la puerta:
—¿Quién es?—Un mísero anciano;
Abrid, por el cielo, hermano,
El cielo os lo pagará.
—Entrad en mi humilde choza,
Sin temor ni pesadumbre;
Para el frio, tendreis lumbre,
Para el hambre, tendreis pan.
—El cielo os escucha, hermano,
Y el cielo os lo pagará.

—Sola, huérfana en la tierra,
Tocando al fin de tu vida
estás ¡oh niña! abatida
En el lecho del dolor.
—¿Quién hablaba? ¿qué me quieren?
¡Vírgen mia, cuánto peno!
¿Sois acaso el ángel bueno
Que yo demandaba á Dios?
—Vengo á velar á tu lado,
Secar el llanto que llores
Y remediar los dolores

De tu pobre corazon.
—¡Hermana, tú eres el ángel
Que yo demandaba á Dios!

—Monstruo voraz es el fuego,
Nadie su pujanza doma,
Y ese techo se desploma,
Y esa casa va á caer.
Al pié de aquella ventana,
Una madre, sin fortuna,
Abraza á un niño en la cuna,
Y arde el incendio tras él.
—¡Socorro! ¡misericordia!
—¡Infeliz! no en vano clamas;
Aunque me traguen las llamas
Á salvaros volaré.
—Mi hijo está aquí, socorredle,
Que arde el incendio tras él.

—Es de noche, y nadie acude...
¡Cien rayos! ¡mil terremotos!
Me dejan, los brazos rotos,
Como á un perro echado aquí;
Aquí, en un lago de sangre,
Todos revueltos y juntos
Los vivos con los difuntos
Que cayeron en la lid.
—¡Camarada!—¿Quién me busca?
Aquí estoy con dos balazos.
—Yo te llevaré en mis brazos.
—No abandones mi fusil.
—¡Dios vela por los valientes
Que cayeron en la lid!

1846.

EL CORCEL DE BATALLA.

Dice un húsar azuzando
Á su corcel de batalla:
—Ya el rumor de la metralla
Zumba en la revuelta lid.
Ya de gozo te estremeces,
De sed de sangre estás ciego,
Y blanca espuma de fuego
Te brota en la ancha nariz.
¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡*Hurra*! ¡*Viva la nacion*!

¡Soberbia estampa es la tuya!
Mirándome voy en ella,
Como se mira una bella
En una fuente, al pasar.
¡Camarada, eres buen mozo!
Tu crin es limpia y suave
Como las plumas de un ave
Que se ha bañado en el mar.
¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡*Hurra*! ¡*Viva la nacion*!

La nieve hiela tu pecho,
Por eso, á lo que presumo,
Respiras pólvora y humo

Que incendian tu corazon.
Y es música que te inflama
Con su infernal armonía,
La voz de la artillería
Que sale de aquel peñon.
¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡*Hurra*! ¡*Viva la nacion*!

Hoy se mancha tu vestido,
Mas ¡vive Dios! que mañana
Te he de poner el de grana,
Si entramos en la ciudad.
Y te llevaré á paseo,
Y se parará la gente
Á mirar tu continente
Marchando con majestad.
¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡*Hurra*! ¡*Viva la nacion*!

Alas llevas en los cascos,
Por eso en la lid deshecha
Vamos los dos como flecha
Que dispara un cazador.
Yo, matando con mi lanza
En botes rudos y ciertos,
Y tú pisando los muertos
Por este campo de horror.
¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡*Hurra*! ¡*Viva la nacion*!

Ayer nos sirvió de techo
La inmensidad del espacio:
Hoy tendremos un palacio,
Y una cama en que dormir.
Compañero... ¡á escape! ¡á escape!
Que, entre una lluvia de balas,
Colgando van las escalas
Del muro, para subir.
¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡*Hurra*! ¡*Triunfó la nacion*!

1846.

¡QUÉ HERMANOS!

—¡Caballero, una limosna;
Por la Vírgen, caballero!
Soy un pobre jornalero
Que no lo puede ganar.
Trabajo busco... ¡ay! en balde;
Me dicen que no hay trabajo,
Y andando de arriba abajo
Llevo seis dias de afan.
Nada tengo, señor, nada;
En mi situacion repare.
—¡*Cómo ha de ser*! *Dios le ampare*,
Que es quien le puede amparar.

—Tres niños tengo, y fallecen
De miseria los tres niños;
¡Si los vieseis! como armiños,
Blancos cual la nieve son.
He de traerlos mañana
Y los vereis al traerlos;
Seguro estoy de que al verlos
Se os partirá el corazon.
¿Aún no me ois? ¿Más miserias
Quereis, al fin, que os declare?
—*Le digo que Dios le ampare,*
Que puede ampararle Dios.

—El cielo me oirá algun dia,
Fio en la piedad del cielo;
Mas ¡cuán amargo es el duelo
Que hay entre tanto en mi hogar!
La madre de mis tres hijos...
¡Ay! muriendo está la madre:
Dadme, señor, si sois padre,
Una *triste* caridad.
Yo diré que sois humano
Á quien por vos preguntare.
—*Repito que Dios le ampare,*
Que es quien le puede amparar.

—Por mis yerros, tal vez, sufro;
Dios perdonará mis yerros;
Pero ¡ay, señor! vuestros perros
Son más dichosos que yo.
Conmigo partid sus sobras,
Dejad que hoy coman conmigo,
Como un huésped, un amigo
Que busca su proteccion.
Mal pago tendrá quien sordo

Al prójimo abandonare.
—*(¡Ya me irrita!) Dios le ampare,*
Que puede ampararle Dios.

—Opulento sois; ¿quién debe
Dar, si no da el opulento?...
No os pido yo un aposento
Grande y de lujo sin par;
Ni vestidos que me abriguen
(¡Para el pobre no hay vestidos!)
Ni esos anchos y encendidos
Braseros, que calor dan.
Con un poco de pan negro
Que á sus perros les quitare...
—*(¡Voto á un rayo!) Dios le ampare,*
Que es quien le puede amparar.

—La puerta vais á cerrarme...
¡Bien! me voy de vuestra puerta;
Otra me dejais abierta,
Y es la del crímen, señor.
La mano de la justicia
Me persigue... y vuestra mano;
¿Qué ha de hacer el artesano
Más que ir á su perdicion?
No hay jornal, ni una buen alma
Que del crímen me separe...
—*¡Vaya fuera, y Dios le ampare,*
Y si no... DÉJELE DIOS!

1847.

CANCION DE LOS TALLERES.

—¡ Venid, oh compañeros!
¡Venid! desde esta aurora
Idea redentora
Recibe adoracion.
—¿Qué idea redentora
Recibe adoracion?
—Aquella que, al mostrarse,
Gran multitud atrajo,
Su nombre es EL TRABAJO,
Y él es tambien el dios.

CORO.

Resuenen los talleres con ecos de alegría;
Á trabajar corramos, que va á salir el sol;
Y en los robustos hombros del que con fe trabaja
Descansa la fortuna, la paz de la nacion.

—Ni mármoles soberbios
Para mayor decoro,
Ni lámparas de oro
En torno al dios se ven.
—¿Ni lámparas de oro
En torno al dios se ven?
—Son, como la ley nueva,
Sencillos los altares,
Los vuestros sus cantares,
El templo es EL TALLER.

CORO.

Resuenen los talleres, etc.

—Ministros necesita
La ley fecunda y nueva;
Pero tambien reprueba
La vana ostentacion.
—¿Por qué tambien reprueba
La vana ostentacion?
—Porque es la inútil pompa
De nuestra ley azote,
Y de ella sacerdote
Será EL TRABAJADOR.

CORO.

Resuenen los talleres, etc.

—No pide á sus adeptos,
Contrarios á los vicios,
Sangrientos sacrificios
Que manchen el altar.
—¿No pide sacrificios
Que manchen el altar?
—Ni atiza la discordia,
Ni alienta la venganza;
Su víctima es LA HOLGANZA,
Y al dios se votará.

CORO.

Resuenen los talleres, etc.

—Aquel que esta doctrina
Venere con fe inmensa,
Tambien su recompensa
Tendrá en el porvenir.
—¿Cuál es la recompensa
Que ofrece el porvenir
—La PAZ de la familia,

El PAN de su sustento,
Y el íntimo CONTENTO
De haberla hecho feliz.

CORO.

Resuenen los talleres, etc.

—La ley, que á todos llama
Sin séquito de guerra,
Conquistará la tierra
Que hoy vive sin quietud.
—¿Conquistará la tierra
Que hoy vive sin quietud?
—Y el fausto destruyendo
De corrompidos séres,
Saldrá de los talleres
El sol de la virtud.

CORO.

Resuenen los talleres con ecos de alegría,
Á trabajar corramos, que va á salir el sol;
Y en los robustos hombros del que con fe trabaja
Descansa la fortuna, la paz de la nacion.

1847.

¡AY DE ESPAÑA!

¡Honor á Suiza libre que al mundo ha despertado
Laureles recogiendo para su augusta sien!
Á gigantesca lucha los pueblos ha llamado...
Ya sale á las batallas Europa en su corcel.
Nosotros ¡oh vergüenza! en muchedumbre impía
Danzamos como siervos, de la cadena al són:
España es como cisne que canta en su agonía;
De sus despojos fénix, ya Suiza renació.

Cuando al rumor siniestro de un mar de sangre humana
Surgía el astro pálido de nuestra libertad,
En tumba silenciosa, dormia nuestra hermana,
Italia, nuestra hermana, era cadáver ya.
Mas fiera levantándose, saluda al nuevo dia;
¡Nosotros en placeres vemos caer el sol!
España es como cisne que canta en su agonía;
De sus cenizas fénix, Italia renació.

El huracan de Francia nos trae mil clamores;
Magníficos incendios levanta en pos de sí;
Mas ¡ay! que en este suelo de luto y de dolores
Ni para ver hay ojos, ni oidos para oir.
Con carcajadas roncas de estúpida alegría
Los ayes apagamos del pobre corazon:
España es como cisne que canta en su agonía;
De sus cenizas fénix, ya Francia renació.

Sólo el cañon del Norte nuestros oidos hiere,
Mas la bandera libre sin un jiron se vé;

Podrá morir Europa, la libertad no muere;
Dios, que le dió su vida, la salvará tambien.
Y en tanto marcha Europa ¿qué hace la patria mia?
Murmura himnos de fiestas al pié del panteon!
España es como cisne que canta en su agonía;
Mañana dirán todos: «EUROPA RENACIÓ.»

¿No veis en vuestros sueños banderas desplegadas
Y ejércitos de bravos sin término pasar?...
Unas tras otras corren las huestes apiñadas...
Es la familia humana que á emanciparse va.
Y la victoria es suya, que Dios sus pasos guia,
Mientras en los festines desmaya nuestra voz:
España es como cisne que canta en su agonía;
¿Cuándo decir podremos que España renació?

1848.

EL DOS DE MAYO.*

¡Otra vez esas campanas,
Otra vez esos gemidos
Vienen á herir mis oidos
Desde las torres cristianas!
Retiembla el viento á su acento,
Y hasta el confin de la tierra
Se oye esta voz en el viento:
—¡*Venganza, guerra*!—
Y el mar en ronca armonía,
Con un eco en cada ola,

Canta al nacer este dia
La independencia española.

Vendiendo amistad sincera,
Francia quiso esclavizarnos...
¡Sólo así pudo engañarnos
Esa cínica ramera!
Mas brillaron los arneses
Y el bravo empuñó su lanza,
Gritando al matar franceses:
—¡*Guerra*! ¡*Venganza*!—
Y el mar en ronca armonía,
Con un eco en cada ola,
Canta al nacer este dia
La independencia española.

¡Aún se oyen tristes clamores!
¡Aún de sangre se ven huellas!
En vano, hermosas doncellas,
Cubriéndolas vais de flores.
Que el valiente pueblo hispano
Clama del llano á la sierra,
Clama de la sierra al llano:
—¡*Venganza*! ¡*Guerra*!—
Y el mar en ronca armonía,
Con un eco en cada ola,
Canta al nacer este dia
La independencia española.

Paris tiene arcos triunfales;
Francia se despuebla á verlos;
Madrid, tú puedes hacerlos
Con cabezas de imperiales.
Madrid les cavó su tumba,
Aquí murió su esperanza,

Y aún se oye una voz que zumba:
—¡*Guerra*! ¡*Venganza*!—
Y el mar en ronca armonía,
Con un eco en cada ola,
Canta al nacer este dia
La independencia española.

En las horas de misterio,
Que á los mortales espantan,
Los mártires se levantan
Y dejan el cementerio.
En sus miradas fulguran
Cien rayos de luz que aterra,
Y lentamente murmuran:
—¡*Venganza*! ¡*Guerra*!—
Y el mar en ronca armonía,
Con un eco en cada ola,
Canta al nacer este dia
La independencia española.

Aprendan desde su infancia
Nuestros hijos inocentes,
Á morir independientes
Cual los bravos de Numancia.
Y en las futuras edades
Clame cuanto España encierra
En sus campos y ciudades:
—¡*Venganza*! ¡*Guerra*!—
Que el mar en ronca armonía,
Con un eco en cada ola,
Canta al nacer este dia
La independencia española.

1848.

EL TRIBUTO DE SANGRE.

AL GENERAL D. JUAN VAN—HALEN.

¡Dicen que la ley lo manda,
Y te arrancan de mis brazos!
Con el alma hecha pedazos
Partir allá te veré.
Anda, y calla, y obedece
Esa ley que Dios maldijo,
Que roba á la madre el hijo
Y el báculo á la vejez.
Hijo mio ¿volverás?...
Que á su tierra
Pocos vuelven,
Y á la guerra
Muchos van...
¡*Tú vas á la guerra, Juan!*

¿Quién labrará nuestro huerto,
Que es encanto de mis ojos?...
Mañana tristes abrojos
Bañará del sol la luz.
El pan faltará á tu madre,
Que, al sonar las oraciones,
No oirá las dulces canciones
Que tan bien cantabas tú.
Hijo mio ¿volverás? etc.

Mira quien viene del campo,
Ella, que iba á ser tu esposa;

Ni más gallarda es la rosa,
Ni más hermoso es el sol.
Al léjos tus compañeros
Trabajan con alegría...
¡Y tú pierdes en un dia
Madre, amistades y amor!
Hijo mio ¿volverás? etc.

Mira, reza por las noches
Á la Vírgen del Rosario,
Al pié de este escapulario
Que *Ella* me dió para tí.
Pónlo despues sobre el pecho,
Y, al marchar con firme planta,
Su imágen bendita y santa
Será tu escudo en la lid.
Hijo mio ¿volverás? etc.

Zagal mio ¿por qué lloras?
¿Es por ver que tus hermanos
Levantan las tiernas manos
Amparo pidiendo á Dios?
Así la tórtola gime,
Cuando con vuelo torcido
La roba del pobre nido
Algun gavilan traidor.
Hijo mio ¿volverás? etc.

¡Quién sabe!... Acaso mañana
El azar de una pelea
Te arroje á incendiar tu aldea,
La que te ha visto nacer.
Y ¡ay! á la voz de tu jefe,
Voz tremenda, inexorable,
No perdonará tu sable

Ni á tus hermanos, tal vez.
Hijo mio ¿volverás? etc.

¡Adios, prenda de mis ojos!
Vête en la flor de tu vida
Á la guerra aborrecida,
Que así lo manda la ley.
Hambre, fatiga y miseria
Te esperan... ¡pobre soldado!
Pero la ley lo ha mandado...
¡Confúndala Dios, *amen*!
¡Adios!... ¡Ya no volverás!
Que á su tierra
Pocos vuelven,
Y á la guerra
Muchos van...
¡Tú vas á la guerra, Juan!

1847.

LA VUELTA DEL VOLUNTARIO.

Partióse Juan á la guerra
Con pecho firme y sereno,
Y combatió como bueno,
Y herido tornó á su tierra.
Ya cerca de su destino
Decir oyó á un campesino:
— Los sables de los franceses
Han arrancado tus mieses,
¡Pobre Juan!

—¿Y están en la villa, están?
—De echarlos España acaba,
Á su tierra van marchando...
Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.

Rayando apénas la aurora
En el pálido horizonte,
En la espesura del monte
Halló Juan á una pastora.
Ella le dijo:—No sigas,
Pues las tropas enemigas
Al compás de sus cantares
Han quemado tus hogares,
¡Pobre Juan!
—¿Y están en la villa, están?
—De echarlos España acaba,
Á su tierra van marchando...
Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.

Á la puerta de la villa
Encontró á su hermano ciego,
Y una lágrima de fuego
Le rodó por la mejilla.
—¡Sin ojos tú, hermano mio!
—Por amparar con mi brio
Á tus hijos, sin fortuna,
Degollados en la cuna,
¡Pobre Juan!
—¿Y los franceses, están?
—De echarlos España acaba,
Á su tierra van marchando...
Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.

Cuando vino el nuevo dia
Se fué Juan de puerta en puerta,
Y en la que encontraba abierta
Una limosna pedia.
Y los niños y los viejos,
Que escuchaban los consejos
Y las glorias del valiente,
Repetian tristemente:
—¡Pobre Juan!—
Y él decia:—Ya no están,
De echarlos España acaba,
Á su tierra van marchando...—
Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.

Postrado por los dolores
Juan esperaba la muerte,
Y dolidos de su suerte
Así hablaban dos pastores:
—¡Qué de vueltas da este mundo!
¡Ayer, bueno!... ¡hoy, moribundo!
—Hoy, la miseria le humilla,
Y era envidiado en la villa;
¡Pobre Juan!
—Mas ya... en la villa... no... es... tan.—
Y Juan, que esto murmuraba
En el lecho agonizando,
Se iba acabando... acabando...
Y aún de júbilo lloraba.

1847.

EL PORVENIR.

Salga volando el alma de su mezquino encierro
Y lleve mis canciones del universo al fin ;
No más desastres llore la cítara de hierro ;
Voy á narrar la historia del hondo porvenir.
Las viejas sociedades derrúmbanse en montones,
Mas otras, como flores, veránse en pos brotar;
Y huyendo los tiranos irán por las naciones
Con su conciencia solos, sin patria y sin hogar.

Sus nidos abandonan las águilas reales ;
Sus nidos arrebata el huracan tambien;
Los que hoy al mundo asombran con torpes bacanales
Mañana tendrán hambre, mañana tendrán sed.
Las tumbas de los vivos, las lóbregas prisiones,
Á víctimas sin cuento mañana soltarán ;
Y huyendo los tiranos irán por las naciones
Con su conciencia solos, sin patria y sin hogar.

La libertad es reina, es reina ya de Europa ;
Ayer llamó á sus puertas, y Europa respondió ;
Ni ejércitos siguiéronla de mercenaria tropa,
Ni iluminó su tránsito la llama del cañon.
De gozo se estremecen los bravos corazones,
Sus lágrimas enjugan todos los pueblos ya ;
Y huyendo los tiranos irán por las naciones
Con su conciencia solos, sin patria y sin hogar.

Al són de la trompeta, que espanta á las ciudades,
Sucederán los cantos alegres del taller ;

Á edades turbulentas, más prósperas edades;
La choza y el palacio tendrán la misma ley.
¡Abajo de la guerra los bárbaros pendones!
¡Que la bandera santa tremole de la paz!
Y huyendo los tiranos irán por las naciones
Con su conciencia solos, sin patria y sin hogar.

Como del mar las olas se agitan los imperios;
De libertad el eco zumba del Norte al Sur;
Tú, que de la existencia comprendes los misterios,
¡Dios mio! más felices haz á los pueblos Tú.
Sobre ellos el tesoro derrama de tus dones,
Que de tus hijos *todos* el mundo sea heredad:
Y huyendo los tiranos irán por las naciones
Con su conciencia solos, sin patria y sin hogar.

Abril de 1848.

ANTE UN CRUCIFIJO.

MEDITACION.

Aquí vengo con íntimos dolores
¡Oh sol del alma mia!
Ceñida el arpa de funestas flores,
Pensando en tu agonía.
Que aún mis ojos te ven, mústio y sediento,
¡Ay! en la estéril loma
Desfallecer del Gólgotha sangriento,
Como herida paloma.

Mi númen, á tus piés, yace transido
Cual flor que abate el rayo,
Meditando en el último gemido
De tu mortal desmayo.
Lúgubres son mis himnos, como el lloro
De huérfano y de viuda,
Al ver que, agonizando, el bien que adoro
Helada sangre suda.
Tu sangre es el bautismo que redime
Á la familia humana;
Ésta rompiendo el yugo que la oprime,
Libre será mañana.
Que si tumba á tu cuerpo moribundo
Dió el Gólgotha, fué cuna
Donde nació la libertad del mundo
Como en el mar la luna.
La libertad, que há siglos atraviesa
Las tierras y los mares,
Desconsolada, y fugitiva, y presa
De indecibles pesares.
¡Ay, tambien los verdugos le pusieron
Corona vil de espinas!
¡Ay, tambien con sarcasmos escupieron
Sus mejillas divinas!
Mas tendrá en su camino solitario
Por un suplicio un sólio;
No morirá en la cruz de otro Calvario...
Subirá al Capitolio.
Celebrarán los pueblos su victoria
Con laureles y palmas;
Y hossanas mil de júbilo y de gloria
Entonarán las almas.
Pasarán los tiranos, como oscura
Nube de horror y asombros,
Y las razas esclavas á la altura

Llevaránla en sus hombros.
¡Sí, amoroso Jesús! Tú la sentencia
Dejas con sangre escrita,
Sacrificando al hombre tu inocencia
En la ciudad maldita.
Tu boca ha pronunciado una palabra
Que hunde las viejas leyes,
Y la santa igualdad ante Dios labra
De plebeyos y reyes.
Tu espíritu visita al artesano
En su taller desnudo,
Como en su casa de oro al soberano,
Como al ciego y al mudo;
El trabajo del pobre glorifica,
Y en balanzas iguales
Pesa del labrador la ruin pellica
Y las púrpuras reales;
Las hondas llagas del leproso cura,
Y como casta rosa
En este valle ostenta su hermosura
La caridad piadosa.
Del humano derecho el sol ya brilla;
La fuerza se estremece;
Tu brazo vencedor al fuerte humilla
Y al humilde enaltece;
El corazon del rico mueve y toca,
Y el pobre encuentra abrigo;
Dulce consuelo mana de tu boca,
Y halla pan el mendigo.
Tú solo eres el grande en cielo y tierra,
Puerto que á ver alcanza
La honesta vírgen, cuyo pecho encierra
Amor sin esperanza;
Tú el amigo á quien llaman tiernamente
Los séres desvalidos,

Y ángel de luz que pasa por su mente
Cuando sufren dormidos.

¡Oh! ya baña los cielos otra lumbre;
Ya fiero se desploma,
Como peña que baja de una cumbre,
El Norte sobre Roma.
Ya un imperio titánico en la llama
De Europa arder se mira,
Y del árbol feudal bajo la rama
El siervo ya respira.
Ya en polvo los castillos insolentes
Caducos se deshacen,
Y hollando su poder, independientes
Las monarquías nacen.
Ya la tormenta popular desquicia
Cuanto nutre su encono,
Colocando el nivel de su justicia
Junto al taller el trono.

¡Oh divino Jesús! tu aliento sabe
Regenerar naciones,
Y la semilla brota al calor suave
Que en su espíritu pones.
Tu paternal amor desde la altura
Por los imperios vela,
Como en la noche del invierno oscura
Despierto centinela.
Y si á tu voz levántanse los muertos
Con vida en sus despojos,
É iluminas los cóncavos desiertos

De sus helados ojos,
Tú los restos decrépitos del mundo
Sin fé, desmoronados,
Tocarás con tu labio, en bien fecundo,
Y serán trasformados.

1848.

EN LOS ÚLTIMOS DIAS DE 1848.

ANATEMA.

¡Huye, pasa veloz, año maldito,
La humanidad espera tu agonía
Como un reo el perdon de su delito!
¡Huye!... el año que el cielo nos envia
Tal vez disipe la tormenta oscura
Que sobre Europa ruge noche y dia.
¡Huye á la eternidad!... sólo amargura
Tu cáliz ha tenido, y sangre, y llanto;
Cáliz que el mundo desolado apura.
¡Ay, cuánta destruccion! ¡Ay, cuánto, cuánto
Dolor cruel sembraron tus enojos,
Cubriendo el alma de mortal espanto!
De los pueblos no quedan ya en los ojos
Lágrimas que llorar; son secas fuentes
Que corrieron entre ásperos abrojos.
Aquí, truena el cañon, y florecientes
Ciudades se desploman destrozadas

Entre el clamor horrible de las gentes.
  Allá, exánimes turbas, apiladas,
Yacen pidiendo pan, ó alzan banderas
Que el plomo abate luego acribilladas.
  Son la guerra y el hambre, compañeras
De la peste que avanza por el Norte
Sobre las alas de Aquilon, ligeras.
  En el campo, en la choza y en la córte,
En el pastor que habita la cabaña,
En el noble señor de altivo porte,
  En todas partes inquietud extraña...
El ánima del mundo está de duelo;
No flores, sepulturas el sol baña.
  Cuando la noche tiende por el cielo
Su cortinaje de crespon sombrío
Y en espesa tiniebla cubre al suelo,
  Espiran ayes mil en el vacío,
Sollozos y quejidos singulares
Que dan horror al pensamiento mio.
  ¡Ay! no es el eco de tranquilos mares
Esa lánguida voz que va en el viento;
Ni el agreste rumor de los pinares,
  Ni de las aves el canoro acento,
Ni el del festin, ni el choque de la copa,
Ni el respirar de un corazon contento.
  ¡Ay, no! Esa voz, que por do quiera topa
El oïdo, es la voz agonizante,
El apenado espíritu de Europa.
  Gimiendo va, cual gime tierno infante
Suspendido de un árbol en su cuna,
Sin el paterno amor del indio errante;
  Como gime en recóndita laguna
Una paloma, atravesado el pecho
Por un villano que la vió á la luna.
  Ya, invisible, penetra por el techo

De un opulento alcázar cortesano,
Y de un rey se coloca junto al lecho.
—«¿Quién eres?—le pregunta el soberano.
—Soy el alma de Europa, desterrada.
—Eres la libertad.—Y tú un tirano.
—¿Qué vienes á pedirme, desdichada?
—Óyeme; vengo á emponzoñar tu sueño
Y al par tu gloria, en sangre cimentada.
Cuando la noche vierta su beleño
Sobre tu rojo párpado cansado,
En tu labio de púrpura risueño;
Yo haré que te revuelques azorado
En el lecho real de seda y lino,
Como entre duros hierros un forzado.
Y pasarán en fila, de contino,
Con faz de espectros, espantables sombras
Que te irán maldiciendo en su camino.
Y pasarán, echando en tus alfombras
Lumbre que abrase tu desnuda planta,
Los que en tus largas pesadillas nombras.
Y pasarán; los unos, la garganta
Herida por el hacha del verdugo,
Que en tí es ley superior á la ley santa.
Y los otros tambien, los que te plugo
Matar porque tu yugo sacudieron,
Tu conciencia dejándote por yugo.
Y pasarán despues los que vinieron
Á pedirte un jiron de tus vestidos,
Y en vergonzosa desnudez murieron.
Y pasarán los de hambre fenecidos,
Los que llamaron al dintel de tu alma
Y no pudieron nunca ser oídos.
Y pasarán, para turbar tu calma,
Los que lloraban siervos del trabajo
Sin encontrar la sombra de una palma.

Y pasarán los que á tu alcázar trajo
La justicia, y te hallaron sordo y mudo,
Benigno siempre á quien te adula bajo.
Y pasarán, el campesino rudo
Con cuya sangre brotan de la tierra
El pan y el oro, que negarte pudo;
Y el soldado, á quien mandan á la guerra
Á matar y á morir para que viva
Quien el paso del bien te estorba y cierra.
¡Oh! todos pasarán: tu alma cautiva
Del delito en la red, clamará en vano
Porque Dios en su seno la reciba.
No hallarás en los hombres ni un hermano;
Y el relój de tus noches, lentamente,
Un siglo marcará con cada grano.»
Esto el alma de Europa, tristemente,
Esto al tirano de sus pueblos dice,
Que se agita en el lecho cual serpiente.
¡Huye!... que el universo te maldice;
¡Huye!... pasa veloz, año enemigo;
En breve tu existencia se deslice.
Á todos amenaza tu castigo;
Tú has sido el ángel negro de la muerte;
Todo azote del cielo va contigo.
Miro al valle... y del álamo más fuerte
La tempestad el tronco ha quebrantado,
Y entre marchitas ramas yace inerte.
Miro al collado... y baja del collado
Un sonoro torrente cristalino
De reflejos de sangre salpicado.
Del monte á lo profundo me encamino,
Y tropiezan mis piés con osamentas
Que el lobo corre á devorar, dañino.
Y tú tambien, pastor, tú, que apacientas
El hato en la llanura solitaria,

Sobre peñascos á llorar te sientas,
  Dirigiendo una rústica plegaria
Á Él que gobierna al sol que nos alumbra,
Tu propia suerte al lamentar, contraria.
  Busco el templo de Dios... y se vislumbra
Apénas, entre lúgubre ruïna,
Que al corazon más fuerte apesadumbra,
  La humilde Cruz del Redentor, divina;
Fariseos rodean sus altares...
Tiembla la luz del templo, mortecina.
  Y aquellos melancólicos cantares
De las hijas del pueblo, consagradas
Á Él que crió los cielos y los mares,
  Trocado se han en quejas arrancadas
Al pecho, como el último gemido
Que dan las arpas de Sion, colgadas.
  Voy al taller, y solo, y abatido
Yace el trabajador, como palmera
Que el huracan y el rayo han sacudido.
  Cansado, en un rincon la muerte espera,
Como alazan sin agua ni alimento
Y condenado á andar la vida entera.
  Si rotas sus cadenas, zumba el viento,
En sus alas conduce extraños sones,
Estrepitosos, fúnebres, sin cuento.
  Es que nacen del polvo unas naciones,
Olvidadas há siglos de la historia,
La aurora á saludar de sus regiones;
  Y que otros pueblos, con valor y gloria,
Caen como cayó la gran Sagunto,
Que aún vive de esta edad en la memoria.
  El Mediodía... el Norte, ese difunto
Coloso del pasado, se levantan,
Y Mediodia y Norte arden al punto.
  Los hijos de Milan muriendo cantan;

Las tumbas de Milan brotan soldados
Que á las falanges del tudesco espantan.
Los hijos de Mesina, ensangrentados,
Meditan su venganza, discurriendo
Por sus calles y muros abrasados.
Arrodíllase Viena al són horrendo
Del cañon imperial; se alza el prusiano,
Para ser grande, libertad pidiendo.
Crujen los tronos; como sueño vano
Desparecen las viejas monarquías:
Aquí, el pueblo se aclama soberano;
Mas allá, la nacion cuenta sus dias,
Bajo un yugo cruel, por los dolores
Que padece en las cárceles sombrías.
Aquí, alfombran de ramas y de flores
El paso de un ejército triunfante,
Al estruendo de trompas y tambores:
Sobre un mar de cabezas, oscilante,
Un tribuno del pueblo su elocuencia
Eléctrica hace oir más adelante.
¿Qué es esto, santo Dios? De ello la ciencia
Del hombre nada á penetrar alcanza,
Que todo su saber es impotencia.
¿Adónde Europa vá?... Se mueve, avanza,
Precipita su marcha, atropellando
Á unos pueblos sobre otros su pujanza.
Y cual mar borrascoso va tronando,
Razas diversas, y diversas gentes,
Y cetros en sus olas arrastrando.
¡Oh! apresura tus horas inclementes;
Año del exterminio, pasa luego
Como pasa el murmullo de las fuentes.
Tú has derramado la miseria, el fuego,
La esclavitud, la guerra fratricida,
Cuanto el genio del mal aborta ciego.

Y Tú, Dios bueno y justo, que das vida
Al águila real que hasta el sol vuela,
Como al insecto que en la flor anida;
Tú, bálsamo y aroma que consuela;
Vaso en que hartan su sed los labios rojos;
Lucero de la errante carabela;
¡Ay! cesa, por piedad, en tus enojos,
Y muéstranos la luz del arca santa
Donde en tanto peligro y sombra tanta
Europa ha de tornar los turbios ojos.

1848.

ECOS NACIONALES.

LIBRO SEGUNDO.

A Francisco Lea,

VENTURA.

PRÓLOGO

DE LA TERCERA EDICION.

No es la poesía un anacronismo en nuestros dias, segun suponen personas que se precian de conocer el espíritu del siglo en que vivimos; y no lo es, porque la poesía, sentimiento y expresion de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, tiene condiciones de perpetuidad. En mi opinion, por el contrario, progresa obedeciendo á la comun tendencia de las cosas humanas; pero progresa, experimentando al mismo tiempo renovaciones sucesivas. Cuando la poesía de un pueblo no sigue la ley providencial de la trasformacion, no sólo retrocede, pues aquí la inercia es retroceso, sino que hasta parece que muere; pero lo cierto es que únicamente acaba en una nacion, cuando ésta es borrada del catálogo de las naciones. ¡Desgraciada aquella que, á ser posible, existiese careciendo completamente de sentimiento poético; ella sí que sería un monstruoso anacronismo sin

ejemplo! Ni aún en los últimos períodos de las civilizaciones antiguas más florecientes, cuando ya la anarquía y la gangrena destrozaban el cuerpo social, faltaron hombres de corazon y de fe, que con su voz, eco de la de gran parte de sus conciudadanos, dulcificasen los dolores de la patria moribunda ó fulminasen el rayo de la sátira contra el vicio.

El sentimiento poético, proscrito otras veces, no menos que el sentimiento religioso y el de la libertad, germina oculto por algun tiempo como las semillas de las plantas debajo de la tierra; mas cuando llega la hora de manifestarse, asombra con su lozana pompa y desarrollo. Antes de la ruina del imperio de los Césares, el Cristianismo habitaba un mundo subterráneo; las catacumbas, como en Roma; las grutas y soledades eremíticas, como en Egipto. El pensamiento evangélico, la idea de la redencion de la humanidad, habia espirado en apariencia. Y no obstante, aquella religion fugitiva, escarnecida y martirizada, era la religion del porvenir, la religion que habia de ser reina y señora de las naciones. Otro tanto puede decirse de la libertad; no muere, germina oculta, y cuando se cree desterrada para siempre y vencida por el ateismo, se levanta, y muchas veces con superabundancia de vida.

Los poetas han sido en todos tiempos individualidades dotadas por el cielo con la facultad de revelar á sus semejantes, bajo una forma simpática, la belleza, las maravillas y metamorfósis del mundo físico y del mundo moral, y aún los destinos providenciales del hombre y de las sociedades; verdaderos apóstoles de la humanidad, intérpretes del plan divino, y aún en ciertas edades conservadores casi exclusivos de las tradiciones y hechos memorables. Pero el poeta debe ser siempre contemporáneo; esto es, cantar la época en que vive, como cantaron la suya los líricos, épicos y dramáticos que constituyen la dinastía inmortal de los grandes genios. Homero lega á las generaciones futuras la historia épica de los pueblos cuyo nombre perpetúa en sus poemas; los profetas anuncian los sucesos más interesantes de la epopeya bíblica.

En tiempos normales, el hombre inspirado pinta imágenes apacibles, risueñas, tranquilas, porque respira en una atmósfera de paz, de calma y de contento; pero ese mismo hombre no haria de su genio el uso elevado para el cual le fué concedido, si á vista de sangrientas catástrofes, de dolorosas convulsiones, de terribles infortunios volviese la espalda á la sociedad, que tiene derecho á que se la enseñe, á que se la consuele,

y á que se la dirija por el camino trazado *ab initio* por el dedo de la Providencia. Cuando los poetas no comprenden su mision, no se les oye, se les oye con indiferencia, ó se les olvida pronto, por más aplausos que reciban á su aparicion. ¡Qué instinto tan admirable el de los pueblos, y cuán merecida la expiacion de los que faltan á su siglo!

El nuestro, se dice, no se ocupa mas que de intereses positivos, es egoista, es incrédulo. ¿Es incrédulo?... Pues vosotros, hijos predilectos del cielo, vosotros, que teneis sensibilidad é inspiracion, debeis atraerlo á la creencia; porque la creencia es nuestro ángel custodio, ángel fiel al hombre en las mayores tribulaciones de la vida, cuando todo le abandona, le aflije ó le engaña. ¿Es egoista?... Entonad himnos á los héroes que se sacrificaron por sus semejantes ó por su país; no hay nacion alguna sin víctimas generosas, sin recuerdos patrióticos. Si dirigís vuestra voz á un pueblo que llora su decadencia, herid la cuerda de la resignacion, y reanimad sus fuerzas con el calor de vuestros cantos; si gime en la esclavitud ó en la opresion, ¿cuán dulce no le será oir acentos de consúelo y de esperanza? Si corona de flores al vicio, á la corrupcion, al escándalo, clamad un dia y otro con inflexible firmeza; no

hay sociedad tan degenerada, que nó se ruborice cuando el anatema resuena á todas horas en su oido.

Porque la poesía, en su esencia, no es una vana forma, una combinacion ingeniosa de palabras, hecha con arreglo á preceptos escritos ó segun el capricho del artista: sino la expresion más alta, el lenguaje más sublime del alma, la revelacion sencilla ó simbólica de la verdad, por medio de la voz armoniosa del genio.

De ahí la conveniencia de que el poeta, si ha de tener autoridad su bello sacerdocio, sea modelo de buen ejemplo, así en su conducta privada como en su conducta pública; de otra manera, difícil es que llegue nunca á identificarse cumplidamente con los objetos de sus inspiraciones.

El pueblo no puede amar al logrero que habla de caridad, al hombre venal que se precia de leal, ni, finalmente, al que hace alarde de virtud viviendo encenagado en el desórden.

Apenas fué conocido el primer tomo de *Ecos Nacionales*, publicado en 1849, durante mi destierro, tuve la satisfaccion de ver que gran número de los periódicos políticos y literarios de España, y varios del extranjero, le dedicaban extensos artículos, muchos de los cuales conservo en mi poder y aprecio, tanto mas, por cuanto, con

raras excepciones, ignoro á quién los debo. Sirva la presente ocasion para atestiguar mi agradecimiento á los que honraron mis versos con su ilustrada aprobacion.

Los artículos á que me refiero prueban lo unánime de la opinion pública respecto de la necesidad de una poesía propia de la época, necesidad indicada ya por mí en el Prólogo de la coleccion mencionada.

Igual adhesion manifiestan las cartas que recibí de personas competentes en materias literarias.

Parece, pues, evidente que por lo menos la idea que me propuse entónces fué oportuna, fué acertada; por eso, léjos de abandonarla, doy ahora á luz el segundo tomo, en el cual he seguido el mismo sistema.

Si mis compatriotas lo acogen con la benevolencia que el primero, acaso me determine á hacer un ensayo de más importancia que esta coleccion, para desarrollar mi pensamiento cuán cumplidamente me sea posible.

Madrid, Mayo de 1854.

EL PUEBLO.

Al són del arpa nacional detienes
Tu errante paso en medio del camino;
Si heróicas acciones á oir vienes,
Al par de mí te sienta, ¡oh peregrino!
Mas huye, si que ensalce me previenes
Algun malvado que encumbró el destino:
Ántes que envilecerla, romperia
Mil veces y otras mil el arpa mia.

En el pueblo español tuve mi cuna;
Hijos suyos de niño me arrullaron,
Y en narracion sentida y oportuna
Grandezas de la patria me contaron.
No me dieron lecciones de fortuna,
Pero nobles ejemplos me enseñaron,
Y ántes que no seguirlos, romperia
Mil veces y otras mil el arpa mia.

Mil veces y otras mil el arpa mia
Engalanada de sencillas flores,
En himnos de modesta poesía
Del pueblo amado entonará loores.
Si un solo aplauso al trovador envía
Que canta su virtud y sus dolores,
La flaca voz que hoy muere en el desierto
Quizás resuene en inmortal concierto.

Yo vivo con el pueblo confundido;
Sorprendo en sus hogares sin ventura
De los pobres ancianos el gemido,
De las madres enfermas la amargura;
Al pequeñuelo pálido, aterido
Cual flor sin aire, en su mansion impura,
Y una lágrima vierto abrasadora;
Que al ver tanta miseria, ¿quién no llora?

La luz del siglo no entra en su morada;
La ignorancia es su triste compañera;
El vicio lucha en su alma desolada
Con sus instintos de virtud severa.
El hambre, como furia despiadada,
En el hogar del pueblo persevera,
Y una lágrima vierto abrasadora;
Que al ver tanta miseria, ¿quién no llora?

Al ver tanta miseria, ¿quién no llora?
¡Tanta miseria, y nacen de sus manos,
Al fuego de su mente creadora,
Monumentos del arte soberanos,
Las galas con que el rico se decora
Y hasta el pan que alimenta á sus tiranos!
¡Tanta miseria el que conoce y siente
Que es de la paz y la riqueza fuente!

Bebe tu llanto, y ¡gloria al que en la guerra
Asole nuestros campos y ciudades,
Con sangre fraternal riegue la tierra,
Pueble nuestra nacion de soledades,
Y al alarido del clarin, que aterra,
Con baldon resucite otras edades!
Si á ti el hambre te acosa con sus sañas,
Devora de tus hijos las entrañas.

¡Gloria y aplauso en resonante coro
Al que soberbio y cínico te insulta,
Y su maldad, envuelta en pliegues de oro,
En el podrido corazon oculta!
¡Fortuna al miserable sin decoro,
Que su vendida fe mata y sepulta!
Si á tí el hambre te acosa con sus sañas,
Devora de tus hijos las entrañas.

Devora de tus hijos las entrañas,
Acaben de morir los desdichados,
Mientras en tu agonía ves y extrañas
Cómo celebra el mundo á los malvados;
Cuál llora la familia en las cabañas,
Y cuál, con frente erguida, van osados,
Laureles recogiendo en su camino,
La ramera, el ladron y el asesino.

¡Oh! no, no puede ser: ¡paso á los buenos!
Espera ¡oh pueblo! libertad y gloria;
Otros dias vendrán, dias serenos
Á esclarecer las nubes de tu historia;
Dias de suaves resplandores llenos,
Tras los presentes de fatal memoria,
Que disipando la tormenta oscura
Iris serán del mar de tu amargura.

Hoy, anarquía á tus quejidos llaman,
Justicia á la opresion, ley al encono,
Y ahogan el clamor de los que te aman,
Y no ves un amigo en tu abandono.
Sobre tu ruina y humildad, que infaman,
Para sí cada crímen alza un trono;
Pero dias sin fin, tras noche oscura,
Iris serán del mar de tu amargura.

Iris serán del mar de tu amargura,
Que hoy siniestro rumor lanza profundo;
Cuanto más sufres tú, más se apresura
El sol hermoso en que tu dicha fundo.
¿Qué sirve de los hombres la ley dura?
Dios ha trazado su camino al mundo,
Y los pueblos, al fin, llenos de vida,
Llegarán á la tierra prometida.

Junio de 1834.

A LA VÍRGEN MARÍA.

¡Oh Tú, la más bendita de todas las mujeres!
¡Oh casta rosa mística del celestial jardin!
Contempla cómo lucha mi pueblo con las olas;
Contempla cómo tiende los brazos hácia ti.
Noche de amargo duelo enluta el horizonte:
Un ave que ha pasado anuncia tempestad;
Y España te dice, cual yo, Madre mia:
—*Dios te salve, María;*
Amanse tu mirada las olas de la mar.

Tú el cielo serenaste; la mar embravecida
Como leon que duerme se prosternó á tus piés;
Pero del sol caian sobre los verdes campos
Raudales encendidos para agostar la miés.
El hambre y la epidemia, gemelos del infierno,
A nuestras puertas llaman con voz de mortandad;

Y España te dice, cual yo, Madre mia:
—*Dios te salve, María;*
Destruye peste y hambre, pues calmas á la mar.

Tu imágen santa adorna la choza y el palacio;
Tú llenas de fragancia los templos del Señor;
Altares te levanta la fe del poderoso;
Altares de mi pueblo te erige el corazon.
El grande y el humilde nombráronte mil veces
En las horribles noches de su angustioso afan;
Y España clamaba, cual yo, Madre mia:
—*Dios te salve, María,*
Mis lágrimas enjuga, pues domas á la mar.

Tu nombre balbucean los niños inocentes;
El ave lo repite por la extension azul;
Ninguno sabe el huérfano más dulce, más hermoso;
Los pobres no conocen otro de igual virtud.
Cuando el clarin y el parche sonaron en la guerra
Tu imágen en su pecho llevaba el militar;
Y España clamaba, cual yo, Madre mia:
—*Dios te salve, María;*
Apaga Tú *la guerra, pues vences á la mar.*

Cuando unos pueblos suben en alas de la gloria,
Sucumben otros pueblos, sin alas, ni poder;
España subió al cielo como águila soberbia;
Sobre sus viejos lauros ya pálida se ve.
Pues que en su pecho vive la santa fe cristiana,
En su viudez hoy mírala con ojos de piedad;
Y España conmigo dirá, Madre mia:
—*Dios te salve, María;*
Por tí no me anegaron las olas de la mar.

1854.

¡AL CAMPO!*

Cuando me acuerdo del campo
Y su espléndida hermosura
De la ciudad en la impura,
Estrecha y triste mansion;
Donde aire falta á mi pecho,
Al sabroso estudio calma,
Pasto á la vida del alma,
Libertad
Y entusiasmo al corazon,
Digo á cuantos séres amo:
—*Vamonós de la ciudad*
Vamonós!

En soledad olvidada
He visto ilustres varones,
Que ayer con aclamaciones
Todo un pueblo saludó.
Y el crimen con manto de oro,
La virtud flaca y desnuda,
Alta la ignorancia ruda,
Y sin pan
El que á su patria da honor:
Si siempre ha de ser lo mismo,
Vamonós de la ciudad,
Vamonós!

No sufrais con el que sufre,
No lloreis con el que llora,
No imploreis con el que implora
Paz á los hombres y amor:

Llorosa va por el mundo
Huyendo la verdad santa;
Vuestra voz en la garganta
Conservad
Para aplaudir con furor;
Yo digo á los séres que amo:
— *Vamonós de la ciudad*,
Vamonós! —

Himnos cantan los poetas,
Perpétuos himnos de amores,
Mientras acerbos dolores
Afligen á la nacion.
Para el alto y el soberbio
Hay sonidos en su lira,
Mas no para el que suspira
Sin hogar,
Honrado trabajador.
Canten ellos, mas nosotros
Vamonós de la ciudad,
Vamonós!

De la flor cuyo perfume
Embalsama el aire blando;
Del agua, que va pasando
Con apacible rumor;
De las aves, que á porfía
Las florestas alborozan,
Y de cuantos séres gozan
Libertad,
Amigo fiel seré yo;
Si en el campo sólo viven,
Vamonós de la ciudad,
Vamonós!

1850.

LA NOCHE DE NAVIDAD.

BALADA.

—El viento del Norte frio
Por afuera brama ronco;
Echa en el fuego ese tronco
Nos dará luz y calor.
Y al són del chisporroteo
De la leña que se abrasa,
Celebraremos en casa
El Nacimiento de Dios.
¡Eh! tú... ¡cuida de la cena!
—¿A la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

—¡Cómo tirita la abuela!
Dando está diente con diente;
Véngase al hogar caliente;
Anciana... arrímese bien.
¡Eh! ¿no ves que las castañas
Se queman? ¡Hay más enojos!
¿No se duerme?... abre los ojos
Y da vuelta á la sarten.
Echa vino; el vaso llena.
—¿Á la cama no hemos de ir?
— *Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

—¿Decís que os cuente la vida
Del rey de tierras y cielos?...
Acercáos, rapazuelos,
Y el áspero *rum*, *rum*, *rum*,
Cese ya de las zambombas.
Y el *tan*, *tan* de los tambores,
Y el cantar de los cantores,
Y ¡atencion!... y haya quietud.
Sólo tu ronquido suena.
—¿Á la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

—Há ya siglos, muchos siglos,
De un establo en lo profundo,
Nació el Redentor del mundo
Y con él la libertad.
Pobre, como hijo del pueblo,
No tuvo mantillas reales,
Sino modestos pañales
Que le dió la Caridad.
¡Tengo sed! ¡el vaso llena!
—¿Á la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

—Despues, con dulces palabras,
Predicó á la muchedumbre
La igualdad, la mansedumbre,
El trabajo, y el amor.
Mas, como con su elocuencia
Al infierno destruia,
Sobre el Hijo de María
El infierno se lanzó.
Por vida de... ¡Magdalena!

—¿Á la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

Á su voz, el viejo mundo,
Socavado por mal lento,
Bamboleó en su cimiento
Amenazando caer.
Por eso los que vivian
De la maldad, se juntaron,
Y la muerte decretaron
De Jesús de Nazareth.
¡Aún es poco! ¡el vaso llena!
—¿Á la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

—Triste cruzar le vió el pueblo
La calle de la Amargura,
Y luego en árida altura
Enclavado en una Cruz.
En ella, como otros justos,
Al fin murió entre ladrones;
Pero en ella las naciones
Ven de su gloria la luz.
Celébralo tú, morena.
—Ya el sueño se quiere ir.
—*Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

1850.

GUZMAN EL BUENO.

Africa es madre fecunda
De chacales y panteras;
Pero sus gentes más fieras
Que las del desierto son.
—¡Caiga Tarifa
(Grita) ó ríndaseme esclava!—
Y rugiendo la miraba
Como un tigre su racion.
España volvió los ojos,
Mal oculto su quebranto
Entre los pliegues del manto,
Á la espantada ciudad.
Pero el eco repetia
La respuesta de un leal,
Cuyo nombre saber debe
La memoria nacional.

¡Ay! en vano Guzman busca
De su amor la única prenda;
Y en vano ofrece su hacienda,
Y pregunta con dolor.
—Rinde á Tarifa,
Y te entrego tu tesoro,—
Dice, mostrándolo, el moro
Del pueblo al gobernador.
Y luego acerca sus huestes
En sed de sangre abrasadas,
Hasta las puertas guardadas
Por el honor de Guzman.

Pero el eco repetia
La respuesta del leal,
Cuyo nombre saber debe
La memoria nacional.

Duras cadenas arrastra
En amargo desconsuelo,
Un niño que mira al cielo
Pidiéndole proteccion.
—Rinde á Tarifa,
Ó mi puñal hundo en tu hijo; —
Al padre la turba dijo,
Y alza triunfante cancion.
Nuevo Abraham, en quien no cabe
Ni sombra de vil mancilla,
Empuña corva cuchilla,
Y responde sin temblar:
—¡Toma!—desde los adarves
Arrojándola el leal,
Cuyo nombre saber debe
La memoria nacional.

Sentado estaba á la mesa
Guzman, del pueblo querido,
Cuando oyóse un alarido
É inquieto se levantó.
—Frente á Tarifa
Á tu hijo han dado la muerte;—
Sereno oyó el varon fuerte,
Y á su comida tornó,
Diciendo á los que le asisten:
—¡Cuidaba, por vida mia,
Que el moro enemigo habia
Penetrado en la ciudad!—
El eco repitió al mundo

Las palabras del leal,
Cuyo nombre saber debe
La memoria nacional.

Á Dios el moro maldice;
Tamaña virtud le espanta,
Y el sitio inútil levanta,
Pues le cubre de baldon.
Libre Tarifa
Sin ver á su pueblo esclavo,
Llama el Rey D. Sancho el Bravo
Á su noble defensor;
Y ante la córte le tiende
La mano, de asombro lleno,
Dándole el nombre de *Bueno*,
Que es el nombre que honra más.
Ya que el mundo erige estátuas
Al vicio y la iniquidad,
Dése á Guzman mejor templo...
La memoria nacional.

1852.

CUADRO DE GUERRA.

Ya de la batalla
Cesan los clamores,
Y espirar al léjos
Débilmente se oyen.
Triste luna sube
Por el horizonte;

Pálidas estrellas
Lucen esta noche.
Sordo gime el rio,
Gimen aura y bosque,
Y es gemido el canto
De los ruiseñores.
Cual si más sensibles
Fuesen que los hombres,
Piedras y elementos,
Pájaros y flores;
Como si estuviesen
Publicando acordes
Cuantos séres sustenta la tierra:
«¡*Bendita la paz*! ¡*Maldita la guerra*!»

¡Cielos!... ¡es un niño
El que de la luna
Rayo moribundo
Á mis piés alumbra!
¡Niño... y al combate
Vino ya! ¡ley dura!
¡Apénas podia
Con la lanza ruda!
¡Madre!... ¡no le esperes!
Negro luto busca,
Reza por el alma
Del que fué alma tuya.
¡Aún le llamas!... ¿Cuándo,
Tras de horrenda lucha,
No quedaron pobres,
Huérfanos y viudas!
Otra prenda amada
Meces en la cuna,
Que tu apoyo ha de ser en la tierra
Si dura la paz, si acaba la guerra.

Verde y fresco soto,
Valle florecido,
Antes apacible
Retirado asilo;
Ya las avecillas
Huyen de estos sitios,
Muchas con el tierno
Corazon herido.
Púrpura es la fuente
Que era cristal limpio,
Sangre á las espigas
Sirve de rocío.
¡Ay! al dar más tarde
Pan á nuestros hijos:
—¡Hijos—les diremos
Tristes al partirlo,—
Nunca sangre humana
Riegue más los trigos,
Que es el pan de la próvida tierra
Sabroso en la paz, amargo en la guerra.

1854.

CULTO DEL ALMA.

Mi alma es cual las flores
Que abren al sol su perfumado seno,
Y ya de noche, en el vergel ameno,
Se cierran y no exhalan sus olores.
Cuando la duda impía mi alma ciega,
Al Supremo Hacedor su incienso niega:

Pero si brilla
La fe sencilla
Con que le adora
Sumisa ahora,
Hasta el trono de Dios su aroma sube
En cándida nube.

Es como lira suave
Que sólo para el bien tiene armonía:
Dulces sonidos al que sufre envía,
Y á los perversos ensalzar no sabe.
Cuando un déspota vence, muda calla,
Ó en discorde gemido ronca estalla:
Pero si bravo
Un pueblo esclavo
Sacude el yugo
De su verdugo,
Y despedaza la servil cadena,
Mi lira resuena.

Es como fuente clara
Que risueña murmura entre zarzales;
Las pasiones enturbian sus cristales
Y su curso torcido y lento pára.
«Devuelve mal por mal á tu enemigo.»
Le dice entónces el rencor que abrigo:
Pero si el cielo
Derrite el hielo
Que la aprisiona,
Y al fin perdona,
De inmenso amor en límpido torrente
Se torna la fuente.

Es lámpara apagada
Cuando del mal ante la imágen pende;

Pero mi patria con su luz la enciende
Y á su imágen la tengo consagrada.
No hay en el templo en que su luz oculto
Otra divinidad, ni extraño culto:
Y miéntras suenan
Y roncas llenan
Suelo y alturas
Voces impuras...
Dios, libertad, amor, y patria santos,
Inspiran mis cantos!

1851.

EL MINISTRO QUIJOTE.

Hubo en una córte un ministro loco,
Loco rematado como *Don Quijote*,
Á quien bautizaron con aqueste mote
Viendo cómo el reino quiso gobernar.
Mucho durar pudo, mas por su conducta,
Que, segun decian, era extravagante,
Pronto dejó á un cuerdo su sillon vacante,
Dando justo orígen á cierto refran,
Que, á pesar del tiempo, dura todavía:
Ministro Quijote, ministro de un dia.

De las oficinas desterró á los necios
Que allí colocaron sus antecesores;
De su lado huyeron los aduladores,
Honradez y ciencia pródigo premió.

Consiguió que el libro santo de las leyes
Acatáse ciego todo ciudadano;
El tesoro público respetó su mano;
Pobre subió, y pobre muy pronto bajó;
El refran, por eso, dura todavía:
Ministro Quijote, ministro de un dia.

Con las opiniones fué muy tolerante,
Blando con los buenos, duro con los malos;
Pero jamás quiso persuadir á palos,
Como en nuestros dias hacen más de tres.
Miéntras fué ministro, falto de memoria,
No conoció amigo, ni mimó pariente,
Procediendo en todo pura y rectamente,
Por lo cual rodando baja del poder;
El refran, por eso, dura todavía:
Ministro Quijote, ministro de un dia.

Nunca se dió tono con el que le hablaba,
Fuese grande ó chico, flaco fuese ó gordo,
Ni por conveniencia se hizo jamás sordo,
Cosa que no pueden muchos concebir.
Libertó á la prensa de los torpes lazos
Que la sujetaban con su férreo yugo,
Y por fin de fiesta suprimió el verdugo;
¡De principios tales, digno fué tal fin!
Pero cayó pronto; bien lo merecia:
Ministro Quijote, ministro de un dia.

Desde aquel entónces, el mortal que sube
Máximas contrarias felizmente observa,
Y en su amado puesto firme se conserva
Sin que nada turbe su cabal salud.
El ministro loco sirvele de ejemplo;
Hoy ya se gobierna con tan raro tino

Que ni el más imbécil hace un desatino,
Porque de él no corra por la multitud
El refran que el otro por doquier oia:
Ministro Quijote, ministro de un dia.

1851.

LA HOSPITALIDAD.

AL EXCMO. SR. D. ÁLVARO GIL SANZ.

Mientras la lluvia de la noche fria
Los arroyos aumenta, ya crecidos,
Y el recio vendaval con saña impía
Llena el bosque de lúgubres gemidos;
Á descansar entremos en la choza
Cuya luz viva hasta nosotros llega;
Allí del pobre la familia goza
La paz que Dios á los malvados niega.

Entremos, y verás la abuela hilando
Al amor de la lumbre deseada;
Consejas y oraciones murmurando,
De sus hijos y nietos rodeada;
Y el perro fiel, constante compañero,
Y el gato cazador, que con él juega;
Cuadro que anuncia, puro y verdadero,
La paz que Dios á los malvados niega.

Si queremos cenar, no suntuoso
Banquete preparado por el arte,

Que con zozobra gusta el poderoso,
Bajo ese techo irán á presentarte;
Mas sí doradas migas, que corona
Rico tasajo, y que el amor entrega;
Rústico es el festin, mas lo sazona
La paz que Dios á los malvados niega.

La lluvia, que cual rauda catarata
Del siniestro nublado se desprende,
Maldice el cortesano en voz ingrata,
Si su estéril placer turba ó suspende.
El labrador, hincada la rodilla,
Porque los campos bañe al cielo ruega,
Que más en tiempo de abundancia brilla
La paz que Dios á los malvados niega.

Entremos, y verás cómo reciben
Al viandante en su asilo hospitalario,
Y cuál en contentarle se desviven
Con amable interés y modo vario.
Quién el agua le sirve, quién el vino
Del campo que en fecundo sudor riega;
Y en todos ve gozoso el peregrino
La paz que Dios á los malvados niega.

Su cama ceden, cual su amigo techo,
Á los que llegan con la noche oscura;
Ellos no han menester más blando lecho
Que el que puede prestar la tierra dura.
Y como en ellos la inquietud no anida
Con que el culpable hasta en el sueño brega,
Protege el suyo y la mansion querida
La paz que Dios á los malvados niega.

1852.

EL OTOÑO.

Á GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

¿Veis qué tristes van muriendo lentamente,
Cómo doblan la arrugada y mústia frente
Cuantas flores
Con aromas y colores
Eran gloria de la verde soledad?
¿Veis qué triste se ha quedado el bosque umbroso,
Cómo ruedan con sonido temeroso
De congojas,
Ramos, frutos, flores y hojas
Que arrebata en remolino el vendaval?...
Pues más tristes son las almas de los pobres,
Porque miran que el invierno viene ya.

¿Veis qué triste de la tórtola el arrullo
Se confunde con el lúgubre murmullo
De los montes,
Y los negros horizontes
Cómo anuncian la cercana tempestad?
¿Veis qué tristes por la atmósfera, á bandadas,
Avecillas se atropellan asustadas
Revolando,
Y con ayes entonando
De las flores el sentido funeral?...
Pues más tristes son las almas de los pobres,
Porque miran que el invierno viene ya.

¿Veis qué triste de los mares nace ahora
Reclinada en nubes pálidas la aurora,
Y qué fria
Es la luz de medio dia
En los campos, en la aldea y la ciudad?
¿Veis qué triste cruza el sol el firmamento
Injuriado por las ráfagas del viento,
Y al ocaso
Llega al fin con débil paso,
Como un héroe ya cansado de luchar?...
Pues más tristes son las almas de los pobres,
Porque miran que el invierno viene ya.

¿Veis qué triste va el pastor por la montaña
Que del cielo tibio rayo apénas baña;
Cuál padece
Porque de hambre y sed perece
El rebaño que juntó con sumo afan?
¿Veis qué triste y silenciosa está la aldea,
Cómo salen de la tosca chimenea
Del labriego,
Humo y chispas que echa el fuego
Calentando á la familia en el hogar?...
Pues más tristes en otoño están los pobres;
Cuando llegue el crudo invierno ¿qué será?...

1853.

LA PROSTITUCION.

Á EDUARDO BUSTILLO.

BALADA.

—Buen pastor ¿has visto á mi hija?...
Tiene por nombre Rosalba,
Su color es el del alba,
De paloma su mirar.
Há dos años que la busco,
Dos que abandonó mi choza,
Y el alma se me destroza,
Y no hago más que llorar.
¿Sabes dónde está?
—En la ciudad.
Por aquí há tiempo ha pasado,
Y la miraba un soldado
Como á la alondra el halcon.
—*Si he de encontrarla perdida...*
¡*Llévemela Dios*!

—Soldado, si tienes padres,
Dime ¿dónde encontraria
La prenda del alma mia
Que robaste de su hogar?
Era mi apoyo en la tierra,
Ídolo de mi cariño,
Inocente como un niño
Que aún no ha comenzado á hablar.
¿Sabes dónde está?

—En la ciudad.
Huyó de mí la traidora,
Y mi capitan ahora
Manda en ella cual señor.
—¡*Ay*! *Rosalba está perdida*...
¡*Llévemela Dios*!

—Capitan, si por ventura
Hay en tu pecho un latido,
Respóndeme, pues; ¿qué ha sido
De Rosalba, capitan?
Ya sé, ya sé que en tus brazos,
Instrumentos de venganza,
Murió ahogada mi esperanza,
¡Ay! ¡y aún lo quiero dudar!
¿Sabes dónde está?
—En la ciudad.
Era su pecho ambicioso,
Y huyó con un poderoso
A quien fácil se vendió.
—¡*Ay*! ¡*para siempre perdida*!...
¡*Llévemela Dios*!

—Gran señor ¿dónde está aquella,
Cuya virtud y decoro
Compraste tú á peso de oro,
Con apetito brutal?
¡No me oyes!... porque comprendas
Mis hondas penas prolijas
¡Ojalá compre á tus hijas
Otro magnate, ojalá!
¿Sabes dónde está?
—En la ciudad.
Yo la compré, no lo niego,
Mas á cien se vendió luego

Y en un hospital entró.
—¡*Ay*! ¡*para siempre perdida*!
¡*Llévemela Dios*!

—¡Muerta!... me dicen que ha muerto
Llamándome en són doliente!
Aún está el lecho caliente...
Es que acaba de espirar.
Aquí espiró abandonada,
Perdiendo en lento desmayo
Las frescas rosas de Mayo
Que besé en su tierna edad.
¿Sabes dónde está?
—En la ciudad.
Id, corred á la capilla,
La vereis á la amarilla
Luz trémula de un farol.
¡*Ángeles reciban su alma,*
De una madre á la oracion!

1853.

APARICION CELESTE.

Consolatrix afflictorum.

—¿Á quién llamas soñando?
—Llamo á mi madre.
—Tu madre está en el cielo,
Llámasla en balde.

—¡Ay, la he perdido!
¿Quién me ampara en el mundo,
Solo y tan niño?

—Al cielo alza los ojos.
—Dejad que llore.
—Oracion que va al cielo
Dios la recoge.
—¡Piedad, Dios mio,
Pues me veo en el mundo
Solo y tan niño!

—Sígueme, pobre huérfano.
—¿Quién sois, señora?
—Soy la Vírgen, la madre
De los que lloran.
—Yo te bendigo,
Pues su madre te aclaman
Los desvalidos!

1851.

COMBATE Y VICTORIA.

De niño tuve un sueño,
Y aún de él me acuerdo tanto
Como del puro y santo
Cariño maternal.
Gentil doncella airosa
Cubierta de azul veste,

Bajó de la celeste
Á la region mortal.
Y en el flotante lino
Que al aire leve agita,
En letras de oro escrita
Ví esta leyenda yo:
«*Quien guarda fe constante*
Es rico en la indigencia;
No hay dicha sin creencia,
Ni gloria sin honor.»

El hambre muchos dias
Llegóse hasta mi lecho
Á destrozarme el pecho
Y aniquilar mi fe.
Ahogábame en sus brazos
Febril y tenazmente,
Como voraz serpiente
Luchando por vencer.
Mi aliento desmayaba,
Iba á ceder sin gloria,
Mas dijo á mi memoria
La celestial vision:
«*Quien guarda fe constante*, *etc.*

Taimada la fortuna
Me brinda fausto y brillo,
Por el laurel sencillo
Que ofrece la virtud.
—Deja (me dice), al pueblo,
Que sólo á sus cantores
Dar puede humildes flores
Cual las de tu laud.
Ven á cantar conmigo;
Ven, ven á los palacios;—

Mas siempre en los espacios
Oigo á celeste voz:
«*Quien guarda fe constante*, *etc.*

Enfermo y olvidado,
Pero en constancia fuerte,
El paso de la muerte
Tambien un dia oí.
—Reniega (sonriendo
Gritaba la traidora)
Y de tu bien la aurora
Verás nacer al fin.—
Al cielo alcé los ojos,
Como el que al cielo clama,
El aire en luz se inflama
Y oyóse en dulce són:
«*Quien guarda fe constante*
Es rico en la indigencia;
No hay dicha sin creencia,
Ni gloria sin honor.»

1852.

NUMANCIA.

BALADA.

—¡Qué linda flor!... no parece
Hija del árido suelo.
—Su corola azul de cielo
Cuadra al nombre de esta flor.

Si quieres saberlo, atiende:
De aquí no á mucha distancia,
Libre y altiva Numancia
En otro tiempo existió.
—¡Ay, ya no vive, ya no!
—Dice el libro de la historia,
Que Roma, tras sus pendones,
Sobre ella echó cien legiones
Para robarle su gloria.

—¿Numancia sucumbiria
De Roma á los golpes duros?
—Subió á los sitiados muros
Ansiando nombre inmortal,
Rodeada de sus hijos,
Con férreo casco en la frente,
Coraza resplandeciente,
Noble y severo ademan.
—¡Á morir subió quizás!
—Dice el libro de la historia,
Que cien veces, ruda y fiera,
Destrozó á la bandolera
Que venia por su gloria.

—Mas ¿qué hacer un pueblo solo
De Roma contra la saña?
—Era el orgullo de España,
Sol que al orbe daba luz.
Escipion cercó su presa
De águilas con largo enjambre,
Mientras en Numancia el hambre
Cavaba inmenso atahud.
—¿Y se unció á la esclavitud?
—Dice el libro de la historia,
Que, en la independencia fijos,

Iban muriendo sus hijos
Abrazados á la gloria.

—¡Digno fin á tal grandeza!
¿Y los libres que quedaron?
—Unos á otros se mataron
Y cantaban al morir.
En su noche de agonía,
Del romano vilipendio,
Con pujante y bravo incendio
Á su pueblo dieron fin.
—¡Ah! ¡su fama nació allí!
—Dice el libro de la historia,
En su página más bella,
Que el incendio fué la estrella,
Fué la antorcha de su gloria.

—De su virtud y heroismo
No habrá edad que no se asombre.
—Si ahora quieres, oye el nombre,
Oye el nombre de esta flor.
Simiente diz que no tuvo;
Diéronla el sér que te hechiza
De Numancia la ceniza
Y la sangre que corrió.
—¡Sobre una tumba nació!
—No lo refiere la historia,
Mas publícalo la fama:
Tal su orígen fué, y se llama
Desde entónces «*Flor de gloria.*»

1853.

EL SUEÑO DE UN LOCO.*

—¿Quién fué Colón?... ¿tú lo sabes?
—Figúrate un hombre bueno,
De rostro noble y sereno
Y de apacible mirar;
Escarnio de la fortuna,
Aunque él descubre, en su ciencia,
La augusta magnificencia
De otro mundo, allende el mar.
Como el pueblo ciego estaba,
Si cuando Colon pasaba
Algun villano decia:
—Está loco,—
El pueblo, con mofa, tambien repetia:
—*Colon está loco.*

—¿Y no murió de tristeza?
—Del llanto apura la copa,
Y habla á un monarca de Europa
De hinojos ante el dosel.
Como nadie le comprende,
Juzgan sus prodigios vanos
Con risa los cortesanos,
Y el príncipe con desden.
Así Colon vaga errante;
Ve á otros reyes suplicante,
Y si el monarca decia:
—Está loco,—
El vil palaciego tambien repetia:
—*Colon está loco.*

—¡No hubo un alma generosa!
—Llena la suya de agravios,
Consultar quiso á los sabios
Y ante ellos se presentó.
Muchos, con él, ven el mundo
De cuyas llaves es dueño;
Otros, sospechan que es sueño
De enferma imaginacion.
Al oir al importuno,
De estos se cuenta que alguno
Á su *adlatere* decia:
—Está loco,—
Y que hubo algun otro que así repetia:
—*Colon está loco.*

—¿Por qué no acudió á la córte?
—Sólo allí favor espera,
Y halló en Isabel primera
Alma grande, ardiente fe.
Pobre estaba el real tesoro,
Pero la noble matrona
Jura empeñar su corona
Para que se arme un bajel.
Entónces clama insolente
La envidia, hincándole el diente
Con brava y tenaz porfía:
—Está loco;—
Y el eco á los reyes tambien repetia:
—*Colon está loco.*

—¡Ah, qué magnánima reina!
—Por no surcados caminos
Va Colon con sus marinos
Sobre un piélago sin fin.
Mas no descubriendo tierra

Despues de larga derrota,
Su gente se le alborota,
Y quiere matarlo allí.
Perdida toda esperanza,
Así dice al par que avanza,
Sin ver el ansiado dia:
—Está loco;—
Y el viento zumbando tambien repetia:
—*Colon está loco.*

—¿Osaron darle la muerte?
—Un dia, al nacer la aurora
Que cielos y abismos dora
Con mil torrentes de luz,
¡*Tierra*! grita, y ¡*Tierra*! todos,
Viendo en éxtasis profundo
Levantarse el Nuevo Mundo
Del seno del mar azul.
Colon clava en la montaña
El estandarte de España,
Mientras su gente decia:
—No era loco!—
Y el orbe, asombrado, tambien aplaudia
El sueño del loco.

1853.

EL ABUELO.

Miradle cómo sonrie;
Su corazon late en calma,
Y en sus ojos pinta el alma
Su dulce serenidad.
Lindos renuevos del tronco
Anciano, á que están sujetos,
Cércanle todos los nietos,
Y reverdece su edad.
Y hasta que asoma
Su último sol por los cielos,
Protege al débil,
Cual protege una paloma
Con las alas sus polluelos.

Uno, al anciano acaricia;
Otro, arranca una flor bella,
Al par dándole con ella,
En un beso, el corazon.
Éste, en sus rodillas trémulas
Cabalga más bullicioso;
Aquél, se acoge lloroso
Al consuelo de su amor.
Y hasta que asoma, etc.

Su espaciosa frente brilla
Por los años agobiada,
Como una cumbre nevada
Del alba á la tibia luz.
Todos le aman y respetan;

Y en sabrosas narraciones
Les dicta sanas lecciones
Para formar su virtud.
Y hasta que asoma, etc.

Débil sér, al débil se une;
Y ¡ay del cobarde tirano
Que pone la airada mano
En algun rostro infantil!
Centelléanle los ojos,
Y arde en ira al vil ultraje
Como una fiera salvaje
Cuando la acaban de herír.
Y hasta que asoma, etc.

Oye la voz de la muerte,
Mas tan dulce, que le embriaga,
Como una música vaga
De noche oida en el mar.
¡Feliz él, que al despedirse
De la cárcel de la tierra,
Ve que sus párpados cierra
La santa piedad filial!
Y cuando asoma
Su último sol por los cielos,
Le llora el débil
Como á la herida paloma
Sus inocentes polluelos.

1853.

EXPIACION.

Á BENITO PEREZ GALDÓS.

BALADA.

El cuerpo de un potentado
Que há siglos muerto reposa,
Rompe su fúnebre losa
Por decreto celestial.
Cuando en el mundo habitaba,
Si algun pobre se quejaba
Con acento moribundo:
—¡Bello es el mundo!—
Le solia contestar.
Y luego el soberbio impio
Añadia, señalando
Lo que estaba contemplando:
—¡*Eso es mio*!—

Resucitó solitario
En desconocido suelo,
Sin más amparo que el cielo,
Y su camino emprendió.
Abrumado de dolores,
Vió un campo de bellas flores;
Y daban, llenos de fruta,
Sombra á la ruta,
Frescura al aire y olor,
Mil árboles junto á un rio;

Tendió á la fruta su mano,
Pero le gritó un villano:
—¡*Eso es mio*!—

Gime el infeliz, y nadie
Á su gemido responde,
Y va sin saber adónde,
Vertiendo sangre sus piés.
Cuando era el sol más ardiente,
De granito vió una fuente
Á la puerta de una casa;
La sed le abrasa,
Y quiere aplacar la sed.
Mas el ansiado rocío
Al tocar su labio seco,
Oyó repetir á un eco:
—¡*Eso es mio*!—

De sed, y fatiga y hambre
Sufriendo, llega despacio
Á la puerta de un palacio
De una opulenta ciudad.
Y del suelo en la aspereza
Al reclinar la cabeza,
De la santa ley en nombre
Por vago un hombre
De allí le quiere arrojar.
Mientras con acento frio
Tambien del palacio el dueño,
Murmurábale con ceño:
—¡*Eso es mio*!—

De pueblo en pueblo, así anduvo;
Sólo halló discordia y guerra,
Pero no un palmo de tierra

Do trabajar y vivir.
  Viéndolo todo ocupado
El triste desheredado,
Piensa arrancarse la vida
    Yerta y sumida
En amargura sin fin.
  Mas cuando en su desvario
Lo iba á ejecutar sin duelo,
Le dijo una voz del cielo:
    —¡*Eso es mio*!

1852.

LA LIBERTAD DEL MALVADO.

Odiadla como yo; marchitas rosas
Ciñen su horrible frente desgreñada,
Y vuela por las calles silenciosas
Del pueblo, su carroza ensangrentada.
  Á su paso retiemblan los altares,
Huyen como aves tímidas los fieles;
Y al són beben de bárbaros cantares
En las pilas del templo sus corceles.
  Negro pendon de muerte lleva al lado,
Y al agitar su funeraria tea:
—*Esa es la libertad*—dice el malvado;
Y del bueno la voz: —¡*Maldita sea*!—

  Flota como funesto meteoro
Sobre los campos fértiles que abrasa;
Y el labrador, en abundante lloro,

Recuerda el tiempo de su dicha escasa.
  En vano pide á la deidad consuelo,
Bálsamo de esperanza á su amargura;
Aquella el fruto le robó del suelo,
Y el valle no se viste de verdura.
  Luego abandona el campo desolado,
Y al incendiar cabañas con su tea:
—*Esa es la libertad*—dice el malvado;
Y del bueno la voz: —¡*Maldita sea*!—

  Oigo crujir y hundirse tronos reales,
De la púrpura espléndida el desgarro,
Y los cetros romperse cual cristales
Bajo el enorme peso de su carro.
  De leyes opresoras lanza el yugo;
Mas ¡ay! hasta su sólio se adelanta,
Ministro de sus iras, el verdugo,
Que el hacha ansiosa de matar levanta.
  Aún no está el tigre del festin cansado,
Ni en sangre apaga la deidad su tea:
—*Esa es la libertad*—dice el malvado;
Y del bueno la voz: —¡*Maldita sea*!—

  Al clamor de esa furia, con rugidos
La miserable turba corresponde
Que en sus antros sin luz, desconocidos,
Crímenes fragua y á la ley se esconde.
  Más tarde por el pueblo se derrama,
Anegando en sus olas igualmente
Al poderoso, que su sed inflama,
Y al que del hambre la agonía siente.
  Mueve la fiera diosa el brazo airado,
Y al vivo fuego de la roja tea:
—*Esa es la libertad*—dice el malvado;
Y del bueno la voz: —¡*Maldita sea*!—

¡Triste madre, no busques en la cuna
Al inocente niño... está vacía!
No digas, bella jóven sin fortuna,
Á tu amado gentil: —¡Ven, alma mia!—
No llameis al hermano, ni á la esposa,
Ni al amigo leal... ¡todos cayeron!
Envueltas en su ruina desastrosa
Libertad y virtudes perecieron.
Y aún al fulgor siniestro amortiguado,
Con que ilumina á la deidad su tea:
—*Esa es la libertad*—dice el malvado;
Y del bueno la voz: —¡*Maldita sea*!

1855.

LA PRENSA.

Pasó de la ignorancia la noche tenebrosa,
Rompiendo en pos el mundo su larga esclavitud;
¡Oh sol de nuestro siglo! tu lumbre portentosa
Nos hizo ver un cielo más puro y más azul.
La humanidad lloraba en agonía inmensa;
Mas recobrando un dia firmeza y juventud,
El brazo de la industria movió la dura prensa
Y de ella desprendiéronse mil piélagos de luz.

La luz, salvando valles, y rios, y montañas,
Ya alumbra el trono espléndido de la mansion real,
Ya el rústico recinto de aldeas y cabañas,
Y á todas partes lleva la ansiada claridad.

Cuando un acento inícuo levántase en ofensa
De leyes y derechos que nadie puede hollar,
El brazo de la industria mueve la dura prensa
Que apaga con mil voces la voz del criminal.

La prensa es la palanca á cuyo impulso cruje
Y se hunde el viejo mundo con gritos de pavor;
De su ilustrada fuerza al poderoso empuje
Con majestad camina la nueva creacion.
Si un déspota pararla, si destruirla piensa
De la injusticia alzando el lúgubre pendon,
El brazo de la industria mueve la dura prensa
Y el pueblo que sufria conmuévese á su voz.

Á las naciones une con lazos fraternales
Y por su medio se hablan los pueblos entre sí;
Por ella se propagan los hechos inmortales,
Por ella los tiranos encuentran breve fin.
El oprimido, siempre la invoca en su defensa,
Y cuando los malvados no quieren ver, ni oir,
El brazo de la industria mueve la dura prensa,
Que espectros pavorosos levanta en su alma vil.

En ella de este siglo retrátase esplendente
La imágen soberana, como en espejo fiel:
Mirad cómo del siglo destella la ancha frente
El fuego de la ciencia con todo su poder.
La libertad se agita con llamarada intensa
En sus serenos ojos que giran por doquier;
Y el brazo de la industria sobre la dura prensa
La imágen multiplica ceñida de laurel.

1852.

GRANDEZA NACIONAL.

Á ESPAÑA.

Para cantarte grande tus cantores
Quisieran verte con escudo y lanza,
De la guerra á los rojos resplandores,
Y arrullada por himnos de venganza.
¡Ah! no, no busques las sangrientas flores
Que entre luto y horror la vista alcanza;
Y sepa quien batallas te demande,
Que pueblo sin virtud, nunca fué grande.

En tierra y mar un tiempo vencedora,
Las olas del Océano profundo
Rindieron á tus piés, como señora,
Todo el oro fatal del Nuevo Mundo.
Di al que abatido tu pobreza llora,
Que es tu suelo, en virtud, rico y fecundo;
Y sepa el que opulencia te demande,
Que pueblo sin virtud, nunca fué grande.

Destrozadas banderas enemigas
Ostentan con orgullo las naciones:
Cuando tus glorias á los pueblos digas,
Enséñales, ¡oh España! otros blasones.
Vean campos sin fin llenos de espigas
Y de honor y virtud los corazones;
Y aprenda el que otros timbres te demande,
Que pueblo sin virtud, nunca fué grande.

Tu sañudo leon está dormido;
Ya no estremece á la caduca Europa
Con garra dura y áspero rugido,
En pos llevando tu aguerrida tropa.
Si en tanto el pueblo, á la virtud rendido,
Canta y brinda á la paz en ancha copa,
Responde al que otros himnos te demande,
Que pueblo sin virtud, nunca fué grande.

El sol que siempre ardia en tu almo cielo,
Á su ocaso, entre nieblas, hoy declina;
Y tu antiguo poder llamas con duelo,
Y una lágrima viertes cristalina.
No llores, pues te sobra con tu suelo;
De la virtud al templo te encamina,
Y sepa quien conquistas te demande,
Que pueblo sin virtud, nunca fué grande.

1853.

EL BUEN CURA.

Débil niño, que á este valle
Has venido desterrado,
Con la mancha del pecado,
Del pecado original:
¿Por qué lloras? ya el buen cura
Se prepara con fe ardiente,

Á borrarla de tu frente
Apacible y virginal.
De la pila del bautismo
Va á sacar el agua pura
De la santa redencion.
¡*Honor al buen cura*,
Mil veces honor!

Algun dia el turbulento
Ronco mar de tus pasiones,
Clamará con maldiciones
Contra el cielo, que te ve.
El buen cura, si lo sabe,
Calmará ese mar insano
Con palabras de cristiano,
Con la mágia de la fe.
Tierno, y manso, y amoroso,
Así siempre la ventura
Volvió á más de un corazon.
¡*Honor al buen cura*,
Mil veces honor!

Cuando al són de la campana
Que lo llama de la torre,
Todo el pueblo ansioso corre
Á la iglesia del lugar,
El buen cura santas frases,
Como entónces, todo el año,
Dice ó canta á su rebaño
Desde el púlpito y altar.
Y confunde á los soberbios,
Y al humilde alzar procura,
Que es imágen fiel de Dios.
¡*Honor al buen cura*,
Mil veces honor!

Si quereis saber su historia,
Sus benéficas hazañas;
Preguntad á las cabañas...
Allí brilla su virtud.
Y á los niños, y á los viejos,
Y á los ciegos abatidos,
Y de pobres desvalidos
Á la hambrienta multitud.
La orfandad le llama padre,
Y en su pecho no se apura
El tesoro del amor.
¡*Honor al buen cura*,
Mil veces honor!

Él bendice á los amantes
Que á su dicha ven el plazo,
Y el eterno y dulce lazo
Que por siempre los va á unir.
Y á la par que el Sacramento
De su union sencillo explica,
La familia santifica
Que á su voz se forma allí.
Y de aquí las sociedades
Que han por base ancha y segura
Nuestra hermosa religion.
¡*Honor al buen cura*,
Mil veces honor!

¿Quién consuela al desgraciado,
En aquel terrible dia
Que sucumbe en agonía
Cuando todos huyen de él?
Ya sus ojos se oscurecen,
Ya mortal pavor le acosa,
Y una víctima la fosa

Llama ya con avidez.
Mas en su último gemido,
Por él sube hasta la altura
Del buen cura la oracion.
¡*Honor al buen cura,*
Mil veces honor!

1851.

EL EXPÓSITO.

BALADA.

El niño expósito dice:
—La avecilla tiene un nido,
Que entre flores
De colores
Se columpia suspendido,
Ó en las grietas de un peñon.
Yo nací, mísero fruto,
Sin fortuna,
En negra noche sin luna,
Y en solitario rincon.—
La Caridad le responde:
—Yo tengo para tí cuna;
Ven, y verás cuál reposas;
Yo tengo para tí cuna,
Cuna de rosas.—

El niño expósito dice:
—La avecilla tiene plumas,
Que del frio
Y el estio
La defienden, y de brumas,
Á muy poco de nacer.
Yo rotos harapos tengo;
Tiritando
En la calle estoy llorando,
Y nieve cubre mis piés.—
La Caridad le responde:
—Y yo estoy siempre esperando
Con limpio traje, aunque rudo;
Ven, que te estoy esperando,
Niño desnudo.—

El niño expósito dice:
—La avecilla hiende el viento,
Y en el prado
Y apartado
Verde bosque halla sustento,
Y agua clara en fuentes mil.
Á mí el hambre me consume
Sin reposo,
Y mi acento doloroso
No conmueve al sér feliz.—
La Caridad le responde:
—Y yo tengo pan sabroso
Para partirlo contigo;
Ven, comerás pan sabroso
De blanco trigo.—

El niño expósito dice:
—La avecilla libremente
Canta y gira,

Y audaz mira
El volcan del sol ardiente,
Y á otras aves es igual.
Yo no puedo alzar mis ojos,
Porque escrito
De mi orígen *el delito*
El mundo en ellos verá.—
La Caridad le responde:
—Y yo en mi seno te admito
Por ley de amor, que en mí impera:
Ven, que en mi seno te admito,
Mi amor te espera.—

El niño expósito dice:
—La avecilla madre tiene
Que le enseña
De pequeña,
Y caricias le previene,
Y la oculta del halcon.
Yo á la mia no conozco,
Ni mi boca
Su adorado nombre invoca,
Pues jamás lo supe yo.—
La Caridad le responde:
—No hay ninguno más sublime;
Caridad la llama el suelo,
Y á ser madre del que gime
Bajó del cielo.—

1864.

EL ÁRBOL DE LA LIBERTAD.

BALADA.

Aún vagaba en mi boca sonrisa de niño
Cuando cerca del árbol sagrado pasé:
Á sus ramas venian alegres las aves,
Cristalino arroyuelo besaba su pié.
Para él eran los gratos perfumes del monte,
Dulces sones los aires poblaban por él;
Entre todos su frente soberbia se alzaba
Como en medio á su córte de siervos un rey.
¡*Ay*! ¿*dónde está ahora*?
¿*Dónde está, que mis ojos aquí no lo ven*?

Un pastor me ha contado su lúgubre historia
Con sentidas palabras de acerbo dolor;
Turba extraña á su lado tendióse una tarde
Que torrentes de fuego bajaban del sol.
Con sus verdes guirnaldas el árbol florido,
Sombra espesa, frescura y aromas la dió;
Y las aves, unidas en suave concierto,
Regalaron su oido con tierna cancion.
¡*Ay*! ¿*dónde está ahora*?
¿*Dónde está, que ni rastro del árbol quedó*?

Esa turba de viles hambrienta llegaba
Como tigre que busca sangriento festin;
Y, al mirarlos, cebóse con ánsia de muerte
En los frutos sabrosos del árbol gentil.
Desde entónces el cielo se cubre de luto,

Desde entónces las aves no quieren venir;
Y el cristal de la fuente parece que gime,
Y la zarza y el cardo vegetan aquí.
¡*Ay*! ¿*dónde está ahora*?
¿*Dónde está, que su pompa no miro lucir*?

En las peñas aguzan destrales de muerte,
Que en el tronco robusto retumban al dar;
Cada vez que los golpes con furia descargan
Las montañas repiten el eco fatal.
Ya derriban el árbol que sombra les diera,
Alaridos salvajes lanzando á la par;
Y su tronco, y sus ramas, y flores consume
Con torrentes de llamas hoguera voraz.
¡*Ay*! ¿*dónde está ahora*?
Ya no veo del árbol ni áun triste señal.

Mas el árbol querido del pueblo no muere;
Sus profundas raices el cielo salvó;
Cuando rompan del monte las duras entrañas,
Brotarán cien renuevos con doble esplendor.
Y serán guardas fieles del bosque sagrado
Cuantos buenos hoy lloran en larga opresion;
Sin que hambrientos su fruto con rabia devoren,
Sin que á ingratos su sombra preserve del sol.
¡*Oh*! ¡*Arranquen los hombres*
Lo que sabia sustenta la mano de Dios!

Mayo de 1854.

EL HOGAR PATERNO.

¿Qué tendrá la luz que sale
De ese monte ; qué tendrá?
¿Qué tendrá,
Que una lágrima ha bañado
La mejilla del soldado
Que el servicio cumplió ya?
Ni el incendio del combate,
Ni el palacio del magnate
Donde brillan á la par
Mil luces bellas,
Le hicieron nunca llorar;
Pero esa luz es del pueblo,
Del pueblo natal.

¿Qué tendrá de esa campana
El tañido ; qué tendrá?
¿Qué tendrá,
Que tan dulce ha resonado
En el alma del soldado
Que el servicio cumplió ya?
Ni los cánticos de gloria,
Ni la voz de la victoria
Que entusiasma al militar,
Con tal ternura
Le hicieron nunca llorar;
Es porque esa es la campana
Del pueblo natal.

¿Qué tendrá el ladrido ronco
De ese perro; qué tendrá?
¿Qué tendrá,
Que cual voz de un sér amado
Sentir hace al buen soldado
Que el servicio cumplió ya?
Ni la alegre cantinera,
De su vida compañera,
Ni la franca lealtad
Del camarada,
Le hicieron así llorar;
Es que ese perro ha salido
Del pueblo natal.

¿Qué tendrá el humo que sale
De esas chozas; qué tendrá?
¿Qué tendrá,
Que con júbilo extremado
Lo contempla el buen soldado
Que el servicio cumplió ya?
Ni del seno de las flores
Son más gratos los olores,
Que el que piensa respirar
Al ver del humo
La negra y leve espiral;
Porque es de las chimeneas
Del pueblo natal.

¿Qué tendrá ese pobre viejo
Que le abraza; qué tendrá?
¿Qué tendrá,
Que la frente ha reclinado
En su pecho el buen soldado
Que el servicio cumplió ya?
Á la entrada de la aldea

Turba alegre les rodea,
Saludando al militar;
Y éste conoce
Que entre los suyos está,
Porque oye el acento amado
Del pueblo natal.

1854.

HIMNO DE JULIO.

AL HERÓICO PUEBLO DE MADRID.

Inmensos clamores los aires atruenan,
Y sueltas campanas, en rápido vuelo,
Con lenguas sonoras anuncian al cielo
Que España despierta de un sueño fatal.
El plomo zumbando pregona exterminio;
Aún hartos de sangre no están los tiranos,
Y sangre á raudales se vierte de hermanos,
Y arrecia furiosa la lid desigual.

Lanzad contra el pueblo, cobardes verdugos,
Torrentes lanzadle de fuego y metralla;
Su pecho le sirve de escudo y muralla,
Y es prenda segura de triunfo su fe.
¡Ansiaba ser libre!... le dieron cadenas;
Sustento pedia con roncos gemidos,
Y fueron sus chozas botin de bandidos,
Y fueron sus quejas ahogadas tambien.

¡Ay, mueren los buenos!... el viento de Otoño
Revuelto zumbando con rabia sañuda,
Así de sus hojas los bosques desnuda,
Convierte sus galas en campo de horror.
La patria á la lucha más hijos apresta;
No cedas ¡oh pueblo! cobarde al espanto;
Á flacas mujeres dejemos el llanto
Y al arma corramos con bélico ardor.

Mancebos y ancianos, mujeres y niños
Las glorias eclipsan de Bravo y Padilla;
¡Oh pueblo de Julio! tu aurora ya brilla,
Tu sol ya se eleva con mágica luz.
Sin armas, desnudos, sin pan y sedientos
Allá van tus hijos, allá los mejores;
Aprendan, al verlos morir, los traidores,
Aprendan, si pueden, valor y virtud.

Sus almas serenas la tierra abandonan,
Y genios celestes, que Dios les envia,
Con himnos sublimes de santa armonía
Su vuelo acompañan á un mundo inmortal.
Y mares, y nubes, y luna, y estrellas,
Atras van dejando las ínclitas almas;
Y al bravo que lidia prepáranle palmas,
Y al pueblo predicen el bien de la paz.

Julio de 1854.

ECOS NACIONALES.

LIBRO TERCERO.

PRÓLOGO

DE LA CUARTA EDICION.

Al dar hoy á la estampa, reunidas en el presente volúmen, todas las poesías que bajo el título que encabeza estas líneas he compuesto, paréceme oportuno entrar en algunas, aunque breves consideraciones, así para restablecer la exactitud de ciertos hechos, como para desvanecer errores que pudieran extraviar la opinion sobre el concepto de la poesía popular. No ya gente indocta; personas ilustradas, pero á quienes una preocupacion inexplicable ofusca el entendimiento en lo relativo á tal materia, suelen confundir la poesía de que se trata, con la vulgar; y colocadas en este punto de vista falso, no sólo censuran—y aquí lo hacen con justicia—la imitacion servil de entrambas, realizada por poetas y versificadores más ó ménos eruditos, sino que estiman, equivocadamente, como tarea poco me-

ritoria aquella otra que, en forma culta sí, pero al mismo tiempo noble, sencilla, al par que levantada y accesible á todas las inteligencias—porque el arte ha de hablar á todas, ó no es arte—no cabe duda en que es verdadera y legítima expresion de la vida y genialidad del pueblo en que se inspira; mucho más, si al conservar los rasgos que aún determinan la fisonomía de este pueblo y que la sucesion de los tiempos no ha destruido, hace ver que camina hácia adelante, dando así testimonio evidente de que existe, y de que, sin perder su individualidad propia, participa del movimiento general de las cosas y de las ideas. Esto han hecho constantemente en la lírica, en la épica y en la dramática los primeros ingenios del mundo.

Yo he respetado siempre toda opinion, hasta las más absurdas, con sinceridad profesadas; pero respetándolas, no puedo ménos de protestar altamente contra las pretensiones de los que piden al poeta empresas irrealizables, y que áun realizadas, serian ineficaces, cuando no funestas en sus resultados. El *Fausto* se ha escrito; Goethe ha sido poco ménos que divinizado; y no obstante ¿quién asegura haber entendido aquella obra singular? Iguales pretensiones se muestran respecto de la lírica. Ahora bien: ¿ha de ser la obra poé-

tica hecha sólo para contentamiento y asombro de un reducido círculo de personas, que quizás tampoco la comprendan, aunque presuman y declaren lo contrario, ó ha de hacerse para la generalidad de las gentes, esto es, para el pueblo? ¿Qué admiracion, qué encanto, qué deleite puede causar la composicion lírica que se presenta como una especie de acertijo, de enigma, de problema al juicio público, y cuya lectura, en vez de agradar, fatiga desde los primeros versos, necesitando esfuerzos de reflexion, comentarios é interpretaciones, como si fuese producto del arte de las esfinges y de los geroglíficos?

Yo establezco en la poesía popular una distincion, á mi ver importantísima. Divídola en dos partes: poesía popular propiamente tal, es decir, *poesía que se inspira en el pueblo todo*, y poesía vulgar, esto es, *poesía que se inspira exclusivamente, con raras excepciones, en la última clase del pueblo*; ó en otros términos, *en la clase inculta*. Á la primera pertenece, por ejemplo, el *Romancero del Cid*, que, léjos de tener nada de vulgar, ni en el fondo ni en la forma, es acaso, y sin acaso, el monumento poético nacional popular de belleza artística más acabada. Esta distincion tuve presente desde que concebí el pensamiento de escribir los *Ecos Nacionales*, cuyas

dos primeras ediciones fueron publicadas en el año de 1849, cuando la poesía popular propia de nuestros tiempos estaba enteramente olvidada por las musas españolas.

Hé aquí los términos en que me expresaba:

« No sé si servirá de motivo á censura para los que se pagan demasiado de los nombres, el que haya dado yo el título de *Ecos Nacionales* á estas páginas: como quiera que sea, y dejando á cada cual con sus opiniones, he de advertir que, siendo casi todas las composiciones, digámoslo así, la voz, el eco de necesidades, sentimientos, intereses y recuerdos nacionales, me pareció que ningun título podria convenir mejor que aquel á la expresion de estas necesidades, de estos sentimientos, de estos intereses y de estos recuerdos. » Y añadia : « Poseemos, es cierto, inapreciables tesoros en los *Romanceros* de la Edad Media; pero, sobre ser especiales en gran parte, como el del *Cid*, el de *Bernardo del Carpio* y otros personajes de los tiempos heróicos y caballerescos, no deben, no pueden considerarse ya mas que como objetos de estudio, como una luz para penetrar en las tinieblas de aquellas épocas de amor y de guerra, de galantería y de barbarie, de religiosidad y de entusiasmo. Los *Romanceros* no se leen ; es más, no se compren-

den por el pueblo: son monumentos viejos que debieran restaurarse, si un respeto sagrado á su belleza y á su antigüedad no contuviese á los poetas. Pero ya que esto no sea factible, ni conveniente, las tradiciones, la leyenda, los anales de aquellos siglos prestan sobrada materia, intacta aún, para popularizar la poesía moderna, para sacarla del gabinete del literato, único altar donde puede decirse que recibe culto, y hacerla penetrar en el círculo de la clase media, en el taller del artesano y en la choza del labriego. »

No por esto se juzgue que reducia yo á tan exíguo número los elementos de la poesía popular contemporánea; otros citaba, que aquí no menciono por no copiar íntegro el Prólogo (1). En cuanto á la forma, mi opinion era que la dramática, en la poesía lírica popular, podia, como ninguna, comunicar el alma, el movimiento y los contrastes de la vida española *á los pequeños cuadros* en que pretendia *pintar algunas de sus escenas;* ideas con las cuales se mostraron prácticamente conformes cuantos siguieron este ejemplo, acordándose del pueblo—hasta entónces olvidado—y entre otros uno de los más distinguidos y estimados, mi buen amigo D. Antonio de Trueba, cuyo *Libro de los*

(1) Véase el que lleva al frente el LIBRO PRIMERO de este volúmen.

Cantares, en el que se glosan (1) varios de la musa anónima popular ó vulgar, vió la luz pública cuatro años despues que mis *Ecos Nacionales*.

El propósito de hacer cuanto de mi parte pudiera para restituir la descarrilada poesía nacional popular á su verdadero camino, tenia, pues, profundas raices en mi ánimo; pero á condicion de verificarlo con el espíritu serio y elevado que la cultura actual demanda á los amigos del arte, haciendo de éste una manera de sacerdocio respetable, en vez de una ocupacion pueril y frívola, reducida con frecuencia á copiar simplemente las más groseras formas y el sentido más estrecho de la personalidad de nuestro pueblo.

No era yo el único autor que hubiese compuesto poesía popular nacional: el ilustre duque de Rivas lo intentó con fortuna, en sus preciosos *Romances históricos*, si bien eran éstos de carácter retrospectivo; pero especialmente nuestro gran Zorrilla, español hasta la médula de los huesos, colocado en el mismo terreno, habia erigido un monumento, que durará mientras dure nuestra her-

(1) Coleccion moderna de *Cantares* originales, la primera fué la de D. Augusto Ferran —al César, lo que es del César;—la segunda, la de Campoamor, dignas entrambas de todo aplauso; y la tercera la mia, inmediatamente despues de la cual, sin duda por la cariñosa acogida que recibió y por la inmensa publicidad que á la mayor parte de los que contenía dió toda la prensa de España, reproduciéndolos frecuentemente en sus columnas, hubo un verdadero diluvio de Cantares.

mosa lengua, con sus leyendas, dando en ellas forma verdaderamente artística, y nada vulgar por consiguiente, á tradiciones orales y escritas que en los labios de nuestro pueblo corrian, ó las bibliotecas y archivos conservaban en los anales y cronicones de la historia patria. Pero Zorrilla, como de lo dicho se desprende, era—permítaseme la frase—el trovador de las ruinas; y no ya solamente el fondo de sus leyendas, su palabra misma era eco de otras civilizaciones, de otras edades; era un bardo que pulsaba un arpa ceñida de ciprés, llenando de melancolía nuestras almas, sobre la tumba de las muertas generaciones. Zorrilla era el cantor del pasado; y yo, con mucha ambicion, pero con escasísimas fuerzas, pretendí ser cantor del presente, sin apartar, empero, los ojos del horizonte, por ver si vislumbraba en él un rayo siquiera que me hiciese presentir lo que los tiempos habrian de traer consigo. He aquí, pues, la causa de haber glosado yo pocas tradiciones y hechos históricos antiguos; mi propósito de siempre me obligaba, más que á esto, á glosar sentimientos, ideas y costumbres modernas. Así, los *Ecos* llevan, ya por título, ya por estribillo, asuntos, frases ó versos de cantares y de romances, que corresponden á aquel pensamiento: básteme citar, en prueba de lo que digo, *El Tributo de sangre*, *El*

Convenio de Vergara, *El Dos de Mayo*, *El Hogar paterno*, *La Noche de todos los Santos*, *El General* NO IMPORTA, las baladas de *Iberia*, *Castilla y Cataluña*, *La Gaita gallega*, etc. En *Roncesvalles*, que pertenece á los histórico-tradicionales antiguos, he glosado los dos famosos versos de Cervantes:

Mala la hubísteis, franceses,
En esa de Roncesvalles;

En *La Noche de Navidad*, que conceptúo moderno, los dos finales de un cantar conocidísimo:

Esta noche es Noche-Buena
Y no es noche de dormir.

Por último, y para no molestar demasiado la atencion del lector, á *La vuelta del Voluntario* sirve de estribillo esa especie de muletilla de que se acompañan con frecuencia las narraciones y consejas que de niños hemos oido todos en boca de ancianos, domésticos y nodrizas:

Y Juan iba andando... andando...

La crítica, siempre benévola conmigo, no sólo estuvo unánime en el juicio que formó acerca del espíritu nacional y popular de mi obra, propio de la época, sino que me animó á proseguir mi em-

presa, manifestando que éste era un nuevo campo en el que podrian recoger abundante cosecha de laureles nuestros poetas. No debieron ser desoidas tan patrióticas excitaciones, puesto que, sin duda en virtud de ellas, de entónces data la publicacion de cuantas obras tienen aquel sentido y carácter, más ó ménos bien comprendidos, más ó ménos artísticamente desenvueltos en su ejecucion, ya por medio de glosas, de romances sin ellas y de cantares, ya en otras diversas formas.

Hay, sin embargo, quien considera requisito indispensable para que la poesía merezca el calificativo de popular—estrechando así, hasta los más mezquinos límites la esfera de su accion—que haya de reducirse á ser *precisamente glosa de cantares*; lo cual, en suma, si bien se mira, ni quita ni pone nada á la popularidad de la obra, cuando en esta obra no va íntimamente encarnada el alma del pueblo; en cuyo último caso, con cantar ó sin él, la glosa no será más que un romance cualquiera, que jamás aprenderá ni cantará el *vulgo—por ser demasiado fino*—á ménos que el poeta se degrade hasta, ó casi hasta el tabernamentarismo—y á cuyo romance sólo puede prestar algo de sabor el verdadero metro nacional, que, entre paréntesis, no es el de la seguidilla, sino el octosílabo; además, que tampoco es la seguidilla

un metro, ni una estrofa ó estancia, sino un pequeño poema en siete versos: por tanto, escribir una composicion en seguidillas, es lo mismo—tal creo—que escribir una composicion en sonetos. Y la prueba de que el metro de la seguidilla, si bien es hoy en concepto de algunos, no ha sido el genuino metro nacional, la tenemos en que ántes de Boscan, á quien se mira como introductor del endecasílabo italiano con su quebrado correspondiente, apenas se encuentra composicion alguna en versos de siete sílabas con quebrados de cinco, que son los que constituyen la seguidilla.

El *vulgo*, á quien muchos confunden ó se empeñan consciamente en confundir con el *pueblo*, aprenderá, y recitará, y cantará siempre, mientras su educacion no se modifique, las coplas de *Rosaura del guante*, de *El guapo Francisco Estéban* y otras *ejusdem furfuris*, y echará á un lado, por ser, lo repito, *demasiado finos*, los romances de poetas de ingenio más ó ménos cultivado; con la circunstancia de que el afan de popularizarse á toda costa ha creado una escuela raquítica, ñoña, pedestre y ramplona, que proclama la ignorancia—iba á decir la irracionalidad—como uno de sus principios fundamentales, juzgando título legítimo de orgullo y de gloria la carencia de instruccion; como si los grandes, los

verdaderos, los inmortales poetas de todos tiempos hubiesen, por ventura, sido unos pobres patanes! Huyendo de la simpleza, erudita jerga y ficticia sublimidad neo-clásicas, no ménos que de ciertos pedantescos é intempestivos alardes filosóficos, ha venido á darse en el extremo contrario, en el de llamarse, por ejemplo, sencillez y naturalidad á la chocarrería, al amaneramiento y á la falta de númen poético.

Ofreciéndose tan rico y ancho campo á la inspiracion del que se proponga cultivar este género de poesía, nunca he podido yo consagrar á ello el tiempo y la asiduidad necesarios; pero tampoco he renunciado nunca por completo á seguir aumentando el número de *Ecos Nacionales*, en lo que me lo han permitido las condiciones de una salud quebrantada muchos años hace. Prueba son de que no renuncio á ir desarrollando el pensamiento de mi obra nacional (entre otras varias producciones compuestas despues de la tercera edicion de los *Ecos*), *La Gaita gallega*, *Polonia*, *Correspondencia del moro*, *El General* NO IMPORTA, *La Patria*, *Fr. Luis de Leon* y las baladas susodichas. Mas no solamente éstas—incluidas en los *Ecos*,—sino la mayor parte de mis poesías, como las *Sátiras*, las *Odas*, *La Arcadia moderna*, los *Cantares*, las *Elegias*, *La Leyenda de Noche-*

Buena y la sátira, inédita en casi su totalidad, titulada *Grandezas de los pequeños*, tienen unas la forma y el fondo, y otras el fondo eminentemente nacional y popular: ¡ojalá pudiera añadir que eminentemente buenos! Entre mis pocos ensayos dramáticos, ya representados, mencionaré *Camino de Portugal*, *Flor Marchita* y *La Limosna y el perdon*. En cuanto á la prosa, me limitaré á nombrar, entre mis obras más antiguas, *La Pulga errante* (1846) y *El Conspirador de á folio* (1848); y entre las más modernas, los *Proverbios ejemplares*, los *Proverbios cómicos*, *El Mundo al revés*, los *Cuentos del dia*, y un sinnúmero de artículos, algunos de ellos coleccionados ya en el volúmen que lleva el título de *Limones agrios:* glosas, por decirlo así, en accion, todas estas obras, de nuestros refranes: estudios del genio, carácter, lenguaje y costumbres de nuestro pueblo en general, y no vaciadas en el molde estrecho de una localidad ó comarca determinada. Por lo que hace á su lenguaje y á su estilo, jamás he creido que fuese preciso rebajarlos para que adquiriesen popularidad, hasta el punto de convertir en regla de una obra lo que debe ser excepcional en ella; y esto tan sólo con cierta sobriedad, y cuando así lo pidan imperiosamente el asunto ó los personajes en que la

accion se encarne. Cervantes, como todos los grandes ingenios, conociendo sin duda que el escritor debe elevar hasta sí al vulgo, hablándole siempre un lenguaje claro, sin dar en chabacano, y no descender hasta el vulgo, jamás usó, fuera de casos contadísimos y justificados, palabrotas ni giros, que si pueden formar la delicia de los bodegones, no así la de las personas de gusto, sea ingénito ó adquirido por la educacion, el trato social ó el estudio.

Todas mis obras, pues, se ve que contribuyen al desarrollo del plan que constantemente ha presidido á los *Ecos Nacionales*. Antes de la publicacion de éstos, ó se cantaba el pasado de nuestra patria con la magnificencia y la hermosura que Zorrilla, y con la pobreza que otros *astra minora*, ó se cantaba lo más superficial de su vida puramente exterior, de su existencia vegetativa, como poco antes la habia cantado y glosado Melendez, con los zagales y pastores de éste, un poco modernizados, y con sus bailes, tamboriles, castañuelas y romerías; todo lo cual está, á veces con estribillos populares, en el mismo Melendez, quien á ratos era tiernísimo poeta bucólico y excelente pintor de valles y montañas. Pero ¿debia, ni debe llamarse esto únicamente, poesía popular?... Apenas si el hogar doméstico, si la familia, si las ge-

nerosas tendencias del siglo, si la vida íntima de la nacion, si sus sentimientos, si su espíritu, si su personalidad, en fin, merecieron una mirada, un recuerdo. Yo he leido y examinado atentamente para la publicacion de una Antologia de líricos españoles contemporáneos, consultado por dos amigos mios que se ocupaban en estos trabajos años hace, las poesías contenidas en las colecciones de libros, revistas y periódicos literarios más acreditados; y mi sorpresa y mi desencanto fueron grandes, al ver que poquísimas de ellas—aparte de su mérito, que no niego y áun admiro, por otros conceptos—respondian á las exigencias de la época; que el soplo vivificador del siglo no habia penetrado en las regiones de nuestro Parnaso; cosa que á los veinte años de edad—en que compuse gran parte de los *Ecos Nacionales*, dados á luz cuatro ó seis años despues, por no haber tenido antes editor—ya sospechaba yo instintivamente, y que el estudio habia de confirmar por completo. Quintana compuso algunas, aunque escasas, poesías patriótico-políticas, en verdad grandilocuentes, varoniles y de belleza suma, inspiradas por el sentimiento de independencia que animaba á España; pero estas mismas dotes de su estilo, su educacion neo-clásica, sus preocupaciones enciclopedistas, y hasta el metro em-

pleado con preferencia por él, eran cabalmente lo que más imposibilitaba la popularidad de sus obras, con justicia admiradas y acreedoras al profundo respeto de los doctos, mas que no comprendian los que no lo eran. Por otra parte, exceptuando sus poesías *Á la Invencion de la imprenta, El Panteon del Escorial etc.*, verdaderos discursos en verso, casi todo el ideal moderno quedaba íntegro para las nuevas generaciones poéticas. D. Juan Nicasio Gallego, á quien igualmente debe citarse, sólo dejó su famosa elegía *El Dos de Mayo*, de idéntica filiacion que las de Quintana. Si algun otro de los poetas de entónces y de los que despues se dieron á conocer, tuvo la intuicion de lo que reclamaban la época y el genio modernos, en órden á la poesía popular nacional, ó no quiso, ó no pudo, ó no supo satisfacer esta necesidad, y por consiguiente quedaron fuera de su dominio casi todas las grandes cuestiones que la revolucion operada en las ideas y en el estado social habia sometido á la consideracion de los poetas, precursores y propagandistas por excelencia de todo arte y de todo derecho nuevos.

La musa de nuestros dias no ha de ser la régia matrona, ni la aristocrática dama que sólo se halla bien en las altas esferas sociales, y que se desde-

ña de arrastrar su espléndido ropaje fuera de los palacios; ni tampoco la mujer grosera y andrajosa que se complace únicamente en las realidades más triviales y bajas de la vida; sino la encarnacion, ora sencilla y modesta, ora varonil y severa, y siempre decorosa y pura, del espíritu democrático y cristiano, que hoy penetra y envuelve á todas las clases. El palacio, el taller, la cabaña; la aldea, la ciudad, la nacion, el mundo entero: hé ahí el teatro de su actividad. Enaltecer el arte y el culto de lo bello; consolar al que sufre; glorificar al bueno; compadecer al malo; rechazar, si es preciso, con ánimo altivo, los halagos del poderoso, que rara vez otorga sus favores sino á costa de la dignidad del que los recibe; resistir las tentaciones de la codicia y del orgullo, que á tantas serenas inteligencias han mareado y perdido; recorrer la inmensa escala social, desde la mansion del rico, hasta la miserable vivienda del mendigo, para ser eco infatigable de sus dolores, de sus alegrías, de sus esperanzas; predicando la paz, el trabajo, la virtud, el patriotismo, la fraternidad, la abnegacion; acompañando al labrador en el campo, al obrero en la fábrica, al industrial en el taller, al soldado en sus fatigas, al enfermo en su lecho, en su destierro al proscrito... ¿no es digna de todo poeta moderno esta empresa? Cuan-

do se dice que nuestro siglo carece de ideal para la epopeya, y puesto que ni las más brillantes exhumaciones de ideales muertos y de hechos pasados, cuya grandeza tiene ya el lugar que le corresponde en el panteon de la historia, lograrian interesarle bajo otro concepto que el meramente formal, ¿no podria un poeta acariciar la idea de construir con todos los materiales y elementos fragmentarios referidos, agrupándolos con libre arte, cierta unidad que supliese hasta donde es dado la falta de un poema imposible en una civilizacion tan compleja como la actual? Confieso que esta idea cruzó por mi mente, y algo de ello indico en el Prólogo de los *Proverbios ejemplares*; mas aunque no hubiera sido así, harto lo demuestran los *Ecos Nacionales*. No recuerdo ni uno solo de ellos que no responda á alguna de las grandezas ó de las miserias, de las necesidades ó de los sentimientos que solicitan el aplauso, la reprobacion ó la simpatía de las almas buenas. Estando en el destierro (1848), en ocasion en que era peligroso el apostolado en favor de principios que ya invaden todos los pueblos y todos los espíritus, y en que hasta era lícito á los poderes de entónces, refractarios á ellos, penetrar en el sagrado de las conciencias, para infligir castigos que ningun hecho exterior autorizaba, publiqué

las dos primeras ediciones de los *Ecos Nacionales*, reproduciendo en ellas *El Tributo de sangre*, *¡Qué hermanos! Ante un Crucifijo*, y otros anteriormente impresos en Madrid: algunos de los asuntos que les sirvieron de base—lo consigno con satisfaccion—se han llevado al teatro y á la novela veintitantos años despues, esto es, en plena consagracion y reconocimiento de todos los derechos del hombre. De entónces, de parecidos tiempos y de alguno más bonancible, datan otras muchas de mis poesías, protestas contra todas las formas de la esclavitud, en la persona humana, en la prensa, en la enseñanza, contra la pena de muerte, contra nuestro sistema carcelario; en una palabra, contra tantas y tantas iniquidades como hacia siglos pesaban sobre nosotros; ó bien himnos al movimiento regenerador, que con eléctrica rapidez se difunde de un extremo á otro de la tierra.

Antes de concluir, he de manifestar que, por grande que sea mi cariño al pueblo donde he nacido, cariño bien claramente revelado en la predileccion que le doy en mis cantos, haciéndolo objeto principalísimo de ellos, jamás he perdido de vista la solidaridad que relaciona y liga su vida con la de otras naciones, y con los destinos de toda la familia humana. Los sentimientos ge-

nerosos y aspiraciones levantadas que me complazco en reconocer en él, son sentimientos y aspiraciones que, ora manifiestos, ora latentes y en estado de elaboracion y de gestacion, animan el espíritu de toda sociedad civilizada. Mezquina seria, en consecuencia, la obra poética cuya aplicacion tuviese por límites la línea trazada por la sombra de un campanario ó por la frontera de un país dado. Los rasgos particulares de la produccion artística marcan, efectivamente, la fisonomía de una raza, de una familia; y al marcarla, el artista produce, en este sentido, una obra nacional; pero si en ella no hay nada que determine la parte que esta raza ó familia toma en la comunion general de las ideas que hoy son patrimonio y viático de todos los pueblos, pasado el momento en que la obra nace, borrados por la accion natural del tiempo y de las revoluciones aquellos signos particulares característicos, la obra está condenada á morir sin remedio, por falta de esas otras condiciones permanentes, que responden, no á un solo momento de la historia, sino á los fines eternos de la vida y del arte.

Madrid, Abril de 1873.

V. R. Aguilera.

LA PATRIA.

Queriendo yo un dia
Saber qué es la Patria,
Me dijo un anciano,
Que mucho la amaba:
— «La Patria se siente;
No tienen palabras
Que claro la expliquen,
Las lenguas humanas.
» Allí, donde todas
Las cosas nos hablan
Con voz que hasta el fondo
Penetra del alma;
» Allí, donde empieza
La breve jornada
Que al hombre en el mundo
Los cielos señalan;
» Allí, donde el canto
Materno arrullaba
La cuna que el ángel
Veló de la Guarda;
» Allí, donde en tierra
Bendita y sagrada,
De abuelos y padres
Los restos descansan;
» Allí, donde eleva
Su techo la casa
De nuestros mayores...
Allí está la Patria.

» El valle profundo
Y enhiesta montaña,
Que vieron alegre
Correr nuestra infancia;
» Las viejas ruïnas
De tumbas y de aras,
Que mantos hoy visten
De hiedra y de zarzas;
» El árbol que frutos
Y sombra nos daba,
Al són armonioso
Del ave y del aura;
» Recuerdos, amores,
Tristeza, esperanzas,
Que fuentes han sido
De gozos y lágrimas;
» La imágen del templo,
La roca y la playa,
Que ni años, ni ausencias
Del ánimo arrancan;
» La voz conocida,
La jóven que pasa,
La flor que has regado
Y el campo que labras;
» Ya en dulce concierto,
Ya en notas aisladas,
Oirás que te dicen:
» *Aquí está la Patria.*

» El suelo que pisas
Y ostenta las galas
Del arte y la industria
De toda tu raza,
» No es obra de un dia
Que el viento quebranta;

Labor es de siglos,
Que el cielo consagra.
«En él tuvo orígen
La fe que te inflama;
En él tus afectos
Más nobles se arraigan;
»En él han escrito
Buriles y hazañas,
Pinceles y plumas,
Arados y espadas.
»Ya anales sombríos,
Ya historias que encantan
Y en rasgo indeleble
Tu pueblo retratan.
»Y tanto á su vida
La tuya se enlaza,
Cual se une en un árbol
Al tronco la rama.
»Por eso presente
Ó en zonas lejanas,
Do quiera contigo
Va siempre la Patria.

»No importa que al hombre
Su tierra sea ingrata;
Que peste y miseria
Jamás de ella salgan;
»Que viles verdugos
La postren esclava,
Rompiendo las leyes
Más justas y santas;
»Que noches eternas
Las brumas le traigan,
Y nunca los astros
Su luz deseada.

» Pregunta al proscrito,
Pregunta al que vaga
Sin pan y sin techo
Por tierras extrañas:
» ¡Pregunta si pueden
Jamás olvidarla,
Si en sueño ó vigilia
Por ella no claman!
» No existe, á sus ojos,
Más bella morada,
Ni en campo, ni en cielo
Ninguna le iguala.
» Quizá unidos todos
Se digan mañana:
—¡Mi Dios, es el tuyo;
Mi Patria, *tu Patria*!»

Agosto de 1868.

BALADA DE POLONIA.

Á ALEJANDRO CHAO.

En la noche de su duelo
Al mundo tendió los brazos,
Muerta la luz de sus ojos
En lágrimas arrasados.
Clamó á los pueblos amigos,
Clamó á los pueblos extraños
Con la voz de sus cadenas
Y de sus ayes amargos.
Unos, su clamor no oyeron,

Otros, al verla, lloraron,
Y su compasion estéril
Brindóle consuelos vanos.
¡Menguada y cobarde Europa!
¡Mira esa madre de bravos
La calle de la Amargura
Subiendo con lento paso,
Como un fantasma, camino
De su Calvario!

Hermoso lirio de un dia
¡Cuál doblas el débil tallo!
¿Qué hiciste á tus enemigos?
¿Cómo así te maltrataron?
Rompieron tu blanca túnica,
Y con el feroz cosaco
Echaron suertes sobre ella
El tudesco y el prusiano.
Y sin piedad maniatada,
Sobre tu cuerpo llagado
Tendieron el *knut* (1) sangriento
Los sayones inhumanos.
Borrar pretenden tu nombre,
Mas tu espíritu, vagando,
Lo murmura en las ciudades,
Y en los montes, y en los llanos,
Y en las descarnadas cimas
De tu Calvario.

¿Qué no hicieron los verdugos?
Tus altares profanaron,
Y la frente de tus vírgenes

(1) Voz rusa que significa *latigo*. Dícese tambien del castigo del mismo nombre. El instrumento principal de este suplicio consiste en unas disciplinas formadas de tiras de cuero con puntas de hierro.

Mancillan con torpe labio.
En los desiertos hogares,
Aún el eco solitario
Repite el postrer suspiro
De los pobres desterrados,
Que en Siberia, al mundo muertos,
Lloran por los cielos pátrios
Al ver los cielos horribles
De aquellos horribles páramos.
De las madres honda pena
Allí seca el pecho flaco;
Y de hambre espiran sus hijos,
Y de frio los ancianos,
Que en sus sueños te ven, pálida,
Ir al Calvario.

En las plazas, y en las calles,
Y en los templos, y en los campos,
Una corona de espinas
Como bandera mostrando,
A tus verdugos responden
Con tiernas salves y cánticos
Sacerdotes y mujeres,
Niños, mancebos, y ancianos.
¡Oh Cristo de las naciones!
¡Mártir del siglo, y escándalo,
Que al sacrificio sublime
Vas como cordero manso!
¡No desmayes! Justo el cielo
Prepara á tu frente láuros;
Y aunque al sepulcro desciendas,
Gloriosa resucitando
Será á tu vida futura
Trono el Calvario!

1861.

BALADA DE CATALUÑA.*

Á VÍCTOR BALAGUER.

Cataluña tiene un hijo,
Tiene un hijo menestral,
Que por verla siempre grande
Sin descanso velará.
De la máquina sonora
La voz dice sin cesar,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*;
Y responde á la que teje,
Hila ó prensa, viene ó va,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
Con cantares que le ayudan
Á sufrir y á trabajar.

Cataluña dijo un dia,
Muchos años hace ya:
—Ya ves, hijo, que soy pobre,
Mi pobreza viendo estás.
—Madre (el hijo respondióla),
Á ganarme voy el pan,—
Tric, *trac*,
Tric, *trac*;
Y regando con rocío
De la frente su telar,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,

Ganó el pan que le pedia
El acento maternal.

—Cataluña, noble madre,
Un vestido te he de dar,
Y del frio los rigores
Á sentir no volverás.—
Á su madre así le dijo
El obrero catalán;
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
Los talleres resonaron,
Y tejiendo fué á la par,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
El vestido y la grandeza
Que á su madre hizo inmortal.

Cataluña en otros tiempos
Dijo al monte y dijo al mar:
—Mi constancia ha de domaros
Y mi firme voluntad.—
Al payés rústica azada
Y al marino remos da,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*;
Y de azadas y de remos
Á los golpes y al compás,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
Á la piedra arrancó espigas
Y al abismo un cetro real.

Cataluña vió en sus campos
Extranjera gente audaz,

Y en su pecho hirvió la sangre
Del feroz almogavár.
Á la guerra van sus hijos
Y al taller sus hijos van,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*;
Y alternando las canciones
De la guerra y de la paz,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
Conquistó su independencia
Y tejió su libertad.

Cataluña, porque tengas
Ricas galas que ostentar,
El vapor palpita y ruge,
Hila el huso de metal.
Mucho valen esas galas,
Tus virtudes valen más,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*;
En olvido no las eches;
Si las llegas á olvidar,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
No la tela de tu gloria,
Tu mortaja labrarás.

1868.

LA BANDERA.*

¡Oh Dios de nuestros padres,
Que España fiel venera!
Bendice la bandera,
Enseña de su honor.
Por ella España mire
Su nombre respetado,
Y sombra dé al soldado
Su santo pabellon.
Hermosa, sin mancilla
Que arranque amargo duelo,
Y ungida por el cielo,
Parece ángel de paz.
El cielo la sonríe,
Con luz besando leda
Su manto de oro y seda,
Su frente virginal.

Ya el sol se va nublando,
Ya el grito de la guerra
Asorda cielo y tierra;
La paz un sueño fué.
¡Él es! el extranjero,
Que al noble Pueblo hispano
Pretende hollar, villano,
Domando su altivez.
Mas ya de la bandera,
En ira y sangre rojos,
El leon abre los ojos

Cansado de dormir.
Ya de sus castillos
Rechinan las cadenas,
Y zumba en las almenas
El toque del clarin.

¡Al arma! ¡al arma todos!
La madre cariñosa,
La casta y fiel esposa
Reprimen su dolor.
Recuerdan que son hijas
Del pueblo sin segundo
Que asombro fué del mundo
Y tumba al Corso abrió.
La tierra ofrece el hierro
Que lleva en sus entrañas;
De valles y montañas
Los bosques lanzas dan.
Relinchan los corceles,
Que en su ímpetu sediento,
Atras dejan al viento,
Oyendo el són marcial.

¡Al arma, patria mia!
Gentil, sublime, entera,
Ya pasa la bandera...
¡Matronas, no lloreis!
¡Oh! ¡lágrimas de gozo
Verted si vuelve honrada,
Y vuelva acribillada
Cien veces y otras cien!
Sus restos inmortales
Colgados en los templos,
Serán altos ejemplos
Y prez de la nacion.

Juremos defenderla,
Y sombra dé á la tumba
Del héroe que sucumba,
Su santo pabellon.

1864.

RECUERDO DE GALILEO.

Á MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

¡E pur si muove!

Los que aman la virtud y aman la ciencia,
Aquellos generosos corazones
Que su bien sacrifican y existencia
Por la vida y el bien de las naciones,
Oirán la breve y lastimera historia
De un mártir de la vieja tiranía,
Que murió por decir, para su gloria,
Que en torno al sol la tierra se movia.

Era débil anciano cuando al mundo
Anunció la verdad que él sólo alcanza:
Llénase Roma de terror profundo
Y el rayo de sus iras contra él lanza.
Discurre que matando á Galileo
La luz mataba que con él venia,
Y le hunde en una cárcel como reo,
Por decir que la tierra se movia.

«¡Confiesa!» grita ronco el Santo Oficio:
«¡Confiesa!» el vil sayon, que se le atreve;
Y el mártir, sin aliento en el suplicio,
Balbuceaba: «La tie... rra... no... se mue... ve.»
Pero así que cesaba su tormento,
Al recobrar esfuerzo, sonreia,
Como jurando al tribunal sangriento
Que en torno al sol la tierra se movia.

De los jueces, despues, el fallo rudo
La víctima condena venerable
Á honrosa penitencia, el pié desnudo,
Y desnudo su cuerpo miserable.
Crece la horrible saña, pero el sabio
Faltar á su conciencia no podia,
Y su mirada desmintiendo al labio,
Repitió que la tierra se movia.

Espira de dolor, y polvo inerte
Es su cuerpo en la estrecha sepultura;
Mas del lóbrego asilo de la muerte
Rápida sube al cielo su alma pura.
Verdugo Roma fué de Galileo,
Pero aún arde la luz que éste encendia
Cuando en la triste cárcel, como reo,
Anunció que la tierra se movia.

1852.

1808—1848.

CAMPO DE LA LEALTAD.

Ven conmigo, niña hermosa,
Al pié de ese monumento,
Orgullo de nuestra patria,
Ignominia de extranjeros.
Ven, y de flores de Mayo
El pobre altar coronemos,
Con una rodilla en tierra,
Con los ojos en el cielo.
Ahí reposan las cenizas
De los bravos caballeros
Que en pro de la Independencia
Su honrada sangre vertieron.
Un dia, del alta cumbre
Bajaron del Pirineo
Á nuestros campos floridos,
Tigres con piel de corderos.
¡Tigres! dije mal; esclavos
Del gran bandido eran ellos;
Que á ser tigres, más piadosos
Hubieran sido sus pechos.
Á la sombra del gigante
Que espantaba al universo,
Vinieron á España... ¿Cuántos
Vivos de España salieron?
Por do quiera sus victorias

Pregonando iban los ecos:
Arcola! *Jena*!—se oia;—
Austerlitz! *Lodi*! *Marengo*!
Las Pirámides temblaron.
Á su voz gimió el desierto;
Un nombre llenaba el mundo;
Un pueblo todos los pueblos.
Aquí tambien de sus *glorias*
Dejar quisieron ejemplo...
¡Asesinando mujeres,
Mozos, y niños, y viejos!
Con láuros tales el Corso
Ciñó sus sienes de fuego;
Ellos destilaron sangre
Sobre el manto del imperio.
Mas... oye... el cañon retumba...
¡Oh, qué angustioso recuerdo!
Paréceme de mil víctimas
Estar el gemido oyendo,
Y que la tierra se rompe,
Y que reviven los muertos
Con la frente hecha pedazos,
Los ojos sangre vertiendo.
¡Ellos son! ¡Daoiz! ¡Velarde!
¡Vosotros sí que erais buenos!
Nosotros, raza maldita,
Alma libre no tenemos.
Se eclipsaron nuestros soles,
Apagóse nuestro aliento,
Y una gran sombra se extiende
Por el horizonte inmenso.
¡Oh mártires, maldecidnos,
Y que ruede por los vientos
Vuestra maldicion eterna,
Para turbar nuestros sueños!

«*Libertad*!» clamais; ¡y os damos
Lágrimas y vilipendio!
¡Vosotros sí que erais hombres!
¡Cómo se mudan los tiempos!

1848.

SOLEDAD.

Pasajero, contempla en la llanura
La pobre patria mia,
Sola con su dolor y su hermosura,
Yerta la faz sombría.

Aquí está, con el manto del imperio
Mal prendido en sus hombros;
Triste está como flor de cementerio,
Como lirio entre escombros.

Cúbrela por doquier honda tiniebla;
El leon se ha dormido;
Ni un eco dulce los espacios puebla,
Ni bélico sonido.

¡Oh, madre cariñosa! ¡Oh, noble España!
¿Qué es de tus hijos fieles?
¿Cómo al valle no van, ni á la montaña
Á conquistar laureles?

Responde, trovador; ¿por qué tu lira
Gime, al pasar el viento,
Colgada de un ciprés? ¿Cómo no espira
Sones de más contento?

¿Adónde estás, generacion menguada?
Tú manchas las memorias
Del héroe nacional, de luenga espada,
Que llena las historias.

Aquel buen burgalés del tiempo viejo,
Aquel mozo bizarro
Llevó seis reyes, en triunfal cortejo,
Uncidos á su carro.

Nosotros olvidamos de Castilla
Libres usos y leyes,
Y doblamos humildes la rodilla
Ante extranjeros reyes.

El ardiente corcel, suelto, sin rienda,
Relincha por el prado;
El capitan no vela ya en la tienda;
Se afemina el soldado.

Ya no hay en las bahías españolas
Las opulentas naves
Que al músico vaiven de brisa y olas
Volaban cual las aves.

Tendidos á la sombra de los puertos
Los marinos mejores,
No atraviesan los líquidos desiertos...
Desfallecen de amores.

Y pisan los alcázares reales,
No varones prudentes
Que del pueblo aliviar quieran los males,
Y en saber eminentes;

Antes bien, corrompidos cortesanos,
Sin alma y sin decoro,
Con insaciable sed de honores vanos,
Y vestidos de oro.

¡Oh de España infeliz desdicha fiera!
Ahí yaces, sin ventura,
Como el bravo que pierde su bandera
En lid sangrienta y dura.

El leopardo inglés clava sus ojos
En tí, con arrogancia;
Mañana bajarán por tus despojos
Las águilas de Francia.

Como nueva Polonia irás errante,
Por extrañas regiones;
Y escupirán tu pálido semblante,
No te oirán las naciones.

Nosotros, sin honor, madre y señora,
Llevaremos cadenas;
Sangre de alta virtud engendradora
No hierve en nuestras venas.

Por eso abandonada en la llanura
Te quedas, patria mía,
Sola con tu dolor y tu hermosura,
Yerta la faz sombría.

1846.

VIOLETA

PARA LA CORONA DE ZORRILLA.

Venid á oir en dulces armonías
las sabrosas historias de otros dias.
.....
(Zorrilla.—CANTOS DEL TROVADOR. *Introduccion.)*

Creime olvidado aquí.
.....
(Carta de Zorrilla, en su regreso de América, á Pedro de Alarcon.)

Desecha vanos temores;
No, para España no has muerto;
Bien te lo dice el concierto
De todos sus trovadores.
Tu senda cubren de flores
De una orilla á la otra orilla;
Y una corona sencilla,
Que su fiel cariño marca,
Te ofrecen ¡oh patriarca
De los bardos de Castilla!

Ave tambien de llanura,
Junto á la tuya nacido,
Escuché pronto en mi nido
De tu nido la voz pura.
Encantóme su dulzura,
Y con infantil anhelo
De alcanzar tu raudo vuelo,
Yo aquella voz repetia
Que venir me parecia
De lo más alto del cielo.

El tiempo andando, partí,
Como tú, de mis hogares,
Y el eco de tus cantares
En campo y ciudad oí.
¿Cómo olvidarse de tí,
Si eres la memoria viva
De aquella nacion altiva
Que, en paz ora y ora en guerra,
De las glorias de la tierra
Las más sublimes archiva?

Pensativo y solitario,
Tú al panteon descendiste
Do yacia en sueño triste
Todo un mundo leyendario.
Estremecióse el osario
Al rumor de tus pisadas;
Y, por tu acento evocadas,
Con la vida que vivieron
Las sombras comparecieron
De las edades pasadas.

En los lechos sepulcrales
Habla la estátua de piedra;
Brotan, con manto de hiedra,
Los torreones feudales.
De las viejas catedrales
Respiramos el ambiente;
Y tu inspiracion valiente
Con rasgos de fuego traza
La historia de nuestra raza
Unida con la de Oriente.

Y así en largas procesiones,
De tu arpa al sonido blando,

Iban pasando... pasando
Castellanas é infanzones.
Con los cristianos leones,
El que lucha por Mahoma;
Entre músicas y aroma
Sultanas en cautiverio,
Y en la paz del monasterio
De Dios la casta paloma.

Torneos, zambra, locura,
Virtudes, crímenes, glorias,
Ya peregrinas historias,
Ó ya tradicion oscura,
Á todo tal hermosura
Dió tu pincel soberano,
Que en aquel tiempo lejano
Vivir yo querido hubiera,
Si más grande que él no fuera
Nuestro siglo, y más cristiano.

Con pasmo tu obra admiré;
Belleza suma la abona;
Tiene la Cruz por corona
Y por cimiento la fe.
En ella el punto se ve,
Ella señala el lindero
Donde acaba el *Romancero;*
Y al pié, inclinada la frente,
La España de hoy, tristemente,
Está esperando su Homero.

Lo tendrá; signos fatales
Anuncian su decadencia,
Mas no el fin de su existencia;
Los pueblos son inmortales.

Su sangre vertió á raudales,
Y en tierras propias y extrañas
Asombraron sus hazañas;
Pero del tiempo pasado
Aún guarda fuego sagrado
En lo hondo de sus entrañas.

Tú del capullo feudal
La trama rompes añosa,
Y sale la mariposa;
Tu leyenda; su ideal.
Pues de aquel fuego vital
Saldrá la jóven leyenda;
Es ley, de progreso prenda:
Tras cada siglo que cae,
El naciente siglo trae
Tambien su ideal, su ofrenda.

Bardo errante, noble hermano,
Que, en alas de amor profundo,
Vuelves hoy del Nuevo Mundo
Á tu solar castellano;
El niño, el mozo, el anciano,
Y la dama y la pastora,
Cércante en rueda sonora:
El canto esperan divino
Que recogió el peregrino
Para la patria que adora.

Venga luego, y otro en pos;
El corro te escucha; así
Sabremos qué fué de tí
Por esos mundos de Dios.
No es un amigo, ni dos,
Quien aquí tu nombre aclama;

Es... todo el pueblo que te ama;
Permite, pues, ¡oh poeta!
Que tambien mi violeta
Lleve al altar de tu fama.

1866.

BALADA DE IBERIA.

Dicen que va con España
Á casarse Portugal;
Si mucho vale la novia
No vale poco el galan.
El mismo sol los alumbra,
La misma tierra feraz
Rinde á sus piés, generosa,
Ricos tesoros sin par.
El mar que sus costas baña,
Tiene en los dos nombre igual;
En los propios claros rios
Los dos contemplan su faz.
Una es su lengua armoniosa,
Una su historia inmortal;
En los siglos venideros
Uno el destino será.
Bello fruto de estas bodas,
Iberia al orbe ha de dar
Envidia por su grandeza,
Y por sus virtudes, más.
¡*Cuándo ese dia*,

Cuándo vendrá!
¿Quién no lo ansía?
¡Quién lo verá!

Los dos cruzaron valientes
Las soledades de un mar,
Donde sonado no habia
La voz humana jamás.
Oro dicen que trajeron
De su expedicion audaz;
No cuenta quien los acusa
Lo que dejaron allá.
Sangre, industria, ciencia y arte,
Y entrada en la humanidad
Dieron á razas dormidas
En hondo sueño fatal.
Y entónces allí brotaron
(Flores de su inmenso afan)
Ciudades, talleres, templos,
Maravillas que admirar.
¡Ojalá unidos por siempre
Desde entónces, ojalá,
Hubieran los dos estado
Con vínculo fraternal!
¡Cuándo ese dia!, etc.

Todo el mundo conocido
Resueltos los vió pasar
Á vencer los que imposibles
Juzgaba la antigüedad:
Con el leon de Castilla,
Las quinas de Portugal;
Las barras aragonesas
Con el blason catalán.
Fuertes con sus libertades

Y su poder colosal,
En sus empresas llegaron
Donde nadie llegará.
  Ellos derrocan imperios,
Ellos los saben fundar,
Y uncen monarcas altivos
Á su carroza triunfal.
  Hoy con recelo se miran,
Y no se conocerán
Hasta que luzca la aurora
Que tantos esperan ya.
  ¡*Cuándo ese dia*!, *etc.*

  El tiempo se acerca; un trono
Ha barrido el huracán,
Sobre él desplomando fiero
Una oleada del mar.
  Dinastías extranjeras
Hollaron su dignidad;
Si España tiene memoria,
Ya nunca lo ocuparán.
  Lázaro ha roto su tumba;
La tiniebla huyendo va;
El muerto resucitado
Saluda á la Libertad.
  En esta sagrada vía,
Sin volver un paso atrás,
Con el Pueblo Lusitano
España se encontrará.
  Y olvidando sus querellas,
Su alianza sellarán,
Fiel, sincera, indisoluble,
Con un ósculo de paz.
  ¡*Cuándo ese dia*!, *etc.*

¡*Iberia*! yo te estoy viendo,
Bella, jóven, celestial,
Como en sus ensueños pudo
El poeta ambicionar.
¡*Iberia*! yo te estoy viendo
Vestida de majestad,
Presentarte á las naciones
Con aplauso universal.
¡*Iberia*! yo te estoy viendo
En el Senado brillar
De todos los pueblos libres,
Tan alta como el que más.
¡*Iberia*! yo te estoy viendo
Serenamente marchar
Al porvenir que adivina
La musa de nuestra edad.
¡*Iberia*, yo te estoy viendo;
Iberia! tú nacerás,
Pues han de hacerse las bodas
De España con Portugal.
Ese gran dia
No faltará;
¿*Quién no lo ansia*?
¡*Quién lo verá*!

Enero de 1869.

AL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA,

ANTES DE REPETIR

LA LECTURA DE SU HISTORIA.*

Otra vez, buen caballero,
Llanuras, fragosidades,
Poblados y soledades
Recorrer contigo quiero.
Reí con el mundo entero
Cuando tu historia leí;
Luego el mundo conocí,
Y, de esto acaso te asombres,
Apenas ví entre los hombres,
Un hombre digno de tí.

En la singular quimera
Que exalta y nubla tu mente,
El bién, llora amargamente,
El mal, soberano impera:
Porque el bien al fin no muera
Luchas con brava porfía;
Deja que el necio se ria;
Alma en que no hay levadura
De tu sublime locura,
Es alma desierta y fria.

Peligros, tajos, reveses...
¡Nada te infunde temores!
Piedras te arrojan pastores,

Tunden tu cuerpo yangüeses.
Para que en tu empeño ceses,
Acumúlanse en tu daño
Hambre, y sed, y desengaño;
Todas las miserias, todo
Lo que afligió de algun modo
Al hombre de hoy y al de antaño.

Espejo de paladines,
Airado el hierro levantas
Para rendir á tus plantas
Felones y malandrines.
Jamás propósitos ruines
En tu pecho hicieron nido;
Y aunque cien veces herido
Rodaste, de fuerzas falto,
Nunca yo te ví más alto
Que cuando te ví caido.

Buscar una noble idea,
Y dársela al pensamiento
Y al corazon por sustento...
¿Quién mejor su vida emplea?
¡Desdichado el que no crea
En virtud ni en heroismo!
Su seso el excepticismo
Quizás no turbe ni embote;
Pero sentirá otro azote...
El desprecio de sí mismo.

Genio que el mundo no olvida
En tí encarnó y un villano,
Con el ideal humano
La realidad de la vida.
Á la tierra siempre asida,

Ésta alzar no puede el vuelo;
Aquel, con más puro anhelo,
Victoria mayor espera;
Bien lo sabes tú... quisiera
Hacer de la tierra un cielo.

Extraños locos se han visto;
¡*Locos*! así los llamaban
Porque un ideal amaban...
Como Sócrates y Cristo.
Con el espíritu asisto
Á una edad tras otra edad;
Y esos locos, en verdad
Dignos de perpétua gloria,
Son el alma de la historia
Y honor de la humanidad.

Uno, cruza el mar aleve
Y nuestro globo completa;
Otro, el rayo en pos sujeta,
Ó guerra á los aires mueve.
Quién, á descifrar se atreve,
Mirándolo de hito en hito,
Lo que hay en el cielo escrito;
Quien, *oasis* da al desierto
Y una voz más al concierto
Que se eleva al infinito.

Como tú, monstruos un dia
Acometió su arrogancia;
La esclavitud, la ignorancia,
El error, la tiranía.
Cada uno de ellos tenia,
Como tú, su Dulcinea;
Ya te lo dije; su idea;

Y los maltratan, por eso,
Verdugos de carne y hueso,
Gigantes de vil ralea.

Mas tambien los que á opresores
Siempre fueron importunos;
Poetas, sabios, tribunos,
Filósofos, inventores,
Ayer como malhechores
Ya en cruz infame clavados,
Ya en prisiones sepultados,
Su desagravio verán
En el culto que hoy les dan
Los pueblos civilizados.

¡Oh, soñador sin segundo!
Tu historia otra vez comienzo,
El más portentoso lienzo
Que de sí contempla el mundo.
Á su sentido profundo
Arte se asocia divino,
Á lo grande, lo mezquino,
Á lo vulgar, lo que asombra,
Llanto y gozo, luz y sombra,
En contraste peregrino.

¿Quién la escribió?... he de callarlo;
No espere que lo declare;
Sufra quien lo preguntare
La vergüenza de ignorarlo.
Conocerlo, es admirarlo;
Fué pobre y fué caballero;
Si en desdichas el primero,
Por su genio, de una talla
Que sólo rivales halla

En *Sékspir* (1), Dante y Homero.

Principio, pues, á leer;
Ya sé que no han de faltar
Entuertos que enderezar,
Agravios que desfacer.
Mas si locura ha de ser
Ante la humana cordura
Ir de una en otra aventura
Buscando el bien por la tierra,
¡Guerra á la cordura, guerra,
Y bendita la locura!

Abril de 1869.

EL GORRION VOLUNTARIO.*

Cubrid de flores
Al pajarillo
Que valeroso
Cruzó el abismo,
Y en vuestros bosques
Suspender quiso
Como en España
Su patrio nido.
Su muerte anuncio
Muchos creyeron
Del fin cercano

(1) En inglés Shakspeare.

De un gran imperio;
Sin ver que brota,
Cual fénix, bello,
De las cenizas
Del gorrion muerto.

Historias de aves
No leyó, España,
Quien á tus hijos
Gorriones llama.
En ella todos,
Por dicha rara,
Más que gorriones
Suelen ser águilas.
Tu frente un dia
Ceñir supieron
Con la corona
Del universo.
Y aún late vivo
De su alma el fuego
En las cenizas
Del gorrion muerto.

Hacer pretenden
Del nombre suyo,
Nombre de afrenta
Ciegos ó ilusos.
Mas del modesto
Pájaro oscuro
Lo harán glorioso
Los restos mudos.
Él será símbolo
Del noble pueblo
Que vida y fama
Dió á ese hemisferio;

Y que hoy renace,
Cual fénix, bello,
De las cenizas
Del gorrion muerto.

Perla preciosa
De las Antillas,
No tristes cantos
Des á las brisas.
Himnos de triunfo
Para honrar sirvan
Los funerales
De esa avecilla;
Y al frente venza
De tus guerreros,
Como el cadáver
Del Cid un tiempo.
Que aún late vivo
De un alma el fuego
En las cenizas
Del gorrion muerto.

Mayo de 1869.

ESPAÑA LIBRE.*

I.

¡Ya eres libre! del sepulcro
Has salido como un sol,
Y de rayos coronada
Cantas ya tu redencion.
Los esclavos te bendicen,
Y en sus tronos, de pavor
Los tiranos se estremecen
Y te dan su maldicion.

CORO.

¡ *Viva España*! ¡ *Gloria al pueblo*
Que cansado de sufrir,
Sin cadenas que le opriman
Va resuelto al porvenir!

II.

Aún en tí se ven las huellas
Del martirio y del dolor;
Si en tus campos brotan flores
De tu sangre fruto son.
Los talleres silenciosos
Regocíjense á la voz
De la vida honrada y libre,
Del trabajo salvador.

CORO.

¡ *Viva España*! *etc.*

III.

Las naciones te miraban
Con desden ó compasion...
¡Cuando ejemplo eras tú sola
De virtud y de valor!
Y por ser en todo grande,
Hoy recibe el que te hirió
La venganza generosa
Del olvido y del perdon.

CORO.

¡ *Viva España! etc.*

IV.

Elegida entre los pueblos,
En tu pecho puso Dios
De sublimes ideales
La fe inmensa y la pasion.
En tí espera el mundo todo,
Corra el mundo de tí en pos
Á la tierra prometida
Que brillar al léjos vió.

CORO.

¡ *Viva España!* ¡ *Gloria al pueblo*
Que cansado de sufrir,
Sin cadenas que le opriman
Va resuelto al porvenir!

Junio de 1869.

APOTEOSIS.*

EL 20 DE JUNIO DE 1869.

—Uno! dos! tres! ¡Cuántos muertos!
¿Mas cómo no los reciben
Con funerales conciertos?
—Porque son muertos que viven.
De genio ó virtud dechados,
Y prez de la patria historia,
Van al templo de la gloria
Por la Libertad llamados.
Pueblo, que triste gemias
Las manos torciendo esclavas,
Ya lucen aquellos dias
Que en tu infortunio soñabas.
Y pues logran tus afanes
La dicha que merecieron,
Saluda á los nobles manes
De los que grande te hicieron.

—Aunque hija del pueblo, oscura,
Saber quisiera sus nombres;
¿Fueron reyes, por ventura?
—Más que reyes; fueron hombres.
Levanta, madre amorosa,
El niño que en dulces lazos
Une á tí el cielo, y reposa
En la cuna de tus brazos.
En erguirlo bien te ufana,
Para que pasar los vea

Cuando rompan la ola humana
Que en las calles los rodea.
  Y cumplidos tus afanes
Dile:—Honor de España fueron;
Saluda á los nobles manes
De los que grande la hicieron.

  —Por vez primera á mí llega
El nombre que ahora ha sonado:
¡Garcilaso de la Vega!
—Buen poeta y buen soldado.
  Si blandiendo el arma dura
Fué rayo en lides ardientes,
Otra fama inmensa y pura
Se aseguró entre las gentes;
  Pues con lira, en vez de espada,
Y tiernísimas canciones,
Como en tierra conquistada
Se entró por los corazones.
  España hoy da á sus afanes
El laurel que merecieron:
Corone el tuyo los manes
De los que grande la hicieron.

  —¡Juan de Lanuza! ¡Gravina!
Un mártir de un rey maldito,
Y un héroe de la marina.
—Sus nombres la historia ha escrito.
  Cuando al cadalso aquel parte,
Aragon sus fueros pierde;
Gravina, no ha de olvidarte
Quien á Trafalgar recuerde.
  Que en el juicio de la historia
Ha de valer siempre tanto
Y es digno de tanta gloria,

Trafalgar como Lepanto.
España hoy da á sus afanes
El laurel que merecieron;
Corone el tuyo los manes
De los que grande la hicieron.

—Aquí viene el gran Gonzalo:
Un *¡Viva!* ha de echarle á gusto
Quien usa pierna de palo.
—Militar, tu viva es justo.
Cuando por más de un bergante
Su voz el mundo derrocha
¿No ha de admirar á un gigante
El inválido de Atocha?
Ese, encima de la luna,
Campaña tras de campaña,
Con igual genio y fortuna
Puso el pabellon de España.
Y pues premio á sus afanes
De ella todos merecieron,
Saluda á los nobles manes
De los que grande la hicieron.

—¡Quevedo! la verdad lisa
Dijo siempre, sin espanto:
El padre fué de la risa.
—Que es velo, quizás, del llanto.
En el fondo de sus chistes,
Si hasta su fondo penetras,
Muchas más lágrimas tristes
De cierto hallarás que letras.
Pues tiene, á fe, ingrato oficio
Quien desnudo á la picota
Saca, vengador, al vicio,
Y ante los siglos lo azota.

España hoy da á sus afanes
El laurel que merecieron;
Corone el tuyo á los manes
De los que grande la hicieron.

—Ante la aurora que brilla,
Del olvido sacudamos
La afrenta, que nos humilla.
—Al templo con ellos vamos.
Allí, en largas procesiones,
Si aspiran á eternas palmas,
Las nuevas generaciones
Irán á educar sus almas.
Y allí, por diversos modos,
De cada sombra propicia
Podremos aprender todos
Honor, verdad y justicia.
España hoy da á sus afanes
El laurel que merecieron:
¡*Himnos sin fin á los manes*
De los que grande la hicieron!

Junio de 1869.

LA GAITA GALLEGA.

Á MANUEL MURGUÍA.

Cuando la gaita gallega
El pobre gaitero toca,
No sé lo que me sucede,
Que el llanto á mis ojos brota.

Ver me figuro á Galicia,
Bella, pensativa y sola,
Como amada sin su amado,
Cómo reina sin corona.
Y aunque alegre danza entone,
Y dance la turba loca,
La voz del grave instrumento
Suéname tan melancólica,
Á mi alma revela tantas
Desdichas, penas tan hondas,
Que no sé deciros
Si canta ó si llora.

Recuérdame aquellos cielos,
Y aquellas dulces auroras,
Y aquellas verdes campiñas,
Y el arrullo de sus tórtolas,
Y aquellos lagos, y aquellas
Montañas que al cielo tocan,
Todas llenas de perfumes,
Vestidas de flores todas,
Donde Dios abre su mano
Y sus tesoros agota.
Mas ¡ay! como me recuerda
Tambien que hay allí quien dobla,
En medio de la abundancia,
Al hambre la frente torva,
No acierto á deciros
Si canta ó si llora.

Suena, y cruzan por mi espíritu,
Puras, risueñas y hermosas,
Las sombras de los cien puertos
De que Galicia es señora.
Y lentamente pasando,

Como ciudades que flotan,
Van sus cien naves soberbias
Al ronco són de las olas.
Mas ¡ay! como en ellas veo
Alejarse de la costa
Sus tiernos hijos desnudos,
Que miran tristes á Europa,
Pidiendo su pan amargo
Á la América remota,
No acierto á deciros
Si canta ó si llora.

¡Pobre Galicia!... tus hijos
Huyen de tí, ó te los roban,
Llenando de íntima pena
Tus entrañas amorosas.
Y como á párias malditos,
Y como á tribus de ilotas
Que llevasen en el rostro
Sello de infamia y deshonra,
¡Ay! la patria los olvida,
La patria los abandona,
Y la miseria y la muerte
En su hogar desierto moran.
Por eso, aunque en són de fiesta
La gaita gallega se oiga,
No acierto á deciros
Si canta ó si llora.

¡Espera, Galicia, espera!
Lleva la cruz que te agobia,
Regando con sangre y lágrimas
Esa via dolorosa.
¡Tendrás sed!... ¡Hiel y vinagre
Te darán con mano pródiga,

Y, con corona de espinas,
Cetro de caña por mofa!
Pero los tiempos se acercan;
Y cuando suene tu hora,
Feliz subirás y grande
Á la cumbre de la gloria.
Hoy, si la gaita gallega
El pobre gaitero toca,
No acierto á deciros
Si canta ó si llora.

1860.

EL GENERAL *NO IMPORTA*.*

Á JUAN COUPIGNY.

¡Oh patria! laurel eterno
Tu frente augusta corona;
Permite que, por humilde,
Yo á tus piés una flor ponga.
¿Quién esclava soñó hacerte?...
Pueblo que tiene en su historia
Páginas como la tuya,
Jamás cobarde se postra.
Reyes de espíritu flaco
Lo venden y lo deshonran,
Besando la mano misma
Infame que los azota;

Mas él, que en su pecho guarda
Entera y fiel la memoria
De las virtudes antiguas
Y al cielo en su ayuda invoca;
Si al ver que las profanaron
De rubor la frente dobla,
Cuando oye el grito del águila
Que en el Pirineo asoma
Agitando convulsiva
El rayo que incendia á Europa,
No con lágrimas de miedo,
Con sonrisa desdeñosa:
—«Yo me salvaré (responde);
Ya puede bajar: ¡*No importa*!»

Sobre mi patria cayeron,
Como piedra asoladora
Que del cielo se desgaja,
Del César francés las hordas.
Atar creyeron sin duda
Al carro de la victoria
La nacion que llevó al suyo
Uncida la tierra toda.
¡Ah! pronto olvidado habian
El dolor de aquellas rotas
Que se llaman Roncesvalles,
San Quintin y Cerinola!
Madrid dió el grito de guerra,
Y agitándose la sombra
Del gran Pelayo en su tumba,
Repitiólo en Covadonga.
¡Dos de Mayo! ¡Dos de Mayo!
Aún hoy florecen tus rosas
Al riego de noble sangre
Que en púrpura las colora,

Y en los cipreses el viento
Lánguido gime y solloza.
¡Pobres mártires! ¡caian!
Mas al espirar, su boca
Y sus ojos murmuraban
Á los verdugos: «¡*No importa*!»

«¡*No importa*!» dicen las madres
Sublimes de Zaragoza,
Cuando la vida á sus hijos
El plomo extranjero roba.
Y «¡*No importa*!» la que apenas
Logró el dia de sus bodas,
Y ya de viudez infausta
Se viste las negras tocas.
Y luego «¡*No importa*!» dicen
Los muros que se desploman,
Y el clamor de las campanas
Que á los valientes convocan
Y cánticos de exterminio
Y de independencia entonan.
¡Vírgen del Pilar! no en vano
Su capitana te nombra
La voz del pueblo, que busca
Tu mirada protectora.
Ya la epidemia y el hambre
Pueden, en atroz concordia,
Dar á la muerte sañuda
Lo que la guerra perdona:
El santo amor á la patria
Y la fe con que te implora,
Harán que perpétuamente
Grite su labio: «¡*No importa*!»

Si humanos ojos resisten

El brillo de tanta gloria,
Contemple asombrado el mundo
La que eterniza á Gerona.
Un sepulcro es su recinto,
Su soledad espantosa,
Que el hambre y la peste en ella
Tambien como reinas moran,
Cual si de crímen horrendo
Víctima fuese expiatoria.
Sobre su frente almenada
Ardiendo llueven mil bombas,
Que su destruccion alumbran
Y su constancia española.
Detrás de los rotos muros
Vénse llamaradas rojas;
Parece el incendio sangre
Que de anchas heridas brota.
El capitan, de alma entera,
Que la gobierna y custodia,
Agonizando en el lecho
De repente se incorpora;
Y aunque ya no hay esperanza,
Ni auxilio que los acorra,
Aliento infunde en los suyos
Diciendo:—¡Valor! ¡*No importa*!

¡No importa! ¡Mirad!... En Francia,
Madres sin ventura lloran:
Unas, de luto se visten,
¡Ay! en vano esperan otras,
Las lágrimas reprimiendo
Que á sus párpados se agolpan.
Porque saben ó presienten
Que el que profana, en mal hora,
El suelo de nuestra patria,

Tarde ó nunca al suyo torna.
¡Gargantas del Bruch!... ¡Colinas
De Salamanca famosas!
¡Bailen! ¡Tamames! ¡Albuera!
Ante vosotros zozobra
La nave que ha de estrellarse
De Santa Elena en la roca.
Quien cuente del sol los rayos,
Y las estrellas remotas,
Contará cuánto enemigo
Pagó aquí su audacia loca.
Sus banderas y estandartes
Son de los nuestros alfombra,
Y sus águilas heridas
Gimen por los aires roncas,
En su fuga recordando
El profético: ¡*No importa*!

«¡*No importa*!» murmura el viento;
«¡*No importa*!» del mar las olas;
Y «¡*No importa*!» la llanura;
Y la montaña, «¡*No importa*!»
Lo dice el bravo que vence,
Y en sus últimas congojas
Abrazado á su bandera,
El que á la patria se inmola.
Y este grito fiero y santo,
Vida, y movimiento, y forma
Adquiere del enemigo
En la conciencia medrosa;
Cuyo delirio le pinta
(Con espada vengadora)
Un General invencible
Que sus empresas malogra.
¡Un General!... Sí, el que cantan

Nuestras leyendas heróicas;
El que en Numancia y Sagunto
Humilla á Cartago y Roma;
El que el poder africano
En ocho siglos agota;
El alma de nuestro pueblo,
Libre, varonil, indómita,
Es el General de siempre,
Es *El General* No IMPORTA.

1866.

BALADA DE CASTILLA.

I.

En Castilla hay un castillo,
Y en él un salon vetusto
Donde estaba el arpa antigua
En que hoy sus glorias preludio.
De toda la herencia humana
Tan sólo en suerte le cupo,
Un breve espacio de tierra
En un extremo del mundo.
Grave, modesta, sencilla,
Franco hospedaje y seguro
Brindó siempre al peregrino
En su pobre solar rústico.
Y no turbaba el contento,
Ni la paz del pecho suyo

En aquella edad remota
Sueño de ambicion ninguno.
En su llanura olvidada,
Apenas llegó confuso
De tarde en tarde á su oido,
Ya el eco de ardiente júbilo
De un imperio afortunado
Que solemnizaba triunfos,
Ya el ¡ay! de otro que se hundia,
(Jóven tal vez ó caduco)
Gangrenado por los vicios
Ó del hierro al filo agudo.
Labradora de unos campos,
Si no estériles, incultos,
Limitaba sus deseos
Á verlos pronto fecundos.
Por eso el grano de trigo
Depositaba en el surco
Abierto por el arado
Que arrastraba el buey robusto,
Docilmente sometida
La enorme cerviz al yugo;
Y por eso cuando brotan
En el rosal los capullos,
Y vuelven las golondrinas,
Y alegre suena el susurro
De aguas, céfiros y flores
En valles y montes rudos,
Coronaba su trabajo
De espigas copioso fruto,
Simbolizando el misterio
De sus destinos futuros.

II.

Y fué un dia, en que seguido
De hueste batalladora,
Llamó el coloso romano
Á la puerta de su choza.
Castilla dijo: —¿Quién eres?—
Él respondió: —La victoria.
—¿Qué buscas?—Tu independencia.
—Primero mi sangre toma.—
Y sangre corrió en Numancia,
Y sangre en sus turbias olas
Llevaron los patrios rios
Al seno de la mar honda.
Que en vez de rendirse al águila,
Tímida y débil paloma,
Su hogar defendió y sus hijos
Como irritada leona.
Y aunque con hierros y flores
Amarrar su cuerpo logra,
Jamás el poder latino
Avasalló su alma indómita.
Si á los bárbaros del Norte
Inclina la frente hermosa
Cuando el reloj de los siglos
El fin señala de Roma,
Y cuando siente gozoso
El triste esclavo, en la sombra,
Que van cayendo á pedazos
Sus cadenas y su argolla,
Es para que ungida quede
Por la idea redentora
Que aquella raza gigante
Infunde en la vieja Europa.

Y porque más la codicia
Rapaz no lo invada y loca,
De castillos formidables
El suelo sagrado acota,
Que le dan nombre y escribe
En sus páginas la Historia.
En aquel suelo bendito
Que su libertad adora,
De rectos jueces y condes
Nace la familia heróica.
Y en ellos su afan colmado
Ve la honrada labradora;
Que aquel que virtudes siembra
Es justo coseche glorias.

III.

¡Castilla, nublado viene!
¡Castilla, los cielos arden!
¡Despierta! si no despiertas
¡Ay de tus campos feraces!
Llama á los tuyos, á todos:
¡Arriba, Fernan Gonzalez!
¡Apareja, buen Ruy Diaz,
Tu corcel, rival del aire!
Africa ruge; en su seno,
Hija fiera de tal madre,
La tempestad se ha engendrado
Que ya truena en tus lindares.
Tú has de ser muro de bronce
Que el recio empuje quebrante
Con que mil y otros mil pueblos
Acaso inunde más tarde.
¡Adios tus fueros, tus leyes,
Tus costumbres patriarcales,

Tu suelo, tu honra, tu vida:
Adios, si duermes cobarde!
¡Velaba! y en una mano
El acero fulminante
Que templó en luchas de siglos
En toda enemiga sangre,
Y en otra el pendon, en donde
Se ve de la Cruz la imágen;
Y cual fuente clara y limpia,
En los labios el romance
Que iba á extender por el globo
Sus armoniosos raudales,
Rindiendo, más que las armas,
Esclavas las voluntades;
Y en la frente el sello augusto
De aquel genio incomparable,
Que de un rincon de la tierra
Hizo el Estado más grande
Que conocieron los hombres
Y que verán las edades,
Rompió con sus tercios bravos
Sus fronteras seculares,
Y del último rey moro
Toma en Granada las llaves
Que, al abrirle su recinto,
De un mundo el imperio le abren.
En él sube con sus hijos,
Nueva raza de titanes,
Á las más enhiestas cimas
De los montes más gigantes;
Y de allí á los cuatro vientos
La luz como grano esparce,
Y al porvenir y á la vida
Presenta absorto al salvaje
Que dormia en el silencio

De sus vastas soledades,
Al pié de sangrientas aras
Y de ídolos execrables.

IV.

Ya la hidalga labradora
Manto de reina se ciñe,
Y alfombran dos hemisferios
Su planta gentil y firme.
Á su contacto, palpita
En uno la tierra vírgen
Que de vida más fecunda
De ella el bautismo recibe.
En otro, siempre inspirada
Por ideales sublimes,
Su brazo invicto ejecuta
Lo que su mente concibe.
Naciones que á su grandeza
Redes preparan hostiles,
Aún de su espada en el rostro
Conservan las cicatrices.
Mas ¡ay! que á la de Castilla
Sucede extranjera estirpe,
Y pobre se ve y opresa
La que fué opulenta y libre.
Pelícano generoso,
Los mismos á quienes diste
Pedazos del alma tuya
Que del no ser los redimen,
Allende la mar remota
Soberbios é ingratos se irguen,
Y beber quieren tu sangre
Despues que tu fama pisen.
Tambien el moderno Atila

Soñar pudo el imposible
De segar tus viejas glorias,
Viniendo á tus campos tristes.
¡En vano! su hoz afilada
Pasó por la superficie,
Mas del grano que sembraste
Quedaban hondas raices.
En ellas, la hoz enemiga
Mellóse, y en tí el eclipse
Comienza del sol que Europa
Trémula mira y humilde.
Tú desangrada, tú pobre,
Mas de honor ejemplo insigne,
Enseñaste á las naciones
Á ser dignas y á ser libres.
¿Por qué lloras, castellana?
Castellana ¿por qué gimes,
Si aún abatida, colosos
Con pasmo del orbe rindes?

1867.

LA LOCOMOTORA.

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ ECHEGARAY.

¡Paso á la rauda
Locomotora!
¡Paso, que es hora
De partir ya!
De fuego y humo

Penacho airoso
Ciñe al coloso
La frente audaz.
—¿*Adónde irá*?
—*Más allá, más allá, más allá*!

Porque á estorbarla
Nadie se atreva,
Las alas lleva
Del huracan.
Y es, porque todo
Pareja forme,
Su cuerpo enorme,
Su alma un volcan.
—¿*Adónde irá*? *etc.*

Rindele al paso
Frutos opimos,
El que ayer vimos
Triste arenal;
Y bellas flores
La alegre vía
Donde fué un dia
La soledad.
—¿*Adónde irá*? *etc.*

Sobre ella, en nube
De luz sentado,
El genio osado
Del siglo va.
Donde ella pone
Su firme planta,
Nace la santa
Fraternidad.
—¿*Adónde irá*? *etc.*

Ella dilata
Los horizontes;
Rotos los montes,
Paso le dan.
Ella, con lazo
Robusto y cierto,
Une al desierto
Con la ciudad.
—¿*Adónde irá? etc.*

Arca bendita,
De un nuevo mundo
Guarda el fecundo
Gérmen vital.
La sombra ahuyenta
De la ignorancia;
Con la abundancia
Lleva la paz.
—¿*Adónde irá? etc.*

Hija del siglo,
Borra fronteras,
Discordias fieras
Y odios al par;
Ansiando que haya
De polo á polo,
Un pueblo solo
Y un Dios no más.
—¿*Adónde irá? etc.*

¡Ved! ya se mueve
Con vivo anhelo;
Ya tiende el vuelo
Con majestad.
Ya, cual relámpago,

Cruza brillante...
¡Gloria al gigante
De nuestra edad!
—¿*Adónde irá*?
—*Mas allá, más allá, más allá*!

1868.

BÉJAR.*

EL 28 DE SETIEMBRE DE 1868.

I.

Lira, que nunca arrullaste
El sueño de los tiranos,
Prostituyendo en su elogio
La pureza de tus cánticos;
Lira cubierta de luto,
Que siempre has acompañado
En sus duelos á la patria,
El nuevo sol esperando;
Hoy, que soberana y libre
Del mundo es ejemplo y pasmo,
Y el coro de las naciones
La aclama con himnos altos,
Sobre el laurel de su gloria
Una lágrima vertamos;
Un pueblo inmortal nos pide
La ofrenda de nuestro llanto.

Béjar, Sagunto del siglo,
Desde sus rudos peñascos
Su indómito pecho muestra
Roto en sangrientos pedazos.
Mas en medio del martirio,
Sonríe como el cristiano
Que á sus verdugos hacia
Estremecerse de espanto.

II.

Á la faz del cielo, un dia
Jura morir ó ser libre,
Y á destrozarla furioso
Corre un rebaño de tigres.
¿Qué pudo su ciega saña
Contra la ciudad insigne?
El que á la fuga no apela,
Muerto á sus plantas se rinde.
Y aquí la voz enmudece,
Y aquí el corazon se oprime,
Y aquí los ojos contemplan
Cuadros que no se conciben.
En hogares indefensos
Turba de soldados viles
Entra á degüello y á saco,
En sangre sus manos tiñe.
Clavados en bayonetas,
Niños inocentes irguen
Que de los brazos arrancan
Á sus madres infelices.
El pudor de las esposas,
La castidad de las vírgenes,
Todo, ante esposos y padres,
Todo lo profana el crímen.

III.

«¡Ármate, Béjar, de rayos!
¡No perdones en tus iras
Al enemigo que apresas,
Ni al que á tus piés agoniza!
»Que sus muertos no descansen
En sepulturas benditas,
Y el que sufre desespere
De la clemencia divina.
»Haz que el mundo los conozca,
Y sus madres los maldigan,
Y sus entrañas devoren
Fieras y aves de rapiña.»
Tal la voz de la venganza
Á tus hijos gritaria:
Tus hijos fueron más grandes
Que Guzman el de Tarifa.
Tierra al difunto enemigo
Dan con mano compasiva,
Y al herido que recogen
Su piedad vence infinita.
¡Libertad! tú del verdugo
El vil oficio abominas:
Venganza, tú eres pequeña
Y de almas nobles indigna.

Noviembre 6 de 1868.

Á LOS CIEGOS.

Al eco de tu guitarra,
Eco dulce de sirena,
El pueblo la plaza llena
Y pendiente de tí está.
Que tus coplas le enamoran,
Las repite y las aprende,
Y su corazon enciende
El veneno que le das.
¡ *Ciego, buen ciego,*
No de rameras,
Ni de ladrones
Le digas más!
Cántale bellas acciones,
Altos hechos que imitar.

Cántale cómo se arrojan
Al incendio los primeros
Esos pobres jornaleros,
Héroes de la caridad.
Píntale con vivos rasgos
Cuál la madre los recibe
Cuando ve que el hijo vive
Que le acaban de salvar.
¡ *Ciego, buen ciego, etc.*

Cántale cómo un valiente
Del mar desprecia el bramido,
Y el náufrago medio hundido
Arranca á la tempestad;

Y los vítores que suenan
En la playa, donde en tanto,
Los contempla con espanto
La gente de la ciudad.
¡ *Ciego, buen ciego, etc.*

Cántale cuál sube al cielo
La oracion del que le implora,
Cuando el rayo de la aurora
Le despierta á trabajar;
Cuál sus hijos le responden,
Agrupados de rodillas,
Como alegres avecillas
Al acento maternal.
¡ *Ciego, buen ciego, etc.*

Cántale, como tú sabes,
La virtud de la templanza,
Lo hermoso de la esperanza
Al afligido mortal.
Y cántale que es más grande
Que el soberbio potentado,
El que sufre resignado
Las penas que Dios le dá.
¡ *Ciego, buen ciego, etc.*

Cántale, pues tu voz oye;
En trovo cántale ameno
Lo que es digno y lo que es bueno,
Lo que le puede elevar.
Y la luz, que el cielo niega
Á tus ojos, secas fuentes,
De tus labios á torrentes
Sobre ese pueblo caerá.
¡ *Ciego, buen ciego,*

No de rameras
Ni de ladrones
Le digas más!
Cántale bellas acciones,
Altos hechos que imitar.

1850.

BALADA DEL PROGRESO.

Á LOS TRABAJADORES.

Tristes lágrimas salen
De vuestros ojos;
La fatiga os arranca
Suspiros hondos.
Mas la tarea
Que aún os agobia.
Es vuestra vida
Y es vuestra gloria.

En las viejas edades
Fué el hombre esclavo;
La materia á su yugo
Lo vió amarrado.
Mas él un dia
Se alzó rebelde,
Y así la dijo:
—Yo he de vencerte!

Sobre su frente noble
Dios habia puesto

De su luz creadora
Claro destello;
  Que derretia
Los eslabones
De la cadena
Que arrastró el hombre.

  En su lucha de siglos
Con arte y ciencia,
Su dominio perdiendo
Fué la materia;
  Que á la gran obra
La mayor carga
Hoy lleva dócil
Como una esclava.

  Trasformada y vencida,
Con ella el genio
Explora los abismos,
Escala el cielo;
  Los astros pesa,
Doma los mares,
Y apaga el rayo
Que á sus piés cae.

  Su soplo infunde en ella,
Y el lienzo anima;
Toca el mármol, y surge
La estátua viva.
  Y al arpa que hace
De un leño tosco,
Le da la tierra
Sus cuerdas de oro.

  Habla, y en breve instante,

Sobre el relámpago,
Atraviesa los polos
El verbo humano.
Eternizarse
Quiere en el tiempo,
Y el libro guarda
Su pensamiento.

Naturaleza, madre
Siempre amorosa,
Que tu hierro y tus bosques
Das, y tus rocas;
¡Estéril seas,
Si has de engendrarlos
Para instrumentos
De los tiranos!

Santa Cruz del trabajo,
Quien te maldice
No sabe que lo elevas
Y lo redimes;
Ni espinas (¡ciego!)
Caer ha visto
De la corona
De su martirio.

Niños, mozos, ancianos,
Pobres mujeres,
Trabajadores todos...
¡Alzad la frente!
Cada conquista
De ciencia y arte,
La hiel endulza
De vuestro cáliz.

8 de Setiembre de 1868.

AL EXCMO. SEÑOR

DON SALUSTIANO OLÓZAGA,

CON MOTIVO

DE LA MUERTE DE SU HIJA.

Da tregua, noble amigo,
Al dolor que te postra;
No ha muerto el bien que amabas...
Ha subido á la luz desde la sombra.
De rudo viento al soplo
El arpa yace rota,
Pero inmortal resuena
Su voz en el concierto de la gloria.
¡Elisa! ¡Dulce nombre!
Yo tuve tambien otra,
Cuya temprana ausencia
Debió un triste suspiro á la que lloras.
Hoy de la tuya vengo,
Sobre la fria losa
De pálidas violetas
Y lirios á dejar una corona.
Y luego de cumplida
Esta ofrenda piadosa,
Con graves pensamientos
Á distraer la pena que te agobia.
Yo sé que el alma pura
De la que el cielo goza,
Serena á tí desciende
Y con filial cariño los evoca.
Espíritu valiente

Dentro de frágil forma,
En extranjeras playas
Ella fué la alegría de tus horas;
  Cuando proscrito un tiempo,
Con íntima congoja
Los ojos convertias
Á las risueñas playas españolas.
  Elisa fué tu númen,
El hada que á tu boca
Dió la palabra austera
De inmarchito laurel conquistadora.
  ¡Mira la patria, mira
Esta augusta matrona,
Con lastimeros ayes
Los hijos maldecir que la deshonran!
  La Libertad, vendida;
Escribiendo la Historia
Páginas de vergüenza,
Monumentos de escándalo y de mofa;
  Mudo el taller, y muda
La campesina choza,
Desde que mano avara
Al honrado sudor su fruto roba;
  La popular tribuna
Desierta y silenciosa;
En soledad camina,
La Justicia, arrastrando negras tocas.
  No bien el pregonero
Las llama, con voz ronca,
Acuden las conciencias,
Esclavas sin pudor, á quien las compra.
  La espada es ley: ¡la espada,
Que desgarró sus hojas!...
Siempre á un soldado el cuello
Esta infeliz nacion sumisa dobla.

Fariseos sin alma
Con Dios traficar osan,
Y, viles mercaderes,
En mostrador profano el ara tornan.
¿Bajo tus piés, no escuchas
La tierra gemir sorda?
Es que la patria sufre,
Y su grandeza espira y se desploma.
El corazon del fuerte
En ocio no reposa;
Gladïador sublime,
Su virtud á luchar siempre está pronta.
De lágrimas el tuyo
Es mar que no se agota;
Labio la abierta herida
Por donde tu alma huérfana solloza.
Pero de noche eterna
El dolor no es la sombra;
De claro dìa es nuncio;
De lo alto de su cruz se ve la aurora.
Alienta, pues lo sabes;
Empresas generosas
De tu vida fecunda
Espera la nacion, mísera y sola.
Contempla su ruïna,
Y la santa memoria
De Elisa, tu ángel sea
Inspirador en la civil discordia.
Ya el sol nubes y nubes
Siniestras encapotan:
¡Ay de la patria mia!
¡Ay de ella, si los buenos la abandonan!

Diciembre 18 de 1866.

CORRESPONDENCIA DEL MORO.

RECUERDO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

—¡Vecina!
—¡Señor José!
—¿Está usté llorando?...
—Lloro,
Porque Pepe se ha ido al moro.
—¿Y por eso llora usté?
—Por él temo, no por mi;
Si preciso fuese un dia,
Mujer y todo, yo iria...
¡Lloro... porque una es asi!
Lloro porque él es mi amor,
Porque mi encanto él ha sido;
Y lloro... ¡al fin lo he parido
Con lágrimas y dolor!
—Madre, al venir del taller,
Resuelto anoche me dijo:
Al moro se va tu hijo;
Un abrazo... y á más ver!—
Y sola aqui me dejó!
—Por eso la patria grita:
«*Bendito él sea, y bendita*
»*La madre que lo parió.*»

—¡Vecina!
—¡Señor José!
—¿Está usté llorando?
—Lloro.

—¿Escribe Pepe del moro?
—De Valencia: lea usté.
« Madre, me voy á embarcar;
» El cielo está convidando;
» Conforme vamos marchando
» Caminito de la mar,
» De balcones y ventanas
» Colgadas de mil colores,
» Ramos nos echan de flores
» Las muchachas valencianas.
» Y entre cien *vivas* y cien
» (¡Qué entusiasmo! ¡si lo vieras!),
» Bendice nuestras banderas
» El Arzobispo tambien.»
—¡Ya estoy más contenta yo!
—Por eso la patria grita:
« *¡Bendito él sea, y bendita*
» *La madre que lo parió!* »

—¡Vecina!
—¡Señor José!
—¿Llora?
—De alegría lloro,
Por lo que dice del moro.
—Pues ¿qué dice...?
—Lea usté.
« Madre, ya es nuestro el Serrallo;
» Unos moros van, cual perros
» Con maza, trepando cerros,
» Y otros á uña de caballo.
» Un hijo de Belcebú
» Me ha rebanado una oreja;
» Mas le costó la pelleja:
» ¡Ya lo ves! yo bueno... ¿y tú?
» No te aflijas, voto á San!...

» ¡Ah! le dirás á Petrona
» Que he de comprarle una mona,
» Cuando entremos en Tetuan.»
—¡Ya sangre el pobre vertió!
—Por eso la patria grita:
« *¡Bendito él sea, y bendita*
» *La madre que lo parió.*»

—¡Vecina!
—¡Señor José!
—¿Está usté llorando...?
—Lloro.
—¿Escribe Pepe del moro?
—Sí, vecino; lea usté.
« Hoy veinticinco: ¡Victoria!
» Otra vez triunfante brilla
» La bandera de Castilla,
» Cual sol hermoso de gloria.
» Mas un *Padre Nuestro* reza
» Por los bravos que han caido,
» Y no temas que en olvido
» Eche España su grandeza.
» Digna de envidia es su suerte,
» Que á llevárselos del suelo
» Bajan ángeles del cielo,
» Y vida eterna es su muerte.»
—Por ellos rezaré yo.
—Y España por ellos grita:
« *¡Benditos sean, bendita*
» *La madre que los parió!*»

—¡Vecina!
—¡Señor José!
—¿Llora?
—De contento lloro.

—¿Escribe Pepe del moro?
—Sí, vecino; lea usté.
«Noviembre, treinta: la vil
»Morisma quiso más broma,
»Y hoy á cenar con Mahoma
»Hemos despachado mil.
»¡Gran julepe á la canalla
»Le ha dado mi regimiento!...
»¡Madre... me han hecho sargento
»Sobre el campo de batalla!
»Y al nombrarme el general
»De un padre con el cariño,
»Le ví llorar como un niño;
»Pues ¿y yo?... tal para cual.»
—¡Ah! ¡ya soy dichosa yo!
—Y España, al premiarlo, grita:
«¡*Bendito él sea, y bendita*
»*La madre que lo parió!*»

Ya sólo el señor José
Ve en la viuda triste lloro,
Pues ya no escribe del moro,
Pepe, que al moro se fué.
Pasa un dia y otro dia;
La pobre madre no vive;
Siempre escribe que te escribe...
Pero carta no venia.
Vencimos en Castillejos;
En premio de nuestro afan
Sus puertas abre Tetuan,
Y el enemigo huye léjos.
Mas, aunque acaba la guerra
Y gloria la patria adquiere,
¡Ay! volverá el que volviere
De aquella enemiga tierra.

Por eso el vate cantó,
Y España, por eso, grita:
—¡*Benditos sean, bendita*
La madre que los parió!

Con todo Madrid cantando,
Los héroes de África, ya
Por la calle de Alcalá
Van pasando... van pasando...
Pasan á cientos, á miles,
Y muchachas como amores,
Coronas cuelgan de flores
En banderas y fusiles.
Y se cansa de contar,
Loca de pena, la viuda,
Inmóvil, pálida y muda,
Viéndolos pasar... pasar...
Cuando... «¿No es él, ó te engañas?...»
Dice, y casi desfallece,
Dando un grito que parece
Que sale de las entrañas.
Y era Pepe, y lo abrazó,
Y, al verlos, alguno grita:
—¡*Bendito él sea, bendita*
La madre que lo parió!

1860.

EUROPA EN NOVIEMBRE DE 1851.

(RECUERDO, Á KOSSUTH.)

—Peregrino, peregrino,
Dime qué camino llevas,
Qué camino.
—Á Francia voy emigrado,
Y dejo mi suelo amado
Con lágrimas de pesar,
Porque en él, buen caballero,
Sólo hay esclavos que gimen,
Y yo quiero
Más libertad, más libertad.

—Peregrino, peregrino,
Dime qué camino llevas,
Qué camino.
—El de Italia, y la inconstancia
Dejo por siempre de Francia,
Donde arde sordo volcan;
Porque en ella, caballero,
Ya asoma la tiranía,
Y yo quiero
Más libertad, más libertad.

—Peregrino, peregrino,
Dime qué camino llevas,
Qué camino.
—Por seguir el de Inglaterra
Dejo la italiana tierra

Y su campiña feraz;
Porque en ella, caballero,
La Inquisicion asesina,
Y yo quiero
Más libertad, más libertad.

—Peregrino, peregrino,
Dime qué camino llevas,
Qué camino.
—El de América lejano,
Y dejo el suelo britano
Para no volver quizás:
Que aunque es libre, caballero,
Su pueblo de hambre fallece,
Y yo quiero
Más libertad, más libertad.

—Peregrino, peregrino,
Dime qué camino llevas,
Qué camino.
—Si el buque va viento en popa,
Hoy pierdo de vista á Europa,
Y pronto iré á respirar
Los puros aires serenos
Que Washington respiraba;
Allí al ménos
Hay libertad, hay libertad.

1851.

FRAY LUIS DE LEON.*

AL EXCMO. SR. D. SANTIAGO DIEGO MADRAZO.

I.

Montados en sendas mulas,
No muchos pasos distantes
De un ventorrillo metido
Entre rocas y pinares
Del áspero Guadarrama,
Caminaban una tarde
Cuando el sol su frente hundia
Tras las sierras desiguales,
Dos hidalgos de buen porte;
Que, más y más acercándose
Por diferentes veredas,
Poco despues de apearse
Y dar á sus escuderos
De las bestias los ramales,
Del ventorrillo á la entrada
Así cortéses departen:
—Guárdeos Dios (dice el más mozo),
Señor capitan Bernáldez.
—Y á vos tambien (el soldado
Le responde); pero ¡calle!...
¿No estoy viendo á don Luis Ponce
De Leon?... Los brazos dadme.
¡Qué galan, y qué gallardo!
¡Es ya un hombre, voto á sanes!
—Acorte, que aún voy camino

De catorce navidades.
—¿Venís de Madrid?
—Sí, vengo;
¿Y vos?
—Iré, Dios mediante.
Un mi deudo me disputa
Ciertas viñas y olivares
Que tengo allá en vuestro pueblo.
—¿En Belmonte?
—Colindantes
Con la hacienda vinculada
Del licenciado Fernandez.
—En la Mancha no hay terreno
Que con ella se compare.
Buenas serán esas viñas
Y olivos!
—Si vuestro padre
Don Lope, como letrado,
Quiere en el pleito ayudarme,
No dudó que al deudo mio
La demanda he de ganallo.
—Cuánto mi padre os estime
No hay para que yo me canse
En decíroslo; id á casa,
En ella habreis hospedaje
Y la honrará tal persona.
—Harélo así, para honrarme.
¿Y doña Inés de Valera?
—Con mi ausencia, inconsolable.
—¿Tan larga ha de ser?
—No es eso;
Es ausencia, y es bastante
El serlo, para que sufra
Madre tal como mi madre.
—¿Vais léjos?

—Á Salamanca.
—Adivino lo restante.
Gustaros han, por mi vida,
Las Escuelas, el paisaje
Del Zurguén, fresco y florido;
El Otéa, que á la márgen
Se sienta del Tórmes claro
Porque sus álamos bañe;
La catedral, cuyas torres
Se pierden en el celaje;
La plaza, que es maravilla;
Los templos innumerables
Que de la ciudad ilustre
Son gloria, y honor del arte.
Tambien yo arrastré bayetas
En Salamanca, años hace;
Gasté mucho, estudié poco,
Rondé esquinas, dancé en bailes,
Pedí la sopa, y la tuna
Corrí por varios lugares.
Mas arrepentíme luego;
Dejé á Minerva por Marte,
Y aquí me teneis alegre,
Sino muy medrado, ni ágil.
—Á mí (con perdon sea dicho,
Señor capitan), me place
Un no rompido silencio,
Más que la voz del combate;
Más la pluma que la espada;
El sosiego deleitable
Del estudio, más que el ronco
Són temeroso del parche;
Y oir como á Dios bendicen
Con sus gorjeos las aves;
Las selvas, con el murmullo

De su frondoso ramaje;
Con sus aromas las flores;
Las fuentes, con sus cristales;
Y, en fin, más precio á la verde
Sombra de tilos y sauces,
Una escondida cabaña
Lejana de las ciudades,
Donde vivir, ni envidioso
Ni envidiado, que de jaspe
Y oro, con ánima inquieta,
Habitar mansiones reales.—
En esto cerró la noche,
Y como ya refrescase,
Entró en la venta el mancebo
Tras el capitan Bernáldez.

II.

Don Luis Ponce deja el mundo
Por la celda; el estudiante
Los manteos abandona
Por la cogulla de fraile;
Y el convento de Agustinos
Le abrió sus puertas sonantes,
Como el hidrópico avaro
Al oro sus arcas abre.
Allí, la frente inclinada
Sobre el abismo insondable
De la ciencia, al cielo pide
En sus vigilias tenaces,
Para revelarla al siglo,
Que su espíritu inspirase.
El cielo inflama su frente,
Y de elocuencia admirable
En las célebres Escuelas

Brota su labio raudales;
Ya del Águila de Aquino
Intérprete siendo fácil,
Ya de la Biblia explicando
Las páginas inmortales.
Y entónces tambien, entónces,
Pidiendo tonos suaves
Al de la patria dulcísimo,
Tierno, amoroso lenguaje,
Y su candor al idilio,
Y su pureza al *romance*,
Al de Castilla traslada
El Cantar de los Cantares.
Y entónces fué cuando el ódio,
Cuando la envidia cobarde,
Cuando la negra calumnia
De misteriosos rivales,
Á la Inquisicion le arrastran,
Cerrando tras él la cárcel...
¡Porque á la Fe es peligroso
El Cantar de los Cantares!

III.

¡Aprisa, aprisa, verdugos:
Aprisa, canalla infame;
Ciegos y airados ministros
De ese Tribunal salvaje,
Que, usurpando á Dios su nombre,
Alza al fanatismo altares,
Y es vergüenza de mi patria
Y horror al siglo más grande!
Preparad para las víctimas
Cárceles, potros y dogales,
Calabozos bajo tierra,

Quemaderos en las calles.
No haya frente sin coroza,
Sambenito que no cuadre
Á la cándida doncella,
Al anciano vacilante,
Á los niños y á los mozos,
Al mendigo y al magnate.
Y el rojo vapor siniestro
De los inflamados haces,
Ilumine el cuadro horrible
De esos festines de sangre.
Clamará la vil materia,
Gemirá la débil carne
Como velo que se rasga,
Como roto vaso frágil;
Pero la llama divina,
El espíritu impalpable,
Libre, altivo, inteligente...
Ese... no podreis ahogarle!
Por eso, mientras vosotros
De cerrojos y de llaves,
De sayones y de muros
Cercais al sabio, y de ultrajes,
Asciende su alma sublime
Por la soledad del aire,
Y en hondas de luz se baña,
Y ve coronada de ángeles
La *Vírgen del sol vestida*,
Sobre ese piélago en que arden
Esas lámparas eternas,
Esos mil mundos flotantes
Que llueven amor y vida
En rocío inagotable.
Y pulsando el arpa de oro,
Al blando arrullo del éxtasis,

Canta *la vida del cielo*;
Del hombre los tristes ayes
Cuando *deja el Pastor Santo*
Este hondo y escuro valle;
La paz del campo, y la *Noche*
Serena, sin anublarse
La austeridad apacible,
Tranquila, de su semblante;
Sin que le arranque un suspiro
La amargura de su cáliz.

IV.

Ya fray Luis libre respira,
Ya del calabozo sale,
Y á Valladolid dejando
Á Salamanca se parte;
Que la Aténas española
Le abrió sus brazos, y él sabe
Que ha de recibirle en ellos
Como cariñosa madre.
En las torres las campanas
Zumban sueltas, locas tañen,
Y cohetes veloces suben
Serpenteando al inflamarse.
Romero, salvia y tomillo
Por las Escuelas esparcen;
Cuelgan los arcos, y cuelgan
Las cátedras venerables
De tapices con historias
Que ricos tesoros valen.
El pueblo, como torrente,
La Universidad invade;
Ver quiere al varon insigne,
Verle quiere y escucharle.

Visten de fiesta las damas,
De fiesta van los galanes;
Y cual bandadas de cuervos
(Muchos roto el negro traje)
Donde quiera que se mire,
Allí se ven escolares
De la nobleza más rancia
Y del más pobre linaje,
Apiñados y revueltos
Los de España naturales
Con flamencos é irlandeses,
Italianos y alemanes.
Que el manteo y la sotana,
Uniendo las voluntades,
Como justo nivel miden
Por igual pueblos y clases.
—¡ *Vitor*! ¡ *Vitor*!—de repente
Grita con voz formidable
Un estudianton; y—¡ *Vitor*!—
Claman todos agitándose,
Viendo pasar los doctores
Precedidos de timbales,
Y á fray Luis llevando en medio
Para mejor obsequiarle.
Quién se pone de puntillas;
Quién, acémila ó bagaje,
Aguanta con mansedumbre
Que encima se le encarame
Un amigo, que bien pesa
(Sin la amistad) dos quintales.
De las columnas del patio
Pugnan otros por colgarse,
Como vivientes racimos
De aquellos pardos sillares.
Y no falta quien del pozo

El ancho brocal asalte,
Ó sobre su arco de hierro
Serenamente cabalgue;
Ni dueñas murmuradoras,
Ni vejetes que regañen,
Ni revoltosos que rian,
Ni, en fin, bedeles que rabien.
Y ántes que fray Luis principie
Su discurso, con formales
Palabras, asi disputan,
Y con gestos y ademanes,
Lo que á la leccion del dia
Tema dará interesante,
Un gramático, una vieja
Más afilada que un naipe,
Un bachiller en Derecho
Y un matriculado en Artes.
—¿Niegan ucés que le han dado
Tortura?
—¡Prudencia, *máter*!
—Mire que de allá la atisban
Aquellos dos familiares.
—Yo sé lo cierto del caso.
—Diga el bachiller Ugarte.
—Cinco años ha padecido
En un calabozo.
—¡Cafres!
—Y aunque el tormento votaron,
Y de algunas disonantes
Palabras de sus escritos
Retractacion, por remate
Fallaron *que suprimiera*
El Cantar de los Cantares.
—Los dominicos le quieren
Mal.

—¡Si no pueden tragarle!
—Y los jerónimos *idem*,
Por ciertas rivalidades...
—Es verdad.
—*Concedo.*
Véritas
Est, némine discrepante.
—Delatáronle de hereje,
De luterano, de...
—¡*Sátis*!
—¡Hereje fray Luis! .. La tierra
Á los delatores trague;
Malas víboras los piquen,
Malas ruedas los devanen.
—Que me oleis á chamusquina.
—Pero, á fe, que fray Luis hable
Y confunda á los perversos
Que son causa de sus males.
—Harálo así.
—Dios le ayude.
—¡*In te, Dómine, speravi*!
—Ya vereis cómo les pone.
—Venablos va á enderezarles.
—¡Qué será, cuando la historia
De su proceso relate!
—Que van á llorar las piedras,
Que contará iniquidades.
—Linda dueña, hablad más bajo.
—¡Quién pudiera deslizarse
Como una anguila, allá dentro!
—¡*Beatus vir* el que se entrase!—
Fray Luis, en tanto, en su cátedra,
Abierto un libro delante,
Esperando está que la hora
Marcada el reloj señale.

Y cuando cree el auditorio
Que su lengua se desate,
Y contra sus enemigos
Rayos fulmine implacable;
De la primer campanada
Á las vibraciones graves,
Así la leccion comienza
Y así la fama lo aplaude:
— *Como ayer iba diciendo...*—
Y en pos de esta breve frase
(Que en su sencillez revela
Toda una historia de mártir)
Su elocuencia, eco del cielo,
Rica, armoniosa, elegante,
Corre como manso rio,
Sin que su pureza empañe
De las humanas pasiones,
Copiándose en él, la imágen.
Al acabar el discurso,
Abrazos recibe y plácemes
El que es en sabiduría,
En genio y virtud gigante.
Las campanas en las torres
Nuevamente locas tañen,
Y cohetes veloces suben
Serpenteando al inflamarse;
Mientras tornan los doctores
Precedidos de timbales,
Llevando á fray Luis en medio
Para mejor obsequiarle.

V.

Hoy de fray Luis las cenizas
En la insigne Escuela yacen,

Como reliquias amadas,
Como sagrados penates
De esa ciudad que, aunque llora
Su grandeza al derrumbarse,
Entre gemidos del Tórmes
Y lamentos funerales
De altas sombras que á la luna
Vagan por sus soledades;
Tiene en sus bosques laureles,
Tiene en sus canteras mármoles
Para eternizar sus glorias,
Y poetas que las canten.

1857.

Á COLON

CON MOTIVO DEL MONUMENTO ERIGIDO Á SU MEMORIA EN LA PROVINCIA DE SALAMANCA.*

No ha muerto la que ha sido
Noble rival de Aténas y de Roma;
El tiempo, airado, con fragor desploma
Del águila arrogante el viejo nido,
Mas en su corazon suena un latido.
¡Tristes sepulcros! ¡Soledades frias
Por donde el eco de sus glorias vaga
Y el eco de pasadas alegrías!...
¡Vedla, sí, vedla hermosa levantarse

Cual si oyese el conjuro de una maga,
Á los altos recuerdos de otros dias!
¡Oh sombra de Colon! hoy te saluda
La sombra de este pueblo, y hoy gozoso
De sus lauros insignes se desnuda
Para ceñir tu frente de coloso!
Errante peregrino,
Con la esperanza muerta
De vencer el rigor de su destino,
Llamó de puerta en puerta
El que, rasgando el velo
Del espacio infinito, robó al cielo
Un rayo de su luz, el rayo mismo
Con que bajó al abismo
Donde la ciencia esclava
En las tinieblas del error estaba.
Las córtes corrió en vano;
Al magnate opulento y al villano
Lástima fué y desprecio ese gigante
Que á domar con su genio iba las olas
Del borrascoso Atlante,
Para su intento audaz llevando solas
Tres pobres carabelas españolas.
¡Cuántas veces oiria, en el profundo
Silencio de la noche, pensativo,
La misteriosa voz del Nuevo Mundo!
¡Cuántas el gran concierto de los mares
Y los inmensos bosques seculares
De soñadas, magníficas regiones,
Que del resto del mundo primitivo
Separaron terribles convulsiones
Ó del diluvio universal, acaso,
La catástrofe horrenda,
Que anegó todo imperio y toda senda!
¡Cuántas! ¡ay! cruzaria por su mente

La imágen de la América inocente,
De resplandor y flores coronada,
Bella en su desnudez no profanada,
Como la antigua Eva,
Que, unida en tierno lazo al bien que adora,
Vió de la creacion lucir la aurora!
¡Acerbo desengaño
Que sólo un alma superior resiste!
¡Esperar y esperar, año tras año,
Ya sereno, ya triste,
Y nunca ver cumplida
La esperanza, alimento de su vida!
«¿Dónde (con muda voz y lastimera
» Se dijo quizás) dónde
» El levantado espíritu se esconde
» De la nacion ibera,
» Formidable barrera
» Al torrente del África, espantoso,
» Que á Europa convertir, sin ella, pudo
» En mar de sangre y páramo desnudo?
« Gran paladin de Cristo,
» ¿Arrojará la espada centellante
» Que á sus rayos arder el sol ha visto
» En siete siglos de luchar constante,
» El valeroso pueblo castellano,
» Sin abatir el muro
» (Del miedo y la ignorancia aborto oscuro)
» Que al viejo continente, cual tirano
» Separa del antípoda lejano,
» Y del orbe al extremo
» Llevar de la Cruz santa el bien supremo?»
¡No, mil veces!... Un dia,
Juguete de la saña
De la fortuna impía,
El que á los sabios consultar queria,

La ciudad visitó que el Tórmes baña,
Foco de luz, sibila que revela
El humano saber desde su Escuela,
Y al siglo, en sus oráculos, da leyes
Que respetan los pueblos y los reyes.
El inspirado habló; y eco sublime
Su acento despertó en los corazones
De generosos ínclitos varones;
Que, de su fe testigos,
Y á influjo de su mágica elocuencia,
Valedores y amigos
Halló en el templo augusto de la ciencia;
Palabras de dulzura
En su largo camino de amargura.
Y si la historia, un tiempo, y labio torpe
Del vulgo la calumnia pregonaron
Y en mancillar su nombre persevera
Con infame borron pluma extranjera,
Las nubes del error ya se ahuyentaron,
Ya la verdad proscrita
Restaura su memoria,
Y al universo grita:
«¡Miente esa tradicion, miente esa historia!»
¡Honor eterno á tí, ciudad amada!
¡Honor al que, en sencillo monumento,
La colina sagrada
Corona, donde aliento
Y hogar hospitalario
Recibió el peregrino,
Cansado de llamar de puerta en puerta,
Con la esperanza muerta
De vencer el rigor de su destino!
¡Honor á tí, Castilla,
Aventurera hidalga y labradora,
Que en apartados climas vencedora

Sembraste la semilla
Del Evangelio Santo,
Regada con tu llanto
Y con sangre regada de tus venas!
¡Tú los anales llenas
Del globo, noble raza y escogida!
¡Tú, pobre y abatida,
Por sacudir el yugo que te oprime
Derramaste la copa
De tu ira amarga y tu dolor sublime
Sobre el moderno semidios de Europa!
El Atlas cavernoso
Aún tiembla, en sus breñales viendo ocultos
Los huesos insepultos
De aquellos que, sin tregua ni reposo,
Ayer en hueste fiera
Á rescatar salieron la bandera
Que, á tu honor sin mancilla haciendo ultraje,
Hollado habia el marroquí salvaje.
¡Quién sabe si ese mundo inexplorado
Que duerme en las arenas del desierto
Como cadáver yerto,
Á la vida por tí será llamado!
¡Quién sabe si, en tí fijos
Los ojos con espanto, ya recela
Que alguno de tus hijos
(Nuevo y audaz Colon), salve el Estrecho
En alas del vapor, que raudo vuela,
Y el testamento cumpla de Isabela!

Mayo de 1866.

Á LA HIJA DE UN NEGRERO.

I.

Antes que mi voz cansada
El postrer cántico entone,
He de llamar á la puerta
Que á un corazon corresponde.
Hija de negrero, el tuyo
No es un corazon de bronce;
En él hay ecos dormidos,
Mas no á lo santo y lo noble.
Eres mujer, y eso basta
Para que, al llamarlos, broten
Como raudal entre peñas
Que el hierro sacude y rompe.
Los padres que el sér te dieron
Y en tí su ventura ponen,
Oigan de tí las palabras
Que, en tí pensando, inspiróme
Mi deber de cristiano
Con mi alma de hombre.

II.

En la cuna, cuando niña,
Cariñosas y leales
Tu dulce sueño arrullaban
Las negras con sus cantares.
¡Ay! aquellas infelices
Eran hijas ó eran madres,

Compradas por mercaderes
De alma dura y miserable.
Si á tí te compraran otros
En otro mercado infame,
Con los tuyos arrancada
Al suelo que tanto amaste;
¡Con qué derecho diria
El que hoy de tí su Dios hace:
« Devolvédmela, crueles,
» Tened compasion de un padre.
» No hay dolor como el mio
» No lo hay más grande!»

III.

Reina tú de los salones,
Porque en ellos mejor reines
Á tus gracias naturales
El lujo uniste de Oriente.
Envuelta en gasas y tules
Como el sol en nubes ténues.
Si los galanes te adoran
Envídiante las mujeres.
Así el rumor del aplauso
Y la lisonja adormecen
Las virtudes que en tu pecho
Buscaban su propio albergue.
Y en tanto, desvanecida,
Mal puedes pensar, mal puedes,
Que á tus esclavos, no sólo
Goces y opulencia debes,
Sino hasta el pan que comes
Y el agua que bebes.

IV.

Quizás tendida en hamaca
De suaves plumas y seda,
Bajo pabellon que brinda
Con luz tibia y sombra fresca,
Miraste de los esclavos
La dura labor eterna,
Que, al rojo sol de los trópicos,
Postra su espíritu y fuerzas.
Gotas de sudor fecundo
Brillaban en su tez negra,
Y el látigo abrió la fuente
Que sus lágrimas encierra.
Cuando mires al espejo
De hoy más las joyas que ostentas,
Si el espejo no lo dice
Digatelo la conciencia:
« Tus diamantes son lágrimas,
» Sudor tus perlas.»

V.

Del esclavo es negro el rostro,
Y al blanco da la blancura
El color en que su raza
Timbres de nobleza funda.
El alma, por sí incolora,
Ya se aclara, ya se nubla,
Al compás de las acciones
Del sér en que vive oculta.
Sobre el esclavo descarga
Rayos de cólera injusta;
Paga su amor con desprecios;

Su triste orfandad insulta,
Cuando sufre, cuando llora,
Cuando el trabajo le abruma;
¿El color de vuestras almas
Quieres que te diga?... escucha:
El alma tuya es negra,
Blanca la suya.

VI.

El siglo, siglo gigante,
Lleva en la mano la antorcha
Á cuya luz vense de otros
Las iniquidades todas.
Á su gran voz, se derrumba
Lo que oscurece y deshonra
De las edades pasadas
La tarea portentosa.
Imperios y monarquías,
Y repúblicas arrojan
Las cadenas del esclavo
Por siempre al abismo rotas.
Para que no las arrastre
Nadie en tierras españolas
¡Oh mujer! los tuyos libra,
Y á tus laureles de hermosa
Une los inmortales
De redentora.

Abril de 1872.

FIN DE LOS ECOS NACIONALES.

CANTARES.

LIBRO CUARTO.

CANTARES.

PRÓLOGO

DE LAS DOS PRIMERAS EDICIONES.

En España no existe propiedad literaria: hay una ley en que se consigna; pero ¿cómo?... poniendo límites arbitrarios é inícuos al derecho, y autorizando con su fuerza y solemne consagracion el despojo de los escritores por la sociedad, trascurrido el término en la tal *ley* marcado. No hay comunismo de peor género. La Sierra-Morena de la literatura, nada tiene que envidiar á la antigua Sierra-Morena de Andalucía. Diríase que al galantear el escritor á la sociedad, apurando para conquistarla cuantos recursos le inspira su ingenio, ella ¡la egoista! le ha respondido:

Si quieres que yo te quiera,
Ha de ser con condicion
Que lo tuyo ha de ser mio,
Y lo mio tuyo no.

Todo el mundo es dueño de poseer lo que le pertenece, y poseerlo (si gusta) á perpetuidad, por sí ó por sus legítimos sucesores; el único desheredado, es el escritor. En vida, le desnuda cualquiera; á poco de morir, sus obras pasan al dominio público, sin duda por razones de... gloria nacional. ¡Qué sarcasmo! Esta disposicion de la ley es, sin embargo, lógica: en España la literatura es un Calvario; la cruz de cada mártir debe tener su *Inri* correspondiente.

¡Y si al fin, mala y todo como es la ley, se observase en lo poquísimo que de bueno tiene!... Pero los hechos acreditan lo contrario; y la culpa de esto no consiste en los encargados de aplicarla, sino en los que más debíamos cuidar de su observancia, en los escritores, que abandonamos nuestros intereses á todo el que se le antoja aprovecharse de ellos; cosa que no se hará en adelante, si la prensa clama contra el abuso que entrego á su reprobacion, y la sociedad de autores se organiza, para que la literatura principie aquí á ser algo más que un oficio menudo.

Cantares mios, insertos en *La América*, en el *Museo Universal* y otros periódicos literarios, á los cuales, juntamente con todos los políticos de esta córte, han debido cierto favor y popularidad (y cuya benevolencia nunca podré agradecer

bastante), los he visto, al cabo de algun tiempo de su primera publicacion, reproducidos á menudo con absurdas variantes, sin que nadie se acordara ya de citar mi nombre, ni las fuentes de donde los habian tomado.

La historia de estos hechos es, en resúmen, la que sigue:

Publicados los Cantares en Madrid, con mi firma al pié, iban á las provincias; allí se les echaba la tijera, insertábanse anónimos, y volvian á esta capital, en donde viéndolos, al parecer, huérfanos de padre, eran depositados en el torno de la gacetilla, esperando quizás que el autor de los expósitos los reclamara y los reconociera, sin avergonzarse.

Pero en la *exposicion*, no muy lejana, de los últimos, en número de nueve, se llegó al extremo de ponerles este epígrafe: *Hé aquí unos cantos populares, que son indudablemente un poema de amor.* Al leer yo las palabras que anteceden, faltóme la paciencia, y anuncié por medio de un comunicado, que me hallaba dispuesto á usar de mi derecho ante los tribunales contra el que en lo sucesivo publicase composiciones mias sin mi consentimiento. Es de advertir, que ántes se habia cometido ya la insolencia de hacer una cosa parecida con un artículo mio de

Noche-Buena, el cual ví dedicado á un señor J.

Hé ahí, pues, algunas de las causas de apresurarme á dar á luz la presente edicion, sin tiempo siquiera para concluir un estudio que habia principiado sobre los Cantares, con observaciones acerca de lo que para el objeto debe entenderse por pueblo, que es, ni más ni ménos, lo que entendia el Sabio rey de las *Querellas* (PARTIDA II, TIT. X, LEY 1.ª); es decir, «*el ayuntamiento de todos los omes comunalmente, de los mayores, é de los medianos, é de los menores*;» y sobre lo que se entiende, por una lamentable preocupacion: «*cuydan algunos quel pueblo es llamado la gente menuda, assi como menestrales é labradores. E esto no es ansí...*» ¡Y tanto como es *ansí*, en concepto de muchas personas, las cuales consideran á la colectividad de gente rústica, ignorante, inculta, al vulgo, en fin, no al pueblo, sin otra razon que *porque sí*, como autor de poemas delicadísimos del género de que se trata (uno de los más difíciles) y á quien se convierte en taumaturgo, colgándole milagros estupendos, de que el pobre se halla bien inocente!

Afirmar esto del vulgo, y no sólo afirmarlo, sino suponer que es superior al poeta, ni en cantares, ni en obra literaria alguna, equivale á suponer que

el pintor de brocha gorda eclipsa á Gisbert, que un parroquiano de taberna compone música de seguidillas más bella que Barbieri, y que Perico el Ciego las canta de un modo que dice á Salas: ¡*Vaya usted á la escuela*! Podrá el vulgo producir *alguna vez* (y es mucho concederle) cantares de mérito innegable; pero una golondrina no hace verano. El flautista de la fábula *sonó* tambien el instrumento que le hizo considerarse como una notabilidad. No olviden los que presumen que es posible cantar bien sin meditacion ni estudios de ninguna clase, como los pájaros, que no todos los pájaros son ruiseñores, que entre ellos hay gansos, buhos, grajos y fastidiosos gorriones. ¡Dios ponga tiento en la mano de los que se dediquen á la pesca de perlas vulgares, pues si mereciera archivarse todo el inmenso fárrago que contienen las colecciones publicadas desde la de Don Preciso acá (1), y el que existe aún por coleccionar, el Parnaso español agradeceria en el alma al Sr. Mollinedo que estableciese

(1) Imprimióse en Madrid la coleccion de Don Preciso por D. Francisco de Laparte, el año de 1815 (segun mis noticias); es decir, hace medio siglo. Conozco y poseo, además de ésta, otra dada á luz en Barcelona (1825) por la viuda de don Agustin Roca. Estos hechos responden victoriosamente á la acusacion de abandono que sobre el particular se atribuye en otras más recientes, y con demasiada ligereza, á los españoles; cuando acaso hayan sido los que han dado ejemplo á otras naciones en esta clase de trabajos. Lo que digo de los cantares, puede aplicarse tambien á los cuentos, anécdotas, consejas, etc.

en él, por de pronto, una docena de *docks* para almacenarlos cuidadosamente! ¡Imposible parece que personas provistas de una buena racion de nariz literaria hayan podido aspirar, como si fuese delicado perfume de rosas, el olor de ciertas flores vulgares, y áun recomendarlas á la nariz del público! Pero vamos al caso.

Los Cantares que este libro encierra, han sido creados al calor de mi corazon y á la luz de mi alma, y responden, como ecos de diversas épocas y circunstancias de mi vida, en sus manifestaciones externas, á la voz profunda del sentimiento y del espíritu, que yo, igualmente que cada hombre, escucho dentro de mí mismo. Lágrimas, suspiros, deseos, ironías, ayes, sollozos, gritos, esperanzas, recuerdos, sarcasmos, amarguras, consuelos, gemidos... todas las notas sueltas y fugitivas del misterioso concierto del mundo interior, fuentes de estos poemas en miniatura, se pierden si el poeta no las aprisiona en su vuelo y las realiza en el arte y por medio del arte. Esta facultad, este don, este poder, es lo que distingue del vulgo al poeta: el vulgo siente mucho y siente bien, pero expresa mal; y expresa mal, porque carece de arte; y carecer de arte en un género de poesía altamente artístico, como los Cantares, en los que el buen gusto,

la novedad, la concision, la agudeza, la sencillez, lo natural y espontáneo del estilo, lo correcto de las líneas y la sobriedad, rarísima por cierto, en el uso de los adjetivos, son tan esenciales como el sentimiento y la idea, es verse imposibilitado para producir composiciones dignas de aprecio. ¡Júzguese por lo dicho, lo difícil de la empresa!

Las capas inferiores de la sociedad no se hallan expuestas á tan frecuentes alteraciones como las de la superficie: el trabajo del tiempo, auxiliado por circunstancias distintas, es más lento en las primeras que en las segundas; así pues, el poeta que desee imprimir á sus obras carácter nacional, debe descender del pueblo al vulgo, asimilársele, identificarse hasta cierto punto con él, hacer un estudio serio y constante de su manera de sentir, de pensar y de expresarse; y sometiendo al crisol del arte sus palabras, sus giros, sus locuciones, sus refranes, sus idiotismos, el oro, en fin, de su habla llena de impurezas, extraer los materiales que han de servirle para modelar su creacion estética, sus cantares (puesto que de cantares hablo); procurando tambien conservar en ella, hasta donde sea posible y conveniente, el olor, el color y el sabor (si vale decirlo así) castizos, auténticos, genuinos y permanentes de las obras del vulgo, las

cuales, bajo este aspecto miradas, tienen un valor intrínseco positivo.

Pero voy dejando correr la pluma, y no es mi objeto extenderme hoy sobre lo que acerca del particular me ocurre.

Lo que hoy me importa consignar, y lo hago con dolor, es que si pude sufrir años enteros, sin quejarme, los incalificables atentados cometidos contra los intereses materiales que la propiedad de mi trabajo representa, ni debo, ni puedo tolerar ataques á un interes más alto, más sagrado: los ataques á mi conciencia, á mi probidad literaria; pues no significa otra cosa lo que, de buena fe sin duda, se ha hecho al poner á la cabeza de los nueve cantares á que aludo las palabras que arriba cito, guillotinando ántes mi nombre con la tijera periodística.

Dos palabras para concluir.

Noticioso yo de que las personas mencionadas á continuacion dispensaban á varias obras mias el honor de trasladarlas á su idioma, les pedí que me permitiesen incluir en este libro las que más relaciones tienen con él, así para favorecer mi nombre con la buena compañía del suyo, como para que fuesen conocidos tan estimables trabajos. Circunstancias que no hace al caso referir, me privan del gusto de publicar en esta edicion las

versiones inglesa y francesa, con que me brindan personas ilustradas; pero lo verificaré en otra.

Los Cantares llevan en la traduccion el mismo número que en el original.

La traduccion gallega se debe á la señora doña Rosalía Castro de Murguía, quien, con sus célebres glosas de Cantares de su país, se ha colocado entre los más esclarecidos poetas contemporáneos.

Tambien es suya la de *Ruinas* (1).

La italiana, la ha hecho el señor Gottardo Aldighieri, primer barítono absoluto del teatro Real de esta córte, cuyo nombre de artista, conquistado en los principales de Europa, recibe nueva sancion con los aplausos de nuestro público. Ha escrito, entre otras obras de mérito, una titulada *Conforto e lacrime*, que le acredita por sí sola de poeta notable, segun la opinion de personas competentes que la conocen, y en la actualidad se ocupa en tomar apuntes para una histórica que dedica á los jóvenes de Verona, su país natal. Llevado del cariño que el nuestro le inspira, estudia nuestra lengua, deseoso de conocer á fondo la literatura española. Espronceda y Zorrilla, entre

(1) Título de una de las composiciones que figuraban en mi libro *Armonías y Cantares*, y que tendrá cabida en el tomo segundo de la Coleccion completa de mis obras.

los modernos, tienen en él un admirador sincero; y el que escribe estos desaliñados renglones sabe que le distingue actualmente con la traduccion de sus *Elegias*.

La de *Los Nidos* (1) tambien es del señor Aldighieri.

La portuguesa es obra del ilustre escritor lusitano Claudio de Chaby, capitan de caballería en el ejército del vecino reino, y ayudante del actual ministro de la Guerra, Sa-da-Bandeira. Dos libros de milicia ha publicado, un volúmen de poesías líricas, y traducciones de varias españolas del género dramático, principalmente de Breton de los Herreros, representadas con aplauso en el teatro de doña María II, de Lisboa. En 1861 vino á España, comisionado por el Gobierno de Portugal, á recorrer nuestros archivos y bibliotecas y tomar datos para escribir la Historia de la guerra peninsular con la República francesa, en los años de 1793 y 95, habiendo ya aparecido el primer tomo, grandemente apreciado por diversas corporaciones literarias, y en el cual se hace justicia á España y á su ejército con un interés y un cariño que rara vez tenemos el gusto de observar en escritores extranjeros, cuando de nuestras cosas tratan. El señor Chaby no ha recibido de España

(1) Otra Armonía.

ninguna prueba de consideracion, ni de agradecimiento: no lo extrañe; si hubiera dicho pestes de nosotros, quizás se le hubiera dado una cruz... para crucificarnos.

La alemana lleva al pié del manuscrito el pseudónimo Franz Heinrich Steinlem: la excesiva modestia del que lo ha adoptado me impide revelar su verdadero nombre; mas no el placer de decir que es persona de erudicion profunda, que vive hace muchos años en España, que conoce nuestras costumbres y admira nuestra literatura.

Finalmente, la traduccion catalana es de don Víctor Balaguer, que, á sus laureles de insigne poeta popular, acaba de añadir los no ménos gloriosos de historiador de Cataluña.

V. R. Aguilera.

CANTARES.

PRELUDIO.

Mi corazon solitario
Es un nido de cantares;
En él duermen y en él viven
Como en su nido las aves:

Cuando el dolor los despierte,
Ó cuando el placer los llame,
Llenarán de alegres ecos
Ó de tristeza los aires.

I.

La guitarra que yo toco
Siente como una persona:
Unas veces, canta y rie,
Otras veces, gime y llora.

II.

Tu pálido rostro, niña,
Es como noche de luna,
Y la mata de tu pelo
De color de noche oscura.

III.

Cuando orillita del rio
Tus piés de azucena lavas,
Tiembla de amor la corriente,
Suspira el viento en las ramas.

IV.

Los clavos que en piés y manos
Le pusieron al Señor,
Clavados su pobre Madre
Los tiene en el corazon.

V.

Es el amor tuyo
Nube pasajera;
Vino con un viento,
Y otro se lo lleva.

VI.

Parte, corazon, volando,
Y pregúntala si hay sitio
En su corazon de roca
Para hacer en él un nido.

VII.

Tus ojos copian el dia:
Entornados... amanece;
¿Los abres?... el sol deslumbra;
¿Los cierras?... la noche viene.

VIII.

Dijo en la cumbre mi orgullo:
« Pocos han llegado aquí:»
En esto pasó volando
Un insecto sobre mí.

IX.

Mucho te guarda tu madre,
Pues rejas cierra y balcones:
¡Como si entrase por ellos
Amor en los corazones!

X.

¡Qué yerba! ¡Qué luz! ¡Qué fuente!
¡Qué canto de ruiseñor!...
¡Qué sitio, morena mia,
Para merendar los dos!

XI.

Hay un señor en mi tierra,
Un señor tan importante,
Que siempre está en candelero...
Se llama... *el señor don Nadie*.

XII.

El sol regaló á la Vírgen
El manto de luz que lleva;
La noche, por no ser ménos,
Una corona de estrellas.

XIII.

El mundo me dió un libro;
Yo soy tan lerdo,
Que cuanto más lo estudio
Ménos lo entiendo.

XIV.

Sin flores ha nacido
La primavera,
Y pide una limosna
De puerta en puerta;
Dale tú, niña,
Un puñado de flores
De tus mejillas.

XV.

El santurron de abajo
Se está muriendo:
¡Qué hacecito de leña
Para el infierno!

XVI.

Al que tiene dinero
Todos le adulan:
Pero viéndole pobre
Nadie le busca:
Tal vez se dicen:
—«Lámpara sin aceite

¿Para qué sirve?»

XVII.

Anda, vé y dile á tu madre
Si me desprecia por pobre,
Que el mundo da muchas vueltas,
Que ayer se cayó una torre.

XVIII.

Á un hombre que no te quiera,
(Porque aprendas á sufrir)
¡Ojalá le quieras tanto
Como yo te quise á tí!

XIX.

Donde jurabas amarme
Ya pueden, falsa, poner:
«*Aquí mataron á un hombre;*
»*Al cielo rogad por él.*»

XX.

Una trenza tengo suya
Que no miro sin temblar,
Pues para un desengañado
Una trenza es un dogal.

XXI.

Del cielo cayó una carta
Con dos versos que decian:
«*El que siempre mire abajo*
»*No verá lo que hay arriba.*»

XXII.

Cantando pasan los quintos
Con guitarra y pandereta;
Cuanto más alegres pasan
Más triste la gente queda.

XXIII.

Ya no quiero ir á tu fuente
Esperanzas á beber,
Porque me encienden el alma

Y no me apagan la sed.

XXIV.

Tiene el altar de mi pecho
Una imágen y una luz;
Es la luz el amor mio
Y la imágen eres tú.

XXV.

El dolor me llamó hermano
En mi niñez cierto dia;
Y yo no le dí la mano
Porque aún no lo conocia.

XXVI.

Si tú fuentecilla fueras
Y yo fuese pasajero
¡Cómo de agua se pondria
Este pobrecito cuerpo!

XXVII.

En la cárcel de mi pueblo
Como en el mundo sucede;
Ni debe todo el que paga,
Ni paga todo el que debe.

XXVIII.

Llaman á tu madre
Caña de pescar:
Si tú eres el cebo,
¿Quién no picará?

XXIX.

De la luz de tus ojos
Con ánsia bebo;
No los cierres, tirana,
Que de sed muero.

XXX.

Á la muerte le digo:
—«Dame tu mano,
»Que de andar por la vida

» Ya estoy cansado; »
Pero la muerte
Nunca va á quien la llama;
Va á quien la teme.

XXXI.

La niña que yo adoro
Tiene un molino,
Que muele mi esperanza
Mejor que el trigo.

XXXII.

Muchos á ver comedias
Van al teatro;
Yo me voy al del mundo,
Que es más barato;
Y en él observo
Que están representadas
Con más acierto.

XXXIII.

Quítate de esa ventana,
Y escucha un consejo, niña:
Maceta que no está al aire
Los pájaros no la pican.

XXXIV.

Á un charlatan he jurado
Que, si me guarda secreto,
Le diré todos los mios...
Cuando sepa que él se ha muerto.

XXXV.

La abeja busca las flores
Para robarles su miel:
Mi pensamiento es abeja,
Tu boca rojo clavel.

XXXVI.

Cantar que del alma sale
Es pájaro que no muere;

Volando de boca en boca
Dios manda que viva siempre.

XXXVII.

El que á los pobres se baje
No baja su condicion,
Pues la pobreza la quiso
El mismo Dios, con ser Dios.

XXXVIII.

En tu escalera mañana
He de poner un letrero,
Con seis palabras que digan:
«*Por aquí se sube al cielo.*»

XXXIX.

Durmiendo bajo unos olmos
La ví solita en el monte;
Me acerqué pisando quedo,
Y... no soñé más anoche.

XL.

Tendí una mirada al cielo,
Eché una sonda en el mar,
Bajé al corazon humano
Y fondo no pude hallar.

(Variante del mismo.)

Medí con la vista el cielo,
Con la sonda exploré el mar;
Bajé al corazon humano
Y fondo no pude hallar.

XLI.

Permita Dios que te siga
Un novillo... imaginario;
Que tropieces... en mis ojos,
Y que caigas... en mis brazos.

XLII.

Dios al mar límites puso

Y los puso á la hermosura:
Cuentan que cuando naciste
Dijo en latin: ¡*Non plus ultra*!

XLIII.

Al zapatero pregunto
Por qué mi calzado tuerzo;
Y responde: «Parroquiano,
Porque no anda usté derecho.»

XLIV.

Á Dios un abogado
Le imita en esto:
Dios, de nada hizo un mundo,
Y él hace un pleito.

XLV.

Darte quise mil besos
Por uno tuyo;
Tú por los mil no quieres
Darme ninguno:
Anda, roñosa;
¿Para qué te las echas
De generosa?

XLVI.

El que bien hace á ingratos
Es como el necio
Que en el aire echa firmas,
Y agua en un cesto.

XLVII.

La corriente del rio
Tu imágen copia,
Que se rie, se esconde,
Vuelve y se borra;
Yo digo al verla:
¿Si será asi la imágen
De su firmeza?

XLVIII.

Salerito, resalero,
Que sal derramando vas;
¿Cómo derramando tanta
No se te acaba la sal?

XLIX.

Me quisiste cuando tuve;
Ya no tengo, y me desprecias:
Eres como la campana,
Que, si no le dan, no suena.

L.

Ningun sabio satisface
Esta duda que me hiere:
¿Es el que muere el que nace,
Ó es el que nace el que muere?

LI.

En la reja de esta casa
Un faro deben poner,
Para que nadie se estrelle
En la falsedad de usted.

LII.

Llevan á los paseos
Muchas niñas de ahora,
Los vestidos muy largos,
La vergüenza muy corta.

LIII.

Despues de hacerte, Dios quiso
Poner un lunar por firma;
Cogió el sello de su gracia
Y lo estampó en tu mejilla.

LIV.

Cuenta, y verás cómo acabas
Antes que yo de contar:
Contaremos, yo... mis penas,
Tú... las arenas del mar.

LV.

Por el rosal que he plantado
Estoy sin cesar temiendo,
En verano, los calores,
Las heladas en invierno.

LVI.

Nubes de galanes
Siguen á mi bien:
Nunca faltan moscas
Donde está la miel.

LVII.

El sol sale para todos
Cuando anuncia el almanaque;
Hasta que á tí no te veo
El sol para mí no sale.

LVIII.

Sepan soltera y casada,
Pues les conviene saberlo,
Que no basta ser honrada;
Es preciso parecerlo.

LIX.

Si tienes frio algun dia,
Tú me buscarás, soberbia;
Que hasta del árbol caido
Ya sabes que se hace leña.

LX.

En la copa de un árbol
Cantaba un cuco:
«Para medrar, no hay cosa
Como ser burro.»

LXI.

Por tu mucha inconstancia
Yo te comparo
Con peseta que corre
De mano en mano;

Que al fin se borra,
Y creyéndola falsa
Nadie la toma.

LXII.

Los que en promesas fian
Son como el gallo,
Que ántes de que amanezca
Ya está cantando.

LXIII.

El Otoño desnuda
Prados y bosques;
Pero Mayo los viste
De hojas y flores.
¡Ay, dicha breve!
¡Primavera del alma,
Tú ya no vuelves!

LXIV.

Antes de hacerle la caja,
Á un muerto avaro midieron,
Y el tuno encogió las piernas
Para que costase ménos.

LXV.

No te pongas colorada
Al pasar por este valle,
Pues como no tiene lengua
No contará lo que sabe.

LXVI.

La mujer es un misterio,
Misterio que nadie alcanza:
Ya es rosa sin una espina,
Ya panal de miel amarga.

LXVII.

Es la conciencia un espejo;
Muchacha, mírate en él,
Á ver si te ves tan bella

Como en el de esa pared.

LXVIII.

En el cielo hay alboroto
Porque faltan dos luceros:
¿Sabes quién los ha robado,
Morenita de ojos negros?

LXIX.

Las hilanderas, madre,
Sus copos hilan;
Lo mismo hilando el tiempo
Va nuestras vidas.

LXX.

Á los rayos de la luna
Modesta se abre una flor;
Para que el sol no la queme
Se cierra al salir el sol.

LXXI.

Por ella lo perdí todo;
Sólo me dejó su olvido
Lágrimas para llorarlo,
Corazon para sentirlo.

LXXII.

Dices tú que me quieres,
Y yo lo creo;
Pero dáme un anteojo,
Que no lo veo.

LXXIII.

Ningun trono de la tierra
Se compare con la Cruz,
Suplicio cambiado en trono
Por la muerte de Jesus.

LXXIV.

Forman la muerte y la ausencia
En el alma un cementerio,
Con nichos donde el olvido

Va enterrando los recuerdos.

LXXV.

Persiguiendo va la tropa
Un contrabando de sal:
Escóndete, vida mia,
Que si no te prenderán.

LXXVI.

De esperanzas cargado
Mandé un navio;
Por ese mar adentro
Se me ha perdido.

LXXVII.

Aunque canto, no canto
De buena gana;
Yo canto como el ave
Presa en su jaula.
¿Cuándo, alma mia,
De romper tus prisiones
Llegará el dia?

LXXVIII.

El lujo de esa pobre
Ya no me extraña;
Para vestir el cuerpo
Desnuda el alma.

LXXIX.

Cuando sales del agua,
Cara de cielo,
Tu cabellera oscura
Parece un velo;
Parece un manto
Que de tu pecho hermoso
Dobla el encanto.

LXXX.

Dicen que dicen que tiene
La mina filones de oro;

El oro estará debajo,
Lo de encima es piedra y lodo.

LXXXI.

Tengo yo un fiel amigo;
Me quiere tanto,
Que el bendito me empuja
Si me resbalo.

LXXXII.

Yo salí á probar fortuna
Por esos mares afuera;
Naufragué, y lo perdí todo...
Sólo he salvado mis penas.

LXXXIII.

Santa, ya sé que eres diablo;
Si ántes lo hubiera sabido,
No hubiese, inocente, sido
Lámpara de tu retablo.

LXXXIV.

Cada vez que considero
Que eras mia, y eres de otro,
El corazon se me parte,
De llorar ciegan mis ojos.

LXXXV.

Por diversion deshojando
Te ví una rosa inocente:
¡Qué diversiones tenemos
Los hombres y las mujeres!

LXXXVI.

Don José el avaro,
Viendo que llovia,
Me prestó un paraguas...
Que ya no servia.

LXXXVII.

Me han dicho que me aborreces;
Si quieres verme morir

Con darme un beso, morena,
Doblar ya pueden por mí:

Si con un beso me matas,
No tengas remordimiento;
Verás cómo resucito
Así que sienta otro beso.

LXXXVIII.

La casa de mi vecino
Dos puertas tiene á dos calles;
Cuando el hambre entra por una,
Por otra la virtud sale.

LXXXIX.

Á la casa de locos
Fuí á comprar juicio,
Porque en la de los cuerdos
Se ha concluido.

XC.

El dia en que tú naciste
Cayó un pedazo de cielo:
Cuando mueras y allá subas,
Se tapará el agujero.

XCI.

Desde que estoy caído
Parezco percha,
Donde todo el que viene
Su capa cuelga.

XCII.

Son de los desgraciados
Las esperanzas,
Burbujitas que el aire
Forma en al agua;
Brillan, y en breve,
Por el aire deshechas
Aire se vuelven.

XCIII.

La de la escoba digo,
Barra su puerta;
Mas no eche la basura
Sobre la ajena.

XCIV.

Cuando duermo en la vida
Más descuidado,
Oigo á veces el eco
De un aldabazo:
No sé quién llama,
Pero sé que lo escucha
Temblando el alma.

XCV.

Muchos hay de la casta
De los gorriones;
Lo que sembraron otros
Ellos lo comen.

XCVI.

Al trabajo, compañeros,
Que en la vida cada flor
Tristes lágrimas la riegan
Y la fecunda el dolor.

XCVII.

Dicen que soy un vinagre,
Tú eres la sal y la gracia;
Dame escarola y aceite...
Y cátate una ensalada.

XCVIII.

Años ha, la ví de noche,
Desnuda, hambrienta y llorosa;
Ayer pasó en carretela
Como fantástica sombra:

Y siempre lástima dióme;

Que, si ántes el cuerpo flaco,
Ayer la infeliz llevaba
Cubierta el alma de andrajos.

XCIX.

En el costado de Cristo
De sangre una fuente mana,
De sangre tan pura y limpia
Que nuestros pecados lava.

C.

Cuando tú me miras,
Me derrito yo
(Aunque no soy nieve)
Como nieve al sol.

CI.

Creo en Dios, creo en su Madre,
Y en unos ojos muy negros,
Que, aunque de veras me engañan,
Lo estoy viendo y no lo creo.

CII.

Audiencia da la fortuna;
Pero el que acude á su audiencia
Tiene que bajarse mucho,
Porque es muy baja la puerta.

CIII.

Para ir de este mundo al otro
Atravesamos un mar;
Tal vez por eso á la cuna
Forma de barco le dan.

CIV.

Quise, y tú no quisiste;
Quieres, y digo:
« Tierra que otro ha segado
Yo no la espigo.»

CV.

Soñé que el olmo da peras,

Que sin agua estaba el mar,
Y hasta soñé que fiel eras...
¡Mira tú si fué soñar!

CVI.

Vientecito que al valle
Del monte vienes...
¡Pasa, pasa despacio,
Que mi amor duerme!

CVII.

Por dos ojos azules
Que tuve antojos,
Pasé todas las penas
Del purgatorio;
Quise á unos negros,
Y caí de patitas
En el infierno.

CVIII.

Ningun hombre se ria
De que otro llore,
Pues sin causa muy grande
No llora un hombre.

CIX.

En el ramo de flores
Que te presento,
Verás, luz de mis ojos,
Un pensamiento;
Para que sepas
Que, aunque tú olvidar sueles,
De tí se acuerdan.

CX.

En la aduana del mundo
La inocencia me quitaron,
Diciendo que es la inocencia
Género de contrabando.

CXI.

Mamando Judas, cuentan
Que habló, diciendo:
—«¿Quién me compra á mi madre?
Que yo la vendo.»

CXII.

Ya sabes que con el fuego
Duros metales se ablandan:
Hemos de llevar, morena,
Tu corazon á una fragua.

CXIII.

Vuelve, niña, y rodea
Por otra calle,
Pues como en ésta hay lodo
Puedes mancharte.

CXIV.

Es del enemigo malo
Tu andar una tentacion;
Pero tentacion que tiene
Toda la gracia de Dios.

CXV.

Por no dar limosna á un pobre
Un hipócrita, en la plaza:
—«Yo las doy (dijo) en secreto,
Como Jesucristo manda.»

CXVI.

De un libro, que me dió chasco,
Me enamoré por el forro;
Antes de saber si vale
No volveré á comprar otro.

CXVII.

Busque usté otra posada,
Que aquí no hay cuarto;
Uno tan sólo habia...
Ya está ocupado.

CXVIII.

Un hombre cantaba un dia
(Su negra suerte al cantar)
Que agua en el mar no hallaria,
Si por agua fuese al mar.

CXIX.

Mira cómo corre el agua,
Cómo se agosta la yerba,
Cómo una luz se consume,
Y dime si algo te enseñan.

CXX.

De que usted no me quiera
Tanta pena me da,
Que me doy con cebolla...
Y comienzo á llorar.

CXXI.

Te dí la llave del pecho
Y el corazon me robaste;
¿Quién á ladrones confia
De su tesoro la llave?

CXXII.

Un tiesto de claveles
Dí á mi vecina;
Al ver los de su boca
Mueren de envidia.

CXXIII.

Mis ojos en los tuyos
Se han enganchado;
Quedóse de tus ojos
Mi alma colgando:
Yo no sabia
Que eran ojos de escarpia
Tus ojos, niña.

CXXIV.

De jorobas del cuerpo

Todos se burlan;
¿Quién habrá que en el alma
No lleve alguna?

CXXV.

¿Por qué—díme—ese velo
No te lo subes?
¿No es más hermoso el cielo
Cuando no hay nubes?
Tras esas blondas,
El cielo de tu cara,
Por Dios, no escondas.

CXXVI.

El cuerpo es cárcel del alma;
Y del alma en el proceso
Es juez la propia conciencia,
Verdugo el remordimiento.

CXXVII.

Diciendo está el cigarro
Lo que es la vida:
Fuego de unos instantes,
Humo y ceniza.

CXXVIII.

Tus ojos verdes recuerdan
El verde color del mar:
¡Infeliz del que los mire,
Como no sepa nadar!

CXXIX.

¡Qué bello es tu rostro, niña!
¡Y qué dulce tu mirada!
¡Y tu voz, qué seductora!...
¡Quién pudiera verte el alma!

CXXX.

Las anguilas y la suerte
Se la pegan al más guapo;
Cuando vamos á cogerlas

Se escurren entre las manos.

CXXXI.

Arcaduces de noria
Son ¡ay! mis dichas;
Las que llenas subieron
Bajan vacías.

CXXXII.

Caminando á la ausencia
Perdí el camino,
Tropecé en la inconstancia,
Dí en el olvido.

CXXXIII.

Tus mejillas y tu frente
Son de jazmin y de rosa;
Dos flores, luz de mi vida,
Que cualquier viento deshoja.

CXXXIV.

Con ese andar menudito
Y ese menudo rigor,
Tú á la menuda me matas,
Yo me muero por mayor.

CXXXV.

Entro en mí mismo, y tiemblo,
Tiemblo y me turbo,
Al ver que es sólo el alma
Luz de un sepulcro.

CXXXVI.

Desde el deseo que nace
Hay hasta el goce mil leguas;
Pero del goce al hastío
En un momento se llega.

CXXXVII.

Eres fuego, y me hielas;
Miel, y me amargas;
Luz, y á oscuras me tienes;

Vida, y me matas.

CXXXVIII.

Te equivocas, y mucho,
Si es que presumes
Que porque eres martillo
Yo he de ser yunque.

CXXXIX.

Tus piés son piés de niño;
Nadie comprende
Cómo sobre ellos firme
Tenerte puedes;
Yo estoy temiendo
Que ese hermoso edificio
Se venga al suelo.

CXL.

Un campanario busca,
No me enamores;
Que si tú eres veleta
Yo no soy torre.

CXLI.

Es el alma del hombre
Vellon de oveja,
Que en las zarzas del mundo
Pedazos deja;
Y áun hay persona
Que no deja pedazos,
La deja toda.

CXLII.

Los brazos de la Cruz santa
Siempre abiertos, significan,
Muchas culpas en el hombre,
En Dios, clemencia infinita.

CXLIII.

Laguna, cuyos cristales
Al bosque sirven de espejo,

Tu apariencia no me engaña;
Ya sé que en tu fondo hay cieno.

CXLIV.

Mira al saltar el arroyo,
No se te vaya algun pié;
Mira que va muy crecido,
Mira que puedes caer.

CXLV.

Aunque á Dolores quiero,
Quiero á Teresa;
Que no anda bien un carro
Con una rueda.

CXLVI.

Por causa dè ese palmito
No como ni duermo ya:
¡Quiérame usté un ochavito,
Que Dios se lo pagará!

CXLVII.

En el árbol de mi vida
Las ilusiones cantaron;
Tiró el dolor una piedra...
¡Ay de mí! todas volaron.

CXLVIII.

Hojas del otoño,
Secas y amarillas;
¿Por qué se entristecen
Todos los que os miran?

CXLIX.

En la ciencia de la vida
Solamente hay dos tratados:
Uno, *de las ilusiones*,
Otro, *de los desengaños*.

CL.

En la fuente de agua dulce
Que hay al pié de la montaña,

Cayó una lágrima mia...
La fuente se ha vuelto amarga.

CLI.

Desde que me quieres
Ni como, ni bebo;
Con verte y hablarte
Mi vida sustento.

CLII.

Por Dios, no estés enseñando
La puntita de ese pié;
La ví una vez, no sé cuándo,
Y me dió yo no sé qué.

CLIII.

Hay quien cuatro quintales
De peso lleva;
Más llevo yo, y no caigo...
Llevo mis penas.

CLIV.

¡Qué caïdita de ojos
Tienes, muchacha!
¡Será milagro, al verla,
Que yo no caiga!

CLV.

Despues de buscar sitio
Por todo el mundo,
El amor en tu pecho
Su trono puso;
Que el mundo todo
Mejor sitio no tiene
Para su trono.

CLVI.

Para encender mi fragua
No tengo fuelle;
Sopla, verás qué lumbre
Tu soplo enciende.

CLVII.

Pobre mosca es la vida,
La muerte araña
Que una red va tejiendo
Para cazarla;
Teje que teje,
Hasta que entre sus hilos
Por fin la envuelve.

CLVIII.

Haz bien, y si mal te pagan
Canta esta copla contento:
«El bien se siembra en la tierra
Y se cosecha en el cielo.»

CLIX.

En mí nació un mal deseo
Y al punto le dí garrote,
Para impedirle que fuese
Verdugo de mi alma noble.

CLX.

Negros son tus ojos, niña,
Como la noche más negra;
Cuanto más negra es la noche
Más relucen las estrellas.

CLXI.

Pisé un hueso de cereza,
Y lo pisé con desprecio;
Pero me hizo dar de bruces...
No hay enemigo pequeño.

CLXII.

En las tormentas del alma
Rayos los ojos despiden;
Las lágrimas son la lluvia,
La sonrisa el arco íris.

CLXIII.

Para cantarte mis penas

Hago hablar á la guitarra;
Si no entiendes lo que dice
No digas que tienes alma.

CLXIV.

Por más que todos los dias
Tu frente con agua laves,
No quitarás esa mancha
Que tienes y no ve nadie.

CLXV.

Esperé, sufrí, gozé,
Vencióme, canté victoria:
¡Ay!... ella para mí fué
Purgatorio, infierno y gloria.

CLXVI.

Así que vine yo al mundo
Me leyeron la sentencia,
Y hácia la muerte camino
Arrastrando una cadena.

CLXVII.

No extraño yo que tu madre
De mí y de todos te esconda;
Las perlas hay que buscarlas
Escondidas en su concha.

CLXVIII.

Tiene la que yo quiero
Cara trigueña,
Y su alma la blancura
De la azucena.

CLXIX.

En la posada del mundo,
Tabique por medio, habitan
Doña Vida y doña Muerte,
Como dos buenas vecinas.

CLXX.

Para el carnaval un dia

Necesitando careta,
Prestada pidió la suya
El orgullo á la modestia;

Y como no se la ha vuelto,
Andan los dos por el mundo,
Él, con la máscara siempre,
Ella, sin disfraz ninguno.

CLXXI.

Cuanto más se levanta
Una torre del suelo,
Más al viento se expone,
Más al rayo del cielo.

CLXXII.

No vayas, paloma mia,
No vayas, paloma, al bosque;
Mira que andan gavilanes,
Mira que andan cazadores.

CLXXIII.

El pintor que te retrate,
Si es un pintor de conciencia,
Podrá retratar tu cuerpo...
El alma, cuando la tengas.

CLXXIV.

Es el hombre como el trigo;
Sale de la tierra, crece,
Grana, se agosta, y lo siega
Con su guadaña la muerte.

CLXXV.

En este largo desierto
Muchos se mueren de sed;
Yo voy buscando una fuente...
No sé si la encontraré:

La única fuente que he visto

Está seca, seca y sola,
Sin pájaros que le canten,
Sin árbol que le dé sombra.

1864 (1).

CLXXVI.

Una estrella, nunca vista,
Se ve ya todas las noches;
Como nombre le faltaba,
Le han puesto *Iberia* por nombre.

CLXXVII.

El que muere, con sus ojos
Parece que está diciendo,
Si es hombre sin fe: — ¡*Hasta nunca*!
Si es hombre de fe: — ¡*Hasta luego*!

CLXXVIII.

El dia en que te embarcaste
Anunciaron tempestad,
Y es que, al cogerte en sus brazos,
Tembló de placer el mar.

CLXXIX.

Viéndote séria conmigo
Quise dejar la guitarra;
Seguí tocando, y las cuerdas
Parecia que lloraban.

CLXXX.

¡Cómo las chispas alegres
Suben por la chimenea!
¡Qué tristes que bajan luego

(1) Aquí terminan los cantares contenidos en el volúmen titulado ARMONÍAS Y CANTARES, y á los cuales se refiere el PRÓLOGO que llevan al frente. Los que siguen fueron publicados en el LIBRO DE LA PATRIA, de fecha posterior, formando entre unos y otros, con aumento de algunos, la coleccion completa de todos los que hasta ahora he compuesto.

Convertidas en pavesas!

CLXXXI.

En el corazon un siete
Los ojos de usted me han hecho:
¡Ay, costurera bonita,
Si quisiera usted coserlo!

CLXXXII.

Pasé por su calle, y dije:
—¡Adios, puerta, y adios, casa,
Camposanto donde un dia
Enterró mis esperanzas!

CLXXXIII.

Las dichas del hombre duran
Lo que las olas del mar;
La que nace, muere al punto,
Y olas vienen y olas van.

CLXXXIV.

Mi corazon herido
Pide una venda;
Échale tu pañuelo,
Niña morena.

CLXXXV.

La alborada cantaron
Las avecillas,
Creyendo la otra noche
Que el sol salia;
Y es que de pechos
Al balcon te pusiste
Por ver el cielo.

CLXXXVI.

Yo soy aquel navegante
Que al mundo la vuelta dió
Tras una mujer constante,
Y en el mundo no la halló.

CLXXXVII.

Eres rica, soy pobre,
Para mí has muerto;
De luto ya he vestido
Mis pensamientos.

CLXXXVIII.

Si al llanto pides consuelo
Y no consigues llorar,
Anda y sube á la montaña
Y desde allí mira el mar.

CLXXXIX.

Á tu boca un candado,
Morena, has puesto;
Mas los ojos traidores
Te están vendiendo.
Diles que callen,
Si quieres que no sepa
Nada tu madre.

CXC.

Soñé, y un recien nacido
Con grillete pasar ví;
Pregunté, y me dijo un hombre:
—Lo han condenado á vivir.

CXCI.

Sube á Dios, pensamiento
Que á Dios te exhalas;
Amor te da su aliento,
La fe sus alas.

CXCII.

Cuando á Jesús los sayones
Ataban de piés y manos,
Se rompieron las cadenas
Que llevaba el mundo esclavo.

CXCIII.

La ley, con túnica blanca,

Al patíbulo subió;
La sangre del que moria
De rojo se la manchó.

CXCIV.

¡Te quiero tanto, morena!
Morena, ¡cuánto te quiero!...
Te lo he de decir bajito,
Que estoy celoso del viento.

CXCV.

El amor de algunas damas
Nace tan pobre y tan debil,
Que apenas cumple tres dias
Ya está de cuerpo presente.

CXCVI.

Al nido de tu boca
Se asoma un beso;
Mándale que las alas
Tienda á mi huerto.

CXCVII.

Dijo Amor á la Ausencia:
—Yo seré eterno;—
Cuando ella la mortaja
Le iba cosiendo.

CXCVIII.

Viendo un grano de arena,
La Envidia dijo:
—«Siempre encuentro montañas
En mi camino.»

CXCIX

Dicen, niña, que tienes
Ojos de infierno,
Porque llamas arrojan
Tus ojos negros.
Será pecado,
Mas si el infierno es ese...

¡Lléveme el diablo!

CC.

—Chico, préstame un duro.
—No quiero, chico.
—¿Por qué?—Por no quedarme
Sin un amigo.

CCI.

Las fuentes van á los rios,
Los rios van á la mar;
La vida que va pasando
¡Ay! ¿quién sabe adónde irá?

CCII.

Desde el dia en que cortaste
El vuelo á mis esperanzas,
Estoy como el pajarillo
Á quien le cortan las alas.

CCIII.

Vecinita, yo quisiera
Hacer un experimento:
Dicen que matan tus ojos...
Mírame, á ver si me muero.

CCIV.

La conciencia nos da almohada
Para el sueño de la vida;
La de los buenos, de flores,
La de los malos, de espinas.

CCV.

Miré dentro de mí mismo
Y ví con espanto un mar,
Y en medio luchando un alma,
Y alredor la soledad.

CCVI.

¿Qué importa que á dos amantes
Les pongan la mar en medio,
Si más pronto que se dice

La atraviesa el pensamiento?

CCVII.

Buscar el honor perdido,
Es lo mismo que buscar
Una aguja de las finas
Que se pierde en un pajar.

CCVIII.

Tu boca es una granada
Que brinda con su dulzura;
La flor la forman los labios,
Los granos la dentadura.

CCIX.

El cantar, para ser bueno,
Ha de ser como la cola;
Que se pegue... al que lo escucha,
Cuando salga de una boca.

CCX.

Yo no sé lo que siento
Viendo á esa moza,
Que no es gusto, ni pena,
Y es ambas cosas.

CCXI.

Á la gallina ciega
Todos jugamos;
Sin vendarse, los ménos,
Los más, vendados.

CCXII.

Un cantar bajó al pueblo.
No era mal mozo;
Pero el pueblo le dijo:
—No te conozco.

CCXIII.

Al baile mi vecina
Trajo una rosa;
Conforme va danzando

Se le deshoja.

CCXIV.

Mis suspiros, morena,
Cartas parecen;
Unos, llegan muy tarde,
Otros, se pierden.

CCXV.

Andando, mi esperanza
Cayó en un pozo;
El pozo, segun cuentan,
No tiene fondo.

CCXVI.

Cárcel oscura es mi pecho,
Pero tiene una rendija;
Cuando á ella asomas los ojos,
Con tu mirada entra el dia.

CCXVII.

El pensamiento se anida
En la cabeza del hombre,
Como el águila soberbia
En la cima de los montes.

CCXVIII.

Ya los tejados blanquean
Con la nieve que ha caido;
Corazon, dame posada,
Que vengo yerto de frio.

CCXIX.

Con otro te casó el cura,
No digas que no te pesa;
Al verme ayer, te pusiste
Más pálida que una muerta.

CCXX.

Mi vecino es tan modesto
Que nunca bien hizo á nadie,
No por no hacerlo, se entiende...

Porque no sepan que lo hace.

CCXXI.

Al lado izquierdo del pecho
El hombre lleva un reloj;
Puede la muerte pararlo,
Hacerlo andar, sólo Dios.

CCXXII.

Porque al fin de cien años
Y penas muchas
Encuentro un poco de agua,
De mí murmuran.
Miran que bebo,
Pero mirar no quieren
La sed que tengo.

CCXXIII.

La nieve en el invierno
Cubre las sierras;
El alma tuya, siempre,
Que allí es eterna.

CCXXIV.

Calle de la esperanza
Viví yo un año;
Veinte llevo en la calle
Del desengaño.
Mudarme quiero
A otra que más me guste,
Pero no puedo.

CCXXV.

Cuando al morir el año
Las hojas caen,
Parece que se quejan
Con tristes ayes.
¿Serán los hojas,
Ó será el alma mia
La que solloza?

CCXXVI.

Á la fuente por agua
Se fué la niña;
De lágrimas trae llena
La cantarilla.

CCXXVII.

En la cruz que en el pecho
Llevas colgando,
El corazon me tienes
Crucificado.

CCXXVIII.

«Falsa (te dijo el viento)
»Voy de viaje;
»Vengan, pues, las palabras
»Que he de llevarme.»

CCXXIX.

Cuando yo entraba en tu calle
Se apagó la luz del gas;
Asómate á esa ventana,
Que no quiero tropezar.

CCXXX.

Siempre que cantas, acude
Un ruiseñor á tu reja:
—«¿Adónde vás?» le pregunto;
Y me responde:—«Á la escuela.»

CCXXXI.

Dicen que las piedras sienten;
Yo digo que no es verdad;
Pues por tí me estoy muriendo
Y no te he visto llorar.

CCXXXII.

El barquero de la vida
Tiene un barco que anda mucho;
Por eso dice al que nace:
—De aquí á la muerte, un minuto.

CCXXXIII.

Te he de escribir con la sangre,
Con la sangre de mis venas;
Tan quemada me la tienes,
Que toda se ha vuelto negra.

CCXXXIV.

Quemé sus cartas, y ardieron
Como nosotros un dia;
Ya ni pavesas existen
De su pasion y la mia.

CCXXXV.

Papelito sin mancha,
¡Ojalá nunca
Un borron caiga encima
De tu blancura!

CCXXXVI.

La envidia, torpe y triste,
Sigue á la gloria,
Como al cuerpo le sigue
Su misma sombra.

CCXXXVII.

El Amor va de caza,
Lleva un reclamo;
Tu voz dicen que lleva
¿Se la has prestado?

CCXXXVIII.

Dicen que es tu cabellera
Como las alas del cuervo;
Yo la tengo comparada
Con mi dolor, que es más negro.

CCXXXIX.

Nace el hombre desnudo,
Se acerca el vicio,
Y, como es generoso,
Le da un vestido;

Si esto no basta,
Reparte con el pobre
Su misma capa.

CCXL.

Un cocinero dijo:
—La mejor salsa
Es tener pocas penas
Y hambre atrasada.

CCXLI.

Contigo sueño dormido,
Contigo sueño despierto,
Y contigo he de soñar
Mil años despues de muerto.

CCXLII.

Un viejillo gotoso,
Que andar no puede,
Unas muletas busca
Para moverse.
Por fin, acuerda
Cortejar á dos mozas...
¡Qué dos muletas!

CCXLIII.

Si no hay justicia en la tierra,
En la balanza de Dios
El insecto y el gusano
Pesan lo mismo que el sol.

CCXLIV.

Una andaluza en Francia
Calzarse quiso,
Y compró los zapatos
Que vió más chicos.
¿Qué tal serian,
Que, embarcándose en uno,
Volvió á Sevilla?

CCXLV.

Cada vez que meneas
El abanico
¡ Siento en el alma un aire
Tan fresquecito !

CCXLVI.

Siembran los labradores,
Siembran los sabios;
Unos, siembran las almas,
Otros, los campos;
Y en ellos echan,
Trigo los labradores,
El sabio, ideas.

CCXLVII.

Tu cara es un sol hermoso,
Tus cabellos son los rayos;
Que al nacer tú, de los suyos
Te dió el del cielo un puñado.

CCXLVIII.

Un sabio, de los muchos
Que yo conozco,
Ha reventado anoche
De puro tonto.

CCXLIX.

Antes de verte en el mundo
Ya te conocia yo;
Tú eres aquella que, en sueños,
Buscaba mi corazon.

CCL.

Al que es bueno le sucede
Lo que á la uva en el lagar:
Cuanto más fuerte lo pisan,
Más jugo su virtud da.

CCLI.

Llamé yo á mis alegrías.

En el valle del olvido,
Y sólo me respondieron
Las sombras del bien perdido.

CCLII.

No envidies al que á tu lado
Pase con ojos serenos;
Que unos lloran para fuera
Y otros lloran para dentro.

CCLIII.

Esconderte de mis ojos
Para que te olvide, niña,
Es querer matar el hambre
Escondiendo la comida.

CCLIV.

Por falta de viento, inmóvil
Quedó un barco en alta mar;
Los suspiros de un amante
Le hicieron despues volar.

CCLV.

Portera de mi casa
Fué la conciencia,
Y no fué en mucho tiempo
Mala portera.
Durmióse un dia,
Y los vicios robaron
La casa mia.

CCLVI.

Un mal hombre fué de caza
Y cazó un pájaro negro,
Que siempre le está cantando:
—«Yo soy el remordimiento.»

CCLVII.

Entre tu boca y la mia
El aire quiso pasar,
Y era el paso tan estrecho

Que el pobre se volvió atrás.

CCLVIII.

En la puerta de este mundo
Dice un cartel muy vistoso:
Comedia para esta noche:
LA VIDA NO ES MÁS QUE UN SOPLO.

CCLIX.

De la miel de tus labios
Dame una gota,
Que estoy malo y me amarga
Mucho la boca.

CCLX.

¡Amigos!... No hay amigos
Para la envidia;
Delante, los jabona;
Detras, los tizna.

CCLXI.

El pobre corazon mio
Hecho acerico lo tienes,
Donde, sin ver lo que sufro,
Vas clavando tus desdenes.

CCLXII.

No da ménos limosna
Que el rico el pobre,
Pues da por un ochavo
Mil bendiciones.

CCLXIII.

Sembré flores, cogí abrojos;
Como anda al revés el mundo,
El dia en que males siembre
Cojo bienes, de seguro.

CCLXIV.

El cañonazo de leva
Dice: «Un buque parte al mar:»
La campana dice: «Hoy parte

Un alma á la eternidad.»

CCLXV.

Misioneros son tus ojos
Y sus miradas sermones:
Predícame, por Dios, una,
Si quieres salvar á un hombre.

CCLXVI.

No salgas, niña, á la reja,
Que corren muy malos vientos;
Anoche quemó la escarcha
Un lirio recien abierto.

CCLXVII.

Á cenar te convido,
No me desaires;
Pondremos, tú la cena,
Yo, lo restante.

CCLXVIII.

Á cantar en la guitarra
Iba mi dicha y mi paz;
Entónces saltó una cuerda
Y ya no pude cantar.

CCLXIX.

Hemos de hacer dos injertos,
Jardinerita graciosa;
Dáme tu amor, que me falta,
Yo te daré el que me sobra.

CCLXX.

El sol se pone tarde,
Yo acá sospecho
Que, encantado de verte,
Se le va el sueño.

CCLXXI.

Ayer eché unas palabras
De tu oido en el buzon;
Dime, niña, si el correo

Ha entrado en tu corazon.

CCLXXII.

En el cantar prometido
No te quiero retratar,
Pues de tí se enamoraran
Al repetir el cantar.

CCLXXIII.

Al balcon de tus ojos
La ví asomada;
Por esto sé que tienes
Hermosa el alma.

CCLXXIV.

¡Qué noche tan horrorosa!
¡Qué noche, válgame Dios!
Sólo es más negra la noche
Que reina en mi corazon.

CCLXXV.

Llenaba con su alegría
Y con su hermosura el mundo;
Hoy, cuatro palmos de tierra
Guardan su cuerpo difunto.

CCLXXVI.

Al mirar Dios la peste
Que las gangrena,
Declara puertos sucios
Muchas conciencias.

CCLXXVII.

Tras dos cortinas ocultas
Dos niñas me han vuelto loco:
Las cortinas, tus pestañas,
Las niñas, las de tus ojos.

CCLXXVIII.

Por no enlodarse Pepa,
Como es tan limpia
Se recoge las sayas

Hasta las ligas.

CCLXXIX.

Yo escribiré cantares
Á tu alma pura,
Si un ángel de sus alas
Me da una pluma.

CCLXXX.

Cuando oigo las campanas
Doblar á muerto:
—¡Feliz (digo) la nave
Que entra en el puerto!

CCLXXXI.

Al revolver una esquina,
Tus ojos dijeron: — «¡Dáte!» —
Y sin piedad me clavaron
En el alma sus puñales.

CCLXXXII.

Besó, al pasar, tus labios
Un aire fresco;
Despues besó los mios
Y era ya fuego.

CCLXXXIII.

En un calabozo triste
Estoy desde que nací;
La soledad me acompaña,
El sol no penetra aquí.

CCLXXXIV.

¡Has dicho que no lloro
Tu despedida!
Es que ya no va el agua
Por donde un dia.
Hoy siento el llanto
Por el fondo del alma
Bajar rodando.

CCLXXXV.

De soplones y espías
Cuando se mueren,
El diablo en los infiernos
Hace los fuelles.

CCLXXXVI.

Domingo de Ramos era;
Una palma se compró,
Y alegre y feliz la puso
En los hierros del balcon.

Robáronsela una noche,
Y triste y pálida está;
Si se muere, al camposanto
Sin palma la llevarán.

CCLXXXVII.

Ya me canso de pedir,
Y me canso de esperar;
Ó acábame de matar,
Ó me acabo de morir.

CCLXXXVIII.

Desde la cuna al sepulcro
Atraviesan los nacidos,
Un puente como un cabello
Colgado sobre un abismo.

1867.

FIN DE LOS CANTARES.

TRADUCCIONES.

DAS SCHLACHTROSS.

(Traduccion alemana.)

Ein Husar lässt zu dem muth'gen
Kampfross hellen Zuruf schallen:
—Hei, wie schon die Büchsen knallen,
Schon erdröhnet das Gefild!
Ha, Du zitterst schon vor Freude,
Bist nach Strömen Blutes lüstern,
Und aus Deinen weiten Nüstern
Weisser Schaum wie Feuer quillt!
Fühlst den Sporn Du? Fliege!...
Ha, wie fliegt's, wie fliegt es schon!
Drauf und dran zum Siege!
Auf den Feind! Hoch die Nation!

Dein Geschirr, wie stolz, wie prächtig!
Und ich spiegle drin mich helle,
Gleichwie sich in einer Quelle
Schaut ein schönes Mägdelein.
Wie Gefieder glänzt der Vögel,
Wenn sie's in dem Meere baden,
So ist meines Kameraden,
Deine Mähne zart und rein!
Fühlst den Sporn Du? Fliege!...
Ha, wie fliegt's, wie fliegt es schon!
Drauf und dran zum Siege!
Auf den Feind! Hoch die Nation!

Schnee macht Deine Brust erstarren,
Darum seh' ich Dich auch sprühen
Pulverdampf und seh' Dich glühen

In der Gluth des Kampfes schon.
Denn Musik, die Dich entflammet,
Ton, der Dein Herz kann entzünden,
Kommet nur aus Höllenschlünden,
Ist Kanonendonnerton!
Fühlst den Sporn Du? Fliege!...
Ha, wie fliegt's, wie fliegt es schon!
Drauf und dran zum Siege!
Auf den Feind! Hoch die Nation!

Heut'wird sich Dein Kleid beftecken;
Lass es heute sich beschmutzen,
Morgen soll Dich Scharlach putzen,
Ween es in die Festung geht.
Wenn wir ziehn durch ihre Strassen,
Werden still die Leute stehen,
Dich, o edles Ross, zu sehen,
Schreiten voller Majestät!
Fühlst den Sporn Du? Fliege!...
Ha, wie fliegt's, wie fliegt es schon!
Drauf und dran zum Siege!
Auf den Feind! Hoch die Nation!

Fittiche trägst Du im Sattel;
Darum ich mit meinem Rosse
Sausen wir wie zwei Geschosse,
Die ein Jägersmann geschnellt:
Ich, indem ich mit der Lanze
Tödt'in sichern wucht'gen Streichen,
Du, indem Du trittst auf Leichen
In dem grausigblut'gen Feld!
Fühlst den Sporn Du? Fliege!...
Ha, wie fliegt's, wie fliegt es schon!
Drauf und dran zum Siege!
Auf den Feind! Hoch die Nation!

Gestern diente nur der freie
Himmel uns zu einem Dache,
Heut' sind wir im Schloss gemache
Und ein Bett winkt uns zu ruhn.
Mein Genoss, o flieg', o fliege!
Siehe, unter Kugelschauern
Hängen Leiter sie an Mauern,
Auf die Leiter geht es nun!

Fühlst den Sporn Du? Fliege!...
Ha, wie fliegt's, wie fliegt es schon!
Drauf und dran zum Siege!
Hurrah, hoch leb' die Nation!

JOHANN FASTENRATH.

O TRIBUTO DE SANGUE.

(Traduccion portuguesa.)

¡E' co'a lei na máo que os impios
Veem arrancar-te a meus braços!
C'o esta alma feita pedaços
Partir d'aqui te verei.
Anda, calla e soffre aos homens
Essa lei por Deus mal quista,
Que náo quer que á máo lhe assista
O amparo da viuvez.
Filho meu, ¿tu voltarás?
Pois que á terra
Poucos tornam,
mas p'ra a guerra
muitos váo...
¡ *Tu vais p'ra a guerra, João!*

Quem lavrará nosso campo,
Grato incanto de meus olhos?
Manhá só tristes abrolhos
Banhará do sol a luz.
E tua mái morrendo á mingoa...
E ao tocar d'Ave-Maria
Sem ouvir cantar quem via
Sempre, sempre ao pé de sí!
Filho meu, ¿tu voltarás? etc.

Olha alem, náo ves no valle
Quem devia ser tua esposa?
Ella é mais linda que a rosa,
Náo mais formoso é o sol.
Ao longe os teus companheiros
Trabalham com alegria...
E tu perdes n'um so dia
A amisade, a mái, e o amor!
Filho meu, ¿tu voltarás? etc.

Olha lá se rezas sempre
Á Virgem-Mái do Rozario
Ao pé deste escapolario,
Que *Ella* me deu para ti.
Tral-o cozido co'o peito
Que ao marchar com firme planta,
Essa imagem benta e santa
Das balas te livrará.
Filho meu, ¿tu voltarás? etc.

Meu zagal, ¿tu porque choras?
E' por ver as máos fraternas
Todas erguidas e ternas
Amparo pedindo a Deus?...
E' assim que a rôla geme,
Quando o filho coitadinho
Vai roubar-lhe ao propio ninho
Audaz milhano traidor.
Filho meu, ¿tu voltarás? etc.

Mas quem sabe... ¡oh! Deus o queira
Que no azar d'um peleja
Co'os meus olhos te náo veja
Esta choupana queimar.
¡Oh! que á voz de teus tyrannos,
Voz de terror e damnada,
Náo poupará tua espada
Os irmáozinhos tal vez.
Filho meu, ¿tu voltarás? etc.

Adeus, prenda de meus olhos,
Que te vais na flor da vida
Para a guerra aborrecida,
Já que assim o quer a lei.

Fome, fadiga e mizeria
Esperam-te, pobre soldado,
Mas a lei o ha mandado...
Maldigam-n'a os ceus, *amen*!
¡Adeus, tu não voltarás!
Pois que á terra
Poucos tornam,
Mas p'ra a guerra
Muitos vão...
¡ *Tu vais p'ra a guerra*, *Joào*!

J. MARCELLINO MATTOS.

Porto, Julho 17, 1848.

BALADA O POLSCE (1).

(Traduccion polaca.)

Sród swojéj rzalloby nocy
Ku ludom wyciónga dllonie,
W oczach jéj ogień przycmiony
Zalany ménczeństwa llzami.
Ludów wollalla pomocy
Przyjaznych i z ziem dalekich,
Brzenkiem swych kajdan odwiecznych,
Jénkiem skarg swoich rzallosnych.
Lecz jedni jéj nie slluchali
Drudzy jéj w dani pllacz niesli
Y wszyscy spóllczucie martwe
Na mdllón jej dali pociechén.

(1) Por falta de ciertas letras en el alfabeto español, que correspondan á la *a* y á la *e* del polaco con cedillas, y para indicar su pronunciacion nasal, se acentuan las vocales de las sílabas *on* y *en*. En cuanto á la *l* polaca *cruzada*, cuya pronunciacion se asemeja á la de la *u* seguida de cualquier vocal, se ha reemplazado con la *ll*, de que carece el alfabeto polaco. Por ultimo, se ha procurado, igualmente, imitar el sonido de la pronunciacion de las demás consonantes compuestas, separándose á veces de la ortografía.

N. DEL T.

Schañbiona i podlla Europo!
Patrz na tén matkén walecznych
Jak drogón krzyrzowón kroczy,
Krokiem sién wdziera powolnym,
By duch, by widmo, jak zdónrza
Do Ogrójca!

Bialla i sliczna lilijo
¿Kisc wóntllón dla czego zginasz?
¿Cós zawinillá twym wrogom?
¿Przecz cién tak sponiewierali?
Rozdarli twón biallón szatén,
I z barbarzyñskim kozakiem,
Na losy jón rozszarpali
Austryak y Teuton prusacki.
I spéntanón bezlitósnie
Nad twem ciallem poranionem
Krwión przesiónklly knut zawiesill
Kat-Car i pluder najezdca...
Nawet imién twe chcón zglladzic,
Lecz twój duch, co oków nie zna
W miastach szemrze je do ucha,
W polach, lasach je ogllasza
I w swiat rzuca je ze szczytu
Twych ogrójców.

¿Cóz nie zrobili oprawce?...
Twe oltarze zbezczescili
I niewinnych dziewic czolla
Brudne ich usta splamilly;
Dzikich stepów przestrzeñ pusta,
Wciónrz powtarza echa smutne.
Smutnych westchnieñ, tchów ostatnich
Twych biednych synów wygnanych,
Co w Syberyi, swiatu zmarli
Pllaczón za niebem ojczystém,
Patrzónc na nieba okrutne
Tych okrutnych stref póllnocnych.
Tam, od bolu, matek piersi
Usychajón nieporzywne,
Dzieci z gllodu umierajón,
A od zimna starce marznón,
W snach swych widzónc cién schodzóncón
Do ogrójca!

Na rynkach i na ulicach,
W twych swiontyniach, na twych polach,
Koronén wskazujónc z cierni
By godllo, by twón chorongiew;
Wrogom twoim odpowiada:
Rzewnón modlón., swiéntym spiewem,
Ksiondz, niewiasta i weteran,
Dziecko, mllodzian i staruszek.
Chrystusie ty wszech-narodów,
Ménczenniku i obrazo
Tego wieku! Na ofiarén
Co idziesz, gdyby baranek,
Nie omdlewaj: Bóg jest wielki!
Czolla twego laur nie minie...
Y chociarz do grobu zstónpisz
Pellen chwally zmartwychwstaniesz...
Tronem béndzie twcj przyszllosci
Twój ogrójec!

J. Leonard.

Á POLONIA.

(Traduccion portuguesa.)

Na noite de seu martyrio
Ergueu para o mundo os braços,
Apagada a luz dos olhos
De lagrimas arrazados.
Implorou povos amigos,
Implorou povos estranhos
Co'a voz de suas cadeias
E dos gemidos amargos.
Uns, seu clamor náo ouviram,
E outros, ao vel-a, háo chorado,
Mas so poude o dó esteril
Pezames váos ir-lhe dando.

¡Mesquinha e cobarde Europa!
Contempla essa máe de bravos
Pela rua da Amargura
Subindo com lento passo,
Como um fantasma, caminho
De seu Calvario.

Formoso lyrio d'um dia,
¡Como pendes para o lado!
¿Que fizeste a teus algozes
Para te pôrem a tratos?
Rasgaram tua alva tunica,
E, com o feroz cossaco,
Deitaram sortes sobre ella
O tudesco e o prussiano.
E sem dó maniatada,
Sobre teu corpo chagado
Vibraram do *knout* as tiras
Os carrascos deshumanos.
Riocar pretendem teu nome,
Mas a tua alma, vagando,
O murmura nas cidades,
E nos bosques, e nos prados,
E nos escalvados cumes
De teu Calvario.

¿Que pouparam os verdugos?
As aras háo profanado,
E o rosto de tuas virgens
Polluem com torpe labio.
Em mil hogares desertos,
Ainda os echos solitarios
Repetem suspiros ultimos
Dos miseros desterrados,
Que na Siberia, seu tumulo,
Dáo choros pelos ceus patrios,
Ao fitar os ceus horriveis
D'aquelles horriveis páramos.
Das máes a pungente angustia
Secca alli o peito fraco;
De fome expiram seus filhos,
Morrem os velhos gelados,
Que, em sonhos, veem-te ir, pallida,
Para o Calvario.

Pelas praças, pelas ruas,
Pelos templos, pelos campos,
Uma coróa d'espinhos
Como bandeira mostrando,
A teus verdugos respondem
Com ternas salves e canticos,
Sacerdotes e mulheres,
A velhice e os poucos annos.
¡Oh Christo das nações, pobre
Martyr do seculo, e escandalo,
Que ao sacrificio sublime
Vais como cordeiro manso!
Coragem! A Providencia
Guarda-te de louro um ramo;
E ainda que baisces á cova,
Gloriosa resuscitando
Ser-te-ha na vida futura
Throno o Calvario!

CLAUDIO JOSÉ NUNES.

THE

BALLAD OF CATALONIA.

Als poetas de Catalunya, dedica aquesta traduccio, com penyora de forta esperansa y ver afecte,

WILLIAM C. BONAPARTE-WYSE.

(Traduccion inglesa.)

Catalonia, stately matron!
Hath a son, a working wight,
Who, to see her great and greater,
Fain would guard her day and night.
Of the bright machine sonorous,
Ceaseless sounds the voice of might,
Tric, trac,
Tric, trac,

He to it which weaveth, printeth,
  Coming, going, answers fair,
    Tric, trac,
    Tric, trac,
With such ditties as assist him,
  Long to labour, bold to bear.

Catalonia spake serenely,
  (This was many years gone by)—
«Son, thou know'st I am not wealthy,
  Thou dost see my poverty.»—
«Mother,» (said the son, responsive,)
  «Lo! to win my bread I fly;»
    Tric, trac,
    Tric, trac,
And his busy loom besprinkling
  With his forehead's manly dew,
    Tric, trac,
    Tric, trac,
Won the bread for which his mother
  Ask'd him with affection true.

—«Catalonia, noble mother!
  'T is my duty thee to clothe;
Hark! to free thee from the rigour
  Of the frost I take an oath.»
Thus the Catalonian workman
  Told his mother nothing loath,
    Tric, trac,
    Tric, trac,
And a thousand workshops echo'd,
  Weaving simultaneously,
    Tric, trac,
    Tric, trac,
With the robe, the deathless glory,
  Which his mother lifted high.

Catalonia, in past ages,
  Told the mountain, told the sea:—
«With my will I have to tame thee,
  With mine iron constancy.»
To the hind the hoe she giveth,
  Oar-blades to the sailor free,
    Tric, trac,

Tric, *trac*,
And by dint of hoe and oar-blades,
Guide of compass, strength of hand,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
From the rock she wrench'd the wheat-sheaf,
From the depths a regal wand.

Catalonia mark'd the stranger
Tramping through her fields from far,
And the hot blood boil'd within her
Of the fierce almogavar.
To the workshop haste her children,
Haste her children to the war,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
And alternately uplifting
Songs of peace and martial songs,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
Conquer'd thus her independance,
Tore to shreds her slavish thongs.

Catalonia, so to give thee
Pageants rich and golden store,
Metal spindles spin profusely,
Steam-works palpitate and roar.
Much avail these splendid pageants,
But avail thy virtues more,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
Do not fling them to oblivion;
Them should'st thou attempt to leave,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
Not the tissue of thy glory,
But thy death-shroud thou would'st weave.

WILLIAM C. BONAPARTE-WYSE.

Woolley Hill House, near Bradford-on-Avon, Wilts.—June 3, 1868. (1)

(1) «Let us speak of RUIZ AGUILERA.
When he lifted his voice, and in the midst of a religious silence, read his capital composition (LA BALADA DE CATALUÑA) to describe to you the sturm of

LA BALADO DE CATALOUGNO.

(Traduccion provenzal.)

A'n enfant la Catalougno,
A'n enfant menesteirau
Qu'à soun obro jamai fougno
Pér ie véire lou front aut!...
Dóu mestié la cridadisso
Niuech e jour de-longo fai:
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
A la machino que lisso,
Tèis o fielo, vèn o vai,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
Éu respond de cantadisso
Que l'ajudon au travai.

Un jour que boufavo l'auro,
Catalougno à soun fiéu vèn:
— « Enfant, veses que siéu pauro,
Que siéu pauro veses bèn... »
Lou fiéu respoundeguè: — « Maire,
Anarai gagna lou pan... »
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,

---

applause which burst forth at the conclusion of his lecture, would be insufficient to judge of its merits. At the entreaties of everyone he repeated it, and if at first it caused admiration, the second time it produced a sincere enthusiasm.

«Do you know wherefore? Thus I explain it to myself.

»Not the excellent literary form of a well-conceived and well-written piece, not the easy versification, not the novelty, not the beautiful thoughts in which the entire poem abounds was the *primum mobile* of the enthusiastic excitement; no, it was because Ruiz Aguilera, the national poet, sung in his poem noble and elevated arguments which the Consistory of the Floral Games had overlooked, it was because Ruiz Aguilera sung of Work, and singing of Work sung Liberty, and when one sings such sacred subjects all the pulses of the heart will vibrate.»

Pedro Antonio Torres.

«*Diario de Tarragona*, 30 *de Mayo de* 1868.»

¡E, de sa susour, pecaire!
La naveto éu arrousant,
Tric, trac,
Tric, trac,
Pèr toui dous, bon travaiaire,
Aguè lèu lou pan gagnant.

«Catalougno, maire santo,
Iéu te vole enmantela,
E de la fre que t'aganto
Te veirai plus tremoula...»
A sa maire antau s'esplico
Lou teissèire, e de canta:
Tric, trac,
Tric, trac,
Ressounéron li fabrico;
E'n teissènt vai i'apresta
Tric, trac,
Tric, trac,
Uno manto magnifico
E soun inmourtalita!...

Catalougno, un jour, valènto,
Dis au mount, dis à la mar:
—«Fau que, fermo emai paciénto,
Iéu vous doumte à tèms o tard...»
Au pagés douno d'eissado,
Au marin do uno de rèm,
Tric, trac,
Tric, trac,
E, batènt l'oundo salado
E lou gres bèn à-de-rèng,
Tric, trac,
Tric, trac,
Dóu ro tiro l'espigado,
Tiro un scètre de l'aven.

Catalougno sus si terro
Vèi un jour lis estrangié
E dins sa peitrino fèro
Boui lou sang de si guerrié...
Van si fièu à la defènso,
Si fiéu tournon travaia..,
Tric, trac,

Tric, *trac*,
E'nsin, quouro tirant l'énso,
Quouro à l'obro anant canta,
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
Counquistè l'independènço
E teissè sa liberta!...

Pèr te faire richo e bello
Catalougno, la vapour,
La vapour bramo è barbélo,
Viro ti fus niuech e jour.
Se proun valonti belòri,
Valon mai li vertu qu'as...
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
Gardo-n'en bèn la memòri:
Car, se lis óublides las!
Tric, *trac*,
Tric, *trac*,
Noun la telo de ta glòri:
¡Toun susàri tramaras!...

L. Roumieux.

Béu-caire, 15 de Mai 1868.

BALADA DE CATALUNYA.

(Traduccion catalana.)

Un fill ne té Catalunya,
Un fill ne té menestral,
Que per véurerla gran sempre
Sens descans ne vetllará.
De la máquina sonora
La veu diu sense parar,

Trich, *trach*,
Trich, *trach*,
Y respon á la que fila,
Teixeix ó prempsa, vé ó vá,
Trich, *trach*,
Trich, *trach*,
Ab cantadas que l'ajudan
Á sufrir y á traballar.

Catalunya digué un dia,
Ja d'assó ne fá mólts anys:
—«Bé véus, fill méu, que só pobre,
Ma pobresa estás mirant.»
Lo fill vá respóndrer: —«Mare,
Á guanyarme vaig lo pa,
Trich, *trach*,
Trich, *trach*,
Y son teler ab las gotas
De lo séu front tot regant,
Trich, *trach*,
Trich, *trach*,
Guanyá 'l pa que demanava
Lo dóls accent maternal.

—«Catalunya, noble mare,
Un vestit t'he de donar,
Y del fret las greus cruhesas
Á sentir no tornarás.»
Aixís li digué á sa mare
Lo jornaler catalá;
Trich, *trach*,
Trich, *trach*,
Los tallers ne ressonaren,
Y aná teixint á la par
Trich, *trach*,
Trich, *trach*,
Lo vestit y la grandesa
Que á sa mare féu tan gran.

En altres temps Catalunya
Digué al mont y digué al mar:
—«Ma constáncia ha de domarvos
Y ma ferma voluntat.»
Al pagés rústica aixada

Y al marino rems doná,
Trich, *trach*,
Trich, *trach*,
Y dels rems y las aixadas
Als cops seguits y al compás,
Trich, *trach*,
Trich, *trach*,
Á la pedra arrancá espigas,
Y al abisme un ceptre real.

Vegé en sos camps Catalunya
Extrangera gent audás,
Y sentí en son pit bullirne
La sanch del almogavar.
Sos fills ne van á la guerra,
Y al taller sos fills ne van,
Trich, *trach*,
Trich, *trach*,
Y las cansons alternantne
De la guerra y de la pau,
Trich, *trach*,
Trich, *trach*,
Conquistá sa independéncia
Y teixí sa llibertat.

Catalunya, per que tingas
Ricas galas que ostentar,
Lo vapor palpita y brama,
Fila lo fus de metall.
Si grans ne són eixas galas,
Tas virtuts ne són més grans,
Trich, *trach*,
Trich, *trach*,
Ja may al oblit las dones,
Que si las véns á oblydar,
Trich, *trach*,
Trich, *trach*,
Nó la tela de ta glória,
Ta mortalla teixirás.

VÍCTOR BALAGUER.

E PUR SI MUOVE.

TRADUCÇAO DO RECUERDO DE GALILEO.

(Traduccion portuguesa).

Os que amam a virtude e amam a sciencia,
Aquelles generosos corações
Que seu bem sacrificam e existencia
Pelo bem e existencia das nações,
Oiçam a breve e lastimosa historia
D'esse martyr da antiga tyrannia,
Que morreu a dizer, por sua gloria,
Que em torno ao sol a terra se movia.

Era ancião já debil quando ao mundo
Disse a verdade que só elle alcança:
Enche-se Roma de terror profundo
E contra elle seus rancores lança.
Discorre que matando Galileu,
Matava a luz que n'elle amanhecia,
E n'um carcere o encerra, e julga reu,
Só por dizer que a terra se movia.

«Confessa!» grita e ruge o Santo Officio:
«Confessa!» o vil algoz que o insultava;
E o martyr sem alento no supplicio
«A ter...ra... não... se... mo...ve» balbuciava.
Mas assim que cessava seu tormento,
Ao recobrar esforço, se sorria,
Como jurando ao tribunal sangrento
Que em torno ao sol a terra se movia.

Dos juizes o aresto rude e falso
A victima condemna veneravel
A honrosa penitencia; o pé descalso,
Nu, egualmente, o corpo miseravel.
Cresce o rancor horrivel, mas o sabio

Faltar á sua consciencia náo podia,
E com os olhos desmentindo o labio
Disse outra vez que a terra se movia.

Desfalece ao rigor de amarga sorte,
Sua carne é pó na estreita sepultura;
Mas do lobrego carcere da morte
Rapida voa ao ceu sua alma pura.
Roma verdugo foi de Galileu,
Arde, porem, a luz que este accendia,
Cuando na vil masmorra, insonte reu,
Annunciou que a terra se movia.

J. Simóes Dias.

IBERIA.

(Traduccion portuguesa.)

Dizem que vae a cazar-se
Hespanha com Portugal;
Se a noiva em muito se estima
O noivo náo menos val.
Do mesmo sol se alumiam,
A mesma terra feraz
Aos pes lhes rende thesoiros,
De que outra náo é capaz.
Dois mares banham suas costas,
Dei gual nome os mares são;
E nos proprios claros rios
Sua face mirando estáo.
Uma é sua lingua harmoniosa,
A mesma historia tem ja
Immortal; e no futuro
Um seu destino será.
Bello fructo destas bodas,

Iberia, ao mundo has de dar
Enveja por tal grandeza;
E por virtudes sem par.
Que dia bello!
Quando virá?
Como eu o anhello!
Quem o verá?

Os dois cruzaram valentes
As soledades de um mar,
Onde nunca vozes de homen
Ali poderam soar.
Da expedição, ouro dizem
Que trouxeram para ca;
Não conta quem os accusa,
O que deixaram por la.
Sangue, industria, sciencias e artes,
Dos mundos franco o portal,
Deram ás raças dormentes
Em um marasmo fatal.
Logo ali flores, em premio
Desse afan, se veem brilhar,
Cidades, templo, officinas,
Maravilhas de espantar.
Oxalá que ambos os povos,
Fraternos dando-se a mão,
Estivessem num abraço
Reunidos desde então!
Que dia bello! etc.

Todo o mundo conhecido
Affoitos os viu passar
Sobre as raças que os antigos
Não julgavam dominar;
Com as quinas portuguezas
Vae de Castilla o leão,
E o brazão da Catalunha
Com as barras de Aragão.
Valentes pelos seus foros
E poderes colossaes,
Aventureiros chegaram
Onde ninguem chega mais.
Elles derrocam imperios,
Elles os sabem fundar,

E ao seu carro de triumphos
Sabem monarchas atar.
Hoje receiosos se miram;
E só junctos os verá
Quem vir nascer essa aurora
Que tantos esperam ja.
Que dia bello! etc.

Chegam tempos; um medonho
Furação faz baquear
Um throno que vae levado
Na rastulhada do mar.
Raça de reis estrangeiros
Seus brios calcon ao cháo;
Mas, se Hespanha tem memoria,
Nunca mais a occuparáo.
Rompeu Lasaro sua tumba
Fazem as trevas do mal,
E ao ressuszitar, sauda
Da liberdade o fanal.
Por esta sagrada via
Se a traz um passo náo dá,
Com o povo lusitano
Hespanha se encontrará.
E esguecendo antigas queixas
Iberia, aliança farás,
Fiel, sincera, insoluvel,
Com um osculo de paz.
Que dia bello! etc.

Iberia! Ja te estou vendo
Bella, joven, de encantar,
Com em seus sonhos dourados
Pode um poeta ambicionar.
Iberia! ja te estou vendo
Magestosa, sem igual,
A'frente dos outros povos
Com aplauso universal.
Iberia! ja te estou vendo
Brilhar na reuniáo
De todos os povos livres,
Táo sublime que mais náo.
Iberia! ja te estou vendo
Serenamente marchar

Ao futuro que adivinha
Da musa de hoje o aspirar.
Iberia! ja te estou vendo...
Tu has de ser sem rival;
Pois háo de fazer-ce as bodas
De Hespanha com Portugal.
Que dia bello!
Quando virá?
Como eu o anhello
Quem o verá?

J. Simóes Dias.

BALADA DE IBERIA.

(Traduccion catalana.)

Diuhen que ab la bella Espanya
Vá á casarse 'l Portugal;
Si mòlt val, per cert, la núvia,
Mòlt, també, 'l gentil galan.
Lo mateix sòl n'il-lumina
La terra dels dos Estats,
Que 'ls hi ofereix, generosa,
Richs tresors, joyells brillants.
Dos mars las llurs costas banyan,
Sòn dos mars d'un nom igual;
Y sa fas aquells contemplan
En llurs rius purs com crestalls.
Una es sa llengua armoniosa,
Una sa história inmortal;
Una sa sort, venturosa
En los segles que vindrán.
Bell fruyt d'aqueix nuviatge
Ibéria, al orbe ha de dar
Enveja per sa grandesa,

Per sas virtus, mès encar.
¡*Quánt aqueix dia*
N'arribará!...
¿*Quí no l'ansia*?
¡*Ay*! ¡*quí l veurá*!

Un jorn valerosos crusan
Las soletats d'eixa mar
Hont sentit ans no s'havia
Ni una veu humana, may.
D'eixa expedició portaren,
Diuhen, tan sols vil metall;
Mes, no conta, qu'ils acusa,
Lo que allí hi varen deixar.
Sanch, indústria, y arts y ciéncias,
Y entrada en l'humanitat
Daren á rassas dormidas,
Ó en ensopiment fatal.
Y llavors d'allí brollaren
(Flors de llur inmens afany)
Ciutats, tallers, y grans temples
Que als vinents han marvellat.
¡Valdament que unit s'haguessen
Per sempre, los dos Estats!
¡Valdament, per sa ventura,
Ab un sant llas fraternal!
¡*Quánt aqueix dia*, etc.

Tot lo mòn enter los veya,
Resolts, pèl devant passar,
Á véncer los que impossibles
Jutjava l'antiguitat:
Ab lo *Lleó* de Castella,
Las *Quinas* de Portugal,
Y d'Aragó y Catalunya
Las *quatre Barras de sanch*.
Ab sas *llibertats* se veyan
Forts, y ab poder colossal,
Arribant ab sas empresas
Hont ningú hi arribá may.
Ells derrocaren imperis,
Ells los saberen fundar,
Junyint fins á altius monarcas
Á sa carrossa triunfal.

Avuy ab recel se miran,
Y... de cor no s'aymarán
Fins que brille aquella aurora
Que de grat desitjan tants.
¡ *Quánt aqueix dia*, etc.

Mes, lo temps s'acosta; un trono
N'ha enderrocat l'uracá,
Rebatent sobre d'ell, feras,
Las onas d'un mar irat.
Dinastias extrangeras
Tacaren sa dignitat,
Y, si Espanya 'n tè memória,
May, *may*, *mès* l'ocuparán!
Llátzer n'ha romput sa tomba;
Las tenebras fugint van,
Y 'l mort ara ressucita
Saludant la Llibertat.
En esta sagrada via,
Sens tornar enrera un pás,
S'ha d'enllasar nostra Espanya
Ab lo Poble Lussitá.
Y oblidarán sas querellas,
Sa aliansa sagellant
Ben sencera, indisoluble,
Donantse un óscul de pau.
¡ *Quánt aqueix dia*, etc.

¡ *Ibéria*! jo estich veyentte
Bella y jove, celestial,
Com en daurats somnis puga
Lo poeta ambicionar.
¡ *Ibéria*! jo estich veyentte
Vestida de magestat,
Á las Nacions presentantte
Ab aplauso universal.
¡ *Ibéria*! jo estich veyentte
Brillant en lo grant Senat
De tots los Pobles mès lliures,
Lo tèu front de glória ornant.
¡ *Ibéria*! yo estich veyentte
Com serena vás marxant
Al Venider, que endevina
La musa de nostra etat.

¡*Ibéria*! jo estich veyentte;
¡*Ibéria*! ¡tú naixerás!...
Que 's fará 'l gloriós nuviatge
De la Espanya y Portugal.
¡*Aqueix gran dia*
Ja arribará!
¿*Quí no l'ansia*?...
¡*Ah*! ¡*quí 'l veurá*!...

J. Sitjar.

A GAITA GALLEGA.

RESPOSTA A O EMINENTE POETA D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

(Traduccion gallega.)

Cand'este cantar, poeta,
Ná lira xemendo entonas,
Non sei ó que por min pasa
Qu'as lagrimiñas m'afogan;
Qu'ante de min cruzar vexo
A virgen-martir qu'invocas,
Cós pes cravados d'espiñas,
Cás mans cubertas de rosas.
En vano á gaita tocando
Un-h'alborada de groria
Sóns pó-los aires espalla
Que cân nas tembrantes ondas.
En vano baila contenta
Nas eiras á turba louca,
Qu'aqueles sons tal m'afrixen,
Cousas tan tristes me contan,
Qu'eu podo decirche
Non canta que chora.

Vexo contigo estos céos,
Vexo estas brancas auroras,
Vexo estes campos froridos
Donde s'arrullan as pombas,
Y estas montañas xigantes
Qu'aló c'as nubes se tocan
Cubertas de verdes pinos
E de froliñas cheirosas.
Vexo esta terra bendita
Dond' ó ben de Dios rebota
E dond'anxiños hermosos
Tecen brillantes coroas.
Mas ¡ay! como tamen vexo
Pasar macilentas sombras
Grilos de ferro arrastrando
Antre sorrisas de mofa,
Anque mimosa gaitiña
Toqu' alborada de groria,
Eu podo decirche
Non canta que chora.

Falas, y ó meu pensamento
Mira pasar temerosas
As sombras d'eses cen portos
Qu' ô pé d'as ondiñas moran.
E pouco á pouco marchando
Fráxiles, tristes e soyas,
Vagar as naves soberbas
Aló nun-ha mar traidora.
Y ¡ay! como nélas navegan
Os fillos d'as nosas costas
Con rumbo á América infanda
Qu' á morte c'o pan lles dona,
Desnudos pedindo en vano
A patria misericordia,
Anque contenta á gaitiña
O probe gaiteiro toca,
Eu podo decirche
Non canta que chora.

Probe Galicia, non debes
Chamarte nunca española,
Qu'España de tí s'olvida
Cando eres ¡ay! tan hermosa.

Cal si na infamia naceras
Torpe, de tí s'avergonza,
Y á nay qu'un fillo despreça
Nay sin coraçon se noma.
Naide porque te levantes
Ch'alarga á man bondadosa;
Naide os teus prantos enxuga,
Y homilde choras e choras.
Galicia, ti non tés patria,
Ti vives no mundo soya,
Y á prole fecunda tua
S'espalla en errantes hordas,
Mentras trist'e solitaria
Tendida na verde alfombra,
O mar esperanza pides,
De Dios á esperanza imploras.
Por eso anqu'en son de festa
Alegre á gaitiña s'oya,
Eu podo decirche
Non canta que chora.

« Espera, Galicia, espera; »
Canto este grito consola!
Páguecho Dios, bon poeta,
Mais é un-ha esperanza louca.
Qu'antes de qu'os tempos cheguen
De dicha tan venturosa,
Antes que Galicia suba
C'ó á cruz qu'o seu lombo agobia
Aquel dificil camiño
Qu'ô pé d'os abismos toca,
Quisais cansada e sedenta,
Quisais que d'angustias morra.
Páguechè Dios, bon poeta,
Esa esperanza de groria,
Que de teu peito surxindo
A Virgen-martir coroa,
Y esta á recompensa sea
D'amargas penas tan fondas.
Paguech'este cantar triste
Qu'as nosas tristezas conta,
Que soyo ti... ¡ti, entre tantos!
D'as nosas magoas s'acorda;
Dina voluntad d'un xenio,

Alma pura e xenerosa!
E cando á gaita gallega
Aló nas Castillas oyas,
O teu corazon pergunta,
Verás que che di en resposta
Qu'a gaita gallega
Non canta que chora.

ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA.

LA GAITA GALLEGA.

(Traduccion catalana.)

¡Ay! quant la gayta gallega
Lo pobre gayter ne toca,
Jo no sé qué 'm succeheix,
Que 'ls plors de mos ulls ne brollan.
Véurer me sembla á Galicia,
Pensativa, hermosa y sóla,
Com nina sense aymador,
Com reyna sense corona.
Mes que dansa alegre entone
Y danse la turba folla,
La veu del grave instrument
Me sona tan melancólica,
A mon cor revela tantas
Desditxas, penas tan fondas,
Que jo no sé dirvos
Si canta ó si plora.

Me recorda aquells cels purs
Y aquellas dolsas auroras,
Y aquellas verdas planuras,
Y 'l gemegar de sas tórtolas,
Y tots aquells llachs, y aquellas
Montanyas que al cel ne tocan,

Totas plenas de perfums
Y vestidas de flors, totas,
Hont s'ha obert la má de Déu
Que sos tresors ne degota:
Mes ¡ay! Com també 'm recordo
Que hi ha alli qui 's desconorta,
Pus en mitj de la abundáncia
La fam dibuixa sa sombra,
Jo no sé pas dirvos
Si canta ó si plora.

Sona, y crusan per ma vista,
Puras, resplandents, hermosas,
Las sombras de aquells cents ports
Dels que Galicia es senyora.
Y van passant lentament,
Com ricas ciutats que flotan,
Sas móltas superbas naus
Al dóls brugit de las onas:
Mes ¡ay! com en ellas veig,
Ab tot y l'or de sas costas,
Sos tendres fills despullats
Que miran tristos á Europa
Demanantne son pa amarch
Á la América remota,
Jo no sé pas dirvos
Si canta ó si plora.

¡Pobre Galicia!... Tos fills
Ne fugen de tu, ó te 'ls roban,
Umplintne d'intima pena
Tas entranyas amorosas.
Y com si ne fossen párias
Ó tribus tan sols de il-lotas
Que en sa cara ne portassen
Sagell de infámia ó deshonra,
¡Ay! la pátria los olvida,
La pátria los abandona,
Y la mort y la miséria
En sa llar deserta moran.
Per só, si bé per la festa
La gayta gallega toca,
Jo no sé pas dirvos
Si canta ó si plora.

Espera, Galicia, espera,
Y ta creu pesada porta,
Ab sanch regantne y ab llágrimas
La tua via dolorosa.
¡Tindrás set!... Fel y vinagre
Te donarán ab má pródiga,
Y ab la corona d'espinas
Ceptre de canya per mofa;
Per ja lo temps s'atansá,
Y quant ne sone ta hora,
Felis y gran pujarás
Al cim de tas altas glórias.
Si avuy la gaita gallega
Lo pobre gayter ne toca,
Jo no sé pas dirvos
Si canta ó si plora.

VÍCTOR BALAGUER.

DIE GALICISHE GAITA.

(Traduccion alemana.)

Wenn der Spielmann, der Gallego,
Spielt die Gaita von Galizien,
Weiss ich nicht, was in mir vorgeht,
Thränen aus dem Aug'mir fliessen.
Mich bedünkt, Galizien säh'ich,
Ach so schön, so einsam sinnend,
Eine Kön'gin ohne Krone
Und Geliebte ohn' Geliebten!
Und ob lust'gen Tanz es anstimmt,
Ob das Volk tanzt wie von Sinnen,
Mir will gar so melancholisch
Dieses Instrument erklingen.
Meiner Seele offenbart es

Leid so schweres, Weh so tiefes;
Dass ich nicht kann sagen,
Singt es oder wimmert's!

Mir ruft es in die Erinn'rung
Jene Morgenröthen wieder,
Blauen Himmel, grüne Fluren,
Seiner Turteltauben Girren,
Jene See'n und jene Berge,
Welche reichen an den Himmel,
Alle voller Wohlgerüche
Und bekleidet all'mit lieben
Blüm'lein: hier erschöpte alle
Schätze Gottes Hand, die milde.
Aber ach, wie's in's Gedächtniss
Auch mir rufet, dass die Stirne
Hier in all dem Ueberflusse
Mancher vor dem Hunger bieget,
Weiss ich nicht zu sagen,
Singt es oder wimmert's!

Es erklingt: den Geist durchkreuzen
Mir in ihres Lächelns Schimmer
Schatten von den hundert Häfen,
Die Galizien besitzet.
Und vorüber ziehen langsam,
Gleichwie Städte, welche schwimmen,
Bei der Wellen heisern Tönen
Seine hundert stolzen Schiffe.
Aber wie ich von der Küste
Sehe ferne ziehn auf ihnen
Seine Söhne, ach entblösset,
Traurig nach Europa blickend,
Von Amerika, dem fernen,
Jetzt ihr bittres Brod erbittend,
Weiss ich nicht zu sagen
Singt es oder wimmert's!

Ach Galizien, Deine Söhne
Fliehn Dich, oder nein: man stiehlt sie,
Stiehlt sie Dir, mit Leid erfüllend
Deine Seele, die voll Liebe!
Und gleichwie verfluchte Parias
Und wie der Heloten Tribus,

Die das Siegel ihrer Schande
Tragen in dem Angesichte,
So vergisst sie ach Hispanien,
Lässt Hispanien sie im Stiche,
Und an ihrem öden Heerde
Lassen Noth und Tod sich nieder.
Darum, mag Galizien's Gaita
Auch im Festesschall erklingen,
Nicht weiss ich zu sagen
Ist es Sang, ist's Wimmern?

Hoffe, o Galizien, hoffe!
Trag' das Kreuz, das Dir beschieden,
Lass Dein Blut und Deine Thränen
Auf den Weg der Schmerzen fliessen.
Du hast Durst: mit vollen Händen
Werden sie Dir Galle bieten
Und zum Hohn die Dornenkrone,
Statt des Scepters Rohr des Hirten!
Doch es nahen sich die Zeiten:
Wenn erfüllet die Geschicke,
Wirst Du gross und hehr und glücklich
Steigen zu des Ruhmes Gipfel!
Aber wenn Galizien's Gaita
Heute spielt der arme Spielmann,
Weiss ich nicht zu sagen,
Ist es Sang, ist's Wimmern!

JOHANN FASTENRATH.

DIE ROMANZE VON FRAY LUIS DE LEON.

(Traduccion alemana.)

Sitzend auf dem schmucken Maulthier,
Einer kleinen Venta nahe,
Die gelegen zwischen Felsen
Des wildrauhen Guadarrama,

Kamen Abends, als die Sonne
Ihre Stirn, die voller Strahlen,
Schon verborgen hinter 'n Höhen,
Zwei Hidalgos ohne Tadel;
Die, sich immer näher rückend,
Kommend auf verschied 'nem Pfade,
Bald nachdem sie abgestiegen
Und gegeben ihren Knappen
Ihrer Thiere Halster, höflich
Vor der Venta Thür sich sprachen:
«Gott erhalt' Euch»—sprach der Jüng're—
«Señor Capitan Bernaldez.»—
«Und auch Euch» «versetzt der Aelt're
Drauf, der Capitan,—«doch halt' mal!...
Seh' ich nicht Don Luis Ponce
De Leon?... Lasst Euch umarmen?
Ei, was seid Ihr schön und herrlich!
Vei den Heil'gen, ganz ein Mann schon!»
«Kaum, Herr Capitan, ich zähle
Knapp erst meine vierzehn Jahre.»—
«Kommt Ihr von Madrid?»—
«Ja wohl, und
Ihr geht?»—«So Gott will, zur Hauptstadt.
Ein Verwandter macht mir einen
Weinberg und Olivengarten
Dort in Eurem Städtchen streitig.»—
«In Belmonte?—«Ja, benachbart
Der Hacienda, die gehöret
Dem Licenciado Fernandez.»
«In der ganzen Mancha gibt es
Nicht ein Gut kostbar wie das da.
Euer Garten und der Weinberg
Sind ein Schatz.»—«Wenn Euer Vater
Mir, der Advokat Don Lope,
Helfen will in meiner Sache,
Zweifl'ich nicht: ich werd' gewinnen
In der schnellsten Frist die Klage.»
«Wie mein Vater Euch verehret,
Brauch'ich Euch wohl nicht zu sagen.
Geht nur zu ihm: unser'm Haus ist's
Ehre, wenn in ihm zu Gaste
Ist ein Mann von Eurem Werthe.»—
«Mich zu ehren, werd'ich Gast sein.
Und Doña Inés de Valera?»—

«Weil ich fort bin, weint die Arme.»—
«Bleibt Ihr denn so lang aus?»—
«Nicht doch;
Ich bin nicht mehr bei ihr, das macht,
Das allein, schon eine Mutter,
Wenn sie ist wie meine, jammern.»—
«Geht Ihr weit?»—«Nach Salamanca»—
«Dann errath'ich schon das And're.
Euch gefällt, bei meiner Ehre,
Dort die Schule und die Landschaft
Des Zurguén, die frisch und blühend;
Der Otea, der gelagert
An dem Rand des klaren Tórmes,
Dass er seine Pappeln bade;
Und der Dom, dess hehre Thürme
Hoch bis in die Wolken ragen,
Und der Platz, der als ein Wunder
Dasteht, und die Tempel alle,
Die der Kunst sind eine Ehre
Und der Stadt ein Ruhmes wappen.
Auch ich war in Salamanca
Flotter Studio vor Jahren;
Gab viel aus, studirte wenig,
Promenirte, war beim Tanze.
Aber dann kam mir die Reue,
Und Minerva für den Marte
Liess ich, und so habt Ihr frohen
Muthes mich und guter Laune.»—
«Mir, Herr Capitan, ich bitt' Euch
Um Verzeihung, mir behaget
Stille, die nicht unterbrochen,
Mehr noch als der Ruf der Schlachten,
Mehr die Feder als der Degen,
Studiumsruh' mehr als der rauhe,
Fürchterliche Ton der Trommel,
Die zum Kampf befeuernd schallet,
Und zu hiren, wie Gott segnen
Vögelein mit ihrem Sange
Und die Wälder durch ihr Murmeln
In den Zweigen, den belaubten,
Blümelein durch ihre Düfte,
Und die Quellen durch Krystalle,
Und viel mehr schätz ich der Weiden
Und der Linden grünen Schatten,

Eine Hütte stillverborgen,
Ferne von der Stadt Gebrause,
Wo ich lebe, nicht beneidend,
Nicht beneidet, als von Jaspis
Und von Gold der Kön'ge Schlösser,
Doch im Herzen Unruh' tragend.»—
Unterdess war's Nacht geworden;
Als die Lüfte wehten rauher,
Trat der Jüngling in die Venta
Hinter'm Capitan Bernáldez.

Für die Zelle lässt Luis Ponce
Diese Welt: des Studio Mantel
Gibt er hin für die Kapuze,
Für die Kutte eines Fraile.
Das Konvent der Agustinos
Schliesst sein Thor ihm auf, das knarret,
Wie der Geizige begierig
Thut dem Gold auf seine Kasten.
Dort die Stirn über des Wissens
Unergründlichtiefen Abgrund
Neigend, flehet er den Himmel
An in seinem zähen Wachen,
Auf das er's, vom Geist erfüllet,
Dem Jahrhundert offenbare.
Seine Stirn entflammt der Himmel,
Und in der berühmten Aula
Quillt ein Strom von seinen Lippen
Von Beredsamkeit gewaltig,
Wenn den Adler von Aquino
Er erläutert leicht und fasslich
Oder wenn der Bibel Seiten,
Die unsterblichen, er auslegt.
Und auch damals hat, auch damals,
Er erbeten süsse Laute
Von der süssesten, der holden
Sprache seines Vaterlandes,
Vom Idylle das Naive
Und die Reinheit vom «Romance,»
Bringt in Kastellan'sche Verse
Den «*Cantar de los Cantares.*»
Damals war es, als der feige
Neid, und da war's, als der Hass ihn,
Als Verleumdung ihn, die schwarze,

Nächtlich schleichender Rivalen
Der Inquisition dahingab,
Hinter ihm des Kerkers Gatter
Schliessend, da Gefahr der Gläub'gen
Der *Cantar de los Cantares*!

Hurtig, hurtig nur, Ihr Henker,
Du Gesindel, das gebrandmarkt;
Hurtig nur, Ihr blinden Diener
Dieses grausen Tribunales,
Das, sich Gottes Namen gebend,
Baut dem Fanatismus Altar,
Gräuel ist der goldnen Zeiten,
Schande meines Vaterlandes!
Macht bereit für Eure Opfer
Strick und Folterbank und Haken.
Kerker tief unter der Erde,
Quemaderos auf den Gassen.
Keine Stirn gibt's ohn' *coroza*,
Scapulier, das da nicht passe
Für die zarte, Keusche Jungfrau,
Für den Greis, der wankt am Stabe,
Für die Jünglinge, die Kinder,
Für den Bettler, den Magnaten.
Und der Dampf, so roth, so grässlich,
Von den Bündeln, den entflammten,
Er beleuchte dieser blut'gen
Feste Bild, das voller Grauen.
Schreien wird nur die Materie,
Seufzen wird das Fleisch, das schwache,
Wie ein Schleier, der zerreisset,
Und wie die zerbroch'ne Vase.
Doch die Flamme, die da göttlich,
Und den Geist, der unantastbar,
Frei und hehr und voller Denkkraft,
Nicht erstickt Ihr den, Ihr Armen!
Darum indess Ihr den Weisen
Wohl mit Henkern und mit Mauern
Und mit Schlüsseln und mit Riegeln
Einschliesst und mit Schmach beladet,
Steigt in Einsamkeit der Lüfte
Seine Seele, die erhab'ne,
Badet sich in Lichteswellen
Sieht gekrönt von Engelschaaren

Die *Virgen im Sonnenkleide*
Ueber'm Meer, in dem die tausend
Lichter, diese ew'gen, brennen,
Diese Welten, diese tausend,
Welche Lieb'und Leben träufeln
In dem Thau, dess Maass nicht ausgeht.
Und die goldnen Saiten rührend.
Eingewiegt süss von Ekstasen,
Singet er des Himmels Leben;
Singt des Menschen bitt're Klage,
Wenn der Hirt verlässt, der heil'ge,
Dieses dunklen Thales Schatten;
Singt die *heit're Nacht*, des Feldes
Frieden, ohn' dass auf der sanften
Strenge seines Angesichtes
Jemals sich ein Wölkchen lag're,
Ohn dass seines Kelches Wermuth
Ihm entpresse eine Klage!

Fray Luis, er athmet wieder
Frei, er darf den Kenker lassen;
Er bricht auf von Valladolid, jetzt,
Er bricht auf nach Salamanca;
Denn das spanische Athen streckt
Ihm entgegen seine Arme,
Und er weiss, dass es ihn liebend
Eine Mutter wird empfangen.
In den Thürmen alle Glocken
Klingen und wie närrisch schallen,
Und es steigen auf Raketen
Wenn sie sich entzünden, Schlangen.
Rosmarin, Salbei und Thymian
Streu'n zum Fest sie in der Aula
Und behangen dort die Bogen,
Die Katheder dort die alten,
Reich mit Teppichen, drauf herrlich
Bilder der Historie prangen.
In die Universität stürzt
Sich das Volk, dem Strom gleich wallt es;
Seh'n will Alles den Berühmten,
Seh'n und seiner Rede lauschen.
Und die Damen prangen festlich,
Festlich prangen die Galane;
Und gleich Rabenschwärmen—Viele

Mit zerriss'nem schwarzen Anzug—
Schaut das Aug', wohin's nur schweifet,
Dort Studenten allenthalben
Von dem altersgrausten Adel
Und vom allerärmsten Stamme,
Schaut vermischt dort und verbunden
Die aus Spanien zu Hause
Mit *flamencos*, *irlandeses*,
Italianos, *alemanes*.
Denn es messen dort, die Willen
Einend, Mantel und Sotane
Als gerechte Waag'mit gleichem
Maasse Völker so wie Klassen.
«Hurrah, hurrah!» schreiet plösslich
Mit der Stimme, der gewalt'gen,
Ein Student, an Wuchs ein Riese;
«Hurrah!» ruft der ganze Haufen.
Alles regt sich: die Doktoren
Kommen schon mit Paukenschalle,
Fray Luis in ihrer Mitte,
Ihre Huldigung empfahend.
Auf die Fussspitzen stellt Dieser
Sich, und Jener, wie ein Lastthier,
Duldet es in seiner Sanftmuth,
Dass ein guter Freund sich auf ihn
Setze, welcher—ohn' die Freundschaft—
Wiegt schier zweier Centner Lasten.
And're suchen an die Säulen
Sich zu hänge in dem *patio*,
Hängen da gleichwie lebend'ge
Trauben an den grauen Quadern:
Und auch wer springt auf des Brunnens
Breit Geländer, und ein And'rer
Sitzet auf des Brunnens Bogen
Lustig wie zu Ross; es mangeln
Nicht Dueñas, welche Keifen,
Mürr'sche Alte, welche zanken,
Frohgemuthe, welche scherzen,
Und Pedelle, welche schnauben.
Und eh' Fray Luis de Leon noch
Seine Rede angefangen,
Streiten so sich mit Geberden,
Gesten und mit Worten: was er
Für ein int'ressantes Thema

Werd'am heut'gen Tag behandeln,
Ein Grammatiker, ein altes
Weib wie eine Karte hager,
Ein Doktor *juris civilis*
Und eind Kirchenrechtsgelahrter.
«Leugnen Euer Gnaden, dass sie
Ihn gefoltert?»—
«Vorsicht, *mater*!»
«Schaut, dort horchen zwei Spione,
Des *oficio familiares*!»—
«Ich weiss ganz genau den Hergang.»—
«Sag'ihn der Doktor Ugarte.»—
«Schier fünf Jahr' hat im Gefängniss
Er geschmachtet.»—
«O, die Kaffern!»—
«Und ob sie für Folter stimmten
Und dass Worte, die nicht passend
Er einst schrieb, er widerrufe,
Thaten sie zuletzt den Ausspruch:
Gänzlich soll'er unterdrücken
Den *Cantar de los Cantares*.»—
«Die Dominikaner sind ihm
Gram.»—
«Sie Können ihn nicht ausstehn.»—
«Die Hieronymisten *idem*,
Denn sie fürchten den Rivalen.»—
«Es ist wahr.»—
«*Concedo*.»—
«*Veritas*
Est, *nemine discrepante*.»—
«Sie verschrieen ihn als Ketzer,
Lutheraner und als...»—
«*Satis*!»—
«Ketzer Fray Luis!... Der Erde
Grund verschling' die Denuncianten!
Möchten Schlangen sie doch stechen,
Möchten Räder sie zermalmen!»—
«Ihr riecht mir vom Weine trunken.»—
«Ha, bei Gott, es sprech' gewaltig
Fray Luis und donn're nieder
Die ihm all das Unglück brachten!»—
«Er wird's sicher thun.»—
«Gott helf'ihm!»—
In te, *Domine*, *speravi*.»—

«Ihr sollt seh'n, wie er sie klein macht.»—
«Treffen wird er sie mit Lanzen.»—
«Was wird's sein, wenn die Geschichte
Seiner Marter er erst darstellt!»
«Selbst die Steine werden weinen,
Wenn er all den Jammer ausspricht.»—
«Sprechet leiser, schöne, Dueña.»—
«Wer doch Könnte gleich dem glatten
Aal dort in die Aula schlüpfen!»
«Wer dort eintritt, ist *beatus*!»
Auf der *Cátedra* indessen
Harrt, vor sich ein aufgeschlag'nes
Buch, Fray Luis, bis dass gekommen
Ist die Stunde, dass er anfang'.
Als die Hörer nun vermuthen,
Dass er jetzt zu donnern anheb',
Dass er gegen seine Feinde
Unversöhnlich sende Strahlen,
Da, bei dem bedeutungsvollen
Ton des ersten Glockenschlages,
So beginnet er den Vortrag,
Und so ruft's die Fama jauchzend:
«Wie ich gestern Euch gesagt hab'...»
Und nach dieser Kurzen Phrase,
Deren Schlichtheit doch enthüllet
Seine Qualen all', die langen,
Strömt sein Wort, Echo des Himmles,
Voller Harmonie, voll Zauber,
Leicht dahin gleich sanftem Strome,
Ohne dass sich seine Klarheit
Jemals trüb' durch das unlaut're
Bild der Menschenleidenschaften
Als den Vortrag' er beendigt,
Da hat Glückwunsch und Umarmung
Der empfangen, der an Weisheit,
Tugend, Genius, ein Gigant ist.
In den Thürmen alle Glocken
Wiederum wie närrisch schallen,
Und es steigen auf Raketen,
Wenn sie sich entzünden, Schlangen;
Während wieder die Doktoren
Jetzt sich wenden unter Pauken,
Fray Luis in ihrer Mitte,
Ihre Huldigung empfahend.

Heut' des Fray Luis Gebeine
Ruh'n in der berühmten Aula
Als geliebteste Reliquien;
Als geheiligte Penaten
Dieser Stadt, die, mag sie weinen
Um die Grösse, die verfallen,
Weinen zu des Tórmes Seufzern,
Weinen zu den Trauerklagen
Hoher Schatten, die da schweifen
Durh die Still' beim Mondenstrahle
Doch in ihren Wäldern Lorbeer'n
In den Brüchen doch hat Marmor,
Ihre Glorie zu verew'gen,
Und Poeten, die ihr Sang weih'n!

JOHANN FASTENRATH.

CANTARES.

(Traduccion gallega.)

PRELUDIO.

O meu corazon soíño
É morada de cantares;
Nel agarimados viven
Coma no seu niño as aves;

E cando a dôr os desperte,
Ou cando pracer os chame,
Encherán de sons alegres
Ou de tristesas os aires.

I.

A guitarriña qu'eu toco
Sente como unha persona;
Unhas veces canta e rïe,
Outras veces xime e chora.

II.

A côr d'o teu rostro, nena,
É coma noite de lua,
Y a mata d'os teus cabelos
O mesmo que noite escura.

III.

Cando ná veira d'o rio
Lavas os teus pes de rosa,
Tembran d'amor as auguiñas,
Sospira o vento antr'as pomlas.

IV.

Os cravos qu'en pes e mans
Lle puxeron al Señor,
Afrixid'a nay os leva
Cravados no corason.

XIII.

O mundo doum'un libro;
Y eu son tan lerdo,
Que canto mái-lo estudio
Méno-lo entendo.

XV.

O santurron d'abaixo
Xa está morrendo:
¡Qué feixiño de leña
Vay par' ó inferno!

XVII.

Vay logo, y a tua nay dille
Si me despresa por probe,
Qu'o mundo da moitas voltas,
Que tamen se cân as torres.

XXXIII.

Quítate d'esa ventana
Y oye un consello, meniña:
Rosa que está ben gardada
Os paxáros non-o pican.

XL.

Medin c'os ollos o ceo,
Sondey o fondo d'o mar;
Mais no corason d'os homes
Fondo non puden topar.

XLIV.

A Dios un abogado
Lle imita n'esto;
Dios fay todo de nada...
Y él fay un preito.

XLVIII.

Chistosa, churrusqueiriña,
Que sal espallando vas;
¿Dí, cómo espallando tanta
Non che s'acabou o sal?

XLIX.

Queixéchesme cando tiben,
Xa non teño e das a volta;
A campana t'asomellas
Que, si non lle dan, non toca.

LI.

Nas ventanas d'esta casa
Un faro deben poñer,
Para que naide s'estrelle

Na falsedá de vosté.

LIII.

Despois de feita, Dios quixo
Poñerch' un lunar por firma;
C'o sello d'as gracias suas
Siñaloute esa cariña.

LXXVIII.

O rumbo d'esa probe
Xa non me extraña;
Para vestir o corpo
Desnud' a yalma.

LXXXVI.

Don Xosé ó famento
Vendo que chovia,
Prestoum'un parauguas...
Que xa non servia.

XC.

O dia en que tí naceches
Cayeu do ceo un anaco;
Cando morras y aló subas,
Taparáse aquel burato.

CXVIII.

Un home cantaba un dia,
Dicind'o seu triste mal,
Qu'auga no mar non topara
Si por auga fose ô mar.

CXXVIII.

O verde d'os teus olliños
Recordan o verde mar:
¡Coitado d'aquel qu'os mire
Si non axeit'a á nadar!

LXXIX.

Cando d'auguiña saes,
Cara de estrela,
O teu cabelo escuro
Longo te vela;
Tal coma un manto,
Qu'ô teu seyo de rosas
Da dobre encanto.

CXXIV.

As lombiñas do corpo
Todos s'astreven;
¿Quén habrá que na alma
Lomba non leve?

CIX.

Neste ramo de froles
Que che presento,
Verás, lus dos meus ollos,
Un pensamento.
Y é, ¡miña xoya!
Qu'an que tí olvidar sabes,
De tí s'acordan.

CXLVII.

No rosal da miña vida
Loucas ilusiós cantaron;
O dôr tiroulle unha pedra...
¡Ay de min! todas voaron.

CLXXV.

En este longo deserto
Moitiños de sede morren;
Eu triste unha fonte busco...
¡Quén sabe donde s'esconde!

No-mais qu'unha fonte vin,
Y está sequiña, está soya;
Nin paxariños lle cantan,
Nin árbores lle dan sombra.

(Traduccion italiana.)

PRELUDIO.

Il cor mio solitario
È di canzoni un nido;
Dormono in esso, e vivono
Come gli augei nel nido:

Quando il dolor le svegli
O desterà el gioir,
Suonerà l'eco un cantico
Di gioja, o di martir.

III.

Quando che bagni o margine del rio
Di bianco giglio i piedi, dolcemente,
Trema d'amore tutta la corrente,
L'aura sospira in lieto mormorio.

XL.

Ho collo sguardo misurato il cielo
Ed esplorato ho col scandaglio il mar;
Tentai del cuore uman spezzar il velo
Ma fondo invano ne cercai trovar.

CXXVIII

I tuoi begli occhi, infida,
Son del color del mar;
Stolto è chi vi si affida,
E che non sa nuotar.

CIX.

Da questo vago mazzolin di fiori
Che ti presento, o luce de miei rai,
Un mio pensier ascoso apprenderai;
Ti dirà che se me danni all'obblio
Di te, crudel, scordarmi non poss'io.

LXXIX.

Allor ch'esci dalle acque,
Angiol del cielo,
L'oscuro crine tuo
Rassembra un velo,
E pare un manto
Che del vago tuo sen
Doppia l'incanto.

CXLVII.

Cantaro le illusioni ¡ahïme lasso!
Sopra l'albero della vita mia;
Passò il dolor, vi lancio contro un sasso,
E volar via.

CLXXV.

In quest'ampio deserto
Arsi di sete molti si morir;
Cerco una fonte io pure e non son certo
Se dato mi sará la rinvenir:

L'unica fonte che finor trovai
Arida, sola, desolata stà;
Gli augei col canto non l'allegran mai,
Ne un'albero fedel ombra le fa.

(Traduccion portuguesa.)

II.

No pallido rosto és bella,
Tens da lua a fermosura;
E as tranças dos teus cabellos
Sáo de côr da noite escura.

VII.

Qual o dia sáo teus olhos:
Mal despertos... amanhece;
Se os abres... o sol deslumbra;
Quando os fechas... anoitece.

XV.

O beato, ali vizinho,
Morrendo está;
E que bom feixe de lenha
Do inferno é já!

XXIV.

No altar de meu peito existem
Uma imagem e uma luz;
É a luz o meu amor,
Tú-a imagem que seduz.

XXXVIII.

Na tua escada amanhá
Verás un lettreiro meu,
Com seis palavras que digam:
«*Por aquí se vae a o céu.*»

XL.

Os céus medí com a vista,
Explorei co'a sonda o mar;
E no coração do homem
O fundo náo pude achar!

XLII.

Deus ao mar traçou limites,
E á fermosura tambem:
Contam que cuando nasceste
Disséra: «¡Náo mais alem!»

LXII.

Os que de promesas flam
Gallos parecem;
A manhá inda vem longe,
Cantos já tecem.

LXIII.

Entristece o pardo outôno
Prados virentes,
Bosques frondentes;
Vem porem, maio vestir-lhes
Folhas viçosas,
Flores mimosas.
Ai, ventura passageira!
Da minh'alma primavera,
Lampejo fogaz...
Náo mais volverás!

LXXVIII.

O luxo d'essa pobre
Náo me dá que pensar;
Vae p'ra vestir ó corpo
A alma desnudar.

CXLVII.

Na minh' arvore da vida
As illusóes já cantaram;
Vein a dôr apedrejal-as,
Ai de mim! todas voaram!

(Traduccion alemana.)

VORSPIEL.

Mein Herz ist einsam und sorgenschwer,
Doch ein Nest voll Lieder ist' s;
Sie schlafen in ihm und erwachen,
Wie die Voeglein im Blaettermeer:

Wenn der Schmerz sie weckt
Und die Freude sie regt,
Wiederhallen die Lüfte
Von Lust un von Schmerz.

I.

Die Guitarre, die ich spiele,
Hat ein menschlich fuhlend Herz;
Bald sie scherzt und singet heiter
Und bald sie seufzt und weint vor Schmerz.

II.

Dein bleiches Antlitz, holdes Maedchen,
Ist wie heller Mondesschein,
Und die Flechten deines Haares
Sin dunkel, wie die finstre Nacht.

III.

Badest du am Stromes Ufer
Dein lilienweisses Füsschen,
Zittert liebevoll die Welle,
Seufzet Zephir in den Zweigen.

VII.

Deine Augen spielen wie Tageslicht;
Hebst sie auf, ist's Tagesanbruch;
Oeffnest sie, ist's Sonnenstrahl:
Und senkst du sie, so kommt die Nacht.

XIII.

Die Welt mir gab ein Büchlein,
Doch thoericht, wie ich bin,
Mag noch so viel ich lesen,
Ich finde nicht den Sinn.

XV.

Der Heuchler dort unten
Liegt Sterbenskrank;
Welch herrlich Gehoelze
Für der Hoelle Gischt!

XVII.

Geh hind und sage deiner Mutter,
Wenn sie mich, weil ich arm bin, verlacht,
Dass die Welt sich dreht in ew'gem Kreis
Und ein Thurm stürzt' ein in jüngster Nacht.

XL.

Zum Himmel erhob ich den Blick
In's Meer warf ich das Blei;
Hinab in's Menschenherz ich stieg
Und fand dass bodenlos es sei.

XLVIII.

Anmuthstrahlendes Maedel,
Alles füllest du mit Anmuth,
Doch nimmer mindert sich die Fülle,
Wie der Sonne ewige Gluth.

LIII.

Als der Herr dich erschaffen,
Wollt'kroenen er sein Prachtgebilde;
Nahm all der Anmuth Reiz und Milde

Und drückt' sie deinen Wangen auf.

LXXVIII.

Der Aufwand dieser Armen
Erstaunt mich eben nicht;
Den Leib prachtvoll zu schmücken,
Laesst darben sie die Seele.

LXXXVI.

Joseph, der Geitzhals, lieh jûngst,
Als es wie mit Eimern herabgoss,
Seinen Regenschirm mir,
Doch das Wasser floss durch.

XC.

An dem Tage, als du wurdest geboren,
Fiel ein Stück vom Himmel nieder;
Kehrst nach dem Tode du dorthin wieder,
Wird ergaenzen sich, was ging verloren.

CXXVIII.

Blau sind deine Augen
Wie des Meeres Grund;
Wehe dem, der sie will schauen
Und nicht zu schwimmen weiss in Sund!

CXLVII.

Auf dem Baume meines Lebens
Sang Phantasie ihre Lieder;
Doch Schmerz warf Stein'ihr nach,
Und' ach! sie flog davon.

CLXXV.

In dieser weiten Wüste vergeht
So manches Herz vor Durst;
Auch ich, ich suche eine Quelle,
Doch weiss nicht, ob ich sie finde:

Eine Quelle nur hab' ich gesehen;
Trocken ist sie, oede und verlassen,
Kein Voeglein singt in ihrer Naeh',
Kein Baum leiht seinen Schatten ihr.

FRANZ HEINRICH STEINLEM.

(Traduccion alemana.)

XXXVI.

Spruch, der aus der Seele kommet,
Ist ein Vogel, der nicht stirbt;
Gott will, dass er ewig lebe,
Dass von Mund zu Mund er flieg'.

XC.

An dem Tag, da Du geboren,
Fiel ein Stück herab vom Himmel;
Wenn Du stirbst und fliegst in's Jenseits,
Dann wird sich die Lücke schliessen.

XXXVIII.

Auf die Trepp'in Deinem Hause
Hab' ich einen Spruch geschrieben,
Er enthält nur die sechs Wörtlein:
«Hier steigt man empor zum Himmel.»

VII.

Deine Augen, Tagesabbild:
Wendest sie? Der Morgen graut;
Oeffnest sie? Die Sonne blendet;
Schliessest sie? Die Nacht bricht an.

XXIV.

Einen Leuchter und ein Bildniss
Trägt der Altar meiner Brust:
Meine Liebe ist der Leuchter,
Und das Bildniss, das bist Du.

CLXVII.

Mich nimmt's Wunder nicht, dass also
Dich verstecket Deine Mutter,
Mus man suchen doch die Perlen
Tiefverborgen in der Muschel.

XXV.

Bruder nannte mich der Schmerz
Einst in meiner Kindheit Tagen,
Doch ich gab ihm meine Hand nicht,
Da er mir noch unbekannt war.

CXLVII.

In dem Baume meines Lebens
Sangen tausend Illusionen:
Einen Stein warf da der Schmerz, und
Alle sind davongeflogen.

CXXVIII.

Es erinnern Deine blauen
Augen an die blaue See:
Wer es wagt hineinzuschauen
Und nicht schwimmen kann, o weh!

CXXXI.

Es ist ein Wassereimer
Mein Glück, nichts mehr,
Der voll heraufgestiegen,
Hinabsteigt leer.

CXXXV.

Einkehr'ich in mich selber
Und Furcht ich hab',
Denn meine Seele ist nur
Licht eines Grab's.

CXLI.

Es ist des Menschen Seele
Wolle des Lammes,
Die in der Erde Brombeer
Stücke muss lassen.

CXXVI.

Körper ist der Seele Kerker,
Und in dem Process der Seele
Ist der Richter das Gewissen,
Der Gewissensbiss der Henker.

CLXII.

In der Seele Stürmen senden
Augen ihre Blitzgeschosse,
Thränen sind die Regentropfen,
Lächeln ist der Regenbogen!

LXXXIII.

Heil'ge, kenn' Dich jetzt als Teufel:
Hätt' ich früher es erfahren,
Wär' ich arglos nicht gewesen
Leuchter noch auf Deinem Altar.

LXXVIII.

Was Wunder, diese Arme
Prangt in Geschmeiden?
Entblösst hat sie die Seele,
Den Leib zu kleiden.

CXXXVI.

Von dem Wunsch bis zum Genusse
Sind es gute tausend Meilen;
Vom Genuss ist's bis zum Ekel

Einen Augenblick bisweilen.

CII.

Audienz gibt die Fortuna:
«Zur Audienz kommt, zu dem Glücke!»
Aber da die Thür so niedrig,
Wer herein hier will, sich bücke!

LXII.

Wer auf Versprechen bauet
Ist gleich dem Hahn,
Der, eh's noch Tag geworden,
Zu kräh'n fängt an.

CXI.

Als Judas noch ein Säugling,
Erzählt man, sprach er:
Wer kaufet meine Mutter?
Denn ich verkauf' sie.

XLVI.

Wer den Undankbaren Gutes
Thun mag, der ist gleich dem Thor,
Der in Luft schreibt seinen Namen,
Wasser giesst in einen Korb.

CLXI.

Ich tret' auf' nen Kirschenkern,
Da er mir verächtlich scheint;
Doch er macht mich fallen: lern',
Es gibt keinen kleinen Feind!

VIII.

Noch kein Einz'ger kam bis hieher,
So in meinem Stolz sprach ich,
Als ein Käfer kam geflogen
Und der Käfer flog auf mich.

XL.

Mit dem Blick mass ich den Himmel,
Warf das Senkblei in das Meer,
Stieg hinab ins Herz des Menschen,
Dort fand keinen Grund ich mehr.

LXXX.

Klumpen sollen in den Minen,
Schwere Klumpen Goldes sein;
Doch das Gold ist sicher unten,
Druber ist nur Koth und Stein.

XCIII.

Es feg'vor ihrer Thüre
Die mit dem Besen,

Doch nicht vor einer fremden
Treib' sie ihr Wesen.

XLIV.

Advokatenwissenschaft
Drin gottähnlich sich verhält,
Dass aus Nichts Gott eine Welt,
Er daraus Processe schafft.

CLXX.

Für den Karnaval auf Erden
Fehelte einst der Eitelkeit
Eine Maske, und die ihre
Lieh ihr die Bescheidenheit;
Doch da sie sie nicht zurückgab,
Geht auf Erden seit der Zeit
Eitelkeit stets mit der Maske,
Ohne sie Bescheidenheit.

CLXIX.

In der grossen Weltposada,
Eine Lehmwand in der Mitte,
Wohnt Frau Leben, wohnt Frau Tod,
Wie zwei gute Nachbarinnen.

CIII.

Von dem Diesseits zu dem Jenseits
Muss passiren man ein Meer;
Und vielleicht gibt man der Wiege
Einer Barke Form daher.

JOHANN FASTENRATH.

(Traduccion catalana.)

II.

Ta palidesa, nineta,
Es com una nit de lluna;
Y lo floch de ton cabell
De color de nit obscura.

VI.

Marxa volantne, cor méu,
Y pregúntali si hi ha lloch
En son cor de dura roca
Pera ferhi un niu d'amors.

XIX.

Allí hont juravas amarme,
¡ay, falsa! ja hi póts posar:
«*Aquí mataren á un home*
Y por ell poden pregar.»

XXXVIII.

En lo portal de ta escala
Demá hi posaré un cartelí,
Ab sis paraulas que digan:
«*Per aquí se puja al cel.*»

LIV.

Conta, y veurás com acabas
Abans que jo de contar:
Ne contarém, jo, mas penas,
Tú las arenas del mar.

LXV.

No cal que 't tornes de grana
Al passar por esta vall,
Que, pus que llengua no té,
No contará lo que sab.

LXXIV.

En l' ánima un cementiri
Forman l' ausénciay la mort,
Y dins sos ninxos l'olvit
Hi vá enterrant los recorts.

LXXVIII.

Las galas d'aqueixa pobre
Ja no m'extranyan,
Pus pera vestirne 'l cos
Despulla l' ánima.

LXXXI.

Ne tich jo un amich mólt intim;
Y 'm vól tant bé,
Que tantost com ne rellisco,
Tantost m'empeny.

XLV.

Jo, per un de téu, mil bosos
Volguí donárten,
Y tu, pels mil, no volgueres
Ni un sol tornármen!
¡Mal agradosa!
Donchs, digas, ¿per qué' t fás, nina,
La generosa?

CXXVII.

Lo que es la vida, 'l cigarro
Dihentnos está:
Sols es fum, y cendra, y foch,
Foch d'un instant.

LXIII.

Ve la tardor, despulla
La vall y 'l bosch;
Mes ab lo maig ja tornan
Fullas y flors.
¡Ay, delitosa
Primavera del ánima,
Tú may més tornas!

CLVIIII.

Fesne bé, y si mal te pagan
Canta eixa copla content:
«Lo bé se sembra en la terra
Y 's reculleix en lo cel.»

ACLARACION,

PUBLICADA EN LAS DOS PRIMERAS EDICIONES DE LOS CANTARES.

En el momento de ir á imprimirse el último pliego de este libro, llega á mis manos el *Cancionero popular*, que acaba de dar á luz el Sr. D. Emilio Lafuente y Alcántara, en el cual hallo incluidos mis cantares XVII y XXXVIII, bajo la forma siguiente (páginas 83 y 241, tomo II):

Si tu madre me desprecia,
Porque dice que soy pobre,
El mundo da muchas vueltas:
Ayer se cayó una torre.

En la puerta de tu casa
He de poner un letrero
Con letras de oro, que diga:
Por aquí se sube al cielo.

La insercion de estos cantares, publicados, segun los compuse yo, con mi nombre al pié, en diferentes periódicos, y con especialidad el último en el segundo número de *La América* de 1863, y el primero en el número 10 del *Museo Universal* del mismo año y en el *Album Literario de Alicante*, constituye una lesion de mi derecho de propiedad, que me limito á consignar aquí, únicamente porque justifica más y más las censuras que no he podido ménos de dirigir en el Prólogo á los que las merecen.

El escaso mérito, si alguno tienen, de estos dos cantares, me hubiera retraido de hacer la presente manifestacion (pues al fin no se trata del descubrimiento de la cuadratura del círculo), á no irrogarse perjuicios á mi probidad literaria que, de hoy más, procuraré evitar, segun dejo anunciado.

De seguro no ha sido el ánimo del Sr. Lafuente y Alcántara poner en duda esta probidad, como no es el mio dudar de la suya: me complazco en hacer justicia á sus

rectas intenciones; pero es sensible que hechos análogos é iguales á los reconocidos y severamente anatematizados por varios periódicos de esta córte, como *La Soberanía Nacional*, *El Diario Español*, *La Libertad*, y algunos de provincias, como *La Abeja Montañesa*, ya espontáneamente, ya con motivo de un comunicado mio, se reproduzcan en el momento mismo de coleccionar yo mis CANTARES, para impedir abusos de este género.

La circunstancia de haber visto anónimos los dos cantares citados, ó quizá la de haberlos recibido así el Sr. Lafuente y Alcántara por conducto de alguna de las personas que de diversos puntos le proporcionaron materiales, debe haber sido la causa de que su laudable diligencia los haya aprovechado para el *Cancionero popular*, primera obra moderna en que aparecen, por la sencilla razon de ser la primera que sale á luz á los dos años de compuestos y publicados por mí; pues ni *Don Preciso*, ni el colector de Barcelona, dos de los más antiguos que se citan, era fácil, por diligentes que fuesen, á no ser adivinos, que los incluyeran en sus libros, en atencion á que en 1805 (fecha de la coleccion del primero, segun el Sr. Lafuente y Alcántara) no habia yo venido al mundo, y en 1825 (fecha de la del segundo) sólo hacia cuatro años que me contaba entre sus habitantes, y aún no emborronaba papel, ó al ménos no tengo noticia de haber sido tan maravillosamente precoz.

Concluiré diciendo, que los dos cantares orígen de esta aclaracion, sin más que por efecto de las variantes, leves al parecer, con que el *Cancionero* los trae, son dos desatinos de á folio, así por su estructura interior, como por su forma y su sentido, dignos de acompañar á la variante de mi cantar LXV, oida en boca no recuerdo bien si de una gitana por mis amigos los Sres. D. Emilio Castelar y D. Javier Ramirez, segun éste indica en una discreta y amena revista de costumbres andaluzas inserta en *La Democracia*, y cuya variante dice así:

No te pongas colorada
Cuando pases por mi calle,
Que como no tiene lengua
No contará lo que sabe.

Los nueve á que aludo en el PRÓLOGO, leidos por mí hace dos años en casa del Sr. D. Eduardo Asquerino, ante una reunion de más de cien personas, ilustres en literatura, política, ciencias y artes, que me dispensa-

ron el honor de hacérmelos repetir, y á quienes agradaron, segun oí, particularmente por su novedad, son los que en este libro llevan los números I, II, III, VII, XIII, XVII, XL, CXLVII y CLXXV. Permítaseme este rasgo de inmodestia que, en otro caso, yo consideraria pueril y ridículo; pero que en el presente lo juzgo indispensable á la defensa de mi propiedad. Con pocos regalos como éste que se hagan al *pueblo*, me dejan en cueros vivos.

La simple lectura de la mayor parte de los nueve cantares, basta y sobra para que cualquiera persona, por poco ilustrada que se la suponga, se convenza, á no estar dormida, de que sólo la precipitacion con que suelen llenarse las columnas de los diarios políticos, ha podido ser causa de aplicarlos al ingenio del vulgo.

Entre impresos en coleccion y manuscritos (de los que se atribuyen á gente indocta, y de los que, en efecto, lo sean) conozco al pié de veinte mil cantares; y aseguro que, en mi humilde opinion, escasamente merecerán conservarse de trescientos á cuatrocientos, los cuales figuran en casi todas las colecciones; prueba de que los buenos escasean algo más que lo que á los vulgólatras les parece. Mi amigo el pintor D. Manuel Castellano posee manuscritos unos tres ó cuatro mil, y él mismo, en sus ocios, ha compuesto muchos que demuestran felices disposiciones para cultivar este género de poesía, en que descuellan los señores Ferran, Campoamor, Rubio (Cárlos), Dacarrete, Thos y Codina, Puerta Vizcaino y Asensio de Alcántara.

V. R. AGUILERA.

Marzo, 28 de 1865.

NOTAS.

El Perro que ladra. (Página 24.)

Esta composicion fué escrita en la antigua *Carcel de Corte*, situada detras del edificio de la Audiencia de Madrid, en la cual estuvo el autor cerca de un mes, á consecuencia de los sucesos de Mayo de 1848, siendo una noche conducido á ella entre bayonetas, desde un calabozo del gobierno político, con otros muchos liberales, atados codo con codo, como facinerosos. En la Cárcel de Córte se le encerró en un *Olvido*, con seis personas más, entre ellas los periodistas Diaz Ilárraza, de *El Eco del Comercio*; D. Nemesio Fernandez Cuesta, de *El Siglo*, y D. Leopoldo Barthe y Maza, de *La Prensa*, diario dirigido á la sazon por el autor de esta poesía, á quien se agregó D. Santiago Alonso Valdespino. De la cárcel salió desterrado el autor á Castellon de la Plana, siendo finalmente trasladado á Alicante, donde su amigo, el insigne poeta de las *Doloras*, gobernador sucesivamente de una y otra provincia, le dispensó la más generosa proteccion y fraternal afecto.

Pio IX. (Página 28.)

Compuesta en los momentos en que Pio IX, poniéndose al frente de la revolucion de Italia, atraia las miradas y las bendiciones de todos los pueblos oprimidos.

El Veterano. (Página 35.)

Lo que en esta y en algunas otras composiciones digo de los franceses, no me lo ha inspirado ningun sentimiento de rencor ni malquerencia contra nuestros vecinos. Aprecio y admiro con toda sinceridad lo mucho bueno que Francia tiene; pero yo, como cantor fiel de las glorias y de los sentimientos de mi nacion, no puedo variar los hechos ni el juicio que, no ya de los franceses, sino de los invasores del suelo sagrado de la patria española tienen formado cuantos á ella pertenecen.

Irlanda. (Página 46.)

En el año de 1848, fecha de este *Eco*, la prensa de todas las naciones se ocupó de la situacion horrible de Irlanda, muchos de cuyos hijos caian muertos de hambre en las calles.

Hipócrita, al esclavo le quitas la cadena, etc.

La política torcida y de balancin del gobierno inglés en la época á que se refiere este *Eco*, dió motivo á la desconfianza y á la censura de los partidos liberales de otros pueblos; política que, además, tampoco satisfacia á los amigos del antiguo régimen.

El Maestro que no viene. (Página 50.)

Poco despues de publicarse por primera vez esta composicion, recibí una carta de un amigo mio, conocido en la república de las letras, en la cual, calificándola de la manera más honrosa para mí, me decia que el único defecto que á su juicio tenia, era el de dejar como en suspenso el sentido, ó en otros términos, el no rematar completamente. La observacion era atinadísima; pero en el momento de hacerla, se olvidó sin duda mi amigo de que *el maestro no habia venido*. Mucho tiempo ha de pasar ántes que venga; es probable que los nacidos no alcancemos tan dichoso acontecimiento; pero si tuviésemos tal fortuna, prometo concluir esta poesía entónces, y áun salir con Tomás á saludar al Mesías de la Instruccion pública de nuestra patria.

1848.

Desde que escribí la *Nota* que acaba de leerse, publicada en las tres primeras ediciones de los *Ecos*, hasta el memorable dia en que fué proclamada la *enseñanza libre*, han pasado veinte años largos, plazo mucho más breve, sin embargo, que el temido por mí, y que, afortunadamente, no me acreditaba de gran profeta. Y aquí me veria en grande aprieto si hubiera de extenderme en alabanzas de la persona que tuvo la inmarcesible gloria de levantar aquella hermosa bandera; porque si como hombre agradecido procuro que nadie me aventaje en ello, es tanto, por otra parte, lo que temo que la justicia parezca, á los que no la conocen, obligada lisonja, que preferiria pasar por descortés á que se me tuviera por adulador. Así, pues, la poesía *El Maestro que no viene*, está dedicada, no al repúblico insigne á quien debo beneficios que permanecerán eternamente grabados en mi corazon, sino al hombre que ha tendido una mano generosa al pobre pueblo, para arrancarle al abismo de la ignorancia, que es la mayor de sus miserias, y conducirlo á las serenas regiones de la luz.

1870.

Dos de Mayo. (Página 67.)

Repito aquí lo dicho en la *Nota* relativa á *El veterano*, y conviene, ahora más que nunca, repetirlo, porque en dos ó tres ocasiones ha habido propósito de derribar el monumento del *Dos de Mayo*, erigido á la memoria de las víctimas sacrificadas por los franceses en aquel terrible dia. La idea de la fraternidad es una idea humanitaria y que siempre tendrá eco en todos los corazones generosos; pero cuando un pueblo entra á saco y á sangre y fuego en otro, no tiene ciertamente derecho á que se le reciba con los brazos abiertos. Francia misma acaba de dar un ejemplo de su manera de entender la fraternidad, en la guerra contra Prusia; con la circunstancia de haber sido ella la injusta provocadora, por el afan de predominio, que constituye uno de los rasgos que la caracterizan. Así, pues, el monumento del *Dos de Mayo* no significa odio, ni áun antipatía; lo que quiere decir es, que si en algun tiempo el extranjero hollase el suelo de nues-

tra patria, faltando á los sentimientos fraternales que hoy son comunes á todos los pueblos, España deberia rechazar la agresion como la rechazaron los héroes de nuestra independencia.

¡Al campo! (Página 100.)

En el estribillo de esta composicion falto á la ortografía, y falto á sabiendas, que es lo grave. La palabra *Vamonós* debia estar acentuada en la *a*; lo está en la *o* final, porque además de exigirlo así la asonancia, que, siendo aguda, casi es consonancia, es más expresiva y corresponde mejor de este modo á la pronunciacion de esa y otras palabras de estructura análoga, en los pueblos de Castilla la Vieja. *Pece* por pez, *el arena* por la arena han dicho en poesía nuestros clásicos, y no sé que ningun académico haya manifestado escrúpulos por semejantes licencias.

El Sueño de un loco. (Página 125.)

Ha sido general creencia que consultados por Colon los sabios de la Universidad de Salamanca, le tuvieron por loco. Hoy es cosa averiguada, que sin las conferencias de Salamanca, ni Colon hubiera encontrado apoyo en la córte, ni, por consiguiente, habria realizado, al ménos entónces, el descubrimiento del Nuevo mundo. Si por algunos doctores fué combatido, porque las ideas del inmortal genovés chocaban con el estado de la ciencia en aquella sazon, en cambio otros, adelantándose á su siglo, le ayudaron en su empresa con su autoridad y sus relaciones en la córte, y todos le recibieron y obsequiaron con el cariño y respeto que merecia. Mi amigo y paisano el distinguido escritor salmantino don Domingo Doncel y Ordaz, hoy empleado en la biblioteca de aquella famosa Escuela, publicó años hace, con el título de *La universidad de Salamanca ante el tribunal de la historia*, un notable y erudito trabajo, que ha desvanecido por completo el error que existia sobre lo ocurrido en las conferencias á que arriba se alude, y sus resultados.

Balada de Cataluña. (Página 177.)

Permítaseme consignar mi profundo agradecimiento á los escritores catalanes y demás personas que me obsequiaron y distinguieron durante los Juegos florales de Barcelona, celebrados en Mayo de 1868, y á los que, además de los españoles invitados, concurrieron poetas y literatos extranjeros, como á una verdadera fiesta internacional. En cuantos banquetes y veladas literarias asistí con tal motivo, tuve que repetir la lectura de la *Balada*, y últimamente en Tarrasa, delante de numerosos operarios de las fábricas, los cuales, terminadas las tareas del dia, manifestaron deseos de oirla, favoreciendo con su atencion y con inequívocas muestras de simpatía al que habia enaltecido en sus versos el trabajo, que constituye el honor, la riqueza, la gloria, en una palabra, la vida de aquellas industriosas provincias. Éste habia sido, en efecto, mi propósito al componer la *Balada*, y tuve la fortuna de que se considerase digno, y de que, entre otros, una persona tan ilustrada y competente como el Sr. D. Pedro Antonio Torres, sirviendo de

intérprete al sentimiento de sus paisanos, lo manifestase en el *Diario de Tarragona*, segun he visto en la traduccion de la *Balada* al inglés, á cuyo idioma tradujo igualmente Bonaparte-Wyse las palabras, que salvo lo que puede haber en ellas de extremadamente lisonjero para mí, lo acreditan y van al pié de dicha version. Los poetas catalanes costearon despues en Barcelona y me regalaron una edicion de la obrita de que se trata, á la que acompañaba la traduccion catalana de Victor Balaguer, haciendo otro tanto en sus respectivos países los autores de la inglesa y provenzal, y el reputado compositor leridano D. Francisco Vidal y Codina, con la que puso en música. La inglesa es del príncipe William Cárlos Bonaparte-Wyse, autor de *Li parpaioun blu (Las mariposas azules)*, precioso libro de poesías en inglés y en provenzal, idioma extraño este último para él, pues como aparece en el prólogo de Federico Mistral (el Virgilio y jefe de los *felibres* de Provenza y autor de *Mireya*, encarnacion poética, segun atinadamente dice Balaguer, de la Provenza pastoril y rural, y de *Calendau*, personificacion de la Provenza legendaria, heróica é histórica), Bonaparte-Wyse nació en Waterford (Irlanda), de Sir Thomas Wyse, embajador en Grecia por la reina Victoria, y de la princesa Lætitia Bonaparte, hija del príncipe Luciano. Es de notar esta circunstancia, porque *Li parpaioun blu* revela un gran conocimiento y un gran dominio de la antigua lengua de los trovadores. La mayor parte de las producciones que contiene el libro á que me refiero, se distinguen, segun sus géneros respectivos, por la nobleza y la varonil elevacion de idens, y por lo delicado del sentimiento, á los que se une una gracia encantadora de la expresion. Hay en él poemitas elegiacos, filosóficos, patrióticos y anacreónticos, todos ellos hechos en sentido moderno, de una pureza que recuerda los modelos griegos. La traduccion provenzal es de Louis Roumieux (de Béu-caire) á quien su musa, unas veces juguetona y festiva, otras grave y melancólica, y siempre discreta sin afectacion, haria doblemente simpático, si ya no lo fuese mucho por su carácter franco y comunicativo. Su coleccion de poesías *La Rampelado*, que pudiéramos traducir *El toque de llamada*, por no tener correspondencia más propia en castellano aquel sustantivo, da una medida exacta de la flexibilidad de su genio, y le coloca á envidiable altura entre los modernos cantores de su tierra.

La Bandera. (Página 180.)

Aunque sin estribillo, fué escrita para ser puesta en música por el Sr. Vidal, ya nombrado, y cantada por la sociedad orfeónica de Lérida y por un batallon de ejército, que entónces guarnecia á la capital citada.

Balada de Iberia. (Página 193.)

Es una de las poesías que he hecho despues de la revolucion de Setiembre, y considero como expresion de un verdadero sentimiento nacional, que, sin embargo, no habia aun tenido eco en la lira de ningun poeta: la de Béjar la hice con igual motivo, y porque perteneciendo esta ciudad á la provincia de Salamanca, yo, como patriota y salmantino, tenia hasta un deber de conciencia en dedicar algunos versos al pueblo que se ha colocado por su heroicidad entre los más grandes que registra la historia.

Al Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha. (Página 197.)

Habiendo resuelto la *Academia de conferencias dominicales y lecturas públicas de la Universidad de Madrid* celebrar solemnemente el aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra con una fiesta literaria, y honrado con el encargo de escribir una poesía con tal motivo, leí la que es objeto de la presente *Nota*, en la inolvidable noche del 23 de Abril de 1869, en el magnífico salon del Senado, que al efecto se habia cedido por la presidencia de las Córtes Constituyentes. ¿Qué se ha hecho del entusiasmo de aquellos grandes dias por las letras y las artes?

El Gorrion voluntario. (Página 201.)

La historia de esta obrilla es la que expresan las siguientes líneas, entresacadas de la carta en que se me invitaba á escribirla: «Sabido es que los cubanos dan á los españoles el nombre de *gorriones*, por una caprichosa tradicion de aquella isla. El dia de Juéves Santo apareció en un cuerpo de guardia de la Habana un verdadero gorrion muerto... Los voluntarios tuvieron la ocurrencia feliz de recoger el cadáver, embalsamarlo y colocarlo en un féretro adornado lujosamente. La Habana entera, desde la generala Dulce y la señora de Lopez Roberts hasta el último peninsular de los allí residentes, tributaron un recuerdo al gorrion, que desde aquel momento se miró como el representante de la nacionalidad española. Paseado por todas las calles de la poblacion, un gentío inmenso, en el cual se veia á las autoridades y fuerza ciudadana, seguia al muerto pajarillo, que ha venido á ser el héroe de tan delicado poema. En la actualidad recorre todas las poblaciones de la isla, y lo que en un principio fué una broma de cuerpo de guardia, es ya en nuestra preciosa Antilla un acontecimiento nacional. El propietario de uno de los periódicos más populares de la Habana me encarga invite á los poetas españoles para formar una corona poética en honor del ya ilustre pájaro, etc.»

España libre. (Página 204.)

Este himno lo escribí á ruego de la célebre artista Carlota Patti, hermana de Adelina, para uno de los conciertos en que debia cantarlo con Tamberlik, cuya ausencia de esta capital impidió que se llevase á efecto.

Apoteosis. (Página 206.)

Nombrado por el Poder Ejecutivo, con arreglo al Decreto de 31 de Mayo de 1869, vocal de la comision encargada de inaugurar el Panteon nacional, escribí la poesía arriba citada, comprendida en el folleto descriptivo de aquella memorable solemnidad, una de las más grandes y suntuosas que ha presenciado el pueblo de Madrid.

El General NO IMPORTA. (Página 212.)

Esta composicion va aquí íntegra, pues aunque ya habia visto la luz en varios

periódicos, entre los cuales recuerdo *La Democracia*, dirigida por Castelar, y *La Nacion*, salió de la fiscalía de imprenta con mutilaciones que perjudicaban notablemente á su forma y á su sentido.

Béjar. (Página 226.)

Remitidos los romances que llevan este título al Ayuntamiento de la inmortal ciudad, fueron leidos en una de sus sesiones, á presencia de todos los concejales, acordándose en el acto que se imprimiesen y repartiesen á los bejaranos; acuerdo que me fué comunicado por el procurador síndico y esclarecido filósofo D. Nicomedes Martin Mateo.

Al Sr. D. Salustiano Olózaga. (Página 234.)

Esta poesía salió por primera y única vez en el *Almanaque de la Soberanía nacional*, diario político, que á la sazon dirigia mi estimado amigo D. Angel Fernandez de los Rios. Fué compuesta y circuló dias ántes del 3 de Enero de 1866, en que principió la revolucion armada.

Fray Luis de Leon. (Página 244.)

Esta composicion pertenece al *Romancero* de poetas y artistas que principió á formarse en las recepciones de D. Gregorio Cruzada Villaamil, quien, con honra suya y beneficio de las letras y las artes, logró reunir en su casa, no sólo á las personas más distinguidas en ellas, sino á cuantos jóvenes eran esperanza legítima de unas y otras.

Á Colon. (Página 255.)

El monumento á que se alude en estos versos fué erigido á expensas del ilustrado y rico propietario de Salamanca D. Mariano Solís, en un terreno que le pertenece en el lugar de *Valcuebo*, donde los frailes dominicos tenian una granja ó casa de recreo, y donde se celebraron algunas de las famosas conferencias, alternando con las que tuvieron efecto en el convento que dichos religiosos poseian en aquella capital. Celebróse la solemne inauguracion del monumento en la mañana del 3 de Abril de 1866.

JUICIOS CRÍTICOS

DE LAS POESÍAS CONTENIDAS EN ESTE VOLÚMEN.

Los que conozcan un artículo mio, coleccionado con otros en la obra LIMONES AGRIOS, titulado *Los Prólogos*, habrán visto la opinion que tengo, errónea tal vez, pero sincera, de los prefacios que suelen ir al frente de muchos libros de poesía, y aún debo añadir que en el que para mis SÁTIRAS compuse en verso *Contra los prólogos* AD HOC, dejé consignado mi parecer sobre este punto. Más de treinta años han trascurrido desde que comencé á escribir, y consecuente con mi propósito de entónces, ningun prólogo de ajena pluma ha introducido al lector en mis obras para ponderarle maravillas difíciles de hallar, sin las benévolas indicaciones de un guía no ménos benévolo. Tampoco al hacer hoy la coleccion completa de aquellas, faltaré al susodicho propósito; pero no pudiendo ni debiendo resistir á las amistosas exigencias del editor, y para mayor comprobacion de lo que manifiesto en el prólogo del Libro III sobre poesía popular, he adoptado un término medio, prometiéndole que á cada volúmen de la citada coleccion acompañarán juicios críticos de mis poesías, eligiendo pocos y los más breves; y advirtiendo, que áun éstos, en su mayor parte, los he debido á personas que no conocia yo en la época en que se escribieron, y con quienes desde entónces la gratitud me unió con lazos de amistad y compañerismo.

Sirva el siguiente artículo, que á ellos precede, como

de bosquejo biográfico del autor de esta coleccion, ya que su natural indolencia y otras condiciones particulares de carácter, le han impedido complacer á personas que deseaban y desean datos para hacer un detenido trabajo biográfico.

LERIA DE FIGURAS DE CERA. (1)

AGUILERA.

Alamedas sombrías, amenos valles, arroyos cristalinos, fuentes sonoras, verjeles floridos; aún teneis un cantor, un adepto, un partidario que os defiende y lucha por establecer vuestro imperio en el nuevo continente de la prosa, en el mundo de los *bufos*, de los cafés cantantes, de los decapitados que hablan, y de los clowns violinistas. No os quede duda; en la ciudad de las columnas mingitorias hay poetas todavía. Aún repite el eco en las concavidades sonoras de la Puerta del Sol los arpejios de alguna lira, que vibra aún con tiernas armonías en medio del estrépito que forman el coche que pasa, la vieja que pregona *La Correspondencia*, y el agua que baila en medio de la Plaza.

Todavía en alguno de los mil recintos celulares de esta gran colmena se descubren gusanitos de luz, que aparecen rara vez en el gran enjambre exterior. El suave resplandor que despiden ilumina momentáneamente el oscuro caos en que vivimos, y despues se pierde. Pesadas formas, enormes masas de tinieblas se revuelven y sobreponen en este antro confuso. Una actividad vertiginosa es el más claro síntoma de la agitacion de nuestra vida; pero entre estas luchas de voluntades, de deseos y de aspiraciones, vemos lucir de vez en cuando la luz del sentimiento con su oscilacion serena, observamos el movimiento tranquilo de la actividad intelectual.

---

(1) Este es el título de una obra humorística de que D. Benito Perez Galdós, su autor, ha publicado varias muestras, verdaderos modelos de originalidad y aticismo.

¡Todavía! La raza no se ha extinguido, no; pero preguntad lo que es un poeta, y vereis de qué distintas maneras es apreciado.

Para los que se fijan principalmente en el exterior, un poeta es:

Un sér melenudo, unguiculado, amarillo hasta la ictericia, escuálido hasta la trasparencia.

Para los pesimistas, un poeta es:

Un objeto arqueológico, una curiosidad numismática, tan rara como el sextercio de Galba; un sér mitad mitológico, mitad real, que se cria en los libros antiguos como una excrescencia; un sér que ya no existe sino en los archivos deteriorados; un escombro, un moho, un objeto viejo, apolillado y corroido, que se suele conservar por respeto á lo pasado.

Para los optimistas, un poeta es:

Una cosa infinitamente aeriforme, un gas sutil, una cosa que vuela siempre hácia arriba, sustancia impalpabie y átomo expansivo. Existe en la tierra como una personificacion del sentimiento, y vive de lo ideal, de lo bello y de lo sublime, pasto suculento de su naturaleza, refractaria á lo sólido.

Para los apasionados de la forma oficial, el poeta es:

Una cosa que se sienta en los bancos de la Academia, un sér que viste uniforme verde, y hace como que lee un discurso, y hace como que escribe un prólogo, y hace como que pone notas á un libro.

Para el público teatral, el poeta es:

Una figura coronada, una entidad misteriosa que aparece en la escena *ex machina*, como movida por la tramoya de los bastidores, un personaje oculto que es aplaudido ó silbado, un nombre que se escribe con letras gordas en cartel amarillo ó azul.

Para los lectores de *La Correspondencia*, el poeta es:

Una voz desconocida que lee décimas en la reunion de la duquesa *A*; que canta en hermoso epitalamio las primicias matrimoniales del conde *H*; que emborrona la cuarta hoja del álbum de la señorita *R*.

Ahora bien: ¿en cuál de estos conceptos hemos de tomar la personalidad poética de la figura que delineamos hoy? Oigamos á D. Hermógenes, que nos lo explicará.

«¿Cómo ha de llamarse poeta, dice, á un hombre que no es académico de ninguna Academia, ni siquiera de la *Academia de la lengua*?

»¿Cómo ha de llamarse poeta á un hombre, en cuyas obras no vemos, á guisa de prólogo, la prosa grandilocuente de ningun académico, de ninguna Academia, ni siquiera de la Academia de la lengua?

»¿Cómo ha de llamarse poeta un sér que no es empleado de ningun puesto público; un sér que no es, como dice el gran Mesonero, ni siquiera jefe político?

»¿Cómo ha de llamarse poeta á una cosa de que no habla *La Correspondencia*, á un hombre que no ha leido un ovillejo en casa de doña Fulana de Tal, ni en el chocolate *dansant* del baron D. Zutano?»

Respeto mucho la opinion de D. Hermógenes; pero yo tengo para mí, que si Aguilera no es un poeta, ántes hemos de cegar que ver poetas en esta ciudad de las columnas mingitorias y de los bufos. Y en prueba de ello, voy á relataros su vida:

D. Ventura Ruiz Aguilera nació en... ¡vive Dios, que no lo sé! (pero tampoco doy dos higos por saberlo; pues lo mismo me da que haya nacido en Alcorcon ó en Siracusa. Sigamos.) Estudió en el colegio de... Pues tampoco lo sé... ¿y para qué queremos saberlo? Atengámonos al resultado. Abramos acá para entre nosotros un libro titulado *Elegias*, abrámosle cuidadosamente, sin que el vulgo de los lectores fije en él sus ojos profanos. Para leer ese libro es preciso que os abstraigais un poco. Una pasmosa unidad reina en él. Una sola idea hay en él, idea de que se derivan infinitos accidentes de poesía. Le ilumina un solo rayo, que se descompone en innumerables matices. Hijo directo del dolor, este libro encierra toda la poesía que puede emanar de aquel fecundo orígen; y nada puede crearse más profundamente verdadero. Débese su existencia á esa imperiosa necesidad de desahogo y expansion que experimenta el alma en ciertos momentos de supremo dolor. Hay horas en que el espíritu elabora en el silencio de su contemplacion gratas formas de poesía; entónces, todo el mundo es poeta. Cuando hallándose en tal estado de florescencia espiritual, el hombre tiene medios para exteriorizarse, entónces el arte ha encontrado su más alta expresion; entónces se producen las *Endechas* de Jorge Manrique y las *Prisiones* de Silvio Pellico, obras que son engendro repentino de un estado psicológico profundamente poético. Una agitacion anormal, una agonía que excede los límites de la entereza humana, produce súbitamente una infinidad de formas

bellas, que despues el arte y el conocimiento trasladan al papel.

Las *Elegías* de que hablo han sido creadas por efecto de una exaltacion de sentimiento. Despues, un arte discreto y entendido ha hecho lo demás.

Pero tambien hallais á Aguilera en creaciones donde domina la más rica objetividad. En las *Odas y Armonías*, se observa un exquisito sentimiento de la naturaleza. En los *Ecos nacionales*, teneis una multitud de cuadros de familia, de cuadros militares y patrióticos, que os demuestran su observacion exacta, su facultad pictórica, su tacto de colorista.

Y si quereis verle recorrer aún más allá la escala de los infinitos elementos que constituyen el arte, leed *La Arcadia moderna*, coleccion de idilios cómicos, cada uno de los cuales es una pintura humorística de la vida del campo, hecha con inimitable pincel. No creais que es un bosquejo grotesco producido en un momento de mal humor por un realista calenturiento, de esos que buscan con avidez lo feo, por placer, por afinidad y deleite de pesimista y de escéptico. No; son pinturas que os harán reir con culto desenfado, á la manera de las caricaturas alemanas é inglesas, que pintan las fealdades y flaquezas con gráficas líneas, y siempre con decoro, con extrema desenvoltura, pero con el recato y el comedimiento que el arte requiere.

Pero se me ha olvidado la parte que en estos cuadros puedo llamar principal, casi única, la forma, su figura en fin. Me falta describiros los rasgos y perfiles de la bien tallada cera que tengo ante mí. Veamos.

Aguilera es un hombre calvo, con espejuelos y barba cana. Enterados.

¿Quereis más? Pues en su cara tiene dos ojos que miran siempre al suelo, una nariz que descansa pomposamente sobre dos grandes mechones de pelo blanquinegro, y una barba larga, que no os puedo decir si es blanca ó negra; pero sí que es semejante á la de Verdi, á la de Mery, á la de Víctor Hugo, á la de Pelletan.

Respecto á su carácter, he oido decir que es la bondad misma. De apacibles costumbres, de modesta vida, de ameno y delicadísimo trato, este poeta sabe profesar la amistad más pura, y posee el sentimiento de la familia en su forma más exquisita. Tiene algo de patriarca, aunque no es viejo, y es de esos séres hechos para ser queridos de todo el mundo, aunque no es niño.

Sí; el medio en que hombres como éste viven, es un medio extraordinario, un medio que no es el bajo mundo de la prosa y del escepticismo. Estos hombres crean con su trato, con su persona y con sus obras una especie de Arcadia ideal. Aún no ha pasado el tiempo de oro, el tiempo de la fraternidad, de lo apacible, de lo armonioso y de lo bello. El poeta de que hablamos crea un pequeño mundo de auras y flores, y nos lo regala. Aún existe algun poeta; aún la luz de la antigua musa proyecta sobre estas pesadas masas de oscuridad los destellos de su irradiacion portentosa. Él, que es bueno y justo, posee una gran facultad comunicativa, y puede decir á la faz de la vulgaridad moderna: «Yo soy de aquellos... de aquellos que fueron gala y honor de la humanidad. Yo tambien soy poeta.» Puede escribir en su tumba como Nicolás Poussin: *Et in Arcadia ego.*

BENITO PEREZ GALDÓS.

Febrero de 1868.

POESÍAS DE D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

ECOS NACIONALES. (1)

Reunídose habian, y engolfádose en largas y amenas pláticas el cura y el barbero, en casa del bachiller Sanson Carrasco, ó lo que á ser viene lo mismo, en la humilde y mal vestida morada del que esto escribe; que breves años goce, si no es la propia persona del bachiller, corregida y aumentada. Cerca de una hora habia que el cura y el bachiller callábamos, obligados por el locuaz barbero, que retórico y elocuente nos anonadaba

(1) Este artículo, admirable trabajo de prosa, que compite con lo mejor de los buenos hablistas de nuestro siglo de oro, lo escribió Francisco Zea, muerto en la flor de su vida, anunciando ya, no sólo un excelente poeta lírico, sino tambien una gran esperanza en otros ramos de la literatura, y muy principalmente de la dramática. El autor de *Macse Juan el espadero* revelaba un genio dramático de primera fuerza. Publicóse este trabajo con motivo de las dos primeras ediciones de los *Ecos*, que comprendian los contenidos en el *Libro primero* del presente volúmen. Igual advertencia debo hacer respecto de la carta de Jimenez Serrano, que sigue á este artículo.

á frases, armado de digresiones y paréntesis, que estiraban y desenvolvian el hilo de su discurso hasta el punto de hacerlo parecer interminable; cuando, agotada mi paciencia, y prontos ya á adormecerse mis sentidos, interrumpí de esta manera al buen rapista:

—¡Noramala para vos, maese, y cuán difuso y hablador habeis venido! No, sino déjenle á él, que camino lleva de acabar el dia del juicio. ¿Qué os pasa, que así os prolongais, pues algo ha de pasar para esto? ¿Quién os trae y lleva de esa suerte, que tan mal nos tratasteis? ¿Qué musa os sopla, si ya no es el mismo Apolo el que hoy ha desanudado vuestra lengua?

—Dios os lo perdone, compadre—añadió el cura;—mas pienso que no he sufrido tanto como este dia y en esta hora desde que mi madre me echó al mundo. Callad, callad por vuestra vida, y si teneis en alguna estima la del prójimo, poned coto á vuestra lengua, que temo ha de ir más allá de lo que la comun paciencia permite.

—Bien podrá ser—respondió el no mal aconsejado barbero,—que siempre, si he de creer á la propia y la ajena experiencia, fuí más suelto de lengua que de huesos. Mas dígame, y sea presto, pues deseo salir de confusiones: ¿cómo, y cuando de nuestras malaventuradas letras hablo, lleno de una santa ira contra tanto malandrin como las *tala* (que las cultiva no seria razon decir ahora); cómo, repito, quiere que sea breve, habiendo tanto como hay en la viña del Señor digno de que de ello luenga mencion se haga? Responda, compadre: ¿no es cosa de darse al diablo ver el estado á que han reducido á esta nuestra hermosa poesía lírica esos fingidos cisnes, esos reales y verdaderos grajos, que en mal hora hicieron sonar su canto ronco en los espacios de la prensa? Entraos, entraos por esos impresos adelante, por esos impresos, digo, que desde 1834 acá están viendo la luz *ramera*, á la que otros cortés y respetuosamente llaman pública, y vereis milagros. Mirad aquel, plagado siempre de abominables coplas; ved si no esotro, inundado de versos sin tino y sin medida escritos. ¡Y esto se imprime! ¡Y esto os parece bien, compadre! ¡Y no quereis que indignado pida á Júpiter rayos vengadores, ávidas centellas é inmensas mangas de fuego que caigan y se desplomen sobre esta nueva Sodoma, sobre esta impura Gomorra literaria!

—¡Ay, maese!—exclamó el cura—y cómo os extravia y ciega los ojos del entendimiento la ira, á quien no sin razon ha llamado un sabio *tizon del infierno*! Apartad de ahí ese Júpiter, que temo que como á un ídolo falso ha de abrasarle el santo incendio que tragó y borró de la tierra á las dos malditas ciudades!

—Razon teneis—dijo el barbero;—esta ira, ó este tizon, como habeis dicho, humea demasiado para que deje de turbar la luz de mi poco alumbrado entendimiento. Mas no se hable en esto más, si os parece, y volvamos á lo pasado.

—Sea así, dije yo, con tal que no se duerma el buen maese, como decirse suele, y como muy bien pudiera acontecer, con la palabra en la boca.

—No hayais cuidado—respondió reposadamente el barbero,—y dejadme á mí, que esta vez seré tan breve como quisiereis y como no esperareis, sin duda. Decia que los malos poetas han acabado con la buena poesía, y en ello me afirmo y mantengo ahora; porque ¿quién es, decidme, el discreto que hoy no vuelve la hoja al tropezar en una *publicacion* con algunos de esos que han dado en llamar versos, y en verdad que en pocas ocasiones son acreedores á tan honrado nombre? ¿Qué necio no los escribe? ¿Qué bueno y feliz ingenio los produce, en medio de la universal indiferencia y del desaliento que de algunos años á esta parte mata y sofoca la mente y el corazon del que nació, creció y se formó poeta?

—Alto ahí, compadre—replicó el cura,—que no es razon que así se hable, siendo todavía tantos, por fortuna, los buenos ingenios que producen, y nobles esfuerzos hacen por levantar á nuestra abatida poesía del hondo abismo en que yace. Así no fuera más cierto que esto lo que ántes habeis hablado, y las gentes leyeran, no lo malo, ni mediano, sino lo bueno y excelente que para ellas ha sido escrito, se escribe y se escribirá.

—Ciertamente—dije yo á esta sazon,—que sin ir más léjos y sin buscar en los años lo que en ellos de ménos valor seria, jóvenes conozco de tan buen juicio, claro talento, exquisito gusto y bien cortada pluma, que harian milagros á poco que se les alentase.

—Nombradme algunos, en buen hora, señor bachiller, que ánsia hé de conocerlos á la par que vos, pues sabria apreciarlos como el que más.

—Muchos podria nombraros, barbero de mis pecados, que barbas han ellos segun son de viejos, graves y crecidos; mas contentaréme con uno cuyas obras tengo tan á la mano como vais á ver ahora; y mostréle un libro que sobre una vecina mesa descansaba, diciendo estas ó semejantes palabras:

—Pocos dias há que este libro que veis se dió á la estampa; pero, ó muy descaminado voy, ó su vida ha de ser tan larga como la de aquel ave, de quien diz que renace de sus propias cenizas.

Preguntáronme qué título tenia, y respondí, que habia por tal el de *Ecos nacionales*, y que era el tomo primero de las poesías de Aguilera.

—¿Llámase Ventura Ruiz, ese Aguilera?—preguntó el cura.

—Así se llama—respondí al punto.

—Pues abrid ese libro, y veamos, que barrunto que han de ser tan buenas esas poesías como las del mismo Lope.

Abrió el libro el barbero y leyó la primera, que era un himno *Á Dios*, tan lleno de fe y de armonía, que más que para humanas gentes, parecia escrito para que los ángeles lo cantasen. Grande fué entónces la admiracion del barbero, y no poco el gusto que recibió el cura, que oia leer á aquel con los ojos arrasados en lágrimas, y como si alguna celestial vision se le representara.

—¡Pardiez!—dijo el maese, así que hubo terminado la lectura que tan sabrosamente habia entretenido á todos. —Este Aguilera es tan poeta como cristiano; y si todos sus otros versos se parecieran á estos, en láminas de oro puro deberia grabarse su nombre, al lado del de los primeros ingenios de nuestra patria.

—Leed y juzgad—respondí;—y siguió leyendo en alta voz y conveniente sentido.

Si bien habia parecido á todos el primer canto del poeta, todavía más admirable y sublime pareció el segundo, en el que se celebraba el valor español, al recordar en un sencillo y bellísimo cuento la gran victoria de Roncesvalles, que llenó de espanto y de vergüenza á las francesas armas.

A este segundo canto siguió el tercero, que cautivó, no ménos por su forma que por su intencion, habiéndose leido sucesivamente, y en poco más de dos horas,

todos cuantos el libro contenia, no sin alguna que otra ligerísima pausa, debida á tal cual lunar, que de tarde en tarde y con suma dificultad echábase de ver.

—¡Válgame Dios!—exclamó el cura, al cabo de algunos momentos de general silencio y profunda meditacion;—¡válgame Dios! ¡y á cuánta discreta y grave reflexion da lugar esta obra! Dejo á un lado la novedad, que de tantas de su género la distingue: nuestros cantos populares, que poco ó ningun valor encierran; nuestra cancion clásica, que oda podria llamarse, sin temor de extraviarse mucho, y nuestro himno patriótico, chillon y parlero como las avecillas que á la naciente aurora saludan, distan tanto por su objeto é importancia de estas otras canciones, que desde luego aparece inútil y nada juiciosa la comparacion que de unas con otras podria hacerse. Nuestro poeta ha introducido en la literatura española una nueva raza de himnos nacionales, ó populares, que siendo capaz de todas las bellezas de la poesía, las viste siempre, ó casi siempre, con modestísimo traje, para que áun el ménos inteligente del ignorante vulgo se les aficione y acerque; que la pompa y grandilocuencia de nuestro poético lenguaje desvia á los profanos, con frecuencia, y hace incomprensibles para ellos las más altas bellezas, á más de despojar á estas alguna vez de gran parte de su valía. Pero ya he dicho que no la novedad, sino la profundidad, es lo que hace á este precioso libro (en mi humilde opinion al ménos) acreedor á las mayores alabanzas.

«El pueblo necesita hoy fe, ha pensado el poeta,» y ha dado feliz comienzo á la coleccion de sus *Ecos* con un canto á Dios, considerando (con razon harta) á la religion como orígen principal y base de toda virtud. Despues, al ver roto y derribado por tierra el nacional estandarte, tan temido y respetado en mejores dias, ha vuelto á tomar la lira y ha cantado á la patria; pero á la patria vencedora, á la patria de Bernardo del Carpio y de los heroes de Roncesvalles. El pueblo, al aprender de memoria el himno consolador, en que la voz del vate le recuerda las antiguas glorias, no podrá ménos de irritarse contra sí mismo, reflexionando cuán necia y vergonzosamente ha derramado su sangre á impulso de la ambicion burladora y de la monstruosa barbarie de los enemigos de su reposo y de su honra.

Más adelante, el poeta de la religion y de la patria,

canta la paz, el fin de las discordias civiles, y grita al pueblo, dividido en rencorosos bandos:

¡Esos que ves morir son tus hermanos!

Y sublime misionero, entre la absorta multitud que le rodea, va atravesando con grave y majestuoso paso, predicando la caridad, la virtud, el trabajo, la proteccion á los que al pais sirvieron y por él sacrificaron tranquilidad, juventud, haberes; y ora con satírica ironía, ora con tiernísima dulzura, aconseja, reconviene, convence, en fin.

Ahora, amigo maese, y vos, bachiller, decidme: ¿qué libro de castellana poesía conoceis que en fondo é intencion lleve ventaja á éste? ¿No creeis que el buen Aguilera, al lanzar de su mente y de su corazon tan importante obra, ha hecho, despues de lo que como á poeta, y poeta excelente, debia exigírsele, cuanto de un profundísimo filósofo era de esperar?

—Así es—respondió el barbero,—y con verdad os digo que estoy maravillado y aún creo oir sonar en mis oidos la música sabrosísima de esos divinos cantos.

—Tales son ellos—añadí yo,—que dudo á cuál podria darse la preferencia.

—Buenos son todos—dijo otra vez el barbero;—plácenme, sin embargo, sobremanera *El veterano*, *El tributo de sangre*, *La vuelta del voluntario*, el titulado *Roncesvalles* y algun otro, que dignos de Beranger me parecen.

—Mirad, compadre—volví á decir,—que esas canciones, con escasísima diferencia, pertenecen todas al mismo género. Bellísimas son, en efecto; mas no dejeis pasar así las del *Dos de Mayo*, *El corcel de batalla*, *El maestro que no viene*, *La noche de todos los Santos*, *El perro que ladra* y otras tan buenas que nos habeis leido há un momento, y que con rara complacencia os hemos escuchado.

—Y que sin duda—prosiguió el cura—son: *La barcarola de Pio IX*, *Por la patria*, *El convenio de Vergara*, y... y...

—Y el *Canto de Napoleon*—proseguí yo,—en el que el arrogante conquistador dice con valentísima osadía:

Luz una noche me pidió mi gente,
Y á cañonazos incendié á Moscow (1).

(1) Un descuido ó distraccion, que no acierto á explicarme, ha hecho que en las diferentes ediciones de los *Ecos nacionales* publicadas hasta hoy, se repitiese el error que en la presente, atribuyendo á Napoleon lo que fué obra de los mismos

—Y... y... —repitió el cura, á quien siendo infiel su memoria, interrumpió el barbero:

—Y... y... ¿sabeis, por ventura, que es tarde y que há tiempo estamos cansando la paciencia del bachiller, cuya atentísima amistad no merecia ciertamente tan ruin correspondencia?

Apresuréme á manifestar al maese que se engañaba y que yo estaba contentísimo de verme en tan honrada compañía; pero todo fué en vano: el cura y el barbero se levantaron, y dándome las buenas noches, salieron poco despues de mi aposento. Yo entónces tomé la pluma y escribí estos renglones toscos y desaliñados, confiando en la indulgencia del lector, á quien ántes de concluir, y para mejor ganarle la voluntad, he de llamar *pio*, *caro*, *paciente* y... todo, ménos *curioso*, pues no ha de serlo tanto que vuelva á caer en la tentacion de leer á

El Bachiller Sanson Carrasco.

1849.

ECOS NACIONALES.

Señor director de El Intermedio.—Jaen 21 de Julio de 1849.—Amigo mio: Hace tiempo que la crítica se halla prostituida en España por la ignorancia y el cinismo de los periodistas; algunos fatuos, que se han propuesto elevarla á su verdadero terreno, han fracasado por su pedantería y su vaguedad de principios, más que (como ellos creen) por lo atrevido de su intento.

Todos los dias leemos en los periódicos de todos los colores y de todas dimensiones elogios desmedidos de libros que viven un dia, escritos por autores desconocidos, y áun no pocas veces, versos consagrados á *inmortalizar* rapsodias tan detestables como la *M* (1) ó su con-

habitantes de Moscow, los cuales incendiaron esta ciudad al acercarse á ella las tropas del gran conquistador, reduciéndola á un vasto monton de cenizas y de escombros.

(1) Aquí el autor de la presente carta citaba el nombre del de la obra censurada.

tinuacion. Por el contrario, Balmes ha necesitado morirse para que los críticos de gacetilla consagren á su genio gigantesco una palabra. Casi es mejor que callen los periodistas, puesto que sólo encomian lo malo.

Por eso, yo, que me precio de imparcial, quiero, no que usted publique algunas líneas en favor de un libro, sino que imprima esta carta, la cual es un desahogo de la impresion que me ha producido la lectura del tomo I de las Poesías de D. Ventura Ruiz Aguilera, titulado: Ecos Nacionales. Pienso en ella hablarle íntimamente y con el corazon en la mano: léame, pues, con la atencion que merece la sinceridad.

Nuestra poesía española distínguese de las demás de Europa por su giro eminentemente nacional: como poetas, somos lo que los ingleses como ciudadanos; ¿y qué cosa más noble, más digna del *quid divinum* de los poetas, que las glorias de sus antepasados y las creencias de sus padres?... Nuestros romances no morirán nunca y serán pasto delicado para el pueblo como para los eruditos, porque son la epopeya de nuestro siglo de hierro, y las comedias de nuestro teatro antiguo triunfarán de las pálidas imitaciones francesas, griegas ó latinas, porque respiran el patriotismo de nuestros romances. Herrera se elevó hasta Píndaro cantando la batalla de Lepanto, y se hizo insufrible imitando felizmente á Petrarca. Esto no lo habian comprendido sin duda nuestros clásicos, cuando así olvidaron en el pasado siglo las glorias españolas ó con tan pobre inspiracion las cantaron; sin embargo, en el presente, Quintana y otros tomaron mejor senda, si bien valiéndose de medios poco castizos. Pero á quien más se debe es á los *románticos*, tan injustamente despreciados, los que más han hecho por nuestra poesía con Zorrilla, el duque de Rivas y Espronceda. Ellos han resucitado el giro y la forma de nuestra poesía propia, de la gran poesía española, con sus romances y sus leyendas. ¿Se ha hecho todo?... Creo que no: la poesía es para todos, y como todas las artes, han de tener sus concepciones esa belleza divina que saborean el sabio y el ignorante. Zorrilla ha conseguido algunas veces ponerse á nivel del pueblo, mas no siempre.

Este es el paso que el Sr. D. Ventura Ruiz Aguilera ha dado con la publicacion de sus Ecos Nacionales. Su libro será con el tiempo tan popular como las *canciones* de Beranger, como los romances antiguos. Hijo del pue-

blo el Sr. Aguilera, ha escrito para el pueblo, y en ese lenguaje sencillo y mágico de nuestro pueblo español: no pretendo que se me crea bajo mi palabra: léanse la cancion á *Roncesvalles*, *El perro que ladra*, la lindísima composicion titulada *Las aristocracias*, *La noche de todos los Santos*, *El veterano*, *Por la patria*, *El maestro que no viene*, *El tributo de sangre*, *La vuelta del voluntario*, y siempre que más de una vez no se agolpen lágrimas á los ojos del que leyere, siempre que no se entusiasme, que no sienta amargura y dolor, que no se ria tambien leyendo las de otro género que contiene el libro, declararé á la faz de V., Sr. Director, que no se me alcanza una pizca de lo que es gusto literario.

Yo creo que este libro del Sr. Aguilera es una adquisicion para nuestra literatura un tanto decaida; creo que, separándose de lo vulgar, su autor ha sabido elegir la senda que al genio conviene, y que esta senda le guiará al palacio luminoso de la inmortalidad; y si me faltase conviccion, la adquiriria profunda viendo que los periodistas no han consagrado á su autor el coro acostumbrado de elogios (1), ni ménos ha hecho su apoteósis crítica algun pedante.

Recomiendo á usted la adquisicion de los Ecos Nacionales, que reunen el mérito de estar magníficamente impresos en Alicante, por un tipógrafo que lleva el glorioso nombre de Ibarra, y de ir acompañados de un magnífico retrato.

Tengo el honor de saludarle y de repetirme su afectísimo amigo.—*J. Jimenez Serrano.*

(El Intermedio, *diario de Granada).*

---

(1) Lo que realmente sucedió en el asunto á que se referia el malogrado J. Jimenez Serrano, que figuraba al frente de los periodistas y críticos más distinguidos, fué lo que hoy mismo sucede siempre que una obra se publica: hubo un poco de pereza, justificada y disculpable, atendiendo á la precaria situacion de los periodistas en España, situacion que en aquel entónces les obligaba á trabajos improbos y tan escasamente retribuidos—y esto cuando lo eran de algun modo—que, en verdad, se necesitaba abnegacion casi heróica para consagrarse á las tareas del periodismo. Por lo demás, debo declarar que la prensa toda, así la de Madrid como la de las provincias, sólo elogios, grandes elogios tuvo para mi libro, de los cuales conservo multitud de pruebas, y que Jimenez Serrano, retirado entónces de la córte, no habria tenido ocasion de ver.

EL LIBRO DE LA PATRIA. (1)

En estos dias de actividad política ¿he de ser tan excéntrico, tan poco oportuno, tan falto de sentido social y práctico, que vaya á perder el tiempo en leer versos? No quiero poesía; he cubierto la hermosa estatua con un velo semejante al que ponia sobre la imágen de la Vírgen María cierta devota al intentar cometer alguna falta. He cogido á las musas y las he puesto en la buhardilla, con los trastos viejos, con los papeles corroidos y con los muebles desvencijados. No quiero verlas y las dejo allá, cubierta su clásica faz de telarañas, dando abrigo á los ratones en los pliegues de sus augustos trajes falaces. He escondido las musas, por no verlas y porque no me vean. No quiero poesía; estamos en tiempos profanos. La prosa nos manda, nos rige, nos da vida, se inocula en nosotros, forma parte de nuestro sér; hoy somos prosa, somos políticos y nos preocupan todos los problemas sociales, morales, económicos y científicos, es decir, la prosa útil y fecunda, en todas sus manifestaciones. No hay poesía, ni la puede haber; y su más decidido admirador y prosélito, el que esto escribe, coge á la diosa, y con laureles y todo, con lira, pléctro, caramillo, tirso y careta, la sube al desvan y la cubre con una cortina vieja para que no vea estos dias profanos en que hemos entrado, para que no presencie los actos de esta vida que no es su vida, y para que con su imágen y su mirada no pueda alterar la santa paciencia y forzada resolucion que nos alienta en el útil cultivo de esta ciencia práctica á que todos nos dedicamos. Hoy somos todos políticos por honra nacional y patriotismo. ¡Viva la prosa!

Pero hé aquí que cuando esto digo, y cuando enfrascado estoy en los pensamientos arriba indicados, y cuando más me engolfo en la meditacion del presupuesto de ingresos, y con más perseverancia considero las bases de la reforma arancelaria, dan un golpe en mi puerta, se abre ésta y entra un hombre... mejor dicho, un

(1) Las poesías que en este artículo se citan, á excepcion de la titulada *El mar*, que será incluida en la coleccion completa de las obras de su autor, se publicaron en *El libro de la patria*, con otras de diversa índole.

poeta, el cual me trae un libro de versos. ¡Qué diablo de hombre! ¡Empeñarse ahora en que yo he de leer sus versos, cuando tengo aquí tantas y tantísimas cosas que me preocupan y no me dan punto de reposo!

—Pero hombre de Barrabás—le decia, fijando un ojo en su cara y otro en la *Sesion de Córtes*, que delante de mí tenia,—¿cómo he de gastar un tiempo precioso en examinar lo que no resuelve ninguna gran cuestion de estas que ahora nos ocupan á todos? Yo tambien tengo mis proyectos; proyectos económicos y tributarios, que han de hacer la felicidad del país; porque ha de saber usted, señor poeta, que yo amo mucho la poesía, pero amo más la patria, y no tengo pensamientos ni actividad sino para la patria, ó para hablar más en prosa, para *el país*. El país atraviesa una gran crísis, es preciso que se constituya y prospere. Á esto debemos contribuir hasta los más pequeños. Yo quiero consagrar todas mis fuerzas á esta obra comun, porque amo al país sobre todas las cosas.

Entónces el poeta abrió su libro, se caló las gafas, tosió, me miró sonriendo como el que prepara una sorpresa, y con su largo, afilado y huesoso dedo me señaló una estrofa, que decia:

La imágen del templo,
La roca y la playa
Que ni años, ni ausencias
Del ánimo arrancan;
La voz conocida,
La jóven que pasa,
La flor que has regado
Y el campo que labras,
Ya en dulce concierto,
Ya en notas aisladas
Oirás que te dicen:
Aquí está la patria.

—Muy bello—dije yo, recogiendo la *Sesion de Córtes* que se me habia caido.—Esa poesía es muy bella, y siento no poder leerla toda. Pero le diré á usted, señor poeta, no es de ese modo como quiero yo considerar á la patria en estos momentos. En el sentimiento que usted pinta, se funda todo, lo conozco; pero ahora no se trata de avivar ese sentimiento, que siempre existe; ahora tratamos de otra cosa. Hablaré en términos que usted no va á entender. Nuestro país es pobre; en este siglo, mal que le pese á la estatua que tengo en el desvan, no se puede vivir de contemplaciones, de misticismo y de

poesía. Los pueblos que no son ricos, que no producen, no pueden gozar ni de los beneficios de la paz, ni de las dulzuras del arte. Hay unas cosas llamadas *intereses materiales*, que están por los suelos en España. Es preciso dar vida á esto. ¿No le inspira á usted lástima ver cómo están nuestra agricultura, nuestra industria, nuestro trabajo?...

Aquí el poeta me puso la mano en la boca, y con la mirada alegre y la faz alterada por la satisfaccion, me indicó otros versos, riéndose de mí, como si me hubiera confundido. Los versos decian:

¡Paso á la rauda
Locomotora!
¡Paso, que es hora
De partir ya!
.....
Ella dilata
Los horizontes;
Rotos los montes,
Paso le dan.
.....
Arca bendita,
De un nuevo mundo
Guarda el fecundo
Gérmen vital.
La sombra ahuyenta
De la ignorancia;
Con la abundancia
Lleva la paz.

—¡Bravo! ¡soberbio!—dije yo, despues que concluyó de leer aquella magnífica cancion titulada *La locomotora*, que siento no poder copiar integra.—¡Bravo!—exclamé recogiendo y guardando el proyecto del presupuesto de ingresos, que se me habia caido por tercera vez;—eso es muy bueno, sí, señor; pero he de hacerle á usted una observacion. Usted trata de despertar el espíritu industrial por medio del sentimiento, y con descripciones tan vivas como ésta, cree usted haber resuelto el problema. Mientras los españoles no se convenzan, por cualquier medio que sea, por la razon ó por el sentimiento, de que es preciso trabajar...

Y aquí volvió á interrumpirme bruscamente, riendo de un modo que me turbó por completo. Abrió otra vez su libro, y mirándome con lástima, me indicó estos versos:

Santa Cruz del trabajo,
Quien te maldice
No sabe que lo elevas
Y lo redimes.
.....

Obligóme á leer toda la balada, que era magnífica, y se titulaba *El progreso*, con lo cual me desconcertó; pero yo, firme en no admitir el libro, empecé á leer *La Epoca*, donde habia encontrado ciertas apreciaciones del empréstito Figuerola, que me agradaban mucho.

—El trabajo—dije á mi poeta, despues de un breve rato,—el trabajo es la gran cuestion. Me reconciliaria con su libro, si viera en él una aspiracion fuerte á despertar en las clases populares el sentimiento del trabajo. Este no espanta á las musas, como algunos creen; yo tengo para mí que, en las circunstancias presentes, el arte tiene una gran mision que cumplir. No descenderá de su alta esfera, no abdicará su independencia, no le pondrá al servicio de lo útil, por aspirar á ser la expresion fiel de las ideas y de la sociedad moderna, en la cual no hay tanta prosa como creen algunos. La idea del progreso, la idea de la asociacion, la idea de la industria, ¿no son elementos poéticos tan admirables y fecundos como la idea del parricidio, la idea del amor, la idea del mar?

Al decir yo esto, el poeta reia y me miraba desde lo alto de sus gafas, mostrándome unos versos que decian:

Cataluña, porque tengas
Ricas galas que ostentar,
El vapor palpita y ruge,
Hila el huso de metal.

. . . . . .

Y ántes, y despues de esto, unas estrofas descriptivas tan pintorescas y animadas, que en el calor del entusiasmo, dejé caer por cuarta vez la *Sesion de Córtes* y rompí maquinalmente el *Presupuesto de ingresos*.

—¡Admirable!—dije;—pero no me basta aún. Yo quisiera ver infundidas en el ánimo del pueblo, por medio del arte, otras ideas tambien elevadas. No puedo explicarme mucho, señor poeta, porque me voy á las Córtes; pero quisiera... no sé cómo decirlo... quisiera ver expresados por medio del arte todos los ideales á que aspira la sociedad moderna, no exceptuando aquellos que, más concretos y más prácticos, parecen como refractarios á la poesía; digo esto, porque tengo la conviccion de que ninguno de estos ideales sociales es, aunque lo parezca, refractario á la poesía, si ésta sabe aceptarlos como debe; por ejemplo...

Aquí el hombre dió un salto y un grito, abrió agitado su libro, y me indicó una composicion que empezaba así:

Dicen que va con España
Á casarse Portugal;
Si mucho vale la novia,
No vale poco el galan.
.....

Leí toda la poesía, que me pareció muy bella y conceptuosa, y estuve un momento pensativo. Más tiempo hubiera permanecido de este modo, si el poeta, cansado ya de señalar sus versos, no me hubiese leido una gran parte de ellos, entre los cuales me parecieron admirables, sobre toda ponderacion, *La balada á Polonia*, la poesía *Al mar* y el *Recuerdo á Galileo*.

Á pesar de mi empeño en leerle yo á mi amigo las nuevas bases de la reforma arancelaria, él pudo más que yo y me leyó sus versos, lo cual hizo que en un instante de entusiasmo se me cayera por sétima vez la *Sesion de Córtes*, pasando á las uñas del gato, que jugó con ella mientras duró la visita.

En todo el libro encontré una alta idea, la idea del derecho nuevo, hoy reconocido y aplicado. Me agradó la elevada concepcion, la osadía de un escritor, que trata de explorar los infinitos elementos poéticos de nuestro siglo, de este siglo injustamente motejado de prosáico. ¡Pues qué! El siglo de las grandes redenciones, de las grandes conquistas intelectuales, el siglo del progreso, ¿puede en ninguna manera ser enemigo del arte, que busca siempre los altos y más bellos ideales?

Inspiran el libro de Aguilera (este es el nombre del poeta, cuyos versos hemos citado) el noble sentimiento de la patria, manifestado en las glorias históricas, en las bellezas del suelo, en la actividad laboriosa de algunos de sus hijos. Bullen en él, como ideas fundamentales, la dignidad nacional, el recuerdo de los grandes dias, la nobilísima aspiracion al ideal democrático, el sublime amor á la verdad y á la libertad, y como complemento y síntesis de todo esto, la fraternidad universal.

Hechas estas reflexiones, ¿cómo he de resistirme á admitir el libro? No; entre esta poesía y nuestra prosa, la prosa constituyente de hoy, no hay antagonismo, sino más bien un estrecho é indisoluble consorcio. Acordes y abrazados van el sentimiento que ese libro despierta, y la preocupacion política que hoy nos invade. No vacilo en admitirlo, y continuando con mi *Sesion de Córtes* en

la mano (por fin he logrado arrancarla de las uñas del gato), voy á bajar del desvan y descubrir la hermosa estatua que escondí en él, seguro de que nada hay profano para las musas. La incomparable diosa se nos mostrará más elocuente, más expresiva, más inspirada y hermosa ante los altos ideales del siglo XIX. ¡Gran musa española, despierta! Sin soltar la *Sesion de Córtes*, ni arrojar de mi mente la preocupacion de los intereses materiales, me atreveré á escribir en tu pedestal las admirables palabras que hallo en el mismo libro de Aguilera: «La poesia, en algunos períodos históricos, ha enseñado á los hombres á aborrecerse; recibido el bautismo de los tiempos nuevos, debe enseñarlos á amarse.»

BENITO PEREZ GALDÓS.

Las Córtes, 21 de Abril de 1869.

ARMONÍAS Y CANTARES (1)

Acaba de publicarse este libro, tan elegantemente impreso, que honra á nuestra tipografía. Con él adquiere el distinguido poeta de las *Elegías* y los *Ecos Nacionales* un nuevo título de gloria que añadir á los anteriores, con que la pública opinion consagra sus merecimientos.

Las obras del Sr. Ruiz Aguilera poseen la cualidad, tan preciosa como rara (y más en nuestros tiempos), de responder al sentimiento y al gusto artístico de todas las clases sociales, cualquiera que sea su educacion literaria. El espíritu elevado de genialidad y fantasía, halla en ellas una inspiracion grandiosa, que saca de todas las cuerdas del corazon sonoras notas, que en todos despierta un acorde poderoso y universal. El pueblo responde con entusiasmo á los varoniles ecos en que el cantor de sus queridas memorias y de sus ingénitos afectos le ofrece su mismo ideal, concebido en la santa comunion de la patria, fortalecido por una personalidad vigorosa, y depurado con la libertad y gallardía del más delicado arte. El hombre culto, apasionado de la pureza y correccion de las formas clásicas, siente allí revivir á

(1) *Museo Universal*, 9 de Julio de 1868.

Virgilio y al maestro Leon, vivificados por la savia moderna. La mujer y el adulto, el niño y el anciano, contemplan objetivados allí todos los sueños que, como fuegos fatuos, sienten cruzar por su mente, sin darse cuenta clara de sus rápidas emociones.

Y esto acontece, porque el Sr. Ruiz Aguilera no es un rimador vulgar ni erudito, sino un poeta de sentido humano, comprensivo, real, de inspiracion ferviente y majestuosa, de espíritu cultivado en sanos estudios, que se admira en las Academias, enternece en los salones y se canta en las plazas públicas.

El nuevo libro que motiva estos desaliñados renglones, se divide en dos partes enteramente diversas.

La primera, titulada *Armonías*, contiene cinco poesías líricas de inestimable valor. Serenas contemplaciones de la naturaleza y del espíritu, como el autor las llama, no se sabe qué sobresale en estas odas, si el íntimo y profundo sentido con que penetra en las bellezas de aquella, ó la religiosa emocion que lo eleva á Dios en alas de la piedad cristiana; la serenidad con que convierte sus ojos al espectáculo interior de sus dolores, ó la pura y libre mirada que tiende á la vida perecedera del hombre.

La segunda parte comprende ciento setenta y seis *Cantares* (1) de diferente intencion, género y corte, entre los cuales los hay de una hermosura tan acabada, que parece insuperable. Notables son estos cantos, y llevan un sello tan popular, que muchos de ellos ya se han incorporado á la literatura del vulgo, que los conservará en el inagotable arsenal de sus recuerdos; pero lo que á nuestro entender levanta en este libro al Sr. Ruiz Aguilera á la altura de los primeros líricos de las primeras literaturas, son las *Armonías*, pequeños poemas llenos de fe y de consuelos, tan tiernos como los de Schiller, tan profundos como los de Byron, tan bellos y concluidos como los de Goethe.

El público, que se disputa los últimos restos de la edicion, confirma unas palabras que quien por sí mismo juzgue de su motivo, no tachará de hipérbole ni lisonja, cosas ambas mal avenidas con la modesta, pero honrada conciencia de quien escribe estos renglones.

JOSÉ ÁLVAREZ.

(1) Tal era el número de los contenidos en las dos primeras ediciones.

NOTAS FINALES.

En las referencias que principian en la página 274 de este volúmen hago indicaciones biográficas de los señores que me habian distinguido con la traduccion de algunas de mis poesías comprendidas en volúmenes anteriores, dándolas á conocer en sus respectivos paises, y proporcionándome de este modo la ocasion de honrarme con su amistad. Así, pues, en las presentes *Notas* me limitaré á consignar, con motivo de trabajos análogos, los nombres de los que se han ocupado en ellos y á quienes hasta ahora no he mencionado.

DAS SCHLACHTROSS. (*El corcel de batalla*), página 327.—El doctor don Juan Fastenrath, traductor de este *Eco*, es un excelente poeta nacional prusiano, y eruditísimo escritor, cuya actividad intelectual es verdaderamente prodigiosa. Muy jóven es, y ha dado ya á la estampa diez ó doce volúmenes, originales unos, versiones concienzudas otros de obras españolas, cuyo idioma le es casi tan familiar como el suyo propio; prueba de ello son su hermoso libro *Las pasionarias*, perfectamente escrito en la lengua que inmortalizó á nuestros grandes autores de los siglos XVI y XVII, y la *Walhalla*, que actualmente publica la acreditadísima *Revista de España*. Fastenrath considera á España como su segunda patria, y tanto por esto, como por el mérito extraordinario de los trabajos que á ella ha consagrado, el Gobierno español le significó su aprecio, concediéndole dos grandes cruces, á peticion de reputados literatos españoles, mereciendo tambien distinciones honoríficas de municipios, academias y otras corporaciones científicas y literarias. Debo la fortuna de las relaciones fraternales que hoy me unen con Fastenrath, á mis amigos los poetas D. Pedro María Barrera y D. Manuel Juan Diana, que me proporcionaron los libros en que el celebrado vate de Colonia habia publicado multitud de versiones de obras mias.

O TRIBUTO DE SANGUE. (*El tributo de sangre*), página 329.—Desterrado en Alicante, recibí de Madrid un número de *O Eco popular*, que en Agosto de 1848 se publicaba en Oporto, y en el cual se insertó la traduccion de la poesía que es objeto de esta nota, hecha por J. Marcelino Mattos. No sabiendo quien me habia remitido el número de aquel periódico, me dirigí al mismo Sr. Mattos, para manifestarle mi agradecimiento. Poco despues me contestaba, viniendo su muerte, acaecida en 1855, á cortar nuestra correspondencia. En su segunda carta se lamentaba Mattos, inteligencia superior prematuramente arrebatada á las letras lu-

sitanas y á la propaganda de la idea democrática, de la fatalidad que presidia á nuestras relaciones, por las dificultades en la comunicacion de los dos pueblos de la península ibérica. «E' notabel (decia) parece que estamos a milhares de legoas de distancia, o que sáo perigosas as communicaçóes entre nossos dos paizes.» En efecto, se habia perdido, como algunas cartas, el número del *Portuense* en que habia visto la luz un artículo crítico del amigo de Mattos, Custodio José Vieira, uno de los primeros periodistas portugueses. No llegué á conocer personalmente á Mattos, y sin embargo, el dulce recuerdo de su amistad y de sus nobles sentimientos siempre ha permanecido grabado en mi alma.

BALADA O POLSCE (*Balada de Polonia*), página 331.—La elegante version de esta poesía, es obra del jóven polaco José Leonard, emigrado á consecuencia de la insurreccion de 1863 y 64, que, ahogada en sangre como las anteriores, agravó la desgracia de los patriotas de aquel pueblo desventurado, cuyo reparto fué presenciado con indiferencia por los demás de Europa, á excepcion de Turquía y España, únicas naciones protestantes de esta iniquidad. Si grandes eran mis simpatías por Polonia, aumentáronse al oir de boca de Leonard que mi poesía interpretaba fielmente el sentimiento y el estado de su noble país, y que de ninguna manera podia demostrármelo mejor que traduciéndola. Fué Leonard primer ayudante del general Kruk, que sucedió al dictador Langiewicz, y despues comandante de escuadron, habiendo publicado en su idioma nativo numerosos trabajos históricos y literarios, entre estos *Juan Ziska y los husitas*, y una coleccion de opúsculos dedicados á los campesinos polacos, titulada *Braterstwe* (*La fraternidad*). Actualmente es redactor de la *Gaceta de Madrid*, donde su ilustracion y su profundo conocimiento de las principales lenguas vivas de Europa, son tan útiles como necesarios.

JOSÉ SIMOES DIAS. (*E pur si muove*, ó *Recuerdo de Galileo*), página 343.—Conozco de este autor lusitano *As Peninsulares* y *Ruinas*, dos preciosas colecciones de inspiradas poesías líricas, que en breve tiempo le han conquistado un nombre tan justo como envidiable. Las de la primera, segun su mismo título indica, participan (por el feliz consorcio del estilo, de los asuntos y hasta de la variedad métrica más usados en los dos pueblos que forman la península ibérica), de las cualidades que en una y otra poesía sobresalen, y que demuestran el parentesco que, á despecho de las vicisitudes porque entrambas naciones han pasado, sigue uniéndolas y ha de estrecharse en el porvenir. Las poesías de la segunda (*Cançoes da nossa edade*) tienen un carácter marcadamente socialista, y han sido en gran parte inspiradas por la dolorosa realidad que engendra las terribles convulsiones de que es presa la sociedad de nuestros tiempos. Tanto en ésta como en aquella obra, hay composiciones dignas de un verdadero poeta y filósofo, que comprende la elevada tarea que le está encomendada, y que ya encuentra merecida recompensa en el general aplauso con que son recibidas. El Sr. Simoes Dias, profundamente conocedor de nuestra literatura, ha consagrado no pocas vigilias á su estudio y á la redaccion de una obra, que ignoro si ha visto ya la luz pública, con el título de *Litteratura hespannola contemporánea*, la cual ofrecerá á nuestros compatriotas una nueva ocasion de legítimas alabanzas y agradecimiento.

J. SITJAR. (*Balada de Iberia*), página 347.—Habiendo llegado casualmente á mis manos la traduccion impresa y hecha por el Sr. Sitjar de dicha *Balada*, me creo en el deber de manifestarlo aquí, añadiendo que la literatura catalana le cuenta entre sus más ilustrados y entusiastas cultivadores.

CLAUDIO JOSÉ NUNES. (*A Polonia*); página 333.—Aunque ya he hecho mencion, si bien ligerísima, de este autor portugues, la circunstancia de haber recibido recientemente su última obra titulada *Scenas contemporaneas*, me presenta la agradable ocasion de recomendar nuevamente su nombre, no desconocido del todo entre nosotros, á cuantos se interesan en las glorias peninsulares. Lleva esta obra un prólogo de José María Latino Coelho, que con decir que es digno de quien lo ha escrito y del libro que le ha dado orígen, creo decir bastante. Cláudio José Nunes, ya admirado por mí en *A morte* y en *Las meres françaises*, producciones contenidas en la obra citada, es el Víctor Hugo portugues, á quien se parece, sobre todo en algunas poesías escritas en el mismo idioma del autor de las *Orientales* y de *Nuestra Señora de Paris*, que maneja con facilidad asombrosa. Cláudio José Nunes es un gran poeta, y en su coleccion compiten en mérito las producciones que le distinguen por su elevada concepcion y varonil energía, con aquellas otras que encantan por la gracia exquisita y suavidad de los tonos, y con aquellas cuyo humorismo de buena ley hace asomar la risa á los labios del que las lee.

FIN.

ÍNDICE.

	PÁGS.
ADVERTENCIA	V
ECOS NACIONALES.—LIBRO I.	
PRÓLOGO de las dos primeras ediciones	IX
Á Dios	15
Roncesvalles	17
Lo peor	20
El convenio de Vergara	22
El perro que ladra	24
El laurel	26
A Pio IX	28
Las aristocracias	31
La noche de todos los Santos	33
El veterano	35
Eternidad del genio	37
Los niños	39
Cómo entran y cómo salen	41
Por la patria	44
Irlanda	46
Canto de Napoleon	48
El maestro que no viene	50
El proscrito	54
La caridad	55
El corcel de batalla	58
¡Qué hermanos!	60
Cancion de los talleres	63
¡Ay de España!	66
El Dos de Mayo	67
El tributo de sangre	70
La vuelta del voluntario	72
El porvenir	75
Ante un Crucifijo	76
En los últimos dias de 1848	80
ECOS NACIONALES.—LIBRO II.	
PRÓLOGO de la tercera edicion	89
El pueblo	95
Á la Vírgen María	98
¡Al campo!	100
La noche de Navidad	102
Guzman el Bueno	105
Cuadro de guerra	107
Culto del alma	109
El Ministro Quijote	111
La hospitalidad	113
El otoño	115
La prostitucion	117
Aparicion celeste	119
Combate y victoria	120
Numancia	122
El sueño de un loco	125
El abuelo	128
Expiacion	130
La libertad del malvado	132
La prensa	134
Grandeza nacional	136
El buen cura	137
El expósito	140
El árbol de la Libertad	143
El hogar paterno	145
Himno de Julio	147

PÁGS.

ECOS NACIONALES.—LIBRO III.

Prólogo de la cuarta edicion..... 151
La patria..... 171
Balada de Polonia..... 174
Balada de Cataluña.... 177
La bandera..... 180
Recuerdo de Galileo... 182
1808-1848. Campo de la Lealtad..... 184
Soledad..... 186
Violeta para la corona de Zorrilla..... 189
Balada de Iberia..... 193
Al ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. 197
El gorrion voluntario.. 201
España libre..... 204
Apoteosis..... 206
La gaita gallega..... 209
El general *No Importa*. 212
Balada de Castilla..... 217
La locomotora..... 223
Béjar el 28 de Setiembre de 1868..... 226
Á los ciegos..... 229
Balada del progreso... 231
Á D. Salustiano Olózaga..... 234
Correspondencia del moro 237
Europa en Noviembre de 1851..... 242
Fray Luis de Leon.... 244
Á Colon..... 255
Á la hija de un negrero..... 260

CANTARES.—LIBRO IV.

Prólogo de las dos primeras ediciones..... 267
Cantares..... 279
Traducciones de Ecos Nacionales..... 327
Traducciones de Cantares..... 367
Aclaracion..... 382
Notas..... 385
Juicios críticos..... 391
Notas finales..... 412

Author Aguilera, Ventura Ruiz
Title Ecos nacionales y cantares.
48324
LS.
A287e

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU